

# OBJETIVO SKORZENY

El enigma del líder nazi  
que acabó sus días  
en España



BLANCO CORREDOIRA

Lectulandia

*Objetivo Skorzeny* es la novela que desvela el enigma del «hombre más peligroso de Europa». Otto Skorzeny —sin duda alguna, uno de los grandes mitos de la Segunda Guerra Mundial y también una de sus figuras más controvertidas— alcanzó fama mundial siendo capitán de las Waffen-SS en septiembre de 1943, cuando participó en la operación de rescate de Mussolini, prisionero en el inexpugnable refugio de montaña situado en el Gran Sasso. La narración de estos hechos se hace aquí desde un enfoque particularmente emocionante, para centrarse después en los años de posguerra, en los que Skorzeny lucha por eludir la persecución de sus enemigos comunistas y de agentes israelíes del Mossad que se trasladan hasta España, en donde encontró refugio desde el final de su cautiverio hasta el día de su muerte en el verano de 1975.

Lectulandia

Blanco Corredoira

# Objetivo Skorzeny

ePub r1.0

Karras 30.10.2018

Título original: *Objetivo Skorzeny*  
Blanco Corredoira, 2017

Editor digital: Karras  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

## Citas

Introducción. Cómo descifrar a un mito

I. Un encuentro con la historia

II. Objetivo Skorzeny

III. La caída de Mussolini

IV. Un rescate de leyenda

V. La desaparición de Skorzeny

VI. España, el deseado destino

VII. El plan Skorzeny

VIII. Entrada en sociedad

IX. La venganza

X. Camaradas en el exilio

XI. El último asalto comunista

XII. Un adelantado del Mossad

XIII. Los amigos españoles

XIV. La embajada de Egipto

XV. El amigo árabe

XVI. Los extraños negocios

XVII. Romano Mussolini

XVIII. Conversaciones con el mito

XIX. Cartas al descubierto

XX. Un agente perdido

XXI. La derrota más amarga

XXII. Simon Wiesenthal

XXIII. La hora final

Cronología de Otto Skorzeny

Agradecimientos

Sobre el autor

*A la memoria de mi abuelo.  
Jesús Corredoira, héroe de mi infancia.*

*Porque no hay madrugada, mañana, tarde o mediodía,  
en que no me acuerde del calor de tus caricias,  
del pecho en que yo me refugiaba,  
de tu voz sonriente y cantarina,  
y de cómo me señalabas con el dedo tus heridas.*

# Citas

*Audentes fortuna iuvat*  
A los osados sonríe la fortuna.

VIRGILIO

*Fort bien, mais a-t-il de la chance?*  
Muy bien, pero  tiene suerte?

NAPOLEÓN (antes de ascender a un oficial)

*... la decisión final de una guerra no siempre es considerada como absoluta, sino que el estado derrotado a menudo ve en ese final un mal transitorio al que cabe encontrar remedio en las circunstancias políticas posteriores.*

CARL VON CLAUSEWITZ

# Introducción

## Cómo descifrar a un mito

Pocas veces se tiene la impresión de estar en presencia inmediata de la historia, en contacto con los hombres y las pruebas que atestiguan los auténticos hechos que todos conocemos. Y al sucederme así, que tuve tan de cerca a quien trató y conoció la verdad de ese mito llamado Skorzeny, no he podido más que llevar a cabo esa tarea de averiguación hasta descubrir una verdad desconocida.

Es cierto que, en estos años transcurridos desde la primera de las revelaciones, me he preguntado muchas veces si yo tenía autoridad para desvelar unas páginas secretas en las que algunos de sus protagonistas podrían preferir permanecer en el olvido. El tiempo es, sin embargo, un buen consejero y el mejor de los abogados; despeja incógnitas y disuelve conflictos. Y precisamente por su causa, el principal confidente de esta historia ya no vive, por lo que ya no me cabe ningún temor. Por otra parte, he procurado que algunos de los nombres que pudieran verse aún comprometidos aparecieran con una leve distorsión, la suficiente para evitar cualquier tipo de represalia. Permanece lo esencial, que se narra aquí con el ánimo de construir la verdad literaria, que no está reñida con la verdad histórica. Así lo aprendí de mi maestro, el insigne romanista Juan Iglesias, cuando advertía: «Antes que la inteligencia es la punzada de la intuición la que abre brecha en los adentros de lo misterioso y verdadero. Poco puede la inteligencia sola. Mucho puede la imaginativa. Mucho puede, sobre todo, el don divino de la adivinación —*il dono divino dello storico*, que diría Albertario—, ese que solo poseen los espíritus afectivos, los espíritus cordiales. Nada como eso permite acercarse, aproximarse, a ese mundo majestuoso, preñado de soledad, que es la historia».

Skorzeny publicó, con enorme éxito editorial, sus memorias en varias entregas. Aprovechando el obligado retiro de su prisión —en los tres años largos transcurridos desde que se entregó a los norteamericanos una vez acabada la guerra, hasta su fuga del campo de Darmstadt en julio de 1948—, concibió su primera obra: *Misiones secretas*, que publicó *Le Figaro*, provocando la indignación de militantes comunistas y los consiguientes disturbios callejeros en París frente a la redacción de este periódico.

Posteriormente editó en dos volúmenes sus memorias con los títulos de *Vive peligrosamente* y *Luchamos y perdimos*. Esta autobiografía es un repaso a su vida



desde su nacimiento en Viena en 1908 hasta el día en el que él mismo dice que dio el paso hacia su nueva vida y hacia la libertad.

Lo que aquí se cuenta transcurre fundamentalmente en ese nuevo tiempo en España, donde Skorzeny encontró el lugar propicio para disfrutar de esa codiciada existencia como un ciudadano más. Y, sin embargo, nunca pudo evitar la amenaza de aquellos enemigos que no podían perdonar su pasado al antiguo coronel de las Waffen-SS y, menos aún, al mito de héroe que representaba y del que nunca renegó. Antes al contrario supo sacar partido de su celebridad, que le convenía y con la que estaba conforme.

Skorzeny es todavía hoy un mito. Pocos concitaron como él la admiración general por los hechos de armas en los que participó durante la Segunda Guerra Mundial. Hasta tal punto llegó su leyenda que los norteamericanos se refirieron a él como al «hombre más peligroso de Europa». Al jefe de comandos austriaco, al liberador de Mussolini, la guerra le planteó aventuras y peligros que solo pueden superar los más audaces de entre los audaces, los verdaderamente osados —a los que se refería Virgilio— y que son, por ello, protegidos por la fortuna.

En un tiempo de paz, Skorzeny habría triunfado como ingeniero civil o como hombre de negocios, desarrollando su carrera en su Viena natal. Pero vino una guerra larga, tan larga como cinco años, ocho meses y siete días de fuego, horror y destrucción, tiempo para cambiar o acabar con la vida de millones de europeos.

Cuando terminó la guerra, la reputación de pocos soldados de las potencias del Eje podía sobrevivir a la quema general y al ánimo de los vencedores, que atribuyeron al pueblo alemán, de forma casi genérica, los crímenes de unos hombres muy concretos. Esto hizo que fueran muy pocos los que siguieron recibiendo admiración y respeto. De hecho, si se preguntara a cualquier persona medianamente informada sobre la Segunda Guerra Mundial quiénes fueron los soldados alemanes más admirados por el resto de naciones es muy posible que respondiera con muy pocos nombres: el piloto Hans-Ulrich Rudel, militar alemán que alcanzó la más alta condecoración concedida durante la guerra: la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro con hojas de roble, espadas y diamantes, en oro; el mariscal de campo Erwin Rommel, héroe del Afrikakorps; el mariscal Erich von Manstein, alma de la Blitzkrieg o el general Heinz Guderian, que ejecutó a la perfección esa clase de guerra relámpago mandando las divisiones Panzer; el comandante de submarinos Günther Prien y quizá algún otro nombre menos conocido. Pero sobre todos estos sobresalen nada más dos nombres mundialmente conocidos, el del propio Rommel y el del coronel de las Waffen-SS, Otto Skorzeny, quien, siendo capitán, liberó a Mussolini el 12 de septiembre de 1943 de su reclusión en el Gran Sasso, en una operación que le había sido encargada personalmente tanto a él como jefe de operaciones especiales, como al general Student, que mandaba la división de paracaidistas.

Pero ¿quién fue, en verdad, Skorzeny? ¿Quién fue aquel hombre a quien unos atribuyen el mérito de las operaciones más insólitas y el valor más absoluto y a quien otros consideran sencillamente un oportunista?

La verdadera naturaleza del mito resulta, hasta cierto punto, insondable. Descifrar las auténticas motivaciones, la fuente interior de sus impulsos, el motor que daba fuerza y provocaba una forma de actuar muy concreta y característica, es algo que ya pertenece al campo estimulante de la especulación. Acaso un psicoanalista que hubiera tenido la posibilidad de sentar en el diván a Skorzeny hubiera podido desentrañar el enigma de su personalidad.

No obstante, sabemos con certeza que el austriaco jamás se habría sometido a ese trance que él consideraría propio de hombres melifluos. Pero puestos en esa tarea de la adivinación psicológica y del retrato humano, este podría resumirse en breves líneas, como trazos de un dibujo que iluminan al espectador revelando el carácter y el espíritu de un hombre.

Skorzeny fue un alma joven, un niño grande, un niño terrible si se quiere, pero un niño o mozo al que, por alguna razón, la llamada de la acción y el peligro entusiasmaron. No conforme nunca con una vida sencilla, buscó en los deportes un desahogo y una expansión que necesitaba, ya fuera la esgrima, la vela, el automovilismo o la aviación. En estas y otras prácticas se afanó, quién sabe si persiguiendo también la admiración y el respeto de aquellos que le conocieron. Estas parecen ser las mismas pulsiones que le llevaron a participar a los diecinueve años en el primero de sus duelos de esgrima —donde se debían soportar los asaltos reglamentarios y había que comportarse dignamente aun a pesar de las terribles heridas de sable—. En uno de estos duelos recibe la Schmisse o cicatriz de honor que le acompañaría toda la vida y de la que se sentía orgulloso: «Puedo afirmar formalmente que las cicatrices de mi rostro no son consecuencias de duelos a cuchillo sostenidos en los ambientes de los bajos fondos. Me las gané, diciéndolo de una forma simple, de un modo honrado... Proclamo que estoy orgulloso de que mis heridas sean consecuencia de duelos estudiantiles; de haber dado la cara voluntariamente; de haber soportado estoicamente el dolor y de haber sabido comportarme en todo momento con dignidad».

¿Cabe una declaración más reveladora de su personalidad? Las fotografías que ilustran aquellos lances dan cuenta de un mocetón alegre que agarra levemente la cazoleta del sable con el dedo meñique y el anular de la mano izquierda, mientras que entre los dedos índice y corazón sujeta un cigarrillo. Un gesto de fatiga puede adivinarse en su mirada perdida, y en el esbozo de una pequeña sonrisa se aprecian su asombro y satisfacción. Es todavía un muchacho, alto como un oso, con redondas mejillas y un pelo corto, fuerte y rebelde que apenas es capaz de peinar. A su lado, los demás camaradas de aquella hermandad de estudiantes parecen sus tíos o hermanos mayores. Y es porque se sabía con apariencia de eterno adolescente por lo que

Skorzeny buscaba en las cicatrices, el cigarrillo y el uniforme una forma de auparse y ser respetado como guerrero.

El Skorzeny más mayor, aquel hombre de mediana edad que apuró su felicidad en la España de los años cincuenta y sesenta hasta su muerte en 1975, seguía conservando un aspecto juvenil. Su rizado pelo entrecano y castaño no había retrocedido ni un milímetro en la línea adelantada de su frente. Esta ya aparecía marcada con tres arrugas paralelas algo profundas, sobre unas cejas poco pobladas. Pero eran sus ojos verdes, vivos e inquietos a los que se asomaba su alma fervorosa y centelleante. A veces, no obstante, cuando dejaba algo perdida su mirada o simplemente cuando se dejaba observar, sus ojos parecían reconocer, con cierta melancolía, que habían visto y trabajado mucho.

Las demás arrugas que surcaban su cara denotaban también una biografía de muchos soles y muchos vientos y hasta parecían competir con una larga cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda hasta la barbilla y otra más profunda que caía desde la comisura del labio inferior, también en su lado izquierdo y que se cruzaba con la anterior.

De su enorme cuerpo de un metro noventa y tres centímetros destacaban tanto la anchura de sus hombros como el tamaño de sus manos. Las muñecas tenían un diámetro magnífico, como dos poderosas ramas de un roble incommovible y recio.

Solía vestir con trajes grises de entretiempo, con camisa blanca y gemelos. Ante la dificultad de encontrar trajes o camisas que pudieran contener aquel corpachón, Skorzeny encargaba la ropa a un sastre para que se la hiciera a medida.

Robusto, algo grueso sin llegar a la gordura y tremendamente fuerte, aquel era el cuerpo de un hombre vital, que respiraba la vida por los sentidos hasta tal punto que no desdeñaba comida, bebida, ni tabaco que se le pusieran por delante. Su alegría y temeridad nunca llegaron a la total despreocupación, antes al contrario, Skorzeny sabía que no debía abandonarse. Por eso fue siempre un hombre pulcro y elegante, razonablemente ordenado y cuidadoso con el dinero. Supo gastar para vivir en consonancia con la posición que la vida le había otorgado y con el personaje en el que se había convertido. Pero supo también ser constante en el trabajo, machacón e insistente, llegando a acumular una cierta riqueza que algunos exageran hasta convertirle en alguien muy rico y que otros niegan con rotundidad.

Era Skorzeny, en definitiva, un hombre de respetable presencia quien, sin destacar por su belleza, resultaba atractivo y agradable, además de abiertamente simpático.

Para el infatigable corresponsal de guerra Erik Durschmied, «la constitución física de Skorzeny le daba un cierto aspecto de estrella de cine, se podía comparar con John Wayne».

Pero en todos estos adornos de su personalidad destacaba su buena preparación: se había diplomado como ingeniero, habiendo llegado a ejercer con éxito como tal en los años previos a la guerra y dominaba el alemán, el inglés, el francés, el italiano y el español. A todo lo anterior habría que sumar su tenacidad y capacidad de decisión,

con un tremendo sentido de la oportunidad. En los graves momentos en los que hay que dar un paso hacia delante, y mientras los demás hombres dudan y sopesan qué hacer, Skorzeny se adelanta, se ofrece como voluntario y dicta las órdenes. En todo lo anterior se fundamenta un mito que no fue obra exclusiva de la propaganda nazi de Goebbels, aunque esta lo supiera explotar convenientemente.

A juicio de Durschmied, Skorzeny tenía una personalidad y una presencia arrolladoras: «De todas las personas que he entrevistado, y he entrevistado a John F. Kennedy, a Nikita Jruschov, a Gamal Abdel Nasser, a David Ben-Gurión o a Sadam Husein..., de todos estos personajes, solo de dos conservo un vivo recuerdo. Uno es, por supuesto, Fidel Castro, y el otro es, desde luego, Otto Skorzeny». Resulta curioso que, ante este mismo reportero, Fidel Castro manifestara su admiración por Skorzeny y la curiosidad que sentía por poder conocer a alguien que había sido capaz de llevar a cabo sus conocidas hazañas.

Cuando tras su cautiverio y posterior fuga volvió a aparecer el rastro de Skorzeny en París, y *Le Figaro* publicó sus primeras crónicas de operaciones especiales, la prensa de todo el mundo recogió admirada aquella novedad. Así, por ejemplo, en crónica telefónica dictada al diario *La Vanguardia* en abril de 1950, el periodista Antonio Martínez Tomás hacía la siguiente semblanza: «Otto Skorzeny es uno de esos personajes de novela que produce la humanidad de tarde en tarde. De un arrojo increíble, digno de los condotieros del Medioevo, asumió las más inverosímiles acciones de guerra».

Desde el refugio Campo Imperatore, Gran Sasso

# I

## Un encuentro con la historia

Aquel viaje a California había dejado en mí unas huellas profundas, por mucho que durante casi veinte años no las tuviera en cuenta, o pasara de largo sobre ellas discretamente, como si fueran las simples anécdotas de unas vacaciones de juventud. Y, sin embargo, las palabras que escuché entonces de la boca del veterano del Ejército israelí Ricardo Weisman fueron germinando en mí un deseo y una voluntad por llegar a conocer toda la verdad del misterioso y controvertido personaje que fue Otto Skorzeny.

Para que esta historia pudiera ser contada fue necesaria la casualidad primera de haber conocido al antiguo agente del Mossad durante aquel viaje del verano de 1998, pero también la generosidad de Luis M. Pardo, quien, quince años después, quiso compartir conmigo el estudio del legado de Ilse Skorzeny, la viuda del antiguo coronel de las Waffen-SS. Él se preocupó de ordenar y clasificar una inmensa cantidad de cartas, documentos, escrituras, fotografías y recuerdos personales de la vida de Skorzeny desde su fuga del campo de Darmstadt en 1948, pasando por la época de su llegada a España en 1950 y la nueva vida que llevó en Madrid, hasta su muerte en julio de 1975.

Para poder descifrar al mito Skorzeny fueron necesarias las revelaciones que me hizo en primera persona Ricardo Weisman sobre el comando que llegó a España en 1961, además de las consultas que yo mismo hice a la colección de documentos de su viuda.

Un tiempo antes de mi viaje a los Estados Unidos había ganado una beca de estudios en Salzburgo del Colegio de Abogados. En el transcurso de esta trabé amistad con G.B., un joven letrado de Los Ángeles que destacaba por su fuerte personalidad. Se aprovechaba de su voz grave y sugerente, que administraba con inteligentes pausas, y de una inteligencia que se refleja en sus ojos azules y chispeantes que brillaban tras unas gafas de cristal algo grueso y sin montura. Tenía la tez muy blanca, algo pecosa y el pelo negro y rizado. Su cuerpo tendía hacia una simpática gordura.

Según me contó entonces, él era el continuador de una saga de abogados y empresarios judíos establecidos en Norteamérica desde hacía tres o cuatro generaciones.

Al terminar el curso, mi nuevo amigo me invitó a viajar hasta los Estados Unidos. Cuando llegué allí, no sabía que su mundo giraba alrededor del exclusivo vecindario de Beverly Hills, donde tuve la oportunidad de conocer a toda su familia y a muchos de sus amigos. Entre ellos se encontraba aquel pariente suyo que hablaba perfectamente español con un leve deje argentino.

—Llámame Ricardo, aunque aquí todos me llaman Rick. Me trae muy buenos recuerdos el nombre completo en español —me dijo en aquel primer encuentro.

Entonces no sabía yo lo cerca que estaba de conocer los primeros detalles de una historia desconocida y que me llevaría tantos años terminar de hilvanar con la promesa de ocultar algunos nombres. Y todo ello a pesar de que no cabe represalia alguna dado el tiempo transcurrido: han pasado más de cuarenta años desde la muerte de Otto Skorzeny y han debido de morir casi todas las personas que vivieron aquellos hechos.

Ricardo Weisman tendría entonces algo menos de setenta años y, a pesar de todo, mantenía la prestancia de un atleta maduro, como si solo el sol y el viento hubieran hecho madurar en él sus arrugas y un color de piel muy moreno. Conservaba insolentemente todo el pelo, blanco y bien peinado. En realidad, representaba allí, en aquella ciudad de tanta prosperidad, al ideal americano del jubilado con la vida resuelta y sin otra preocupación que la de mejorar su hándicap en el campo de golf. Solía vestir acorde con aquella afición, con pantalones de color crema, perfectamente planchados con la raya en medio y polos o camisas de color blanco que, a menudo, alegraba con jerséis de pico de vivos colores, como el rojo, el verde inglés o incluso algunos más chillones como el menta, el rosa o el azul celeste.

Con la distancia de estos años puedo comprender mejor sus intenciones cuando creyó ver en el joven abogado que yo era entonces una especie de albacea de sus recuerdos españoles. Hoy puedo decir que sus confesiones eran un legado que hacía para el tiempo en el que él ya no viviera, y para lo cual debía sembrar en mí su testimonio sobre la verdadera lucha de Israel, en aquel tiempo, contra los vestigios del nazismo.

En la primera cena en la casa de los padres de G.B. fui, hasta cierto punto, el centro de atención por el hecho de ser el amigo nuevo que venía de España, la tierra cuyo nombre es una evocación entrañable y misteriosa para tantos judíos. Y fue Ricardo la persona que me hizo más preguntas. Entonces no podía sospechar yo que en esta curiosidad existía una quemazón, una inquietud por contar lo que a nadie había contado antes. Era, por tanto, como si quisiera averiguar si yo podía ser un mensajero útil para lo que —días más tarde— tendría que contarme.

La cena continuó con algunos brindis que no pusieron fin a la velada, porque aún nos quedamos Ricardo y yo en el salón tomando una copa de *grappa*, a la que él era aficionado desde su juventud en Buenos Aires.

A los ojos de mis apenas treinta años, Ricardo Weisman era un viejo rico que estaba ya de vuelta de las veleidades de los hombres más jóvenes. Aquel rato me

servió para comprender que no sería la última vez que nos veríamos. Quizá el hecho de que yo le contara mis viajes con Asaf C., un cliente israelí con negocios en España, terminó por convencerle de que yo era la persona idónea para recibir aquella información que no quería que se perdiera.

—Me gustaría verte en mi casa un día de estos —me propuso Ricardo—. Si te parece bien una tarde tomamos café o merendamos, lo que tú prefieras. Me gustaría contarte lo que estuve haciendo en España hace ya algunos años. Aunque solo tengo setenta años y seguramente tú me veas bien... —Ricardo se echó a reír mientras me decía esto—, no me queda mucho tiempo. Es ley de vida. Podría contar mi experiencia española a alguno de mis sobrinos o amigos de aquí, pero ¿de qué serviría? La mayoría de ellos no conocen España, ni tienen el interés o la preparación que adivino en ti.

Cuando al cabo de dos días llegué a su casa, Ricardo me recibió en un hermoso salón que asomaba a la piscina del jardín. Su mujer era una señora muy bien parecida y de su misma edad, que me saludó con toda atención, aunque prefirió mantenerse al margen de nuestra reunión.

Con cierta premura, Ricardo se acomodó en la esquina del sofá que solía ocupar, frente a un amplio ventanal, y me invitó a sentarme en el sofá contiguo. Pude observar cómo frotaba nervioso el bordado de un cojín con la palma de la mano, como si estuviera impaciente por empezar a contarme aquello que ya me había anunciado.

—Me ha dicho G.B. que te gusta escribir y que has publicado algún suelto en la prensa. —Al decirme esto me quedé algo desconcertado y asumí que Ricardo sabía algo más de mí de lo que yo creía—. No voy a tener muchas oportunidades de conocer a un futuro escritor que sepa de España y pueda algún día contar lo que yo te voy a desvelar. Siento que aún tengo una cuenta pendiente. Algo que quisiera dejar hecho, aunque no sea más que un encargo algo incierto, en la confianza de que algún día alguien, que podrías ser tú, lo cumpla.

»Hemos hecho bastantes cosas, en general, Israel y los judíos. Tú sabes cómo hemos construido una nación y que hemos sido capaces de crear hasta una cierta leyenda sobre nuestra forma de ser. Seguimos siendo un pueblo odiado, pero también admirado por nuestra laboriosidad e ingenio. Y todo esto lo hemos conseguido vender también a través de los medios de comunicación y del cine.

»En lo que se refiere a las secuelas de la guerra, hemos hecho muchas cosas para perseguir y condenar a los criminales del Tercer Reich. Y en este asunto de la guerra y del holocausto yo creo que los españoles sois, en cierto modo, imparciales. Y mira por qué te lo digo, he viajado mucho por España en aquellos años sesenta y siempre encontré que era un pueblo que había vivido ajeno a la tragedia europea; fíjate que su territorio es uno de los muy pocos de Europa, con Portugal, Suiza e Irlanda que se vieron libres de cualquier agresión. Y ajeno también a los odios de raza. No encontré

españoles que fueran nazis ni tampoco españoles que conocieran siquiera a ciudadanos judíos.

—Es verdad que en España no hay mucho racismo —me atreví a responderle—. Tenemos otros muchos defectos, pero el racismo no es uno de ellos.

—En España no había una raza aria que postular —dijo Ricardo—. Sois una mezcla de todos los que han ido escapando de otros sitios hasta llegar a ese bendito rincón de Europa. Pero lo que te quería exponer es que Israel mantiene una cruzada, valga la expresión, aunque más bien debería decir una *estrellada*, ¿verdad?, contra lo que pueda quedar de nazismo y contra lo que ha significado. Y eso es natural..., es comprensible.

—Es verdad —asentí.

—Pero, mira, Jose —Ricardo pronunció mi nombre sin acento, a la manera castiza—, cualquiera de nuestras familias ha perdido a varios de sus miembros en lo que llamamos la *Shoah*. El genocidio fue tan descomunal y cruel que las naciones aliadas se sintieron en deuda con el pueblo judío. De ahí nace el Estado (ortopédico, si se quiere, o impuesto) de Israel. En unas circunstancias y con unos resultados dramáticos. Yo tengo la nacionalidad israelí y fui soldado de Israel, a pesar de haberme criado en Buenos Aires y de haber venido de jovencito a Los Ángeles.

—Pero, tú ¿de dónde te sientes?

—Esa pregunta es muy complicada. Ni siquiera yo sé responderte. No me siento norteamericano, a pesar de haber vivido aquí la mayor parte de mi vida y de estar muy agradecido a los Estados Unidos... Creo que la mayor parte de las veces mi corazón se siente de Buenos Aires, argentino. Aunque Buenos Aires es una cosa y Argentina otra.

»La España que conocí en el sesenta y uno era muy parecida al Buenos Aires de mis padres, al que conocí de niño. Resultaba muy fácil trabar conversación y amistad con cualquiera. El bullicio de Madrid era fantástico.

»Ahora te quiero contar lo que me llevó a España. Veo que mi sobrino G.B. ha entendido (y esa es la cosa inteligente) que yo solo quería hablar contigo, y se ha marchado. Esto que te voy a contar no lo saben ellos, al menos, de forma oficial. Aunque siempre lo habrán sospechado. Yo fui reclutado por el Mossad a finales de los años cincuenta. Tenía aproximadamente la edad que tú tienes ahora. Y estuve como agente en unas y otras misiones por el mundo, pero la que te voy a relatar tuvo su importancia. No hace mucho tiempo escuché de un periodista israelí una versión de la operación que el Mossad organizó en España y que tenía como objetivo al coronel de las SS, al austriaco Otto Skorzeny, el rescatador de Mussolini. Y esa versión es una falacia de principio a fin que quiero desmentir.

La conversación continuó hasta la hora de la cena. Él debía de saber que no iba a terminarse tan pronto porque me pareció que tenía preparadas algunas cosas para complacerme. Y hasta sacó un vino español en mi honor.



—Espero que te guste este Ribera —dijo, descorchando un tinto Pesquera del que ponderaba su año y que entonces, por defecto de mis pocos años, no supe apreciar—. A quienes aún disfrutamos de un buen asado argentino nos gusta este vino de Ribera del Duero —añadió, mientras en una parrilla situada en el jardín un empleado de servicio filipino preparaba unas chuletas.

Ricardo quería advertirme sobre la fantásica versión que el Mossad había hecho circular sobre el encuentro de agentes israelíes con Skorzeny en Madrid.

—Hace un tiempo, leí a un periodista israelí que contaba una historia completamente inverosímil sobre Otto Skorzeny. Hablaba de una presunta visita de agentes judíos a la oficina de Skorzeny. Me di cuenta de que no era más que propaganda. Según este periodista, dos agentes israelíes (uno de ellos Rafi Eitan, que participó en el secuestro de Eichmann en el sesenta) se presentaron en el despacho de Skorzeny de la calle Montera para conseguir su cooperación. Y, pásmate, en un momento consiguieron su compromiso de colaborar con Israel delatando a los antiguos oficiales que trabajaban para Egipto en su programa de misiles balísticos. Eso no se lo cree nadie. Esa mentira solamente se explica por la fiebre que tienen en Israel por agrandar el mito. ¡Cómo somos de buenos que hasta el hombre más admirado de las SS colabora con nosotros!

—Pero ¿cómo es posible que se inventen una versión así, dando nombres y apellidos? —pregunté a Ricardo, pues, en verdad, la versión parecía algo absurda.

—Mira, Jose, entonces me acordé de que, estando yo en Israel, acudí a una conferencia en la que también se daba una imagen completamente distorsionada y falsa sobre Skorzeny. Yo comprendo que el mito de Skorzeny había sido útil a los alemanes, y ahora el mito del Mossad es útil a Israel. ¿Quién soy yo para desmontar los mitos? Pero escucha la versión de este hombre porque no será la primera vez que oigas hablar de él.

Me acomodé en el sillón con la idea de disfrutar del relato que Ricardo denunciaba como falso y que tanto le molestaba. Él, por su parte, se recogía el pantalón pellizcando levemente cada pernera por encima de la rodilla, para incorporarse un poco y sentarse en el mismo borde del sofá. Se llevó la mano a la montura de las gafas para acomodarlas mejor sobre la nariz. Parecía excitarse con la confidencia.

—El autor en cuestión —siguió relatando Ricardo— contó en aquella conferencia en Tel Aviv que cuando Israel estaba preocupada por la amenaza que suponía el programa de misiles balísticos de Egipto, comprobó que antiguos oficiales e ingenieros del Tercer Reich trabajaban con el régimen de Nasser. Según este profesor y periodista (me vas a perdonar, pero no recuerdo el nombre), Israel estaba verdaderamente alarmada y no consiguió detener aquella amenaza hasta que envió a Madrid a dos agentes. Pero fíjate que no mandaron a dos hombres cualquiera, no, no. Según él, ni más ni menos que a Rafi Eitan. Eso no se lo cree nadie. Yo conocía España, había estado allí cuando lo de Bronston. Te aseguro que si se presentan

entonces en España esos dos pájaros... una de dos, o no los dejan entrar, o les siguen hasta el cuarto de baño. ¡Los agentes que detuvieron a Eichmann!

—Perdona que te interrumpa, Ricardo, ¿qué es lo que más te molesta de este asunto?

—Hombre, no es solo que le atribuyan un trabajo que no hicieron a los que no necesitan más gloria, que también me molesta... Es el hecho de contar una historia tan boba, una historia que no se la cree nadie. Mira una cosa, en la España de entonces, el secuestro de Eichmann no debió de sentar bien en El Pardo. A ningún Gobierno le parece bien que aparezcan unos tipos con pasaporte falso y secuestren a un ciudadano que vive allí pacíficamente. En cierto modo, era un aviso de lo que podían hacer en España. Además, la España de Franco nunca reconoció a Israel. Siempre se llevó bien con los moros... aunque a su manera. Entonces viene este tipo que ha escrito unos pocos libros, que da clases, que escribe algún suelto... y nos cuenta esa milonga. Pero sigamos, sigamos. Supongamos que Rafi y su amigo llegaron a entrar en España en el sesenta y tres o sesenta y cuatro, ni siquiera cuadran las fechas... Nos habrían mandado a nosotros, que ya habíamos estado en España y con toda la cobertura del mundo. Bueno, supongamos que entraron y pasaron desapercibidos, que ya es mucho suponer. Ahora viene la parte más absurda del cuento: según él, se presentaron un buen día en el despacho de Skorzeny, se identificaron y le explicaron que venían a pedir su colaboración. Querían que les dijera quiénes eran los que trabajaban en Egipto, qué hacían... en fin, que delatara a sus antiguos camaradas. Skorzeny duda, les pregunta por qué se ha de fiar de ellos, que cómo puede saber si no irán después a por él, como fueron a por Eichmann. Y va Rafi Eitan, saca un folio en blanco y escribe unas letras. Allí pone que el Estado de Israel renuncia a reclamar o perseguir a Otto Skorzeny por delito alguno, este lee el documento, lo da por bueno y comienza a colaborar con los israelíes delatando a todos. —Ricardo hizo un alto y, no aguantando más, se puso de pie—. ¡Pero se puede ser tan imbécil como para decir esto! ¿Pero qué garantía era aquel papelito? ¿Pero qué poderes tenía ese hombre? ¿A quién representa un agente secreto con pasaporte falso? ¿Desde cuándo un espía es un ministro plenipotenciario? Te digo que escriben cosas para analfabetos... será ridículo, alguien que haya leído algo sabe que estas cosas no ocurren. Pues nada, las han contado, las han publicado y las seguirán publicando. Y luego está —siguió argumentando— esa falta de apreciación psicológica del personaje. ¿Pero alguien se ha parado a pensar qué tipo de hombre era Skorzeny? Yo comprendo a los que, por envidia o por escepticismo, lo llamen fantasioso, oportunista... en fin, lo que tú quieras. Pero en este cuadro queda como un cobarde que en cinco minutos es reducido sin la más mínima amenaza. Al Skorzeny que yo conocí no lo acorralaba nadie. ¡Era un tigre! ¿Se cree alguien que iba a recibir a dos desconocidos en su despacho sin tomar precauciones? Piensa asimismo qué podían hacer aquellos dos extraños en su despacho. Skorzeny podía tener sus defectos y sus debilidades, pero el miedo y la falta de previsión no estaban entre ellos. Había

pasado por varios frentes, entre ellos el de Rusia (donde resultó herido); había sobrevivido a un derribo aéreo en aguas de Córcega; asaltó con éxito el Gran Sasso donde liberó a Mussolini, y aún tuvo tiempo de secuestrar al hijo del almirante Horthy en Budapest... Tras la guerra había escapado de un campo de prisioneros y consiguió zafarse de todos para presentarse en España con identidad falsa e iniciar una próspera carrera. Y a este bicho en cinco minutos le convencen de colaborar con Israel y delatar a sus antiguos camaradas. En fin, lo que te decía antes, que cada uno inventa sus mitos, pero hay que inventarlos bien, ¿no te parece? —Ricardo hizo una pequeña pausa para retomar su copa de Ribera—. En España oí una expresión que utilizo mucho..., bueno, cuando me dejan hablar español. Pero seguro que muchos no la entienden. Cuando alguien hace o dice una cosa absolutamente absurda, decís aquello de «Eso no se le ocurre ni al que asó la manteca», bueno, pues eso. Esta historia no se le ocurre ni al que asó la manteca. Una milonga, un cuento.

El verdadero hombre que había seguido a Skorzeny en Madrid necesitaba contar la verdad sobre cómo Israel se fijó en él y cómo lo persiguió. Le irritaba aquella falsa atribución y aquella caricatura de la historia. Más de quince años después, yo mismo me enojé al leer aquella versión que Ricardo Weisman me había contado desde su casa de Los Ángeles, en el año 1998, cuando se publicó el libro *Grandes operaciones del Mossad*, de Michael Bar Zohar. Supuse que el profesor y periodista al que se refería Ricardo debía de ser uno de estos autores.

De esta forma comenzó una serie de entrevistas con Ricardo Weisman, que transcurrieron unas veces en su casa y otras paseando por los alrededores o tomando café en su club de golf, el Hillcrest Country Club. Lo que se narra de aquí en adelante tiene su origen en aquellas confidencias.

Hacia 2009 tuve la oportunidad de estudiar la colección Skorzeny —una serie de documentos y efectos personales que había sido examinada y clasificada por Luis M. Pardo— antes de que fuera subastada en los Estados Unidos en el año 2012. Aquella colección era el legado que la viuda del coronel, Ilse Skorzeny, había hecho al padre de Luis M. Pardo. Se componía de objetos muy diversos, como los relojes de pulsera que Mussolini y el rey Hussein de Jordania le regalaron en su día, agendas personales, cuadros, fotografías, películas en super-8, cientos de cartas, pasaportes de toda naturaleza —muchos de ellos falsos—, álbumes de sellos, libros contables donde se relacionaban, asiento por asiento, cada ingreso y cada gasto cargado en sus muchas cuentas bancarias repartidas por medio mundo, entre otros enseres. En realidad, se trataba de todo lo que Otto Skorzeny tenía en su despacho madrileño de la calle Montera y en sus viviendas de Alcudia, en Mallorca, y de El Viso, en Madrid. De nada había tenido tiempo de deshacerse, pues murió a principios de julio de 1975 en su casa madrileña, con todo previsto para ir a veranear, como cada año, a la isla.

A pesar de que Skorzeny estaba casado anteriormente y tenía una hija en Alemania, desde 1949 o 1950, Ilse —que había sido en sus anteriores nupcias la condesa Von Finckenstein— fue su amante y compañera y, desde 1954, su esposa.

Hasta su muerte en 1975 se mantuvieron muy unidos en un exilio de altos vuelos, que no dejaba de ser el refugio de una pareja madura en un país extraño. Ilse guardó con celo todas aquellas pertenencias de su idolatrado marido, y pasó a dormir a la habitación contigua porque no podía soportar su ausencia.

Otto Skorzeny había dejado recursos y bienes suficientes para que su mujer pudiera mantener aquella vida de millonarios, pero ella no supo administrarse. Fiel a su afición a los viajes y al lujo, seguía haciendo relaciones sin mucho cuidado, por lo que no dejó de atraer a un número suficiente de estafadores que supieron entusiasmarla con proyectos que no eran más que timos redondos. Finalmente, Ilse acabaría perdiendo todo su patrimonio, manteniendo tan solo una asignación mensual en dólares que una compañía farmacéutica suiza le ingresaba desde 1975. Pero no todas aquellas amistades serían nefastas. En los años noventa Ilse conocería en Suiza a un hombre de negocios español que pasaría a ser, con su familia, la única y verdadera amistad que la acompañaría el resto de sus días.

Toda la documentación que conservó Ilse Skorzeny es la que ha permitido que hayan llegado a nosotros, paso a paso y año tras año, las andanzas de aquella singular figura que fue Otto Skorzeny.

## II

### Objetivo Skorzeny

Alguien llamó a la puerta del despacho del abogado Daniel Lowenstern. No esperaba ninguna visita, era sábado por la mañana y se encontraba él allí solo. Le sorprendió la presencia de un hombre de mediana estatura y unos cincuenta y tantos años, pero no sintió ningún recelo porque la mirada oscura y el rostro amable y despierto de aquel señor no podían traer ningún asunto grave ni ninguna amenaza.

—Buenos días, señor Lowenstern, me llamo Isaac Ben-Asser y trabajo para el Gobierno de Israel —se anunció la visita al tiempo que extendía una tarjeta en la que solamente figuraba su nombre. Una de esas tarjetas en las que su titular escribe a mano su teléfono o dirección, según convenga.

El abogado reaccionó con gentileza y le invitó a que le acompañara hasta la sala en la que solía recibir y que estaba contigua a la de su propio despacho, separadas ambas estancias por unas puertas correderas que tenía abiertas. Se encontraban en una elegante finca dentro de la ciudad de Burbank, una de las que integran el condado de Los Ángeles. Cuando se hubieron acomodado, y después de preguntar a su visita si deseaba algo, Lowenstern pudo escuchar lo que Ben-Asser venía a decirle:

—Señor Lowenstern, venimos a pedirle que se haga cargo de un asunto... —prosiguió, tras una breve pausa para medir sus palabras—: un tanto particular. Evidentemente haremos frente a sus honorarios, sobre esto no tenga ninguna duda. Represento, como le he dicho antes, al Gobierno de Israel. No me pida que le muestre ningún documento, pronto comprobará que todo lo que le digo es cierto. Lo que necesitamos es que nos ayude a enrolar a determinadas personas en la productora de Bronston, ya que es usted su hombre de confianza. Por supuesto, quisiéramos que lo hiciera con la mayor confidencialidad. No puede hablar de esto con él, ni con nadie.

El agente israelí se refería a Samuel Bronston Productions, que se disponía a rodar en España la película *El Cid*, una superproducción que llegaría a desplegar un ejército de profesionales, técnicos y figurantes. En su reparto destacaban como actores principales: Charlton Heston, Sophia Loren y Raf Vallone. En la plantilla del rodaje, Ben-Asser pretendía colar a sus agentes para que pudieran vivir y viajar con facilidad por España.

El abogado permaneció callado, como esperando que el hombre pudiera concretar en más detalles aquel singular encargo, pero Ben-Asser no continuó, lo que hizo que

aquel le diera una primera respuesta.

—Me va a disculpar si le digo, como es mi obligación, que no acepto encargos que no sean profesionales. Dudo que yo les pueda ayudar en lo que me piden, pero suponiendo que lo hiciera, desde luego que no les cobraría honorarios. Ningún abogado que se precie lo haría por servicios de esa naturaleza.

—Bien, yo le entiendo, pero déjeme que le explique algunas cosas. En primer lugar, sobre esto último que ha dicho, la naturaleza del encargo. Efectivamente, es más un encargo patriótico que jurídico, como ha comprendido. Y ruego que nos disculpe el atrevimiento. Me siento apurado por haberle pedido esto sin antes hacerle llegar nuestros respetos. Sabemos que usted es un profesional de primer orden. Y por eso, su ascendencia sobre sus clientes es grande. Esto que le solicitamos no es el capricho, como habrá podido suponer, de colocar a unos parientes; son agentes en misión importante para nuestro pueblo. Pocas veces se presentará la ocasión de llevar a España a un grupo de profesionales con mejor cobertura que la del rodaje de esta película.

—Me hago cargo —añadió brevemente el abogado, como si quisiera demostrar que prestaba verdadera atención.

—Cuando le indique sus nombres y referencias, verá que no será difícil recomendarlos. Su empeño será recompensado, pero en el caso de que no obtuviera el resultado que esperamos, presionaríamos nosotros directamente a Bronston. No se tendrá que preocupar de nada, nosotros corremos con todos los gastos —insistió Ben-Asser, persuasivo.

—Yo comprendo, pero, mire usted, no solamente son los gastos. No es fácil confeccionar los equipos de un rodaje y luego está..., cómo diríamos, el riesgo que corre la productora si se llega a descubrir que es una tapadera para agentes secretos israelíes.

—Nadie revelará nada y tampoco serán descubiertos, no se preocupe —le aseguró Ben-Asser.

—Además, el Gobierno de España no ha reconocido a Israel, no mantiene relaciones diplomáticas... es hostil a su Gobierno.

—Por eso mismo —insistió el agente—. Mire, conozco bien España. Soy, de alguna manera, algo español por lo que tengo de sefardita, y le aseguro que el Gobierno de Franco no es hostil a Israel, pero ha preferido jugar la baza de los países árabes. España posee en el Sahara un territorio tan grande como California, aparte de las ciudades de Ceuta y Melilla y las Islas Canarias; tiene demasiado interés en mantener sus posesiones a salvo. A duras penas acaba de consentir con Francia en la independencia de Marruecos...

—Sí, sí, pero aun así es comprometido para una empresa el que se descubra que ha llevado a España a una partida de espías —y añadió, cauteloso—: ¿Por cierto, de cuántos hombres hablamos?

—Cuatro. Cinco a lo sumo. Todos con buenos oficios y credenciales.

—Sí, sí, ya me imagino... credenciales, dice usted. ¡Será por papeles! —exclamó Lowenstern, alzando la vista hacia la ventana como si buscara alivio, en un gesto que denotaba que no se resistiría mucho a la petición.

—Usted sabrá cómo hacerlo. Le enviaré los nombres mañana mismo —concluyó Ben-Asser, incorporándose levemente hacia el extremo del sillón, como para hacer hincapié en lo que había venido a plantear.

Lowenstern le miró con resignación atusándose su escaso pelo. Apenas si pudo despedirse de forma adecuada. Simplemente accedió al no saber oponerse. En el fondo, lo que más le desagradaba de aquello era el hecho de que no fuera un asunto, que no fuera un encargo jurídico ni profesional. Él estaría encantado de recibir del Estado de Israel el encargo de entablar una demanda y de reclamar en su buen nombre, pero esto era una cosa que podía hacer cualquiera, fuera o no abogado.

Ben-Asser, por su parte, se marchó ufano, sentía la satisfacción de estar iniciando un camino y de haber abierto una pequeña senda por la que se irían colando sus hombres.

Al día siguiente, tal y como habían acordado, Lowenstern recibió un sobre con cuatro nombres y una nota sobre la experiencia de cada uno. Ya no quedaba más remedio que tomar el teléfono y llamar a los jefes de equipo. Para su sorpresa, no encontró ninguna oposición, quizá impresionados porque les llamara Daniel Lowenstern. De él sabían que era el abogado de la productora, que era tanto como decir el abogado de Samuel Bronston, por lo que no tenía apenas que identificarse.

Marcel Neyman, Thomas Seymour, Claudio Moretti y Ricardo Rodríguez. Los cuatro apellidos eran perfectamente falsos. Los nombres se correspondían con el primero o segundo de bautismo, de forma que no fallara el subconsciente a la hora de tener que responder.

Marcel Neyman era israelí aunque su familia era de origen francés. Ya había superado los cuarenta años y sería el jefe de aquel nuevo comando y el oficial de más alta graduación. Presumía de su austeridad y disciplina y, en cierto modo, arrastraba entre los soldados una fama bien ganada de hueso.

Thomas Seymour, inglés de origen, era un especialista de la acción y el único que era exclusivamente un soldado; muchas veces se mostraba impaciente por su afición a las situaciones de riesgo.

Claudio Moretti era mitad francés y mitad italiano, pertenecía también al Ejército pero tenía un pasado de partisano en Francia. Más maduro que los anteriores, tendría alrededor de los cuarenta y cuatro años y poseía una extraordinaria fortaleza física, con hechuras de boxeador.

Ricardo Rodríguez era un nombre perfectamente discreto para Ricardo Weisman, aprendiz de sastre —oficio que ya dominaba por haberlo adquirido con su padre, auténtico maestro en el oficio de sastrería—. Un apellido común para quien se haría pasar por nieto de emigrantes gallegos en Argentina. Su documentación venía cuidadosamente preparada con un pasaporte falsificado por uno de los mejores

profesionales de Buenos Aires, un polaco que tenía un taller de cerrajería en las Barrancas de Belgrano. Decían de él que era tan buen cerrajero como falsificador.

Ricardo Weisman ya venía colaborando por entonces como voluntario en el Mossad. Hablaba alemán y español de forma absolutamente bilingüe y el inglés con soltura, aunque con marcado acento hispano. Tenía algunos estudios y el oficio de sastre, aparte de la edad prometedor de los veintitantos. Todavía creía en las grandes causas, en un nuevo orden, una comunidad internacional en la que Israel podría hacerse respetar, y en la necesidad de perseguir a los criminales de guerra. Venía siendo un agente informador que no tenía verdadero conocimiento de lo que era el Instituto, que era como acostumbraban a llamar al Mossad. Había viajado por bastantes países como Costa Rica, Paraguay y Brasil, en misiones indagatorias.

Israel contaba con nuevas embajadas por todo el mundo con personal adscrito a las mismas, pero, a diferencia del resto de las naciones, disponía de comunidades israelitas dispuestas a ayudar a su patria espiritual. De modo que entre estos judíos no era difícil encontrar quien acogiera y proporcionara información. Esta había podido ser una de las razones por las que tan fácilmente el Instituto se convirtió en una de las más temibles agencias de inteligencia del mundo.

Ben-Asser era uno de los agentes del Mossad de la primera hornada. Tenía entonces sesenta aguerridos años. Aunque era consciente de que su tiempo como agente de campo o *katsa* había pasado, parecía dispuesto a participar en cualquier empresa si fuera necesario. Como sefardita de Salónica, que había escuchado desde pequeño el ladino, se pasó con facilidad a la dicción y ortografía del castellano. Y en verdad parecía un español más: bajito, recio, de tez cetrina y amable a la vista; en su mirada castaña parecía llevar prendida la llama de un ser agudo y apasionado. Lucía siempre trajes bien planchados, camisas impecables, un afeitado escrupuloso; en todas las maneras en las que se manifestaba demostraba un punto de carácter y esmero.

Ricardo no llegó a conocer a sus compañeros de comando hasta una semana antes de viajar a España. Ben-Asser los citó en una discreta casa de West Hollywood para compartir una primera cena de confraternización. Según llegaron, se fueron saludando con un discreto «Shalom» y sin pronunciar nada más que los nombres de pila con los que eran conocidos en la organización. Una vez que los tuvo sentados en dos sofás que hacían rinconera frente a una mesa baja, Ben-Asser se mantuvo de pie para explicar la razón por la que habían sido llamados.

—Voy a haceros entrega de vuestros pasaportes e indicaros quiénes vais a ser a partir de ahora y cuál es vuestra misión. Marcel Neyman, tú eres el jefe del comando. Norteamericano de origen francés, ayudante de producción. Tuya es la tarea de elegir viviendas, dirigir las operaciones y mantener comunicación conmigo. En tu ausencia será Thomas el encargado y jefe. Thomas Seymour. Ayudante del director de fotografía, fotógrafo, de nacionalidad británica.



»Ricardo Rodríguez. Oriundo de Argentina, hijo de emigrantes españoles y sastre de profesión. Por tu dominio del español eres el que más se va a aproximar a alguno de los objetivos.

»Claudio —añadió, dirigiéndose al último de los miembros—, tú eres Claudio Moretti, hijo de italianos emigrados a los Estados Unidos y de nacionalidad norteamericana. Eres también ayudante de producción.

Darás siempre cobertura a Ricardo.

»Ahora quiero que prestéis mucha atención. Hablaréis entre vosotros siempre en inglés. Esta será la manera más segura de evitar que en España puedan entender de lo que habláis. Es muy difícil encontrar a gente que hable inglés.

»La misión recibirá el nombre de Operación Adriano. Consiste en acercaros a determinados objetivos... Como sabéis, en España viven desde hace años algunos jefes y oficiales nazis, no os puedo concretar mucho más. Una vez que estéis en Madrid os señalaremos los seguimientos y la información que debéis recopilar. El trabajo que tenéis va a ser duro, hasta que no os busquemos otra ocupación, vais a tener que trabajar de lleno en el rodaje de la película.

Alguien quiso saber la razón por la que se había elegido aquel nombre. Ben-Asser, que probablemente había sido el responsable del bautismo, se deleitó un tanto en la explicación:

—Publio Elio Adriano fue el segundo de los emperadores hispanos, sucesor del gran Trajano, pariente suyo. Y uno de los más eficaces. Expandió el imperio hasta sus límites máximos. Pero también fue enemigo de Israel. Suya fue la segunda persecución de los judíos. El nombre de la operación servirá para recordar los vínculos de persecución a los judíos de Roma y España.

Quedaron todos a la espera de la llamada de la productora para comenzar en sus nuevos puestos. Y, cuando llevaban apenas unos diez días acudiendo a las oficinas de Samuel Bronston, fueron convocados por Ben-Asser a una nueva reunión en la casa de West Hollywood.

Ben-Asser era un hombre religioso al que le gustaba comenzar cada reunión con una plegaria o bendición. A continuación, hizo una meditación sobre el sentido de aquella misión:

—Todos debemos saber cuál es la tarea que nos corresponde. Cada hombre tiene que cumplir con una misión en esta vida. El tiempo pasa y muy pocas de las cosas que ahora nos preocupan tendrán importancia mañana. Debemos cumplir con los designios de Elohim. Sería más fácil abandonarse y dejarnos llevar hacia una vida más llevadera. Pero no podemos, somos guerreros y somos judíos, debemos proteger a los nuestros.

»Nosotros somos afortunados porque sabemos que nuestra misión es la seguridad de nuestro pueblo. Hoy voy a mostraros el objetivo al que tenemos que seguir, tratad de memorizar los datos importantes sin tomar nota alguna. Os iré repitiendo lo esencial.

En ese momento le pidió a Thomas que apagara las luces y esperó para encender el proyector de diapositivas. Allí apareció una fotografía del antiguo coronel de las Waffen-SS, el austriaco Otto Skorzeny. Se escuchó un murmullo.

—¿Sabéis quién es?

—Yo creo que sí, pero no estoy seguro. ¿Es Otto Skorzeny? —se atrevió a preguntar Marcel.

—Correcto. Estoy seguro de que todos lo recordaréis, aunque está algo cambiado, mucho más mayor y más grueso que en las famosas fotografías del Gran Sasso, junto a Mussolini. Paso a leeros las notas oficiales de nuestras fuentes:

»Otto Skorzeny o SKORZENY, alias Rolf SOLAR, alias Doctor WOLF, alias Obersturmführer SACHENIUS o JACHNIUS, alias Rolf STEINER, alias José FERNÁNDEZ, alias Rolf STEINBAUER, este es su alias más constante. Nacido en Viena, el 12 de junio de 1908, hijo de Anton y Flora. Un hermano, Alfred, ocho años mayor que él. Casado en primeras nupcias con Margareta Schreiber, con quien tuvo a su única hija, Waltraut. Vuelto a casar con Ilse Lütje, también conocida como la condesa Ilse von Finckenstein y con quien vive desde 1950 en Madrid.

»Documentos falsos que ha utilizado, algunos de estos los puede seguir usando, otros me parecen interesantes para que podáis apreciar su forma de camuflarse:

»Carta de identidad alemana (Deutsche Kennkarte) de Rolf Steinbauer, nacido el 6 de diciembre de 1909 en Breslau. Profesión: periodista. 1,93 m. Expedido en Hanau el 12 de agosto de 1947. Caducó el 12 de agosto de 1952.

»Carné de conducir suizo de Hans R. Frey número 862, expedido en Constanz el 3 de marzo de 1950.

»Salvoconducto español a favor de Rolf Steinbauer, expedido el 7 de septiembre de 1950 por el consulado español de Frankfurt, firmado por el cónsul Jorge Spottorno.

»Permiso de conducir español de Rolf Steinbauer, expedido en Madrid el 3 de noviembre de 1950.

»Pasaporte especial español expedido a favor de Otto Skorzeny, el 11 de julio de 1958, válido por tres meses, con su fecha de nacimiento correcta en la que se dice apátrida y le autoriza a viajar a Irlanda, Alemania y Cuba, con los visados de Irlanda y Alemania.

»Pasaporte del Gobierno de Toda Palestina a favor de Hanna Eff Khoury, expedido en Gaza el 27 de julio de 1952, ingeniero, nacido en Haifa el 6 de junio de 1908 y residente en El Cairo.

»Me interesa que os quedéis con su *modus operandi*. Si os fijáis, utiliza siempre algunos elementos verdaderos, además de esa estatura de uno noventa y tres, que no puede ocultar, como la fecha de nacimiento, la nacionalidad, la profesión o el nombre de pila. Siempre recurre a un dato cierto.

—Como si se cansara de mentir —intervino Claudio.

—Eso es, quiero que opinéis sobre el personaje. ¿Creéis que lo hace porque se cansa de inventar? ¿De verdad pensáis que a estas alturas le puede cansar meter un dato falso más?

Todos callaron tratando de asimilar la personalidad del objetivo recién desvelado.

—Yo creo que se toma las falsedades como un juego, parece que le divierte. No es solamente un profesional de la ocultación, es que encima se recrea en ella — propuso Marcel.

—Muy buena observación, Marcel. Skorzeny ha sido definido por la inteligencia americana como un «mentiroso psicopático». Bueno, ahora me faltaba daros los datos ciertos de su biografía. Lo que no es tan fácil de averiguar en un sujeto así —aclaró Ben-Asser—, pero, en efecto, se diplomó como ingeniero en Viena en 1931 y llegó a ejercer la profesión durante unos años. Tomando como fuente el OSS, se afilia al Partido Nacionalsocialista austriaco en mayo de 1932. Trabaja como ingeniero en Viena hasta el comienzo de la guerra. Se alista voluntario en la primera división Leibstandarte SS Adolf Hitler y es luego trasladado a la segunda división Das Reich. Estuvo en los frentes de los Balcanes y en Rusia. Resultó herido. Después pasó por Viena y Berlín, donde es ascendido a capitán y es destinado a los servicios de inteligencia, hasta que le encargan la formación de tropas especializadas para llevar a cabo misiones especiales. Comienza ahí su carrera de aventura que muchos conocen. La Operación Roble de rescate de Mussolini, la operación de secuestro del regente de Hungría, Miklós Horthy, las operaciones del río Óder en la batalla de las Ardenas...

»Al terminar la guerra se entrega a los americanos. Se cree que participó antes en el ocultamiento de alguno de los tesoros del Reich. Fue absuelto en Núremberg de los cargos de crímenes de guerra y escapó del campo de desnazificación. Vive cómodamente en Madrid desde hace más de diez años y (como habéis visto) no para de viajar.

—¿Hay que eliminarlo? —preguntó Thomas.

—De momento estáis encargados de hacerle un seguimiento exhaustivo. Creemos que ha sido el eje de una red de jefes y oficiales nazis huidos y que mantiene contacto con bastantes. Ahora me interesa que comprendáis al personaje, os voy a hacer unos cuantos comentarios para que los tengáis en cuenta: no es un hombre cualquiera, no es un estudioso ni un intelectual, pero habla cinco o seis idiomas, es ingeniero y ha conseguido publicar varios libros que se han convertido en grandes éxitos. No es un atleta, pero mide uno noventa y tres y conserva una fortaleza extraordinaria; ha sido piloto, patrón de embarcaciones y corredor de coches. No es un militar de carrera, y, sin embargo, es una de las mayores leyendas de la pasada guerra, en la que alcanzó el rango de coronel. No parece ser un hombre excesivamente ordenado, ni trabajador, aunque tiene un enorme éxito en sus negocios. Todo el mundo está encantado de tratarle, sabe manejar a la gente; es muy sociable, sabemos que ha contado con la admiración y la amistad del presidente argentino Juan Domingo Perón y del presidente egipcio Gamal Abdel Nasser y del rey Hussein de Jordania, entre otros

jefes de Estado; de industriales como Otto Wolf o Max Grundig; de personajes tan siniestros como Oswald Mosley... Y con todos los nazis que se han librado de la horca. Le gusta la buena vida y parece felizmente casado con su segunda mujer, Ilse, que es sobrina del antiguo presidente del Reichsbank y ministro de Economía, el influyente y admirado Hjalmar Schacht, y que estuvo casada con el conde Finck von Finckenstein, de ahí algunos se refieren a ella como «la condesa».

—¿Cómo es posible que haya podido vivir tan tranquilamente hasta ahora? —preguntó Marcel.

—Eso lo tendréis que averiguar vosotros. Tenéis que saberlo todo de él, queremos conocer a todos sus contactos. Los datos biográficos os deben interesar solamente para que no os fieis de las apariencias. Os parecerá un tipo confiado, alegre y distraído, que alterna por la noche, come y bebe más de la cuenta, que se ha aburguesado y ya no parece el soldado que fue. Pero yo os aseguro que es un tigre, se da cuenta de todo, está pendiente de todo, es posible que vaya armado y goza de la protección de mucha gente importante. Ha sobrevivido a un accidente de avión que se hundió en el Mediterráneo; ha sobrevivido a la guerra, se ha librado de una condena; se ha escapado de la cárcel, se ha convertido un hombre influyente que viaja por todo el mundo haciendo negocios... Os ruego que estéis muy atentos y que no os descuidéis ni un momento, ¿entendido?

Todos parecieron callar en un primer momento, pero Claudio quiso asegurarse de un extremo que le parecía importante.

—¿Usted lo ha visto? —le preguntó, queriendo saber qué grado de conocimiento tenía su jefe de aquel personaje.

—Sí. Soy probablemente el hombre que más sabe de él ahora mismo. Y espero que pronto vosotros sepáis tanto como yo —concluyó Ben-Asser.

La reunión continuó para tratar detalles del alojamiento y sistemas de comunicación de la célula y de esta con Ben-Asser, su jefe y único enlace.

Cuando la fecha de salida de Ricardo Weisman estaba ya decidida, recibió un aviso de que su padre había sido ingresado en el hospital por una dolencia renal. Como buen hijo, acudió inmediatamente hasta allí para hacerle compañía. La convalecencia del viejo Elías Weisman se prolongó hasta el momento en que Ricardo tenía que partir. Y aunque él contó a todo el mundo su trabajo con la compañía de Samuel Bronston, su padre quiso tener unas palabras con él. A Ricardo le parecieron una despedida y una manifestación de conformidad con el destino que había elegido.

—Quiero decirte que mañana tengo que irme de viaje. Me voy a España con la compañía de Bronston. Será un rodaje largo, me temo.

—Está bien, hijo. Tus obligaciones son lo primero, no te preocupes por nada —le dijo su padre, tomándole la mano—. Yo también quiero decirte algo, quiero que sepas

que estoy muy orgulloso de ti. Asume los riesgos justos y vuelve cuando puedas a ayudar a tu hermano en el negocio, será lo mejor para todos.

De esta forma se despidieron. Ricardo le abrazó, en un gesto que le recordó el que tantas veces había hecho su padre, cuando era pequeño y se acercaba hasta su cama.

Ricardo Weisman había crecido en el barrio bonaerense del Once como un muchacho despierto y vigoroso. Hasta allí llegaron sus padres procedentes de Alemania a principios de siglo, en los años en que un aluvión de europeos de todas las viejas naciones había inundado la capital de Argentina. De aquella riada de emigrantes, la mayor parte eran aquellos a los que llamaron «tanos» o «gallegos», términos que servían para designar no solo a los napolitanos y a los hijos de Galicia, respectivamente, sino, en general, a todos los emigrantes italianos, ya fueran de la Campania, Sicilia o Calabria, y a todos los emigrantes españoles. Pero aunque los italianos y españoles formaron el núcleo esencial de aquella nueva población, no faltaron emigrantes que provenían de los Balcanes, de Alemania, Polonia, Rusia y hasta de naciones más orientales, como Siria o Turquía.

Los Weisman provenían de la Baja Sajonia y no escapaban más que de la pobreza. El padre se había hecho sastre en Buenos Aires, y para el tiempo en que nacieron sus hijos ya tenía un próspero comercio de tejidos. Los niños se criaron entre rollos de telas, escuadras de madera, patrones y tijeras. La casa que había construido Elías Weisman tenía tres plantas, la planta baja estaba destinada a la tienda, la cocina y el patio; la primera era la vivienda y la segunda el almacén de tejidos. Aún quedaba sitio para un desván, justo debajo de la cubierta de dos aguas.

Los recuerdos de Ricardo discurrían por aquel pasillo que llevaba desde el portal al patio y, antes de llegar a este, a la cocina, verdadero corazón de la casa y auténtica trastienda. Allí estaba siempre la madre vigilando los juegos de los niños, cocinando y aun pendiente por si era preciso quitarse el delantal y entrar en la tienda para ayudar a atender.

Los pequeños Weisman aprendieron sin querer el oficio de sastre y comerciante. El carácter del padre, siempre inconformista e inquieto, le hizo perder la ilusión por el futuro en Buenos Aires. Su hermano había emigrado a los Estados Unidos con unos rudimentos de inglés y la destreza absoluta en el piano, acompañando como músico a grandes figuras hasta que llegó a Hollywood, donde se quedó para convertirse en representante de las primeras estrellas del cine.

Elías Weisman acudió a la llamada del hermano rico y cuando pudo concertar un contrato para confeccionar el vestuario de dos películas, mandó a sus hijos que vendieran la casa y el negocio de Buenos Aires. Los beneficios que esperaba alcanzar con aquel contrato superaban los de diez años de permanente guardia tras el mostrador de la tienda. A su vez, el dinero conseguido en Buenos Aires sirvió para comprar una pequeña casa en Los Ángeles, digna y suficiente para llevar a cabo una nueva vida. Esta fue la trayectoria de los Weisman hasta el sueño americano. Ricardo pasó a ser un joven norteamericano, sin edad todavía, ni nacionalidad, para participar

en la nueva guerra que sacudió al mundo con terribles consecuencias y que diezmó al pueblo judío. Si bien la rama familiar de los Weisman se libró en buena medida del genocidio, no ocurrió lo mismo con la parte de su madre, los Ackerman.

Por aquellos días del final de la contienda todas las casas de la comunidad judía residente en Los Ángeles vivían la zozobra de la búsqueda de noticias de los suyos. La guerra en Europa había terminado el 8 de mayo; la liberación de los campos de concentración y la aparición de supervivientes eran hechos que se comentaban entre la agitada esperanza y la más dolorosa consternación. ¿Quién podría dar razón de los hermanos, los sobrinos y aun de los padres? Cada familia libraba su propia lucha contra la desesperación. En pocas semanas se fueron confirmando los temores, y serían pocos los familiares perdidos en Europa que terminaría apareciendo, tal como si fueran resucitados.

Los Weisman-Ackerman no escapaban a aquella angustiada búsqueda de noticias, sobre todo la rama materna. Por eso, cada vez que sonaba el teléfono, se encendía en cada uno un ferviente deseo por saber.

Así ocurrió en la mañana del último domingo de junio de 1945 cuando sonó el teléfono en la casa de los Weisman. Elías, el padre, descolgó el aparato. Del otro lado se escuchó una voz de mujer que hablaba en alemán, envuelta en un temblor de duda.

—Buenos días, quisiera hablar con la señora Weisman.

—Dígame, por favor, de parte de quién —contestó Elías.

—Me llamo Sara Cohen, ¿es usted su marido?

—Sí, señora —dijo Elías, tratando de obtener la confianza de aquella señora—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Bueno, en realidad yo quería hablar con su señora, pero quizá sea mejor que usted sepa algo de lo que quiero decirle sobre Eliana Ackerman...

Elías se estremeció y tomó la silla en busca de apoyo. Había sospechado desde el primer momento que aquella llamada podía traer noticias graves sobre los suyos perdidos en Alemania.

—Dígame, ¿sabe algo de ella? Quizá sea mejor que me lo cuente a mí...

—Mire, llamo desde la Embajada del Reino Unido en París. Sería largo de explicar, pero quiero que sepan que fuimos deportados a Sobibor, donde coincidí con Eliana. Allí murió a principios de 1943... —Hizo una breve pausa—. También su marido, por lo que ella me contó, murió antes de llegar al campo, en el mismo tren que los transportaba. —Elías permanecía callado, no quería perder ningún detalle—. Del resto de la familia no les puedo decir nada. Sé que tenía una hija casada y otro hijo, pero ella nunca supo nada de ellos.

Elías tomó un poco de aliento antes de responder:

—¡Qué desgracia, Señor! ¡Qué desgracia! —Se hizo un silencio de dolor en la línea interrumpido por los sollozos de ambos—. No sabe cuánto le agradezco que nos haya llamado. Yo hablaré con mi mujer, será mejor así.

—Pueden escribirme con sus señas a la Embajada del Reino Unido en París —dijo la señora Cohen—. Mi marido era británico... él también murió en Sobibor. Gracias a mi Señor, nuestra hija se encuentra a salvo con su marido en Tánger. Si no consiguiera contactar conmigo, pregunte por mi hija en el consulado británico en Tánger, ella se llama Jana Bercovitz, su marido es también inglés, Joshua Bercovitz.

—Señora Cohen, voy a contarle todo esto a mi mujer. Trataré de encontrar las palabras. Quisiera pedirle un favor —dudó un momento Elías al tratar de ordenar sus pensamientos—, voy a mandarle nuestras señas hoy mismo en un telegrama. Quisiera pedirle que nos escribiera una carta, que le pusiera a mi mujer unas letras de alguien que estuvo al lado de su hermana. Le dará algún consuelo.

—No se preocupe, señor Weisman. Ya pensaba hacerlo. Fuimos muchas las madres y esposas que nos comprometimos a hacer esto que estoy haciendo yo ahora: aquella que sobreviviera tenía que dar noticias a las familias de las que habían muerto. Ella hubiera hecho lo mismo por mí. El Señor lo ha querido así, es una desgracia.

Así concluyó aquella llamada que venía a traer el dolor de saber que los tíos habían muerto y que no se sabía nada de los primos. Ricardo tomó conciencia de que le correspondía a él buscar a sus primos, prendiendo en él un ánimo de servicio hacia los suyos que sería luego aprovechado y reconducido por el Instituto israelí.

En el mismo día en que el comando debía partir hacia España, fueron recibidos a primera hora de la mañana en la casa que venía usando Ben-Asser para las reuniones. Una bendición dio comienzo a la que sería su última reunión antes de emprender el viaje. Ben-Asser aprovechó la ocasión para recitar también en arameo la Oración del Viajero, Tefilat Ha-Dérej:

Que sea tu voluntad, **Hashem**, mi Dios y Dios de mis padres, que nos guíes en paz, nos libres de la garra de cualquier atacante en el camino y de cualquier mal percance o mal encuentro. Haznos llegar en paz al lugar de nuestro destino y concédenos gracia, bondad y misericordia en Tus ojos y en los ojos de todos los que nos vean. Y que oigas nuestra humilde oración, porque tú eres **Hashem**, el que escucha las oraciones.

Bendito eres Tú, **Hashem**, que escuchas la oración.

Ben-Asser pensó que aquellos hombres, a los que llamaba «los muchachos», necesitaban una inyección de rabia, un antídoto contra el carisma seductor de Skorzeny, de forma que estuvieran preparados para ejecutar cualquier orden. En los dos meses que había pasado en Madrid pudo comprobar la ascendencia que el austriaco ejercía sobre todo aquel que le trataba. Era preciso instruir bien a los agentes que salían para España, y aunque todos habían perdido a familiares próximos en el holocausto, le pareció que era preciso referir un testimonio.

—Lo que voy a contaros es algo que todos sabéis, pero, a diferencia del conocimiento que se adquiere a través de la radio o de los periódicos, ha sido contrastado por mí por una fuente directa y absolutamente fidedigna. Me ocurrió hace pocos días y es por ello que me parece oportuno contároslo. Os voy a trasladar el resumen de los hechos que condenan al nazismo a través de un testimonio muy directo y, hasta cierto punto, espontáneo. —Mientras hablaba, Ben-Asser advertía la cara de absoluta atención que prestaban sus cuatro pupilos—. Antes de llegar hasta aquí estuve en Nueva York y sufrí, en plena calle, un desvanecimiento, que todavía hoy no soy capaz de explicar. No le quise dar mayor importancia, pero como me llevaron al hospital, y ante la insistencia del médico, fui a ver a un neurólogo, su nombre Eli Goldensohn. No tenía intención de ocultar mi identidad y, aunque hubiera querido, no hubiera podido porque me recogieron en plena calle y di mis datos sin más. Como os podéis imaginar, llego a una consulta con mi pobre inglés, el doctor lee mi nombre: Ismael Ben-Asser y, claro, me pregunta que de dónde soy con toda la amabilidad de un hermano que sospecha que soy un judío de Europa. Le conté la verdad, que me había criado en Salónica y que era ciudadano israelí. El doctor era un tipo de mi edad, bien parecido, alto, moreno y delgado, un *gentleman* norteamericano de vida acomodada. No sé qué es lo que vio el hombre en mí que insistió muchísimo en que le visitara en su casa al día siguiente. Estos americanos son así de hospitalarios, vosotros lo sabéis.

»Así que me presenté en su casa, una casita adosada en Brooklyn, pensando que sería quizá el inicio de una nueva amistad, si es que nosotros podemos tener amigos... —Ben-Asser abrió las manos en un gesto de resignación—. Cuando llegué, me di cuenta de que, por alguna razón que desconozco, aquel doctor sabía que yo era un militar israelí. Todavía hoy me pregunto cómo lo podía saber, quizá por algún amigo común, por alguna palabra que se me escapara después de recuperarme del desmayo... Lo cierto es que fue en extremo amable conmigo y de aquella visita resultó una sorpresa: su hermano, de nombre León, fue el psiquiatra que asistió a muchos de los prisioneros de Núremberg; había hablado muchas veces con todos los grandes criminales allí enjuiciados: Göring, Speer, Von Ribbentrop, Rosenberg... Me dijo también que su hermano estaba enfermo, pero que tenía la intención de publicar un libro con la experiencia que había vivido y que había tomado notas de todas y de cada una de las entrevistas que había tenido con los nazis. Al llegar a este punto, yo le pregunté si había conseguido que estos hablaran abiertamente y me contestó que sí, que, siendo psiquiatra, tenía una gran habilidad para que los prisioneros confiaran en él; se preocupaba por su salud, por sus familias, y luego pasaba a preguntarles cómo se sentían con respecto al proceso judicial en curso. Me contó que algunos de ellos llegaron a confiarle sus recuerdos e inquietudes de forma muy sincera; y que otros admitieron abiertamente sus crímenes. Noté, sin embargo, que algo impedía que yo pudiera ir a visitar a su hermano León, seguramente porque estaba enfermo, pero lo cierto es que tenía allí unas fotocopias de las notas del hermano. Me dijo que las



había sacado con su permiso para leerlas ante unos escolares que visitarían una sinagoga de Nueva York. Y, en concreto, me dejó que leyera algunos párrafos de la entrevista con Rudolf Höss, comandante en jefe del campo de concentración de Auschwitz.

Al oír este nombre todos miraron, aunque con algún recato, a Thomas, que había perdido a su madre y a dos hermanas en Treblinka. Ben-Asser prosiguió con su relato:

—Mis padres viajaban en el cuarto transporte de los judíos de Salónica a Auschwitz; el cuarto de los diecinueve trenes que deportaron a cerca de cincuenta mil de los nuestros: una semana encerrados en un vagón de ganado para llegar a la conocida rampa donde los bajaron. Juro que no he querido nunca saber cómo murieron, pero al leer la conversación que tuvo el doctor Goldensohn con Rudolf Höss, sin querer, pude ver cómo mis padres, que entonces tenían más de setenta años, fueron conducidos directamente hacia las casetas que servían de cámaras. Este hombre, Rudolf Höss (teniente coronel de las SS), le contó a León todos los detalles del procedimiento de exterminio, se sentía culpable y sabía que iba a morir en la horca. Höss también habló de Treblinka... —dijo, mirando a Thomas, que permanecía callado—. Si me lo permitís, tengo que trasladaros otro testimonio inmediato que también recogió el doctor. En el verano del cuarenta y dos se puso en marcha este campo de exterminio. Y digo de exterminio, porque en los quince meses que operó, se dedicó exclusivamente a recibir trenes y llevarlos a la muerte. Desde que un deportado llegaba al campo hasta que moría no pasaban más de dos o tres horas.

»Treblinka era un campo pequeño, con muy pocos internos, tan solo un apeadero donde descargar a los prisioneros y matarlos de inmediato. No había barracones donde internar, no había burocracia ni industria alguna, no había talleres ni canteras. Aquello no era más que un matadero.

»Comenzó recibiendo a los primeros judíos deportados desde el gueto de Varsovia. Aunque la distancia es pequeña, el atasco de trenes hacía que los prisioneros aguantaran durante días dentro de los vagones soportando la falta de agua y comida y un calor infernal. Miles de personas morían antes de llegar, otros se suicidaban o enloquecían. Hubo vagones en los que las madres habían cortado las venas a sus hijas y ellas después se habían también suicidado. Sus cuerpos eran amontonados en pilas al pie de los vagones.

»Cuando se bajaban del tren, aquellas personas ya sabían que iban a morir, pero no tenían mucho tiempo para pensar. La técnica de aquella cadena de producción de la muerte era muy efectiva. Según bajaban, eran azuzados por guardianes letones y ucranianos armados con látigos y perros. Los hombres eran separados a un lado y las mujeres a otro. El llamado Escuadrón Azul se ocupaba de los ancianos, los enfermos y los niños más pequeños. Los acompañaban hacia un puesto señalado con una

bandera blanca con la cruz roja. Llegaban confiados hasta que veían cuál era su destino. Eran obligados a sentarse en un bancal de tierra y allí les disparaban.

»Los hombres eran obligados a desnudarse para ser después conducidos por los guardianes y los perros hacia “el último camino” o “la ascensión”, que era un pasillo camuflado con troncos y ramas y protegido con alambre de espino, que conducía a una de las cámaras de gas. Cuando esta se llenaba de prisioneros, se ponía en marcha un motor conectado a un gran tanque de combustible. En veinte minutos todos habrían muerto asfixiados y un grupo de jóvenes judíos retiraría los cuerpos hasta apilarlos alrededor de las cámaras.

»Las mujeres y los niños eran forzados a entrar en las siguientes tandas. Todo debía hacerse a la carrera, de forma que la angustia de la muerte no trabajara demasiado en la mente de aquella desgraciada gente. Los cuerpos desnudos entraban ya manchados de excrementos y gritaban implorando piedad o gritando en polaco *tata o mama*.

»En el verano del cuarenta y dos el ritmo de llegada de trenes era tal que las cámaras trabajaban día y noche. Los cuerpos permanecían pudriéndose en horribles montones de metro y medio de altura, unos sobre otros. Un reguero de putrefacción y sangre caía sobre un leve canal, en forma de sentina. Tal era la descomposición que, algunos internos, obligados a limpiar aquellas montañas putrefactas que se deshacían en trozos, se resistían y preferían ser allí mismo ejecutados. Solucionaron esos contratiempos utilizando equipos de soldados de las SS junto con otros prisioneros menos rebeldes; otros escuadrones estaban organizados para las tareas de recolección de la ropa y para extraer los dientes de oro de los cadáveres, o para reponer de ramas y mantener camuflados tantos montones de cuerpos.

»Al final, se organizaron unas enormes parrillas donde colocar convenientemente los cadáveres de mujeres que llevaban más días al aire (ya que eran los que mejor prendían) y así amontonar alrededor los demás. Unas ramas secas servían para encender aquellas piras de horror. Fueron los propios soldados los que se sorprendieron de la fácil mecánica de aquellos incendios y del resultado, las llamas ofrecían imágenes sorprendentes que algunos celebraban. El hedor de aquella industria se extendía por varios kilómetros a la redonda, dependiendo de la acción del viento.

»Cuando en noviembre del cuarenta y tres se dio la orden de demoler el campo y destruir toda prueba, se exhumaron las fosas comunes que contenían los cuerpos que no habían sido incinerados y se quemaron también. Esto es lo que los hombres de Himmler hicieron con los nuestros. Por eso nuestra lucha es sagrada, es un compromiso que debemos a todos aquellos infelices y que nos será pagado de alguna manera.

»El hermano de Goldensohn sabía a lo que yo me dedicaba, solamente quería aportarme aquella prueba para que yo perseverara en esta guerra silenciosa. Y esto mismo es lo que estoy haciendo yo con vosotros.

Cuando Ben-Asser terminó de hablar, todos permanecieron callados durante unos instantes. Pero luego Ricardo y Thomas sintieron la necesidad de decir algo.

—Mis tíos desaparecieron en Sobibor —comenzó Ricardo, que contó la manera en que su familia se había enterado a través de una mujer que había sobrevivido al campo. Marcel tenía también varios tíos y primos desaparecidos.

—Quizá no lo entendáis, pero me tranquiliza saber que mis padres no pasaron ni una sola noche en Treblinka. Quizá hasta llegaron muertos. Mejor así.

Claudio fue el único que no habló. Pero nadie pensó que su silencio significara que no tenía ningún familiar entre las víctimas del holocausto, sino que más bien prefería no remover los recuerdos. Ben-Asser, sin embargo, supuso que tal vez aquella no era la guerra de Claudio, que parecía conforme con seguir siendo un soldado como si no pudiera ya en la vida ser otra cosa.

De aquella grata vivienda de West Hollywood se despidieron todos con el compromiso de iniciar fielmente en Madrid los trabajos que les fueran encomendados.

### III

## La caída de Mussolini

La leyenda de Skorzeny se levantó sobre unos sucesos ciertos y unos méritos contrastados, pero que fueron distintos, en cierto modo, a cómo se han contado. Su nombre ha permanecido envuelto en la polémica desde los días en que se alzaron voces protestando por el hecho de que el austriaco se había erigido con el mérito exclusivo de la liberación de Mussolini. Nadie le pudo negar jamás la gloria de haber estado allí, en el Gran Sasso; ni la de haber recibido órdenes y recompensas directamente del Führer y del Duce. Pero acaso no sea siempre posible atribuir una gesta como aquella a todos sus protagonistas.

En el verano de 1943 Otto Skorzeny llevaba apenas unas semanas en su nuevo cargo de jefe de comandos, que dependía de la Sección VI de Inteligencia Exterior y que mandaba el astuto y elegante Walter Schellenberg, de la RSHA, Oficina Central de Seguridad del Reich, que era el aparato de seguridad del Estado. Quizá sin proponérselo, Skorzeny había accedido a uno de los centros sensibles de aquel Estado dentro del Estado que había sido creado por el comandante en jefe de las SS, Heinrich Himmler, y cuyo primer jefe había sido el funesto y meticuloso criminal, Reinhard Heydrich, conocido como la Bestia Rubia, y del que todo el mundo sentía miedo.

Skorzeny había pasado de las líneas del frente a lo largo de toda Europa a la burocracia de los despachos en los que se tomaban las grandes decisiones, acaso por ser conocido por su paisano, el general de las SS, Ernst Kaltenbrunner, que había sucedido a Heydrich en el cargo de director de la RSHA y con quien compartía un cierto aspecto de gigante siniestro.

En Roma, la caída de Mussolini se precipitó cuando, en la noche del 24 al 25 de julio de 1943, el Gran Consejo Fascista aprobó la moción propuesta por Dino Grandi para retirar la confianza al Duce. Mussolini había abandonado aquella tarde su casa de Villa Torlonia apesadumbrado por la marcha de la guerra; pero solamente su esposa, doña Rachele, era capaz de hablarle claro y prevenirle contra los conspiradores.

Regresó hacia las cuatro de la mañana y permaneció hasta el alba conversando con su mujer, lamentándose de los diecinueve traidores que habían votado en su contra —entre ellos su propio yerno, Galeazzo Ciano—, agradeciendo quizá el voto

de confianza de aquellos ocho leales, cuyos nombres pudo recordar sin dificultad y entre los que se encontraban: Galbiati, Buffarini, Farinacci y Polverelli, este último pronunció unas palabras que expresaban dramáticamente su lealtad: «He nacido mussoliniano y así moriré».

Al día siguiente Mussolini seguía ejerciendo su mando, porque el órgano consultivo no podía más que abrir una brecha entre los fascistas, pero Grandi había informado al rey del resultado de aquella moción y este quiso ver allí la ocasión para acabar con el Duce. El día 25 fue citado por la Casa Real para que acudiera a conferenciar con el rey. Otra vez fue su esposa la que le advirtió de que no debía acudir pues podían hacerlo prisionero. Pero Mussolini pensaba aún que Vittorio Emanuele siempre le había guardado estima y afecto sincero. Cuando Mussolini se despidió del rey, todavía no tenía certeza de que aquellos *carabinieri* que le escoltaban, en realidad le llevaban detenido hasta una ambulancia que le conduciría a su presidio.

Aquel mismo día, el cuartel general del Führer supo que Mussolini había sido arrestado en una maniobra en la que el rey entregaba la jefatura del Gobierno al mariscal Badoglio. Dos semanas antes los aliados habían desembarcado en el extremo sur de Sicilia y luchaban por hacerse con toda la isla. Hitler reaccionó inmediatamente, dando las órdenes precisas para elegir a los hombres que pudieran localizar y rescatar a quien él consideraba como su admirado amigo.

El cuartel general del Führer estaba situado en Prusia oriental y era conocido como la Guarida del Lobo, Wolfsschanze. En aquellas horas había allí un incesante ajetreo de idas y venidas, de consultas, llamadas, telegramas y conferencias. Desde la Casa de Té el mariscal Wilhelm Keitel había ordenado que se propusieran los nombres de aquellos jefes y oficiales que pudieran estar en disposición de averiguar el paradero de Mussolini y ejecutar una operación de rescate.

Skorzeny nada sabía de todo aquello, tan solo había oído el comentario, algo confuso, sobre la dimisión del Duce. Porque así fue, de esta forma, como se repitió la noticia en los primeros días: «El Duce ha presentado su dimisión al rey de Italia. Badoglio es el nuevo jefe del Gobierno».

La opinión pública apenas pudo descifrar la verdadera sucesión de acontecimientos. No obstante, el cuartel general había recibido la información inmediata de todos los hechos desde que se levantó la sesión del Gran Consejo Fascista. Fue a través de uno de los fieles consejeros de Mussolini, Guido Buffarini, que habló en repetidas ocasiones con el embajador alemán y directamente con Berlín para intentar convencer al Duce de que no se reuniera con el rey y de que arrestara a los traidores. Pero el hombre combativo que había sido Mussolini había perdido en aquellos días el entusiasmo y se dejó llevar, sin apenas reaccionar ante las maniobras que iban a acabar con su mandato.

La contrariedad de Hitler por el hecho de que su maestro no hubiera querido defenderse no impidió que proclamara ante los suyos que el Duce debía ser liberado a

toda costa. Alemania no podía permitir que su primer socio cayera en las manos de los aliados. Por eso, el mismo día 25 de julio comenzaron a moverse las piezas de la inmensa máquina de guerra alemana con ese objetivo: rescatar a Mussolini.

El 26 de julio Skorzeny se encontraba en el hotel Edén de Berlín, donde había comido con un paisano antiguo compañero de estudios, y disfrutaba de una sobremesa de café y tertulia. Por un momento se sintió culpable por no haber llamado a la oficina, y cuando lo hizo recibió un aviso de su secretaria que le perturbó como si hubiera recibido un fogonazo desde el otro lado de la línea telefónica.

—Debe usted presentarse de inmediato en el cuartel general del Führer, un avión le está esperando en el aeródromo de Tempelhof.

Todavía conmocionado por aquellas palabras, se despidió con un gesto lacónico de su viejo amigo vienés, como si hubiera sido informado de un terrible suceso.

Apenas podía recordar nada de todo aquello que había estado haciendo o hablando en el hotel antes de recibir aquella orden. En su cabeza un pensamiento martilleaba sin tregua: «¿Cómo es posible que un humilde oficial de la reserva pueda ser citado así, con tantísima urgencia, por el mismo cuartel general del Führer? ¿Qué pueden esperar de mí?».

Sin tiempo apenas para pedir que su leal segundo, Karl Radl, se presentara con el equipaje, se marchó en automóvil hasta el aeródromo para coger un Junkers-52, que iba a ser fletado en exclusiva para él, y que le llevaría directamente a las proximidades de Rastenburg, hasta la Guarida del Lobo, que se encontraba inmersa en la espesura de los bosques.

Al pie de la escalerilla del avión un suboficial le esperaba para conducirlo hacia el cuartel general por aquella frondosidad de construcciones y pistas emboscadas, cubiertas celosamente por las ramas de los árboles. Todos los edificios eran barracones o pabellones bajos de una sola altura o búnkeres tapados con redes de camuflaje o incluso de auténticas alfombras de vegetación, de suerte tal que un avión no tuviera jamás la oportunidad de reconocer aquel objetivo.

Llegaron hasta la entrada de la Casa de Té cuando ya era de noche. Al descender del vehículo pensó que la fortuna, de aquella súbita forma, le había salido al encuentro. Sintió vivos deseos de cumplir a la perfección aquello que se le encargara. Alcanzar a estar allí, en el cuartel general, significaba ya un éxito en el porvenir de cualquier soldado alemán.

Skorzeny no sabía que otros oficiales como él habían sido también citados y se encontraban dentro como si le estuvieran esperando. Tras un breve saludo de presentación apareció un oficial de las SS que era ayudante personal de Hitler. Les informó de que serían recibidos por el mismísimo Führer y que les harían unas preguntas. Todos comprendieron que habían acudido allí, sin saberlo, para ser examinados como si fueran candidatos a ocupar alguna responsabilidad. Y esta no podía ser pequeña, a juzgar por la urgencia con la que habían sido convocados, los medios dispuestos y la persona que les iba a interrogar. Con observar los

movimientos y la preocupación tan extraordinaria que demostraban sus rivales, Skorzeny ya sabía que contaba con muchas posibilidades en resultar elegido. Él se reconocía más impávido que los demás ante las situaciones difíciles. De estudiante, solía llegar hasta el aula donde iba a examinarse, subiendo despacio los escalones y hablando tranquilo, mientras que sus compañeros no eran capaces más que de trepar por las escaleras y empujar hasta hacerse con un sitio. Él mismo no podía decir cuál era la razón de mostrarse tan comedido y sereno cuando en realidad estaba también nervioso.

Los cinco oficiales candidatos, todos más veteranos y de mayor graduación, quedaban a la derecha de Skorzeny. El salón de los mapas en el que se encontraban permaneció en silencio hasta el mismo momento en el que apareció Hitler. Cada uno de los oficiales fue saludando y haciendo una breve presentación de sus destinos actuales y de su experiencia.

Cuando Hitler hubo saludado y escuchado a todos les formuló una pregunta:

—¿Alguno de ustedes conoce Italia?

Las palabras del Führer permanecieron flotando en el ambiente sin que nadie se atreviera a responder. Y como le sucedería más adelante en su vida, Skorzeny tuvo un chispazo de atrevimiento, quizá solamente un nervio más rápido que le permitió adelantarse medio segundo a los demás en su respuesta, captando la viva atención de Hitler:

—He viajado en motocicleta por Italia, llegando hasta Nápoles. La he visitado en dos ocasiones en viajes puramente privados, mi Führer.

—¿Y qué opinión tienen ustedes de Italia? —preguntó este nuevamente.

A Skorzeny le pareció prudente no precipitarse en la respuesta, además resultaba más caballeroso dar la oportunidad a que se pronunciaran antes sus compañeros. Tras unas respuestas más o menos ambiguas decidió intervenir:

—Soy austriaco, mi Führer. Con ello creo decirlo todo. Considero que la separación del Tirol, nuestro más bello trozo de tierra, es una espina que lleva clavada en el corazón cada austriaco.

Esta contestación sirvió para que Hitler dispensara a los demás de su presencia, requiriendo nada más que la de Skorzeny. Tal y como había aprendido en la esgrima, había conseguido su objetivo con dos certeros sablazos, el primero, directo y adelantándose a cualquier rival, el segundo, ya medido y templado, fue su astuto comentario que sabía que gustaría a su paisano Hitler, quien compartiría aquel sentimiento de agravio. Tal vez cualquier otro oficial habría calibrado algo más la respuesta, pues podía parecer el razonamiento de un adulador o cuentista y no la respuesta de un militar especialista. Así sucedería en multitud de ocasiones a lo largo de la vida de Skorzeny. Tenía la virtud o el sentido de la oportunidad, y no dudaba a la hora de tomar una decisión: pasaba de inmediato a la acción.

Hitler quiso hablar tranquilamente con Skorzeny acerca de la misión para la que acababa de ser seleccionado: Mussolini había sido arrestado y cesado por el rey de

Italia, y él tenía la firme voluntad de ayudar a su camarada y amigo, pues Alemania no podía permitir que fuera entregado a los Aliados.

—Mi amigo Mussolini es el último cónsul de Italia y debe ser salvado —le dijo Hitler con serenidad a Skorzeny, en un tono de quien está acostumbrado a acuñar frases para la historia, imprimiendo un acento grave y que pretendía ser siempre trascendente—. Todo lo que le digo debe permanecer en secreto. Se pondrá a las órdenes del general Student —añadió el canciller, refiriéndose al general de paracaidistas.

Skorzeny se despidió prometiendo que haría todo lo posible para cumplir con la misión encomendada. Cuando abandonaba la sala, sintiendo aún sobre su espalda la mirada escrutadora del Führer, se acordó de su esposa y un sentimiento de orgullo inundó su pecho. Sus pensamientos fugaces se trasladaron hacia su casa familiar; el corazón sentía una urgencia momentánea por compartir aquella felicidad con su madre y su hermano Alfred, ocho años mayor y al que tenía en mucha estima. Era a aquellos a quienes quería satisfacer con sus logros en la milicia. Estos sentimientos, efervescentes, le inundaban de alegría ante el horizonte de conquista que se le ofrecía. «Solamente llegar al cuartel general del Führer es ya una conquista», pensó.

Aquella misma noche, cuando pasó a despachar con el general Student en la Guarida del Lobo, Skorzeny conoció al comandante en jefe, Reichsführer de las SS, Heinrich Himmler. En aquel momento Skorzeny no pasaba de ser un refuerzo para la operación que habían de diseñar y dirigir otros hombres. De modo que tuvo que escuchar de sus jefes la procelosa conversación sobre la evolución de la política italiana y las alternativas que existían para poder devolver su Gobierno a Mussolini. Himmler le produjo a Skorzeny una impresión poco favorable, ya que se mostró esquivo y displicente, y hasta regañó al austriaco por haber encendido su segundo pitillo.

—¿No puede dejar de fumar? —le preguntó con tono destemplado—. No sé si será usted la persona indicada para llevar a cabo esta misión...

Y no sería esta la última regañina que recibiera de su jefe. Cuando Skorzeny trató de buscar un papel para poder tomar algunas notas de los acuerdos a los que iban llegando, volvió a escuchar la virulenta y desabrida voz de Himmler:

—¡Se ha vuelto loco! ¿No se da cuenta de que aquí no se pueden tomar notas? Todo lo que se habla aquí es secreto de Estado.

La reunión terminó a medianoche y Skorzeny pidió entonces un despacho y un teléfono para poder llamar a su segundo, el teniente de las Waffen-SS, Karl Radl. Le ordenó que escogiera a cincuenta de sus mejores hombres y se prepararse para una movilización inmediata. Entre los elegidos debería haber algunos que supieran hablar italiano. Nada más le pudo decir, solo que había recibido instrucciones directas del Führer.

Skorzeny aún pidió que se le facilitara la asistencia de una secretaria a la que poder dictar las instrucciones que iría transmitiendo a los suyos. Aquella noche no



pudo dormir, sujeto como estaba a la excitación de su nueva responsabilidad. Un capitán eventual de treinta y cinco años que recibía del propio Führer la confianza y el encargo de participar en el rescate de Mussolini. Aquella era la oportunidad de su vida y, si la fortuna fuera propicia, podría suponer su encumbramiento hasta esa corte en la que se encuentran los hombres que hacen la historia. Así lo percibía Skorzeny en el anticipo de una operación que ya estaba en marcha, la Operación Roble, Eiche.

Skorzeny ignoraba entonces que el cuartel general no se conformaría con encargar nada más a dos hombres como el general de la Segunda División de Paracaidistas y a él mismo, el capitán jefe de comandos, la entera misión. Debía ordenar a otras personas la averiguación del paradero del Duce. Para ello movilizó al jefe de los ejércitos alemanes en Italia, al Feldmariscal Albert Kesselring y al *attaché* de la Policía alemana en la embajada, Herbert Kappler, por aquel entonces comandante de las SS y que había servido largo tiempo en la Gestapo. Este eficiente oficial hablaba italiano y llevaba un par de años establecido en Roma, donde tenía montada una discreta oficina con un pequeño equipo de colaboradores.

Además, el Reich no podía dejar de confiar en las labores de espionaje que pudiera hacer el servicio de inteligencia militar, más conocido como Abwehr, y que era dirigido por el almirante Wilhelm Canaris. Al menos tres organizaciones diferentes eran las que estaban convocadas al empeño de liberar a Mussolini.

Skorzeny viajaría a primera hora de la mañana del 27 de julio a Italia, acompañando al general Student y haciéndose pasar como su ayudante. Esa misma noche fueron recibidos en el cuartel general sito en Frascati por el mariscal Kesselring, así como por la plana mayor de la inteligencia alemana en Italia. Junto al mariscal se encontraba una de las personas más sobresalientes e influyentes de todas las que pudieran encontrarse, Eugen Dollmann, un doctor en Filosofía dedicado a estudiar arte e historia de Italia desde el año veintisiete. Desde entonces había accedido a los círculos de la nobleza romana y de los altos prelados vaticanos. En su día había comenzado a prestar servicios como jefe de prensa del Partido Nazi en Italia. En virtud a sus méritos fue enrolado en las SS, donde llegó a ser una suerte de coronel honorario. Era un hombre moreno, delgado, de gesto elegante. Llevaba siempre perfectamente peinado con gomina su pelo, que lucía con un color negro intenso. Sus ojos, también negros, dejaban traslucir su prudencia y una cierta melancolía que quizá fuera fruto de la contradicción de ser un activo del movimiento nazi —en el que nunca había militado—, y de saberse, al mismo tiempo, atraído sexualmente por los hombres. Vestía su uniforme con una pulcritud exquisita, lo que, unido a sus vastos conocimientos y a ser llamado por Hitler como intérprete, le servía para ganarse el respeto de los demás.

Pero el comandante Herbert Kappler era un contrapunto siniestro de Dollmann. De pelo rubio y frente despejada, amplia nariz y ojos claros, mantenía siempre un gesto agrio y frío, como podría suponersele a un jefe de la Gestapo. Tanto Dollmann como Kappler se sorprendieron con la aparición de Skorzeny, presentado como el

ayudante de Student, quien pronto desveló que era capitán de las Waffen-SS y que había recibido el encargo del Führer de liberar a Mussolini. «¿Y cómo pretenderá este hombre liberar al Duce?», se preguntó Dollmann.

—El capitán habla como si se tratara de sacar a alguien a la fuerza de un restaurante —comentó, admirado, Dollmann al mariscal.

—Este es capaz de llegar hasta el Duce abriéndose paso a puñetazos —contestó el mariscal Kesselring, con la sonrisa permanente que le caracterizaba.

—Como si fuera tan fácil —sentenció Dollmann.

A decir verdad, todos estaban asombrados de que aquel gigantón de quien nadie había oído hablar pudiera desenvolverse con semejante desparpajo.

En las mismas horas en las que los alemanes comenzaban sus conciliábulos para tratar la misión secreta del rescate de Mussolini, este era llevado a Gaeta para embarcar en la nave que le llevaría a la isla de Ponza, a media distancia entre Roma y Nápoles. Cuando llegó, fatigado y completamente desanimado, se atrevió a preguntar al médico si todo estaba en calma ahí fuera. Recluido en una modesta habitación de una casa de dos plantas custodiada por diez *carabinieri*, apenas tenía fuerzas para agradecer las muestras de cariño que recibía de los suboficiales Marini y Avallone, abatidos por ver al Duce caído en desgracia. Los dos le recibieron con lágrimas en los ojos.

A pesar de todo, Mussolini había podido constatar que muchos otros habían comenzado ya el camino de la desafección. Muchos de los que parecían ser fieles custodios del fascismo proclamaban ahora su fidelidad al rey de Italia. Caído Mussolini, dio comienzo una imparable disolución del fascismo.

Los italianos parecían no perdonar la aventura de la guerra. Un diario milanés publicó en su portada del día 29 de julio la siguiente noticia: «La disolución del Partido Fascista. El pueblo italiano recupera la libertad». Pero Mussolini no estaba interesado en el desarrollo de los acontecimientos, como si supiera de antemano cuál iba a ser el proceso de desafección. En el día de su sexagésimo cumpleaños recibió diferentes testimonios totalmente contradictorios sobre su situación. De un lado, un telegrama de felicitación del mariscal Hermann Göring, marcado por un estilo pomposo y adulador que pretendía mantener un hilo de esperanza —todo ello de una forma velada que pudiera superar la censura de sus carceleros—. «Su obra de hombre de Estado permanece en la historia de nuestros dos pueblos, que están destinados a marchar por un camino común». Por otra parte, las personas que le acompañaban se mostraban más sinceras cuando él se atrevió a indagar sobre la realidad de los acontecimientos:

—¿Se han movido mis fieles escuadristas del 21? —preguntó Mussolini a uno de sus guardianes, el brigada Osvaldo Antichi, en un tono sarcástico, como si ya conociera la respuesta.

—No, excelencia. Ha habido manifestaciones de contento por su caída.

—¿Grandes manifestaciones?

—No. No como aquellas de Piazza Venezia. Aunque estas han sido totalmente espontáneas —contestó Antichi, diciendo la incómoda verdad sobre una nación en la que comenzaban a aflorar los partidos políticos, las huelgas y los disturbios callejeros.

El mariscal Kesselring solicitó del nuevo jefe de Gobierno italiano, Badoglio, que le permitiera entregar a Mussolini el regalo que Hitler le mandaba por su cumpleaños. Se trataba de las obras completas de Nietzsche dedicadas por el propio Führer a su amigo. El regalo terminaría llegando a las manos de Mussolini, pero sin que, de ninguna manera, pudieran los alemanes saber cuál era el lugar en el que se encontraba arrestado. También recibiría algunas provisiones y prendas de vestir enviadas por su mujer, doña Rachele. Mussolini, en agradecimiento, le escribió las siguientes líneas aún sin tener certeza alguna de que pudieran llegarle:

Querida Rachele:

Te doy las gracias por las cosas que me has enviado y, sobre todo, por los retratos de los nuestros queridísimos. Bruno [*su hijo fallecido*] ha estado y está conmigo en estos días próximos a su segundo aniversario. Dale mis recuerdos a Vittorio, Edda, Romano, Anna y a todos. Yo estoy tranquilo y paciente. Te aseguro que soy tratado con el máximo respeto.

Te abrazo afectuosamente.

Tuyo,

Benito

30 de julio de 1943

Primer día de mis sesenta y un años de edad

Fueron días convulsos y de inmensa incertidumbre. En Roma trabajaban Kappler y Skorzeny en la averiguación del destino de Mussolini. El primero acudió a sus colegas de la Policía italiana, haciendo valer su antigua amistad, pero pronto comprobaría que los italianos se mostraban ya abiertamente recelosos con los alemanes. Skorzeny intentó ofrecer sobornos a altos funcionarios y envió al teniente Warger, que tenía soltura con el italiano, para que tratara de ganarse amistades en las tabernas.

La impaciencia del Reichsführer de las SS Himmler, le llevó a contratar los servicios de varios astrólogos para que pudieran arrojar alguna luz en la cuestión del paradero del Duce. Después de días estudiando el caso, determinaron que debía encontrarse en un lugar rodeado de mucha agua. Esta era toda la ayuda que podían prestar.

El comandante Kappler interceptó una comunicación que los servicios de inteligencia italianos habían preparado como señuelo, que hacía pensar que Mussolini había sido trasladado al puerto de la Armada italiana, La Spezia, próxima a Génova. Esta maniobra fue útil porque los alemanes estuvieron distraídos durante muchos días, hasta que fue de nuevo Kappler el que descubrió que Mussolini se hallaba en la isla de la Maddalena, al norte de Cerdeña.

Hasta una plácida finca, con magníficas vistas al mar y conocida como Villa Webber, había llegado el día 6 de agosto procedente de Ponza, donde había pasado su

primera semana de cautiverio. El nuevo espacio era suficiente para que un centenar de *carabinieri* establecieran la vigilancia necesaria. No puede decirse que los carceleros tuvieran mal gusto, muy al contrario. La magnífica edificación construida a mediados del XIX era una recreación palaciega de estilo romántico, con guiños medievales como las almenas que coronaban la azotea, las ventanas rematadas en arco de medio punto o una pequeña torre del homenaje. Seguramente Mussolini suspiró al abrir la ventana y contemplar el mar de azules imposibles, y verdes turquesa y esmeralda de la costa sarda. Y aunque permanecía bastante decaído y ajeno a los acontecimientos, no podía evitar que hasta él llegaran algunos comentarios, ya fuera a través de alguno de los oficiales de la guardia, o del médico que trataba de paliar el malestar que le procuraba una obstinada úlcera.

En la mañana del viernes 13 de agosto, sobre las once, la aviación norteamericana sometió a la ciudad de Roma a un nuevo y fortísimo bombardeo. Durante hora y media, varias oleadas de aviones bombarderos escoltados por cazas fueron pasando a gran altura y dejando caer sus cargas explosivas. El resultado de aquella acción fue desolador, más de mil quinientos habitantes de los barrios populares de Roma murieron y muchos más resultaron heridos.

Cuando sonaron las sirenas, el papa Pío XII estaba en su biblioteca privada despachando con el secretario de Estado. Durante la hora y media que duró el bombardeo oró fervorosamente y, tan pronto como cesaron las alarmas, mandó a la guardia que se dispusiera para salir hacia las áreas dañadas. En el Vaticano nadie comprendió que pudiera salir el papa así, sin apenas protección, a la descubierta de aquel desastre. Le acompañaba el cardenal Montini, quien años más tarde sería el papa Pablo VI.

El pontífice recorrió las calles haciendo su primera parada en el barrio de Tuscolano, donde descendió de su Mercedes y pidió a los presentes que «rezaran por los muertos y que elevaran una oración a Dios y a la Santa Madre para impetrar la divina clemencia para la Ciudad Eterna». Y de forma sorpresiva sacó un fajo de billetes nuevos de mil liras que comenzó a repartir entre los presentes. Los romanos miraban asombrados con gesto serio y de profunda serenidad ante la desolación. A esta parada siguieron otras ante las casas derrumbadas y, viendo pasar las camillas, se acercó a una de ellas y se inclinó para dar la bendición a uno de los heridos. Su blanca túnica quedó manchada de sangre. En el barrio de San Lorenzo, nada más bajar del automóvil, bendijo a la multitud y rezó ante ellos un padrenuestro abriendo los brazos y alzando su cabeza al cielo, para luego recitar el salmo «De profundis»:

*De profundis clamavi ad Te, Domine;  
Domine exaudi vocem meam.  
Fiant aures tuae intendentem  
in vocem deprecationis meae.*<sup>[1]</sup>

Un comentario del rey de Italia llegó hasta los oídos del mariscal Kesselring: «Roma ya no cuenta con su principal protección antiaérea». Parecía como si el papa hubiera dejado de influir sobre los ánimos de unos y otros enemigos de Italia. El Estado Mayor de Badoglio ordenó entonces una aproximación hacia los Aliados, de forma que se comenzó a planear la defensa de Italia ante un enemigo no declarado pero inminente, Alemania.

Hasta Villa Webber llegaron los ecos de la devastación. Mussolini se refugiaba en la lectura, y como resumen de sus pensamientos iba escribiendo un cuaderno de anotaciones. Algunas de ellas se referían al destino de Napoleón, que encontraba tan parejo al suyo. Había devorado en un par de días la biografía de Louis Madelin sobre el emperador francés y quiso hacer algunos comentarios: «Hablando del Napoleón constructor, afirma que era un extraordinario soñador, pero de temperamento realista, nacido para actuar. Y también dice que un día la tempestad abatió al constructor, pero no pudo abatir lo que había creado. También sobre mí se ha abatido la tempestad, pero las obras del fascismo quedan y quedarán (...). Cuando Napoleón cerró su ciclo cometiendo la gran ingenuidad de contar con la caballería de los británicos, veinte años de su epopeya fueron renegados y malditos. Quizá suceda en Italia algo de este género. El decenio que va desde la conciliación a la guerra de España, el decenio que levantó Italia al nivel de los grandes imperios, el decenio fascista durante el cual todos los hombres de nuestra sangre, diseminados por toda la tierra, pudieron tener la frente alta y proclamarse sin rubor italianos, con este decenio se entusiasmaron las generaciones de la segunda mitad de este siglo, aunque hoy, por la dureza de los tiempos, traten en vano de anularlo (...). Con razón decía Napoleón que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso».

En esos días de decepción, Mussolini pidió ser asistido por el sacerdote Salvatore Capula, párroco de la isla, y aprovecharía el encuentro como desahogo, lamentándose de la suerte que corría y reconociendo haberse acercado a Dios en esos días por primera vez en cuarenta años. Su ateísmo tenía como origen los tiempos en los que se convirtió en un decidido militante socialista.

En aquellos días, un dragaminas alemán atracó en el puerto de la Maddalena con varios tripulantes, entre ellos estaba el capitán Skorzeny y el teniente Warger, que tan bien se defendía en italiano. Todos vestían uniformes de la Kriegsmarine. El joven Warger fue utilizado como ojeador y, siguiendo el consejo que le habían dado, fue apostando en cada *osteria* a que Mussolini habría sido ya eliminado. No es seguro que aquella estrategia le sirviera, pero consiguió averiguar que el lugar de su internamiento era la Villa Webber. Un mediodía bajó exaltado hasta la nave alemana para confirmar que el Duce se encontraba en la isla y que él mismo lo había reconocido paseando por el jardín de la casa.

Aquella era la ocasión que Skorzeny venía esperando desde hacía casi un mes, desde el mismo momento en que recibió de Hitler el encargo de intentar el rescate. A continuación, pasó a informar al general Student y a preparar un plan de acción, que

más que una operación de comando, era una auténtica maniobra militar de envergadura, la única que pudiera asegurar copar la isla y tomar la casa al asalto reduciendo a las fuerzas que vigilaban a tan importante prisionero.

El día 18 Skorzeny consiguió que un Heinkel-111 de la base continental de Pratica di Mare, en la provincia de Roma, le llevara a efectuar un reconocimiento aéreo que permitiera tomar fotografías y tener así una visión precisa del relieve de la isla y de los accesos y posibles obstáculos que rodeaban a la villa que se proponían asaltar. Cuando sobrevolaban el Mediterráneo, la tripulación de la aeronave se vio sorprendida por la presencia de dos cazas ingleses. A pesar de los intentos por escapar de su alcance, sufrieron de inmediato el fuego de sus perseguidores y seguidamente el Heinkel comenzó a perder altura hasta terminar impactando contra el agua. La pericia del piloto permitió que el choque contra el agua no fuera fatal, de forma que, aunque el avión terminó hundiéndose en breves minutos hasta el fondo del mar, los cinco hombres que viajaban en él se salvaron milagrosamente, agarrándose al bote salvavidas neumático que había sido accionado a tiempo. Al cabo de una hora a la deriva, apareció sobre el horizonte un barco. El segundo piloto disparó entonces una bengala de socorro. A los pocos minutos se encontraban todos a salvo a bordo de un crucero de la Marina de guerra italiana. Skorzeny sintió que, tal como le había sucedido en el frente ruso, había conseguido salvar la vida.

No ha sido posible establecer las razones por las que, al tiempo que Skorzeny emitía su informe sobre la localización exacta de Mussolini, el almirante Canaris, jefe de la inteligencia militar, Abwehr, pasaba el suyo, donde indicaba que Mussolini se encontraba en la isla de Elba. Aquella información contradecía abiertamente a la que el general Student había transmitido al cuartel general, que ya había ordenado a este que preparara una acción de asalto de sus paracaidistas sobre aquella pequeña isla. Las objeciones que puso Student a dicha misión, basada en la rotundidad con la que Skorzeny aseguraba que Mussolini estaba recluido en la Villa Webber de la Maddalena, hizo que ambos fueran convocados de nuevo a la Guarida del Lobo. La situación era delicada porque los dos tenían que sostener sus argumentos para demostrar que Canaris se equivocaba. Esta vez fueron conducidos hasta una amplia estancia, en la que Skorzeny entró, siguiendo los pasos del general, con la excitación propia de las grandes ocasiones; nervioso, pero consciente de que sería capaz de templar sus nervios y de poder convencer al Führer de que Mussolini se encontraba donde ellos decían.

Cuando se le hizo visible toda la sala comprobó que, frente a la chimenea, había una gran mesa redonda ocupada por casi todas las figuras principales del Tercer Reich. Acompañaban a Hitler, a su izquierda, el ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop, seguido del comandante de las SS, Heinrich Himmler; el almirante Karl Dönitz, jefe de la Kriegsmarine; el mariscal del Reich y comandante de la Luftwaffe, Hermann Göring; el coronel-general Alfred Jodl y su jefe inmediato,

el mariscal comandante del Alto Mando de la Wehrmacht, Wilhelm Keitel, que cerraba el círculo y estaba situado a la derecha del Führer.

El general Student fue invitado a sentarse en una silla emplazada entre Himmler y Dönitz; Skorzeny ocupó otra al lado de Göring. Los únicos que faltaban eran Goebbels y Bormann para completar el cuadro de las personas más influyentes y cercanas a Hitler. El general Student hizo un resumen de los avances logrados en la averiguación del destino del Duce y cedió la palabra a Skorzeny para que él, personalmente, expusiera cómo habían dado con él. Cualquiera otra persona se hubiera mostrado dubitativa, se habría ceñido a notas e informes que hubiera consultado a cada poco o hubiese buscado el apoyo de su general en cada aseveración. Pero Skorzeny era todo menos un hombre apocado o prudente. Descuidando cualquier apunte de los que llevaba en su portafolios, explicó cómo, tras haber recibido la información del paradero de Mussolini en la isla sarda de la Maddalena, prepararon su aparición camuflados como marineros alemanes y cómo el teniente Warger, a pesar de ser abstemio, aprendió a dar cuenta de algunos vasos de vino en las tabernas del puerto para terminar apostando por la peor suerte del Duce. El relato iba convenientemente adornado, de forma que pocas veces un Estado Mayor de mariscales y ministros saboreó un informe de un joven capitán con más delectación. En aquel informe no había códigos, cifras, coordenadas o estrategias; no había más que el descaro y el espíritu machacón de aquel vienés. Así lo percibieron todos entre sonrisas.

El Führer manifestó que aquella certeza que traían los dos visitantes era también la suya. Mussolini debía encontrarse en aquella villa de la Maddalena. A continuación preguntó si tenían algún plan preparado para ejecutar inmediatamente una acción de comando. Skorzeny expuso un proyecto que requería de la participación de la Marina y de algunos apoyos extraordinarios de fuerzas de las SS que se encontraban en Córcega. No resultó difícil vencer alguna desconfianza, pues nadie pensaba que los alemanes pudieran tener dificultad en tomar una finca que estaba a poca distancia de un puerto donde estaban atracadas sus naves. Por otra parte, aquel palacete de verano estaba vigilado por unos cien hombres nada más, entre policías y *carabinieri*. Hitler aprobó el plan y exigió que se ejecutara con rapidez, y quiso advertir de que el Gobierno italiano era todavía aliado de Alemania, por lo que su misión no podía ser reconocida oficialmente en caso de que saliera mal.

—Si usted fracasa, me verá obligado a afirmar que se ha vuelto loco. Debe usted aceptar esta responsabilidad por Alemania y por su causa.

Tras estas graves palabras de Hitler, el mariscal Göring se interesó por el accidente de aviación que habían sufrido. A todos sorprendió aquel espíritu animoso y locuaz, tan poco repetido entre los de su raza.

No fue hasta el día 29 de agosto cuando una flotilla alemana, a la que se incorporaron lanchas rápidas, pero también submarinos, se aproximó hasta la isla de la Maddalena. Antes de ordenar que se iniciaran las maniobras, Skorzeny quiso

acercarse hasta la villa en compañía de Warger. Nuevamente iban disfrazados de marineros y llevaban entre los dos un canasto grande de ropa sucia. Aquellos dos marineros empleados en las tareas de lavandería no despertaron ninguna sospecha y en nada podían parecerse a los soldados de un comando de operaciones especiales. Cuando remontaron la cuesta que conducía hasta la villa y, tras entrar en una vivienda en la que querían hacer algunas preguntas, se toparon con unos *carabinieri* a los que Warger quiso preguntar sobre el destino de Mussolini. Ambos se mostraron reticentes, pero cuando Skorzeny manifestó que Mussolini seguramente estaría muerto, uno de los *carabinieri*, cansado de aquellas pamplinas, contestó bruscamente que ya se había marchado.

—Ayer se marchó, lo vi con mis propios ojos. Así que dejaos de tonterías.

Con estas palabras quedó abortada la operación de rescate de Mussolini en la isla de la Maddalena. Un mes después de haber llegado a Italia, Skorzeny se encontraba exactamente igual que entonces. El general Student volvió a consultar al mariscal Kesselring y convocó al comandante de la policía Kappler y al erudito Dollmann, que eran los cerebros alemanes en Roma.

Fueron días de alguna desesperanza en los que Skorzeny sintió que la operación que le podía proporcionar la gloria se le escapaba de las manos. Tuvo entonces tiempo de encontrarse con algunos alemanes que vivían en Roma en una situación delicada, como presagiando la tormenta de los futuros acontecimientos. Con extraña facilidad, Skorzeny se orientó en Roma hacia los lugares con más carácter y en los que brillaba aún cierto esplendor entre la decadencia.



## IV

### Un rescate de leyenda

El muchacho grande y voraz que llevaba dentro Skorzeny no podía conformarse con la vida cuartelera de Frascati. Aparte de sentir urgencia por descubrir indicios que le volvieran a conducir al destino de Mussolini, quería aprovechar para hacer vida en la ciudad que había conocido cuando era más joven. Entonces la guerra no parecía posible y se planteaba un futuro como ingeniero.

El Skorzeny ideal que él mismo imaginaba era asimismo un hombre que habría de manejarse entre los grandes de la industria y las finanzas. Las oportunidades que con tanto esfuerzo le habían procurado sus padres serían aprovechadas. Él podría ser el hombre que seguramente su padre anhelaba; el arquetipo de persona hacia el que navegó su progenitor, pero ante el que se quedó varado. A su juicio, su padre había encallado en la bajamar de su vida, sin poder acabar su singladura en el puerto que había pretendido. En cambio, esa afanosa vida sí había servido para que los dos hijos fueran a la universidad y se educaran como unos caballeros acomodados de la Viena de principios de siglo.

Roma representaba para Skorzeny la clara elegancia, la incitación al conocimiento clásico que él no tenía y una permanente provocación para echarse a la calle. Aún en la desgracia de aquellos días, las mujeres no podían evitar que sus pasos prendieran una voluptuosa chispa a cada joven alemán. Skorzeny se sentía atraído por toda aquella *finezza*.

A falta de lugares más íntimos, donde quizá despertaría demasiadas miradas, quiso Skorzeny frecuentar el café Roseti de la Piazza del Popolo. Entonces aquel establecimiento presentaba un aspecto elegante y disponía de dos filas de mesas en la terraza con el único amparo de un toldo. Los turistas preferían siempre un lugar al aire libre, también aquel alemán vestido con uniforme caqui de la Luftwaffe optaba por el espectáculo de la plaza, que ofrecía la bella estampa de la fuente Neptuno y los tritones que disimula una subida discreta hacia el Pincio. Aunque por entonces los militares alemanes no recibían más que un trato frío, Skorzeny no parecía molestarse. Y como suele suceder con los indolentes, su falta de sensibilidad termina por desarmar a los que se dirigen a ellos con mayor prevención o aspereza. ¿Qué mal podía hacer a un camarero italiano la cortesía hacia un oficial alemán tan aparente y risueño?

Pero pronto Skorzeny desistiría de hacer amistades al vuelo, conformándose con aquellos colegas de la milicia italiana, con quienes podía intercambiar alguna información y hasta insinuarse con algún vago ofrecimiento de dinero. En el café Roseti encontró a Dollmann, que —a diferencia de los otros alemanes— procuraba sentarse en una de las mesas más discretas. Esta vez venía acompañado del doctor Metzler, un experto en arte clásico.

Más tarde Skorzeny descubriría que había alcanzado una buena posición como seguidor de grandes piezas de arqueología para distintas fortunas de Europa, y que tenía también elaborada una curiosa ruta de las más importantes reliquias cristianas desde los tiempos de Constantino. Suya había sido alguna de las más sólidas teorías del *lignum crucis* y también alguna sobre la leyenda del Santo Grial. Skorzeny no sabía entonces que aquel alemán le iba a embarcar en nuevas búsquedas. Vivía alejado de toda relación con la embajada alemana, su único vínculo era Dollmann, del que era amigo sincero. Juntos disfrutaban de coloquios de café que se prolongaban a veces en largas noches en el estudio del doctor en Via Margutta, esa calle tan recoleta y bohemia resguardada entre la colina y la avenida que parece su hermana mayor y protectora, la Via del Babuino.

Metzler invitó aquella noche a sus amigos a su estudio. Otro alemán que trabajaba en la embajada se unió al grupo. La noche espléndida de septiembre permitía disfrutar del breve paseo que quisieron prolongar dando un largo rodeo y atravesando calles pequeñas y solitarias como la Via del Vantaggio y la Via Laurina. De cada rincón relataba Dollmann una anécdota jugosa o una referencia histórica muy precisa.

Al entrar en el estudio, Skorzeny se sorprendió por la fabulosa colección de arte. Sin ser un erudito, poseía una intuición cuando se encontraba ante muestras de arte majestuosas, por mucho que no fuera capaz de interpretarlas. Una luz tenue iluminaba sabiamente cada una de las piezas. Dollmann quiso ejercer de guía de aquella colección.

—Este busto es un retrato del emperador Antonino Pío, siglo II después de Cristo. De la misma época es esta otra cabeza que el doctor, con muy buen gusto, ha colocado justo enfrente, como si se estuvieran mirando —explicó Dollmann mientras tomaba ligeramente del brazo a Skorzeny para llevarle hasta el otro lado del salón—. Representa a Diana. Y allí, al fondo, tienes un mosaico excepcional —dijo, señalando una pared en la que, tras un sofá tipo Chester, aparecían dos gallos peleándose sobre un fondo de color marfil.

Al salón no le faltaban detalles tan asombrosos como un tapiz flamenco que representaba una escena de la batalla de las Termópilas, en la que un soldado persa amenazaba con la espada a Leónidas que ya había sido hecho prisionero.

Alrededor de una mesa baja de mármol blanco sembrada por una colección de pitilleras de plata, se sentaron los cuatro alemanes. Dollmann y Metzler abrieron una botella de champán que mantuvieron bien a mano en una cubitera con hielo; los otros dos invitados tomaron *scotch*.

Como no podía ser de otra manera, aquellos hombres hablaron sobre la situación política italiana y sobre los avances de los Aliados en Sicilia. En un momento dado, la conversación derivó hasta terminar haciendo cábalas sobre la nueva prisión en la que se encontraba encerrado Mussolini.

—Es cuestión de días, Skorzeny. En este país es imposible mantener un secreto de esa naturaleza —dijo el doctor Metzler, tratando de tranquilizar a su nuevo amigo. Se hacía cargo de lo que suponía para este poder dar cumplimiento a la tarea que le había confiado Hitler en persona.

—El mariscal Kesselring estará negociando con Badoglio el rescate del Duce. En Italia siempre se puede llegar a un arreglo —añadió, sonriendo, el cuarto hombre, del que Skorzeny nunca recordaría el nombre—. A nadie interesa que el Duce sea juzgado por los Aliados, menos aún que se le ponga ante un tribunal en Italia, que sería tanto como hacer un juicio al fascismo y provocaría una guerra civil.

Aquel comentario, hecho aparentemente sin malicia, dejó pensando a todos, como si fuera una luz nueva que se encendiera para iluminar el final de aquel túnel. Nadie habló entonces, pero seguro que todos comprendieron el sentido de aquellas palabras. A fin de cuentas, era cierto que a nadie convenía la prisión de Mussolini, para el Gobierno italiano era una pesada carga.

Horas antes, Skorzeny se había despedido de Radl en el café Roseti y le había dejado dicho dónde le podría encontrar. Por ese motivo, y por saberse acompañado de Dollmann, se sentía seguro y localizable. La noche transcurría plácidamente, tanto que de los graves asuntos de Estado dieron paso a las confidencias sobre cómo la vida les había llevado hasta esa hora romana. Según escuchaba Skorzeny a aquellos dos estudiosos del arte, iba comprendiendo que Alemania no había sido para ellos más que un accidente en su biografía. Para ambos su pasión era Italia y en ningún otro sitio podrían ser más felices, pues era a aquella cultura a la que habían consagrado su estudio y esto era algo que ambos habían sabido rentabilizar. De alguna forma, eran profesionales del conocimiento de la historia y la sociedad italiana. Los dos habían tomado distancia con respecto a las formas alemanas, y hasta le parecía que se habían contagiado de un cierto amaneramiento.

La educación de aquellos dos caballeros infundía a Skorzeny admiración y respeto. A su vez ellos estaban interesados en saber cómo un ingeniero vienés había llegado a convertirse en jefe de comandos. Aquello era lo único que necesitaba Skorzeny para soltarse. Narró cómo había aprendido a batirse en duelo en los años de la universidad y cómo había anhelado —desde los diez años, cuando el final de la Primera Gran Guerra— que Alemania y Austria volvieran a fundirse en una empresa común. Pero lo que más interés despertó en sus tertulios fue la afición de Skorzeny por todo tipo de pruebas y apuestas, ya fueran por competir en el recorrido al volante más rápido, ya fuera escalando, navegando, montando a caballo, pilotando avionetas o esquiando. Para un doctor en Filosofía y otro en Historia del Arte, que

habían consumido su juventud entre bibliotecas, aulas y museos, aquella personalidad era la plasmación práctica del ideal de los futuristas.

—Usted sería el ídolo de Marinetti —le dijo Metzler—, y no me extraña que esta vida que lleva en la guerra le resulte una delicia.

—Hombre, no digamos tanto. Pero no le niego que la vida de la milicia me gusta y me divierte mucho más que la del estudio de ingeniería.

—¡Si es que usted no parece un ingeniero! —exclamó Dollmann—. Con una armadura y sobre un caballo, haría las veces de uno de esos *condottieri di ventura*. Tiene usted las manos y el rostro de un Gattamelata, de un Alberico da Barbiano o de un Jacopo dal Verme, todos ellos hombres de vida y aspecto terribles, y que fueron retratados por los Giorgione, los Cavazzola y hasta por Donatello y Leonardo.

—Eran, por decirlo así, los dandis del *Quattrocento* —apostilló Metzler, riéndose.

Skorzeny escuchaba sintiéndose halagado y tratando de captar el sentido de aquellas explicaciones de dos eruditos que se deleitaban en aquella camaradería de los gustos, que quién sabe si no era también una sociedad de otras afinidades, como llegaría a pensar Skorzeny. Sea como fuere, la luz clara que antecedió al amanecer se fue filtrando por los cristales de las amplias ventanas. Skorzeny se disculpó y anunció que se marcharía hasta el Roseti para encontrarse con su conductor, que estaría durmiendo en el coche aparcado frente al obelisco de la gran plaza. Los demás hicieron también algún intento de levantarse para acompañarle, pero no debieron de conseguirlo porque finalmente Skorzeny bajó él solo las escaleras y caminó, por la Via del Babuino, el medio kilómetro escaso que le separaba del café. Se encendió un cigarrillo que fue saboreando como en los amaneceres de sus mejores conquistas en las fiestas interminables de Berlín. «Todavía es posible la salvación», pensó.

—*Buon giorno, signore* —dijo un camarero, con una amplia sonrisa, reconociendo en el oficial alemán a un probable héroe de la noche romana—. ¿Qué desea tomar?

Skorzeny pidió un café cortado, que en Italia había que pedir como *macchiato*, y se quedó contemplando el espectáculo de las mangueras y los repartidores de prensa, que parecían apurarse en montar el escenario antes de que se levantara el telón. Los gritos que se dedicaban unos a otros eran una sinfonía en la que las manos gesticulantes daban a todo un sentido de comedia, por muy graves que sonaran las voces.

Al día siguiente, Skorzeny se encontraba detrás de la mesa de despacho del general Student, quien le acababa de mostrar el texto del telegrama que había sido interceptado y descifrado por los hombres de Kappler y que iba dirigido al jefe de la Policía italiana, Carmine Senise. Decía así: «Han sido ultimadas las medidas de seguridad sobre el Gran Sasso y en su entorno». Estaba firmado por el inspector general Giuseppe Gueli. Todo parecía indicar que se recuperaba la pista de Mussolini.

El 28 de agosto, Mussolini había sido trasladado desde la isla de la Maddalena a un paraje solitario, que no llegaba a ser siquiera una aldea, y que todavía se conoce con el nombre de Fonte Cerreto, al pie del Gran Sasso d'Italia, el macizo de los montes Abruzos. Allí fue internado, en un caserío moderno con forma de chalé alpino, llamado La Villeta, de tejado de pizarra a dos aguas, a excepción de un torreón central, cuyo capitel era un tejado afilado que se remataba en aguja en la parte superior. Las paredes estaban pintadas en un color albero, anaranjado, y las contraventanas eran de color verde inglés, lo que daba a la casa un bello aspecto. Mussolini había sido acomodado en la primera planta de aquella villa de verano, que pertenecía a una condesa de aquella región. El sitio parecía discreto y no existía más que un camino que vigilar, el que venía desde el pueblo. En esta confianza permanecieron sus vigilantes durante cinco o seis días, en los que ni siquiera privaron del todo a Mussolini de movimiento, como demuestra un cuadro aparecido en los años ochenta, pintado por el propio Duce desde la pradera que se extendía por delante de La Villeta. Allí se aprecia la hermosa casa con perfecta técnica del dibujo y la perspectiva.

Los escoltas que acompañaban a Mussolini no conocían aquella región de montañas tan encrespadas y se sorprendían de que entre uno y otro mar de Italia hubiera aquella frontera tan inexpugnable, como una muralla insolente que conservaba aún, al final del verano, sus neveros. La carretera que se dirigía de L'Aquila a Pescara trazaba una larga curva hacia Assergi, para sortear aquella barrera montañosa. Desde este modesto pueblo salía una pista que llevaba hasta Fonte Cerreto, el lugar donde estaba la estación de funicular que subía hasta la primera de las cumbres de aquel conjunto.

El teniente de *carabinieri* que custodiaba a Mussolini era Alberto Faiola; le había acompañado desde la Maddalena y tenía buen trato con el Duce, al que le contó que en Abisinia había conocido a sus dos hijos, Bruno y Vittorio. Tal y como había sucedido desde el primer momento de su detención, resultaba difícil que policías y *carabinieri* dejaran de sentir respeto por el que había sido durante veinte años su jefe, su Duce. Todos ellos estaban obligados a guardar secreto sobre la identidad del prisionero que custodiaban. Pero no se podía evitar que la gente de Assergi hiciera sus suposiciones; si no se trataba de Mussolini, tendría que ser alguno de los más importantes jerarcas del fascismo, alguien muy importante debía de ser cuando no se le podía mantener preso en una cárcel cualquiera.

Y, efectivamente, una mañana en la que Mussolini se estaba afeitando en su habitación, frente al espejo del tocador, un pastor creyó reconocer a través de la ventana abierta su redonda cabeza. Por él se tuvo en Assergi la confirmación de que el prisionero de La Villeta era el Duce. En ese momento, el inspector general Giuseppe Gueli tomó la decisión de embarcar a su prisionero en el funicular o *funivia*. Mussolini y su amplia escolta recorrieron los escasos doscientos metros que separaban la villa de la estación. El Duce caminaba resignado y se le cedió el paso

para que fuera el primero en entrar en la cabina, con cabida para quince personas. El encargado de la instalación, Remo Lalli, le saludó.

—Duce, ¿quién ha hecho este desastre? —le preguntó.

—¡Ah...! —exclamó Mussolini, encogiéndose de hombros y mirando a Lalli como un chiquillo que asumiera el castigo como consecuencia de la incompreensión, y demostrando que no tenía ni interés ni fuerzas para intentar defenderse.

A continuación, subió el teniente Faiola y varios *carabinieri*. Otras escuadras de policías habían acudido desde primera hora hasta el hotel de Campo Imperatore, en la cumbre de la montaña. A pesar de tratarse de una plácida mañana de verano, en lo alto, cables y postes se hundían en la niebla. El funicular emprendió el trayecto bruscamente, como si fuera un coche tirado por caballos. Enseguida tomó la altura suficiente como para poder contemplar la estación de Fonte Cerreto, la arboleda de robles, abetos y pinos que se extendía por la falda de la montaña, y el valle en el que se encontraba el pueblo medieval de Assergi, parapetado tras una antigua muralla, como si quisiera esconderse de la visita de los forasteros. En verdad que era aquel un pueblo pobre, de calles minúsculas, casi de juguete. Las casas se levantaban por encima de las vías, creando arcos y un laberinto donde todas las viviendas eran pequeños refugios que dan cuenta al visitante de hoy de la miseria y la angostura en que vivieron durante siglos tantas generaciones de familias.

Mussolini giró la cabeza hacia atrás una sola vez para contemplar aquel paisaje. «Estos son los pueblos que me amaron, los que me siguieron fielmente en la tarea de la reconstrucción de Italia, los *contadini* que creyeron en la obra que teníamos que acometer. Ahora se compadecen de mí mientras en Roma las masas celebran mi caída».

El funicular continuó su ascensión entre dos brazos de la montaña por donde un río de piedras mostraba el camino que buscaba el agua durante el deshielo. Manchas de un bosque poblado daban paso a zonas completamente peladas en las que asomaba ya con terquedad la roca seca y desabrida. La mirada hacia la cumbre era pavorosa, solo un atrevido ingenio como aquel *funivia* podía superar un muro tan descomunal. En un remanso, entre las cumbres, aparecía la estación de llegada, el hotel era visible al descender del funicular nada más. Cincuenta metros de pasadizo subterráneo unían el hotel con la estación en previsión de los días de temporal.

El hotel refugio Campo Imperatore se encontraba a dos mil doscientos metros de altura, en una meseta desde la que arrancan los otros montes que ascienden hasta casi los tres mil metros. El hotel se mantiene aún hoy en día tal y como era entonces: un edificio pintado en uno de esos colores tan romanos, entre granate y naranja, que son consecuentes con la arquitectura de la ciudad y que, por tanto, allí quedan bien. Las casas de Roma son una sinfonía de todas las tonalidades posibles desde el amarillo hasta el granate, pero aquel color resultaba naturalmente extraño en la montaña, ya fuera en los largos meses de nieve o en el estío, cuando tímidamente asomaba la hierba entre las piedras.

Aquel edificio enclavado entre el cielo y la montaña compartía también con los viejos *palazzi* romanos los desconchones como seña de identidad. Pero, una vez más, lo que en la ciudad se podía consentir por ser compensado con tantos rincones plenos de belleza, aquí no lo toleraba bien la vista del visitante.

Recientemente construido en 1934 con un sello de decadente racionalismo, su propósito era ser un hotel de montaña para sufridos deportistas. A la entrada, en la cara orientada hacia el monte, una placa recordaba que el marqués Alfonso Dragonetti de Torres, propietario de la montaña Campo Imperatore, había donado generosamente al municipio de L'Aquila el lugar sobre el que se edificó el hotel. Del bloque rectangular de tres pisos sobresalía un semicírculo asomado al valle y que servía, en la planta baja, de luminoso comedor gracias a unos grandes ventanales. El paraje era hermoso y desolador, el molesto e inquietante viento corría siempre como si deseara que nadie permaneciera parado. Todo hacía pensar que aunque el hotel fuera cómodo y estuviera bien planteado, las crueles condiciones de lugar habían impedido mantenerlo en condiciones óptimas.

A su llegada al hotel, Mussolini fue recibido por Domenico Antonelli, profesor de esquí, que esos días asumía las funciones de director del hotel. Un cocinero que estaba de vacaciones fue reclamado, así como la gobernanta Elisa Moscardi, a quien la leyenda bautizó como la bella Lisetta. Estos empleados se ocuparían personalmente del Duce caído, mientras que de los servicios de los policías y *carabinieri* se encargaban otras personas de sus respectivos cuerpos.

Cuando el inspector general Gueli dejó instalado a Mussolini en Campo Imperatore, comprendió que este carecía de la ropa de abrigo necesaria. Como quiera que él viajaba cada dos o tres días hasta Roma para despachar con el jefe máximo de la Policía, Carmine Senise, se preocupó de recoger ropa suya de invierno.

Mussolini fue llevado a la que entonces era la habitación 201, una especie de apartamento situado en la segunda planta que contenía cuatro pequeñas estancias. La primera era un recibidor que ocuparían permanentemente dos centinelas para los que se dispusieron sendos sillones. De frente, según se entraba, existía un baño completo. A través de la ventana se podía contemplar la meseta que se asomaba hacia el valle. Un lavabo, una bañera amplia y elegante, así como un inodoro y un bidé, todos entonados en la misma loza blanca con grifos dorados, combinaban bien con los azulejos de cerámica también blanca que vestían las paredes desde el suelo hasta el techo. Desde el recibidor se accedía a mano derecha a las otras dos estancias. La primera era un discreto despacho, con una sola ventana mirando hacia la montaña, que serviría para que Mussolini pudiera escribir sus notas y atender a sus asuntos. Allí pudo reunirse con el inspector Gueli, con el teniente Faiola y hasta con alguna visita inesperada. Una silla, un pequeño escritorio y dos sillones completaban la habitación. La pieza contigua, que quedaba en la otra esquina, entre el despacho y el baño, tenía también una ventana mirando hacia las cumbres. Una amplia cama de matrimonio presidía la habitación, decentemente vestida con sábanas de lino

bordadas a mano y cubierta con una manta tosca y artesanal de lana; todo aquí invitaba a un descanso que solo sería interrumpido por las voces de los guardias o por el viento inclemente. El resto del mobiliario lo componía un cómodo sillón y un escritorio a juego, de estilo *art nouveau*, y un armario amplio y elegante.

Mussolini comprendió que aquel lugar sería mucho más definitivo que sus anteriores encierros de Ponza y Maddalena; por fin sus captores habían encontrado un sitio en el que nadie intentaría su rescate.

En el amplio comedor del hotel, frente a la ventana, apuraba el prisionero la primera hora de la noche echando una partida de cartas con Faiola, Antonelli y algún otro voluntario. Estiraba ese rato porque sabía que no tendría sueño, no había tenido ocasión de cansarse lo suficiente. Apenas hablaba sobre la situación política. El único comentario que podía alterar su ánimo era cuando alguien le transmitía el rumor de que sería entregado a los ingleses.

—Antes me suicido. Yo comprendería un juicio que me hiciera el pueblo italiano, pero nunca el de los extranjeros —contestó en varias ocasiones.

Parecía que aquel retiro monacal había liberado al Duce de sus preocupaciones. Aunque caído en desgracia, parecía abandonado y resignado a su nueva vida. Su desgana le hacía descuidarse con la comida y su afeitado; un hombre tan escrupuloso y mirado como Mussolini había perdido ese punto de presunción. Y si había sido hasta entonces parco en las comidas, ahora lo era aún más, solo cenaba un huevo y algo de fruta.

No puede decirse que sus captores creyeran de verdad en que el Duce era su prisionero. Más bien aceptaban que tenían que cumplir con su obligación de mantener su seguridad y vigilancia, pero le trataban siempre con respeto y con no pocas muestras de afecto. Una vez que estaba en su despacho Mussolini con el teniente Faiola, este se atrevió a hacerle algunas preguntas.

—Excelencia, ¿alguna vez pensó en que terminaría perdiendo el poder?

—No, Faiola. Desde antes de marchar voluntario a filas en la Primera Gran Guerra, me he preocupado siempre por crear. Nunca he pensado en el fracaso.

—¿Y cuánto cree que durará este encierro? ¿Piensa alguna vez en los planes que puedan tener Badoglio y el rey?

—No pienso en eso en absoluto. Supongo que querrán mantenerme prisionero mientras dure la guerra —contestó Mussolini, mirando por un momento a Faiola, como estudiando el terreno—. Usted sabe que se dice que me quieren entregar a los Aliados. Antes de que eso suceda, yo me pego un tiro. —Miró a los ojos del teniente.

—Le comprendo. En lo que esté en mi mano yo no permitiré que le entreguen a los ingleses —contestó Faiola.

—¿Y qué puede hacer usted, teniente?

—Seguramente, poco.

—¿Pero usted me daría una pistola para que yo me pegara un tiro? Sería la mejor forma de que no se consumara semejante humillación para Italia. Usted haría eso por



mí, ¿verdad? —preguntó persuasivamente. Faiola asintió simplemente con la cabeza y abriendo las manos hacia arriba, sin decir palabra.

El 9 de septiembre por la mañana se corrió la noticia por Campo Imperatore: en la tarde del día 8 el mariscal Badoglio había anunciado la firma del armisticio. La radio lo había repetido cada media hora durante la noche: «El Gobierno italiano, habiendo reconocido la imposibilidad de continuar la lucha desigual contra la potencia preponderante del adversario, con el fin de evitar ulteriores y más graves desgracias a la nación, ha pedido el armisticio al general Eisenhower, comandante jefe de las fuerzas aliadas anglo-norteamericanas. La demanda ha sido aceptada. En consecuencia, todo acto de hostilidad contra las fuerzas anglo-norteamericanas deberá cesar por parte de las fuerzas italianas en todo lugar».

Mussolini apenas musitó algunas palabras, indicando la falta de dignidad de Badoglio. Quizá ya esperaba algo así. Los mandos, sin embargo, comentaban entre ellos las noticias sumidos en el estupor. ¿Cuál sería la reacción de Alemania? Todos sabían que la guerra no había acabado, antes al contrario, la guerra en suelo italiano acababa de comenzar.

El mariscal Kesselring venía exigiendo de Badoglio garantías de que Italia resistiría al intento de invasión aliado que había comenzado con el desembarco de Salerno. Pese a las palabras de Badoglio, Kesselring estaba convencido de que la misma defenestración de Mussolini tenía como fin último dar la espalda a Alemania y entregar la nación a los Estados Unidos e Inglaterra. Por eso planearon la Operación Eje, que consistía en la ocupación alemana de Italia. Tras la confirmación del día 8 de septiembre, los alemanes no pudieron evitar la nueva situación de hecho, y se apresuraron a tomar mejores posiciones dentro del territorio. Los Aliados, entretanto, bombardearon el cuartel general de Frascati.

La misma mañana en que se anunciara la rendición italiana, Skorzeny y el teniente Radl fueron llevados en un Heinkel-111 desde el aeródromo de Pratica di Mare para que pudieran fotografiar Campo Imperatore. Skorzeny eludió dar explicaciones al piloto y le pidió que volara hasta el puerto de Ancona. Los dos oficiales de las SS, haciéndose pasar todavía por aviadores, simulaban interés por fotografiar algunos lugares de la costa adriática, aunque no desperdiciaron las dos pasadas que hicieron sobre los Apeninos para pasar directamente sobre los montes Abruzos y asegurarse de que su objetivo quedaba retratado. Esa misma tarde, Skorzeny se toparía en Via Veneto con una multitud exaltada que escuchaba en grandes altavoces la noticia de la rendición y que la recibía dando vivas al rey.

Por la noche Skorzeny y Student conversaron acerca de la nueva situación. El austriaco, con la mente siempre dispuesta a tomar la iniciativa, le explicó al general la idea que tenía.

—Creo, mi general, que debemos proceder de inmediato, tan pronto como hayamos revelado las fotografías.

—Antes debemos hacer una aproximación al terreno. Necesitamos una confirmación de gentes próximas. Acuérdesse de lo que pudo haber pasado en la Maddalena —contestó el general Student.

—He pensado, mi general, en utilizar a un médico alemán que está deseoso de hacer méritos en la embajada. Le he dicho que estamos buscando emplazamientos para hospitales militares que puedan alojar a soldados alemanes enfermos. Se acercará por sus propios medios mañana mismo a Assergi —refirió Skorzeny.

Esta fórmula sería una de las que sirvieron para que los alemanes tuvieran la certeza de que Mussolini se encontraba en el Gran Sasso. El doctor alemán se presentó con la intención de subir hasta el hotel de Campo Imperatore y comprobó que un amplio despliegue de *carabinieri* se lo impedía.

El cuartel general debía elaborar un plan que venciera muy serias dificultades. Una operación que consistiera en soltar una o dos compañías de paracaidistas ofrecía el problema de la altura a la que se encontraba el hotel y las malas condiciones de viento y nubes que solían acompañar a la montaña. Solo el fuerte viento podía hacer desviar a los paracaidistas de su objetivo de forma tan considerable, que aun cuando resultara un salto medianamente seguro, perdería todo el factor sorpresa de la operación. A su vez, asaltar desde tierra una cota de dos mil doscientos metros conllevaría el despliegue de una división. Tal movilización despertaría la alarma y serviría para que los italianos volvieran a trasladar a su prisionero a otro lugar.

Al final, el Estado Mayor de Student decidió que doce planeadores de transporte de tropas DFS 230, capaces de transportar diez personas, serían trasladados desde el sur de Francia hasta Pratica di Mare. Estos planeadores serían remolcados hasta el Gran Sasso, donde aterrizarían para asaltar el hotel. La fecha fijada para el asalto sería el 12 de septiembre y la hora del aterrizaje, las seis de la mañana, en esa primera hora del alba en que el sueño de los que duermen suele ser profundo y el cansancio de los que velan o acaban de despertarse es grande.

Pero todavía era preciso hacer acopio de los aeroplanos, así como ordenar las operaciones.

En la mañana del 10 de septiembre, los alemanes comenzaron a tomar los centros estratégicos de Roma encontrando resistencia en las principales entradas a la ciudad. Los combates se sucedieron hasta las cuatro de la tarde, cuando las tropas italianas y los civiles levantados en armas contra el Ejército alemán se rindieron. El armisticio significaba que Roma pasaba a tener la condición de «ciudad abierta» y la ocupación alemana se llevaría a cabo sin resistencia, lo que debería garantizar la salvaguarda tanto de la población como del patrimonio de la ciudad. En las calles de Roma habían caído ya mil quinientos defensores italianos.

El 10 de septiembre también trajo la noticia de que, el día anterior, el rey y el mariscal Badoglio, acompañados de los Estados Mayores de los tres ejércitos, habían

abandonado la capital con destino a Pescara para tomar la corbeta *Baionetta* que les trasladaría a Brindisi. Desde el primer momento aquella maniobra fue considerada por unos y otros como una fuga en toda regla que nadie perdonaría a Vittorio Emanuele III. Con aquella escapada había perdido el escaso crédito que le podía quedar.

Entretanto, las tropas alemanas necesitaban hacerse con los resortes del poder en Roma y descifrar, con toda seguridad, el paradero del Duce. Para ello era preciso localizar a las personas que habían sido responsables de su detención.

Kappler y Dollmann se presentaron en la sede del Ministerio del Interior para solicitar del general Soleti la localización del jefe de la Policía, Carmine Senise. El doctor Dollmann tomó la iniciativa para que aquella intervención no pareciera un interrogatorio, sus hábiles maneras consiguieron no soliviantar los ánimos del general de la Policía. Se trataba, según él, de coordinar con el máximo responsable de la policía italiana el orden público de la ciudad. El general Soleti se resistió y no reveló el destino de Senise, que se mantenía escondido y fiel a las instrucciones de Badoglio.

Esa misma tarde el teniente Radl se presentó en el ministerio para solicitar del general Soleti que les acompañara a Frascati. Aunque este se disculpó diciendo que no podía acudir en aquel momento, la insistencia de Radl fue grande, por lo que Soleti terminó consintiendo aquel traslado.

—General Soleti, quiero pedirle disculpas por hacerle venir hasta aquí y por nuestra insistencia. Usted se hace cargo de la grave responsabilidad en la que la que los jefes de los ejércitos alemanes nos encontramos. Es absolutamente imprescindible que pueda hablar con el jefe de la Policía Carmine Senise y el general de los *carabinieri* Cerica —le dijo el general Student, a través de su intérprete, sin llegar a formular una pregunta más incisiva.

—No puedo serle de ayuda. Usted también podrá comprender cuál es mi situación. Ustedes han tomado la ciudad y yo no tengo la manera de saber dónde está cada uno de los hombres que venían siendo responsables del Gobierno —contestó sagazmente Soleti.

Después de algunas palabras de cortesía, en las que Student ya dejó entrever que volvería a molestarle, se despidieron.

El mismo día 11 por la mañana, el general Student se reunió con el capitán Skorzeny para agradecerle los servicios prestados en las labores de inteligencia en aquella operación.

—Capitán Skorzeny, debo darle las gracias por todo el entusiasmo que ha demostrado en esta operación. A partir de ahora se ocuparán los paracaidistas, que son los que han de ejecutar el rescate.

—Mi general, yo estoy dispuesto a asistir a la operación hasta el final... — contestó, algo confundido, Skorzeny—. Quedo a sus órdenes. Tenga en cuenta que si algo sale mal a usted le pedirán explicaciones de por qué no contó con Skorzeny y sus hombres.

A primera hora de la tarde, Student llamó al comandante Harold Mors, jefe de un batallón de paracaidistas, que se encontraba acampado en el Colegio de Nobles de Mondragone, un monasterio próximo a Frascati. Mors era, según su general, la persona idónea para mandar la operación. Hombre menudo y enjuto, de escaso pelo lacio que asomaba en un flequillo algo rebelde, de nariz afilada y rostro delgado, con alguna apariencia de conejo, era de absoluta confianza de Student —pertenecía a su Estado Mayor— y había demostrado ya su valía en la conquista de Creta.

—Queda usted encargado de liberar a Mussolini. La operación se desarrollará mañana a las seis de la mañana. —El comandante Mors recibió la noticia con un gesto de cierto aturdimiento. ¿Cómo era posible que se le pudiera endosar semejante responsabilidad de un día para otro?—. Doce planeadores del tipo DFS 230 vienen de camino.

Después de estas y otras breves explicaciones sobre las condiciones del asalto, Mors se reunió con otros miembros del Estado Mayor.

—La preparación del Raid ha sido obra del capitán de las SS, Otto Skorzeny —le confesó el oficial del servicio de información de la división.

Aquella misma noche se reunirían de nuevo para tratar distintos aspectos de la operación que Mors había podido atribuir a las distintas compañías de su batallón. Tras una cena ligera, en la que ninguno demostró mucha atención por la comida, degustaron una copa de *grappa* en el salón de fumadores de oficiales. El comandante Mors explicó cuál sería el orden de las operaciones.

—Con su permiso, mi general, he decidido que sea la compañía del barón Von Berlepsch la que forme las tripulaciones de los planeadores. Irán dispuestos con ametralladoras, subfusiles y bombas de mano que a continuación detallaremos, a razón de nueve hombres por aparato, además del piloto. La demora en la llegada de los DFS nos obliga a retrasar la hora de salida. La hora H de aterrizaje en Campo Imperatore será las dos de la tarde. El grueso de mi batallón —siguió explicando con detalle impecable el comandante Mors—, compuesto por dos compañías motorizadas de paracaidistas y otra motorizada de anticarro, así como dos secciones de la compañía pesada, se trasladará, conmigo al mando, hasta la base del funicular en Assergi. Estaremos en orden de marcha a las tres de la mañana, ya que tenemos más de doscientos kilómetros de trayecto. No podemos perder de vista que puede haber elementos hostiles, partisanos o incluso unidades italianas que nos hagan frente.

Cuando Mors terminó, y después de que los miembros del Estado Mayor se enredaran en detalles sobre los itinerarios, Student reclamó para un aparte a su comandante:

—Comandante, he de decirle que debe prever que dieciocho personas ajenas a sus hombres, aparte de los pilotos, les acompañen. Por lo que si ha calculado que precisará ciento ocho hombres para cubrir los doce planeadores, debe conformarse con noventa. El capitán Skorzeny, dieciséis de sus hombres y un general de la Policía italiana irán con ustedes.

Mors ni siquiera titubeó al escuchar esa instrucción, se limitó a guardar silencio en espera de que el general quisiera hacer alguna otra aclaración.

—Quiero que comprenda que yo no puedo impedir que tome parte de la operación. Ha insistido mucho y debo reconocer que el propio Führer ha contado con él personalmente —justificó el general—. De todas formas, soy consciente de que no podemos poner al capitán Skorzeny a las órdenes del teniente Von Berlepsch. Quedará directamente subordinado a usted.

—Sí, mi general, pero yo mandaré el convoy que tomará Assergi. No podré controlar a esos hombres de las SS —objetó Mors, aunque en un tono muy cortés.

—Hágale las observaciones que considere convenientes. Una vez liberado el Duce, será acompañado por Skorzeny hasta el cuartel general del Führer.

Durante muchos años se ha acusado a Skorzeny de haberse apropiado de los méritos de aquella operación. Pero lo cierto fue que —por unas u otras razones— todos contaron con él desde un principio, tanto para desplegar los trabajos de información como para mandar el asalto, finalmente abortado, de la Maddalena, como para hacer el reconocimiento aéreo de Campo Imperatore o para permitirle volar en el tercero de los planeadores y asignarle la tarea de acompañar al Duce hasta el cuartel general de Hitler en caso de que la operación tuviera éxito. De forma que quedaba previsto quién podría ser la persona que más se podría beneficiar de aquella operación. Ninguno de aquellos dos hombres consideró importante entonces tal cosa. Skorzeny les parecía el oficial más adecuado, pues había recibido también el encargo personal de Hitler el mismo día en que lo recibió Student.

El general Soleti había llegado a primera hora de la mañana del día 12 a la sede del ministerio en la plaza del Viminale, encontrándose con la sorpresa de que estaba cercado por las tropas alemanas. Más de doscientos cincuenta hombres que hacían la guardia del edificio fueron desarmados y rodeados en el patio. Dos oficiales alemanes requirieron al general de la policía que les acompañara para encontrarse de nuevo con Student. Las protestas del italiano fueron inútiles, al menos se le consintió que le acompañara uno de sus coroneles. Ya de camino, los alemanes indicaron que en vez de dirigirse al cuartel general en Frascati, irían a Pratica di Mare donde ya se encontraba Student. Soleti comprendió que al no haber podido encontrar a los jefes de la Policía y de los *carabinieri*, se veían obligados a arrestarle a él.

Una vez se reunió con el general alemán —con la sola presencia del intérprete—, este volvió a insistir en las mismas preguntas que la noche anterior, pero inició

sorpresivamente una nueva línea en el interrogatorio.

—¿Me puede confirmar si el Duce ha sido trasladado a Campo Imperatore en los últimos días?

—Mi general, no estoy en la posición en la que yo pueda precisar nada al respecto... —comenzó por responder Soleti, que se había visto abiertamente sorprendido por la pregunta y por el hecho mismo de que los alemanes conocieran aquel escondite—. No entra dentro de mis competencias la vigilancia de Mussolini.

—Pero usted participó en la detención del Duce. —Student, deliberadamente seguía otorgando dicho tratamiento de Duce como señal de deferencia y respeto, porque también había observado cómo él lo nombraba solo como Mussolini—. También ha elegido al contingente de guardianes, así como su equipación y armamento. Y está en permanente contacto con sus hombres.

—Me temo que está usted equivocado por completo —contestó enojado Soleti—. Yo no participé en el arresto de Mussolini el 25 de julio, tampoco he organizado su vigilancia. El responsable de la misma es un oficial de los *carabinieri* del que no sé ni siquiera el nombre. En cuanto a la dirección del servicio, corresponde al inspector general Gueli, que recibe órdenes directamente de su excelencia Senise.

—Es por eso que yo quería encontrarme con su excelencia Senise. Pero, habiendo sido imposible localizarlo, le pido que sea usted el que me confirme que el Duce se encuentra en Campo Imperatore —dijo Student.

—Yo no sé nada. Y si supiera algo, como se puede imaginar, se trataría de un secreto profesional —replicó Soleti.

—Lo comprendo perfectamente, pero ahora no puedo permitir que usted vuelva a Roma.

—Me gustaría, en tal caso, darle las instrucciones pertinentes al coronel Vaselli.

—Si usted se compromete a obviar cualquier punto de nuestra conversación, el coronel Vaselli podrá volver a Roma. Si le hace la menor indicación de lo que hemos hablado, me verá en la obligación de retenerlo.

Cuando Soleti escuchó esta explicación entendió cuáles eran las inmediatas intenciones de los alemanes y aceptó aquella condición. Esta sería la manera de transmitir a su familia que se encontraba retenido por el general Student.

Una vez que el coronel que le acompañaba salió y se volvieron a quedar solos, el alemán le mostró una fotografía aérea de Campo Imperatore.

—Como puede observar, esta es la estación del funicular y este es el hotel Campo Imperatore. Apenas se aprecia movimiento alguno. Quizá estas manchas se correspondan con dos o tres personas. Estas fotografías fueron sacadas ayer por la tarde. No parece que haya un despliegue de policías. ¿No le parece posible que el Duce haya sido trasladado nuevamente? —preguntó Student en un tono más afable.

—Es muy posible. Después de los sucesos del día 8, no se puede descartar. También a mí me sorprende el aspecto desierto que ofrece el hotel —contestó Soleti

con la intención de desanimar al alemán y sabiendo positivamente que Mussolini seguía allí recluido.

—Yo, el general Student, he recibido personalmente del Führer la orden de liberar al Duce. Y con ese objetivo estoy dispuesto a emplear todos los medios, se encuentre donde se encuentre. Mi intención es evitar que se abra fuego contra los hombres de la guardia. Para ello voy a necesitar que nos acompañe, de forma que pueda disuadir a los policías de cualquier intento de disparar. Mire usted lo que le voy a decir. Si sus hombres le hacen el menor daño al Duce, la responsabilidad será enteramente suya y de sus hombres por lo que queda advertido de qué es lo que debe hacer al llegar a Campo Imperatore.

Soleti comprendió cuál era su papel en toda aquella historia. De haber encontrado a Senise, él no habría sido secuestrado de aquella forma.

—No acepto la responsabilidad que me pueda atribuir porque usted sabe perfectamente que una vez se ponga en marcha el operativo, nadie puede saber la reacción de aquellos hombres ni las consecuencias. Están obligados a impedir lo que ustedes quieren intentar.

—La decisión está tomada, general Soleti. Su presencia evitará un baño de sangre. —Student zanjó con solemnidad la discusión.

—Quiero que al menos a usted le conste mi protesta y disconformidad.

—Recojo su parecer —contestó el alemán secamente para, a continuación, abandonar la sala.

—Mi general, si es tan amable, le ruego que me entregue el arma —intervino el oficial intérprete.

—¿Me debo entonces considerar prisionero?

Soleti no recibió respuesta. El oficial le tomó personalmente la pistola del cinturón. Nadie registró al general, que conservaba aún otra pistola escondida dentro de la pernera del pantalón. Poco después le fue presentado al capitán Skorzeny, quien le indicó que volaría en el mismo planeador que él rumbo a Campo Imperatore.

Hacia las tres de la madrugada del día definitivo, el suboficial Antichi oyó ruidos en la estancia que servía de dormitorio de Mussolini. Sorprendido por la hora que era, se decidió a entrar —no sin antes tocar a la puerta— y se encontró al ilustre prisionero sentado en la cama con una herida en la muñeca de la que brotaba un hilo de sangre.

—Me he cortado con una hoja de afeitar —dijo Mussolini sin que Antichi apreciara en aquellas palabras un reconocimiento de culpa.

De inmediato avisó al teniente Faiola, que llegó con un pequeño botiquín. Después de limpiar las heridas le vendaron las muñecas. Los guardias se preocuparon por el cariz que iba tomando aquel encierro. ¿Habría Mussolini intentado suicidarse o estaba simplemente ensayando el procedimiento que tendría que emplear en el

futuro? Los sucesos posteriores contribuyeron también a borrar cualquier rastro de aquel episodio.

Aquella sería una noche de trágicas premoniciones para Mussolini, anticipo de muchas otras noches de desvelo que tendría en los veinte meses de vida que le quedaban, en las que se dedicaría a caminar por la habitación buscando nervioso la concentración en la lectura.

Durante el día había oído el ruido de un motor que luego pudo comprobar que era el de un avión que había pasado por encima del hotel por dos veces. Los rumores de que sería entregado a los Aliados se habían repetido, y aquella era la única preocupación que le turbaba.

A la mañana siguiente amaneció muy cansado, pero con un pesar más hondo que el del cuerpo. Se sentía triste y profundamente desanimado. La montaña estaba envuelta en una densa niebla y hacía frío. Y aunque fue invitado por el profesor de esquí, Antonelli, a jugar una partida de cartas en el comedor, prefirió mantenerse en su despacho. Cuando el sol se fue haciendo un hueco hasta terminar dispersando la niebla, notó también una cierta mejoría en su ánimo. «Quizá por la tarde me apetezca dar un paseo», pensó, percatándose de lo poco dueño que era de su tiempo.

Tumbado sobre la cama hizo un doloroso repaso a los suyos. La imagen de sus hijos le hacía pensar que, de una u otra manera, serían capaces de abrirse camino. Solo el recuerdo de su hijo Bruno, muerto en accidente de aviación, le mordía el corazón. Siempre había sido un padre cariñoso y próximo a sus hijos; la veneración que él sentía por ellos era muy correspondida; lo tenían idolatrado. También se acordaba de su mujer, doña Rachele, su compañera desde los días en Forlì, cuando era un maestro dedicado al periodismo y comenzaba a despuntar como militante socialista.

Cumpliendo con su compromiso, Mors salió con sus compañías motorizadas hacia las tres de la mañana en dirección a Assergi. Un convoy de más de quinientos paracaidistas se adentraba por las oscuras carreteras de una noche de septiembre sin saber qué encontrarían por el camino. El resto de su batallón se disponía a dirigirse hacia Pratica di Mare, donde doce planeadores y sus aviones remolcadores, Henschel 230, esperaban alineados en el borde de la pista de despegue. El teniente Von Berlepsch no había podido dormir pensando que debía mandar a noventa paracaidistas en su arriesgado asalto al Gran Sasso. La primera hora del día la consumieron en revisar las parejas de ametralladoras que deberían montar cuatro de los nueve soldados que se habrían de bajar de cada planeador. Los otros cinco, armados con subfusiles y bombas de mano, saldrían a la carrera en dirección al hotel.

En las mismas horas de los preparativos, antes aún del mediodía, se recibió una llamada en la centralita del tenebroso edificio de Campo Imperatore. El prefecto de L'Aquila, Rodolfo Biancorosso, quería hablar con Giuseppe Gueli, y este tomó el



auricular de la centralita, en la planta baja del hotel, escuchando de pie, la otra mano apoyada sobre su cadera, sin responder. El prefecto solicitó entrevistarse con él en media hora en la estación de Fonte Cerreto para transmitirle una información de suma importancia. Gueli bajó alarmado por la premura de aquella entrevista; ante el cúmulo de acontecimientos que se sucedieron en esas horas, temía cualquier sorpresa, hasta la de ser él mismo detenido. El rey y Badoglio habían escapado de Roma dejando la ciudad a merced de unos airados alemanes que habían entrado en la capital a sangre y fuego. Pero no era la guerra contra los alemanes aquello a lo que más temía Gueli, sino el miedo a que Italia se encontrara en las vísperas de una guerra civil. La ausencia de un poder tangible hacía aún más desconcertante la situación.

Cuando llegó abajo se encontró con que todo se reducía a una nueva amenaza de intento de rescate alemán de Mussolini.

—Sería conveniente reforzar la guardia o incluso llevarse a Mussolini a otro lugar más seguro —dijo el prefecto Biancorosso.

—Eso no es posible —respondió Gueli con rotundidad—. El lugar es perfectamente seguro. No hay nada que temer.

Gueli regresó tranquilo a Campo Imperatore porque desde el mismo día en que Mussolini fue arrestado se fueron sucediendo los rumores de un asalto, ya fuera por parte de comandos fascistas o alemanes. Resultaba evidente que habría muchos voluntarios para rescatarle. Sin embargo, pasada la una de la tarde, Biancorosso volvió a llamar para leerle el telegrama que acababa de recibir: «Recomendar inspector general Gueli máxima prudencia. Firmado: el jefe de la policía, Carmine Senise».

—¿Qué piensan ustedes que quiere decir? —preguntó Gueli a sus hombres de confianza, Faiola y Antichi. Todos callaron, hasta que el propio Gueli resumió la situación—: Quiere decir que hay que evitar cualquier derramamiento de sangre.

Gueli estaba recordando la conversación que tuvo dos días antes con el jefe de la Policía, Carmine Senise: «El rey y el Gobierno se han largado; aquí estamos rodeados por los alemanes; hay disparos por las calle de Roma; tenga, por favor, mucha prudencia con respecto a las órdenes que le han dado».

A la una del mediodía, el capitán Skorzeny, que sentía la excitación de las grandes ocasiones, se dirigió hacia el lugar donde se encontraba el general Soleti para indicarle que debía subirse a uno de los vehículos estacionados frente a las dependencias del aeródromo de Pratica di Mare. Cuando los coches arrancaron, el general Soleti, que vestía su uniforme gris con los claros distintivos de su empleo, pensó por un momento que quizás la comitiva se dirigiera de nuevo hacia Roma. Pero su vehículo se paró delante de los planeadores y Soleti comprendió que sería embarcado en uno de aquellos pájaros sin motor que tan poca confianza daban a cualquiera que no fuera aviador. Trató de resistirse, porque aquella maniobra le

parecía un ultraje hacia su persona, y hasta se llevó las manos abajo con intención de tomar la pistola que llevaba escondida en la pernera del pantalón. Ante ese gesto fue inmediatamente desarmado.

Solo diez de los doce planeadores consiguieron despegar remolcados. Soleti viajaba en el tercero de ellos junto a Skorzeny, el piloto, el teniente Heidenreich, y otros siete hombres de las SS. Después de una hora de vuelo, la formación sobrevoló ya el Gran Sasso, entre nubes dispersas, asomándose hacia el solitario y tenebroso edificio de cemento armado, que sobresalía en medio de una breve planicie, rodeado de montañas y precipicios. Su estrategia consistió en pasar de largo por encima de la explanada donde se encontraba el hotel. Los pilotos eran conscientes de que una formación de nueve aviones remolcando a nueve planeadores no podía pasar desapercibida. Así fue que desaparecieron de su vista para desengancharse y dejarse caer sobre el objetivo, casi todos al mismo tiempo.

El convoy del comandante Mors debía haber ocupado ya la estación del funicular, pero llegó con diez minutos de retraso. La toma se produjo con resistencia de los *carabinieri*. Hubo heridos y dos personas morirían en el asalto, un *carabiniere* y un guardia forestal. Inmediatamente después cortaron la única línea telefónica del hotel, la que conectaba con la estación.

El planeador de Skorzeny y Soleti fue uno de los primeros en aterrizar. Se aproximó a menos de cincuenta metros del edificio. Cuatro hombres apostaron sus ametralladoras, dos por cada uno, en la forma habitual de un tirador y un servidor; Skorzeny y Soleti corrieron en dirección al hotel. Otros paracaidistas repitieron la misma operación. Algunos de los SS se acercaron para seguir a su jefe en la maniobra de aproximación al hotel, entre ellos el teniente Meyer. Mussolini observó el despliegue desde la ventana de su cuarto sin que nadie se diera cuenta. En realidad, desde que se oyó el rumor del motor de los aviones remolcadores, se había acercado a la ventana para tratar de averiguar qué es lo que estaba sucediendo. Una vez que se produjo el aterrizaje estuvo alternando su punto de observación desde su habitación cruzándose hacia el baño, para poder ver las evoluciones de los paracaidistas desde la ventana que se asomaba al valle y que tenía una mayor perspectiva.

El teniente Faiola subió con rapidez desde la habitación de Mussolini hasta la tercera planta para avisar al inspector general Gueli, que se había quedado dormido. Al momento volvió hasta la cámara de su prisionero. En cuanto Gueli fue capaz de interpretar lo que estaba pasando comenzó a gritar: «¡Que nadie dispare!».

Soleti, a su vez, corría implorando: «¡No disparéis! ¡No disparéis!».

Mussolini advirtió que un general italiano de la Policía había desembarcado y aprovechó para gritar también desde la ventana: «¡Un general italiano! ¡Que nadie dispare!».

Toda la guardia miraba desde las ventanas de las habitaciones correspondientes, atónita ante el despliegue de aeroplanos, paracaidistas y ametralladoras. No parecía

que nadie tuviera capacidad ni empeño en iniciar un intento de resistencia. Skorzeny y Soleti se separaron; el primero se había lanzado en una carrera que el segundo no podía seguir. Cuando Soleti alcanzó la puerta, se dio cuenta de que los *carabinieri* se encontraban desarmados. Preguntó por Gueli, pero solo acertaron a indicarle la ventana del tercer piso, donde se hallaba asomado. Si alguno de los mandos italianos hubiera intentado una respuesta, se habría encontrado con el fuego de diez ametralladoras apostadas en distintas direcciones, así como con otros cincuenta paracaidistas fuertemente armados. En una amplia sala de la planta baja se encontraba el grueso de la guardia que descansaba, sin guerrera y en mangas de camisa, en aquel comienzo de tarde de domingo.

Cuando Skorzeny y sus hombres entraron en el edificio al grito de «*Mani in alto!*», se toparon con un puesto de radio que desmontaron a patadas y culatazos. Pero aquella estancia no tenía salida hacia el hotel, solo tenía entrada desde fuera, por lo que volvieron a salir e intentaron entrar por la parte del comedor. Debían salvar una terraza de dos metros que Skorzeny escaló sin percibir que intentaban tomar el edificio por la parte trasera. Desde la ventana del baño, Mussolini contemplaba a aquellos hombres vestidos de caqui y con aspecto amenazante. En ese momento, Skorzeny se dio cuenta de que su objetivo se encontraba en la ventana, y, ante el temor de que comenzaran los disparos, le gritó indicándole que se apartara.

Con grandes gritos y golpes que derribaban cualquier obstáculo, Skorzeny se plantó en el *hall* del hotel. Como sucede en las ocasiones desesperadas, las miradas hacia todos lados se sucedieron tratando de advertir hacia dónde debía dirigirse. Cualquier gesto de los italianos, unido a la visión que ya tenía del hotel, le sirvió a Skorzeny para subir por las escaleras hasta la segunda planta y dar con rapidez con el apartamento de Mussolini. Allí se encontró con Faiola y Antichi, que habían impedido a su prisionero moverse de su apartamento. La escolta del austriaco los sacó del recibidor hacia el pasillo y los desarmó. Skorzeny tenía frente a sí al hombre que había estado buscando desde hacía seis semanas y que estaba ahora protegido por el teniente alemán Schwerdt.

—¡Mi Duce, el Führer me ha enviado para liberaros! —exclamó Skorzeny con el brazo en alto, cuadrado frente a Mussolini.

—Sabía que mi amigo Adolf Hitler no me abandonaría —contestó el Duce.

—Estoy encargado de acompañarle hasta su cuartel general. El Führer estará deseoso de poder abrazarle.

Mientras decía esto Skorzeny, Mussolini le miró con cierta incredulidad.

—Yo quisiera reunirme con mi familia. Quisiera ir a Rocca delle Caminate —contestó Mussolini.

—No debe preocuparse, podrá encontrarse con su familia inmediatamente después —le tranquilizó Skorzeny.

Un oficial italiano apareció con una botella de vino y unos vasos para brindar por los vencedores y por el feliz rescate. Los italianos parecían complacidos con la nueva

situación que les relevaba de aquella responsabilidad de custodiar al Duce, y de cierta angustia por presenciar la caída de toda una época.

Cuando Soleti se encontró con Gueli, le preguntó si había recibido órdenes en algún sentido del Gobierno.

—Sí, mi general. Hace apenas una hora recibimos un telegrama que nos pedía que evitáramos un derramamiento de sangre. Sabíamos que se produciría un intento de rescate.

Toda la operación, desde el momento en que Skorzeny puso pie en tierra hasta que se cuadró ante el Duce, sucedió en cuestión de seis o siete minutos. La brevedad de aquel desembarco, la actitud decidida de los alemanes en el despliegue de tantos juegos de ametralladoras y la presencia de Soleti, habían desalentado por completo a unos defensores que se encontraban absolutamente relajados y faltos de la menor capacidad de respuesta.

Un cuarto de hora después de iniciado el asalto, el comandante Mors se acercó hasta el camión de la radio y recibió del oficial de transmisiones la confirmación del resultado de la operación.

—Misión cumplida, mi comandante.

Mors permaneció dubitativo unos instantes; se resistía a creer que todo podía haber transcurrido en tan poco tiempo. Se dirigió a la base del funicular, donde la línea telefónica había sido restablecida, para contactar con el teniente Von Berlepsch.

—Teniente Von Berlepsch, aquí el comandante Mors. ¿Me confirma que la misión está cumplida?

—Afirmativo, mi comandante —contestó el barón.

—¿Mucha resistencia? —preguntó Mors.

—Ninguna.

—¿Pérdidas?

—Ninguna.

—Y el Duce, ¿cómo se encuentra?

—Está haciendo la maleta, mi comandante. —De esta forma el teniente informó del espectacular resultado de la operación.

—Espéreme ahí arriba, subimos ahora mismo.

Mors no podía comprender cómo era posible que la toma de Campo Imperatore donde se custodiaba a Mussolini hubiera podido resolverse de forma tan inmediata y pacífica. Mientras la cabina del teleférico avanzaba en medio de la hendidura que discurría entre dos paredes de roca, giró compulsivamente la cabeza hacia la base del funicular preguntándose cómo era posible que tomar la estación fuera más costoso que despojar al Duce de todos sus centinelas.

Con estas dudas envueltas de satisfacción llegó a la estación de Campo Imperatore. Allí le esperaba el teniente Von Berlepsch para acompañarle, de forma que se pudiera presentar ante Mussolini, quien se encontraba envuelto en el abrigo largo de paño negro que días antes le había proporcionado el general Gueli. Tenía

calado sobre la cabeza un elegante sombrero de fieltro, también de color negro. A Mors le causó cierta impresión comprobar su aspecto pálido y decaído; se encontraba mucho más delgado que aquella imagen que todo el mundo conocía del Duce, con las mejillas hundidas, mucho más arrugado y con un aire de hombre perdido.

—Mi Duce, soy el comandante al mando de estos paracaidistas —se presentó Mors.

—Gracias, gracias. Sabía que el Führer no me abandonaría —repitió Mussolini de forma cansada, aunque esbozando una leve sonrisa.

—Le llevaremos al cuartel general del Führer —contestó Mors mientras Mussolini le extendía la mano en señal de cordial gratitud—. Si hace el favor de salir a la puerta, mis hombres quieren hacerse una fotografía con el Duce.

—Hagan conmigo lo que quieran —contestó Mussolini, completamente a merced de sus rescatadores.

Después de las rondas de fotografías, en las que se fueron alternando los grupos de paracaidistas con sus respectivos mandos y los risueños *carabinieri*, y en las que también posaron Mors, Skorzeny, Faiola, Gueli y Soleti, el comandante de los paracaidistas señaló hacia la explanada donde estaba la avioneta Fieseler 156, más conocida como Storch o cigüeña.

—Solamente le ruego una cosa —dijo por último Mussolini al comandante Mors —, que ponga en libertad a todos los hombres de la guardia. Han sido buenos conmigo.

—Así lo haré, mi Duce. Se lo prometo —contestó Mors, mientras comprobaba cómo Skorzeny se lo llevaba hacia el costado de la avioneta.

—Preferiría bajar de aquí en el funicular —protestó Mussolini con poca vehemencia.

Una heterogénea comitiva de paracaidistas vestidos de caqui, entre los que se mezclaban, policías, *carabinieri* y algún civil, avanzó alegre entre el pedregal de la pequeña meseta en la que aguardaba la Storch, en una zona donde las piedras habían dado una tregua a la hierba, al borde mismo del precipicio. El único gesto serio era el del general Soleti, que había sido testigo de cómo aquella extravagante operación triunfaba frente a su anulada autoridad.

—El general Student ha enviado a su piloto personal —informó Skorzeny a Mussolini, señalando al capitán Heidrich Gerlach—. Yo mismo le acompañaré en el viaje hasta Roma.

—Me temo que eso no es posible, capitán Skorzeny. Este avión puede llevar dos tripulantes nada más —dijo el piloto.

—Le ruego que me admita en el aparato. He recibido del Führer el encargo personal de rescatar al Duce, y es el propio general el que ha decidido que debo acompañarle hasta el cuartel general —replicó Skorzeny de forma decidida.

—Debo insistirle en lo peligroso que puede resultar intentar despegar en estas condiciones con tanto peso —contestó el piloto en tono grave, pero que dejaba un

resquicio a la voluntad de Skorzeny, ya fuera por debilidad de carácter o por sentirse intimidado.

—Piense, capitán, que también será mejor para usted contar con un testigo que le acompañe, nunca se sabe lo que pueda suceder.

Al pronunciar Skorzeny esta enigmática frase, el piloto cedió completamente y se limitó a dar indicaciones a todos los presentes de cómo habían de proceder. La improvisada pista había sido limpiada minutos antes de las piedras más amenazantes.

—¡Todos ustedes deben sujetar por donde puedan hasta que yo baje el brazo! Usted dará la voz indicando cuándo deben soltar —dijo el capitán Gerlach a un teniente de los paracaidistas.

Había que conseguir que el motor del aeroplano adquiriera potencia antes de echar a rodar, y lograr así agotar aquellos escasos cuarenta o cincuenta metros a mayor velocidad. Mientras tanto, varios hombres ayudaron a Mussolini a tomar asiento en la cabina y Skorzeny buscó su acomodo detrás de aquel segundo asiento, pasando sus largas piernas a ambos lados.

La única autoridad superior al capitán Skorzeny que podía impedir aquella temeridad era el comandante Mors, y en aquel momento no se atrevió a detener aquel torrente de energía, quien exhibía el argumento de haber recibido el encargo de Hitler como si de un salvoconducto se tratara.

El avión echó a rodar mientras los testigos se despidieron levantando los brazos y alzando los gorros en celebración de aquella alegre victoria. A los pocos segundos, el avión desapareció de la vista. Todos corrieron hasta el vértice del abismo y comprobaron que volaba, aunque a pocos metros de la pendiente.

Pocos de aquellos hombres podrían explicar la magnitud de aquel triunfo por lo que suponía la resurrección del Duce en una Italia rendida. Y, sin duda alguna, nadie podía prever que aquel no sería más que un vuelo efímero hacia otra vida a la carrera, hacia una nueva fuga continua que duraría veinte meses, hasta que Mussolini fue ametrallado junto a su amante por los partisanos comunistas. Quizá en la melancólica distancia de Mussolini latía la intuición de que todo aquello solamente podía terminar mal.

Hacia las cinco de la tarde, la «cigüeña» aterrizó en Pratica di Mare con alguna dificultad porque el tren de aterrizaje se había dañado en el despegue. La pericia de Gerlach hizo que el aeroplano rodara sobre la pista apoyando su peso en la cola y en una sola de las ruedas.

Pero ni a Mussolini ni a Skorzeny les estaba permitido descansar. Un Heinkel-111 les estaba esperando para llevarles hasta Viena, donde llegarían ya de noche sin que las autoridades locales pudieran coordinar un recibimiento adecuado. La comitiva oficial había abandonado el aeródromo de Aspern alarmada por el aviso de un avión que había tenido que acometer un aterrizaje de emergencia. Cuando Skorzeny se dio

cuenta de que se estaban cruzando con la caravana oficial, fueron llevados al imponente hotel Imperial de Viena. Ninguno de los dos huéspedes había llevado equipaje alguno, solo contaban con la ropa que venían vistiendo en los últimos días.

Los oficiales alemanes no dejaban de preguntar a Skorzeny sobre la gesta recién culminada, y que aún tendría como epílogo la presentación ante el Führer en la Guarida del Lobo. En medio de la apacible compañía, entre ofrecimientos de habanos y copas de coñac, recibió Skorzeny la llamada del comandante supremo de las SS, Heinrich Himmler, para felicitarle por el éxito de la operación. Los antiguos recelos del Reichsführer-SS habían desaparecido. Seguramente el propio Himmler recordaría en aquellos momentos la impresión de hombre rudo e imprudente que aquel capitán le había causado; pero todo aquello carecía ya de importancia. La quimérica tarea de liberar al Duce de forma sorpresiva y sin pérdida de vidas se había conseguido. Aquella era una magnífica victoria de los hombres de las SS y alguien tendría que anunciarlo convenientemente.

Aquella misma noche se había emitido una nota para ser radiada en el parte diario de la guerra: «Del cuartel general del Führer. Paracaidistas alemanes, en unión de soldados de los servicios de seguridad de las SS han culminado la operación para liberar al Duce, que estaba prisionero por una camarilla de traidores. La empresa ha sido llevada a cabo con éxito. El Duce se encuentra en libertad. De este modo, se ha esfumado su proyectada entrega a los anglo-americanos por parte del Gobierno Badoglio».

Al día siguiente se daría a conocer el nombre del oficial de las SS que había conseguido rescatar al Duce.

Tras la felicitación, Himmler pidió a Skorzeny que no se despegara de Mussolini hasta llegar al cuartel general del Führer. Y como licencia le aconsejó a Skorzeny que mandara llamar a su esposa para que fuera a verle al propio hotel Imperial.

Durante la reunión de la noche, saboreando todavía la complaciente visita de unos oficiales y otros, recibió a un coronel que se presentó en nombre del Führer para imponerle la Cruz de Hierro de primera clase. Como muestra de inmediatez, el coronel se desprendió de la cruz que llevaba prendida del bolsillo izquierdo de su guerrera y se la impuso sobre su pecho.

Skorzeny estaba satisfecho por la rápida recompensa y por el hecho de que se le hubiera concedido aquella condecoración tan en caliente. Dos años antes había conseguido la Cruz de Hierro de segunda clase, que no dejaba de ser una recompensa hermosa y necesaria, pues sin ella no se podía acceder a la de primera clase, pero era también muy corriente. Siempre se le habían ido los ojos hacia los soldados que presumían de llevar, no ya la cinta roja, negra y blanca, sino que, además de la cinta, podían lucir la cruz negra sobre el bolsillo de la Feldbluse. Durante aquellas horas no dejó de agachar la vista para comprobar que también él podía presumir como uno de los mejores oficiales.

Después de los abrazos y las felicitaciones le sorprendió la llamada telefónica del propio Hitler.

—Buenas noches, capitán Skorzeny. Acaba de llevar a cabo una hazaña militar que formará parte de la historia. Me ha devuelto a mi amigo Mussolini, por lo que le condecoro con la Cruz de Caballero y le asciendo a comandante de las SS. Acepte mis calurosas felicitaciones —dijo Hitler, sin que Skorzeny tuviera oportunidad de dar un sencillo agradecimiento.

Había oído bien, acababa de ser condecorado con la máxima distinción del Ejército alemán, la Ritterkreuz, la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, el premio de los héroes. En unas horas había pasado de ser un capitán anónimo, con discretos reconocimientos, a ser un héroe condecorado de forma fulminante por el propio Hitler y ascendido también por él al empleo de comandante. Se sentía el hombre más feliz y afortunado del mundo, y era plenamente consciente de la trascendencia de todo aquello y de cómo su vida había cambiado ya para siempre.

Cuando la avanzada hora de la noche aconsejó que cada cual se marchara a descansar, Skorzeny se quedó solo en su habitación, se despojó de aquella ropa sucia que llevaba y se dio un baño caliente. Quizá fuera en ese preciso instante cuando se dio cuenta de que acababa una de sus vidas, la del ingeniero y capitán anónimo, y adquiría ya la categoría de personaje. Algo que había ambicionado desde niño. El recuerdo agradecido hacia su padre, el ingeniero Anton Skorzeny, que había muerto un año antes, estaba permanentemente presente. «¡Qué orgulloso se habría sentido padre de mí! Él siempre comprendió mis deseos».

Aquella noche, cuando dormía, entre sueños oía repicar en su cabeza las palabras de Hitler: «... una hazaña militar que pasará a la historia... le condecoro con la Cruz de Caballero... me ha devuelto a mi amigo Mussolini... le asciendo a comandante...». Las imágenes del coronel, desprendiéndose de la Cruz de Hierro de primera clase y prendiéndola en su guerrera o la llamada de Himmler, se le reproducían constantemente.

Al día siguiente se despertó cansado, como si apenas hubiera dormido. Se puso el uniforme nuevo de las SS que le trajeron y, al recordar las palabras de Himmler y su obligación de permanecer cerca del Duce, se acercó para comprobar cómo se encontraba. Para su sorpresa, el baño y los buenos oficios de un barbero le habían devuelto a Mussolini su aspecto viril y elegante. Pero su principal transformación se había producido al haber cambiado el sentido de sus preocupaciones y el tono de sus comentarios. Hasta entonces Mussolini hablaba como el hombre que lo había perdido todo. Sin embargo, aquella mañana del 13 de septiembre, se había convertido en un hombre que, espoleado por su amor propio, pretendía recuperar su antigua posición. A Skorzeny le agradó aquel cambio de actitud porque eran días en los que todavía era posible soñar. Mussolini dirigía toda la culpa de lo que había pasado al rey Vittorio Emanuele y consideraba que era preciso instaurar una república fascista en Italia.



En aquellas primeras horas los dos hombres desconocían el programa que habrían de seguir en los siguientes días. Desde Viena volarían hasta Múnich para que Mussolini pudiera encontrarse con su familia, y desde allí, el día 15 viajarían, también en avión, hasta el cuartel general donde les esperaba Hitler.

Al pie de la escalerilla del Junkers que aterrizó en la pista próxima a la Guarida del Lobo, aguardaba Hitler. Mussolini descendió y le recibió con un largo saludo, apretando fuertemente la mano de su amigo con sus dos manos. Skorzeny bajó del avión en segundo lugar y permaneció a un lado, observando atento aquel feliz recibimiento. A continuación, el hijo mayor del Duce, Vittorio, se acercó hasta su padre para saludarle con dos cariñosos besos. Con rapidez una comitiva de coches salió para hacer el breve recorrido que habría de llevar a Mussolini y a Skorzeny hasta las estancias de cuartel general. Con los actos de recibimiento y los posteriores homenajes en Berlín, Skorzeny se consagró como un mito de aquella guerra y esta codiciada fama le acompañaría siempre.

## La desaparición de Skorzeny

Cuando terminó la guerra a nadie importaba si Skorzeny era o no el auténtico héroe de la liberación de Mussolini. Pesaba sobre cualquier otra circunstancia el hecho de que era un coronel de las SS. Por eso, desde que se entregó en la zona montañosa que rodea a Salzburgo en los días posteriores a la rendición de Alemania, se convirtió en un convicto sobre el que recaían todas las sospechas de haber participado en crímenes de guerra y de lesa humanidad.

La victoria en una gran guerra conlleva también grandes tareas, como aquellos que asumieron los Estados Unidos con respecto a los prisioneros alemanes les obligaría a detener e interrogar a miles de oficiales. Skorzeny sería examinado durante muchas sesiones. ¿Cuáles eran los hechos por los que podía juzgarse a aquel coronel de las Waffen-SS? A decir verdad, tan solo encontraron un episodio por el que debía responder, y este era el de los conatos de sabotaje y distracción llevados a cabo tras las líneas americanas por soldados de la brigada Skorzeny disfrazados con el uniforme de los Estados Unidos. Aún hubo un intento de extender la acusación hasta la inverosímil participación de Skorzeny en los crímenes conocidos como la masacre de Malmedy y hasta de haber intentado asesinar al general Eisenhower.

El juicio al grupo de Skorzeny y sus oficiales tendría gran repercusión en los ámbitos jurídicos de todos los ejércitos porque, en el fondo, se planteaba una cuestión nueva que no se había suscitado ni sometido antes a juicio. El cargo principal que pesaba sobre ellos era el haber contravenido las leyes y los usos de la guerra mediante la utilización de uniformes del Ejército norteamericano durante la batalla de las Ardenas, que había tenido lugar en diciembre de 1944, y que fue la última gran oportunidad de los alemanes para recuperar el terreno perdido y evitar el rápido desmoronamiento del frente occidental. Esta batalla fue concebida por el Estado Mayor alemán como Ofensiva Eifel y le fue encargada al mariscal de campo Von Rundstedt, y consistía en la penetración de una cuña del Ejército alemán en el frente que existía en la frontera de Alemania con Bélgica. La idea de dicha ofensiva fue exclusiva de Hitler, como también fue idea suya la creación de unidades que traspasaran las líneas enemigas disfrazadas de soldados americanos y pudieran provocar grandes destrozos y mayor confusión.

El ataque tomó ciertamente por sorpresa a los aliados, pero después de tres semanas de duros combates y grandísimas pérdidas por ambos bandos, las unidades alemanas se vieron obligadas a retroceder. Lo que ya no dejarían de hacer hasta la capitulación final, seis meses después, en mayo de 1945.

En los prolegómenos del juicio los acusados debieron escoger a sus letrados, bien aceptando a los norteamericanos que les habían designado o bien eligiendo a otros defensores particulares alemanes. Finalmente aceptaron a los tres abogados americanos y que actuaron bajo la dirección del teniente coronel Durst.

Este abogado se había ganado la confianza de los prisioneros al manifestarles que estaba plenamente convencido de su inocencia. A pesar de eso, el juicio se anunciaba amenazante porque sobre el jurado de cinco oficiales americanos estaba la figura del presidente del tribunal, que era el magistrado Gardner, al que le habían puesto el sobrenombre de The Hanging Gardner, porque coleccionaba sentencias de horca para sus procesados.

Skorzeny afrontaba el juicio con la conciencia tranquila, pero con la inquietud natural de saber lo que estaba en juego. El verano alemán estaba llegando a su fin y aún propiciaba días luminosos y de una temperatura muy plácida. Junto a él se sentaron en el banquillo de los acusados otros nueve de sus hombres: Wilhelm Kocherscheid, Philipp von Behr, Ralph Bellstedt, Günter Fitze, Hans Hass, Ralph Bellstedt, Dennis Muentz, Walter Scherf y Arend de Bruin.

En aquella primera mañana de juicio, la del 18 de agosto de 1947, se dio lectura de los cargos de la acusación. Hubo, en primer término, un intento de inculpar también a los acusados por haber cometido actos de maltrato y asesinato de prisioneros americanos. Los hechos se referían a lo que se conoció como la masacre de Malmedy, llevada a cabo por tropas del general de las Waffen-SS Josef —Sepp— Dietrich, y que consistió en haber ametrallado a más de un centenar de prisioneros norteamericanos, de los que al menos ochenta murieron. Dos semanas más tarde, los americanos harían lo mismo con los prisioneros alemanes en Chenogne. Esta última matanza perpetrada por los vencedores fue convenientemente tapada sin que se llegara siquiera a investigar.

En la primera jornada del juicio los abogados protestaron por la arbitraria atribución de aquella matanza, y el tribunal optó por separar aquel cargo como cosa que ya había sido juzgada.

Un joven norteamericano con acento sureño, que hacía las veces de secretario, leyó los cargos:

Uso impropio de insignias, distintivos, emblemas y uniformes de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América al entrar en combate disfrazados de forma engañosa; llegando a hacer fuego y matar a miembros del Ejército de los Estados Unidos.

Apropiación y uso de uniformes, documentos de identidad, insignias indicativas del rango, condecoraciones y otros efectos y objetos de uso personal en posesión de miembros de las Fuerzas

Armadas de los Estados Unidos de América, que se habían rendido y que estando desarmados como prisioneros de guerra permanecían bajo la custodia del Reich alemán.

Obstrucción e impedimento a los envíos de la Cruz Roja de paquetes que contenían ropa y comida, remitidos a miembros de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América, que se encontraban bajo custodia como prisioneros del Reich alemán.

Según se iban leyendo los cargos, Skorzeny miró hacia los lados con semblante serio como para indagar en la cara de sus compañeros si existía preocupación, pues él mismo comprendió que el proceder de su brigada, aunque fuera siguiendo las precisas instrucciones del Führer, podía conllevar la pena capital.

Sin duda alguna, la primera de las acusaciones era la más grave, pues se refería al hecho de haber entrado en combate completamente disfrazados. Los otros dos cargos no se referían nada más que a la forma en que se habían aprovisionado de los uniformes y elementos de engaño.

Cuando se pusieron de manifiesto los medios de prueba, se expuso la declaración jurada de uno de los acusados que era en extremo incriminatoria y dejaba en mal lugar a todos los acusados. La declaración fue leída y como consecuencia de ella se terminaría apartando al acusado Kocherscheid. Según su relato se había visto obligado a disparar a un policía militar americano en siniestras circunstancias:

... nos habíamos quedado atrapados en el barro. Después de un primer intento que resultó inútil de intentar sacar de allí el coche, uno de los hombres de mi grupo se acercó a la carretera para vigilar. Unos momentos después volvió acompañado de un policía militar americano. Siguiendo nuestras instrucciones, el único de los nuestros que dominaba el inglés iba hablando con él. Nosotros seguíamos intentando sacar de allí el vehículo y el policía militar americano, en un principio, nos ayudó a empujar. Después nos pusimos a cavar alrededor de las ruedas del vehículo usando una pala que llevábamos con nosotros. El americano se colocó a unos pocos metros a la derecha del coche y nos observaba. Como nuestro conocimiento de la lengua era insatisfactorio, yo presuponía sus sospechas. Yo no podía seguir la conversación de nuestro compañero y el PM, pero cuando resultó evidente que nuestro compañero ya no dominaba la situación, decidí disparar al PM..., le descerrajé cinco disparos con un Colt americano a una distancia de unos tres metros. No usé el silenciador que nos habían proporcionado para estas circunstancias.

El documento recogía una confesión abrumadora. Era el testimonio de un fracaso anunciado. Hasta el propio Skorzeny, que se sabía hombre arrojado hasta la temeridad, se había planteado objeciones internas al plan de Hitler.

Skorzeny era políglota —llegó a hablar bien el inglés, el francés, el italiano, el español y, por supuesto, el alemán—. Pero sabía perfectamente que solo un alemán criado en América podía llegar a engañar a un soldado americano. «¿Qué clase de soldados son estos que tienen este acento tan raro y ni siquiera me entienden?», pensaría aquel policía militar.

El abogado de Skorzeny protestó airado porque el documento que recogía aquella confesión no se podía contrastar allí. De todos modos, aquella sería la única munición legal de peso de la que disponían y, a pesar de que la inquietud reinaba entre los diez acusados, pronto se iría despejando. El teniente coronel Durst miró a sus defendidos

con confianza cuando entró en la sala el comandante de ala británico Forest Yeo-Thomas, conocido por la resistencia francesa como Conejo Blanco.

Lo primero que llamó la atención de todos los presentes fue su apariencia marcial y su aspecto sereno, al tiempo que grave. Era un hombre en todo discreto, de unos cuarenta y cinco años y mediana estatura. Tenía la tez muy blanca y escaso pelo oscuro sobre la cabeza. Venía perfectamente afeitado y destacaba en él su mirada afilada y algo triste, como si hubiera sido templada por los sufrimientos. A esa impresión contribuían las profundas ojeras que oscurecían sus pequeños ojos algo hundidos. Y sin embargo, aquel hombre arrastraba con él una leyenda. Se había lanzado dos veces en paracaídas tras las líneas alemanas y había hecho importantes contactos con los sabotadores y partisanos franceses. Había escapado varias veces del cautiverio y había sufrido indecibles torturas de la Gestapo cuando le detuvieron en París.

Vestía uniforme de la RAF, con una chaqueta azul marino, en limpio contraste con los cuellos blancos de la camisa y la corbata negras. Destacaban también los tres botones grandes y dorados por encima del cinturón. Pero lo que llamó la atención a los oficiales alemanes fue algo que tuvieron tiempo de comentar: lucía cuatro pasadores de cintas, cada una de ellas representativa de medallas concedidas por tres naciones distintas: Reino Unido, Francia y los Estados Unidos, y por encima de estas, la cinta distintiva de la George Cross, la segunda condecoración militar más importante que pueda otorgar la corona inglesa.

Cuando el teniente coronel Durst pudo interrogar al testigo, le preguntó sobre sus acciones para los servicios secretos ingleses, este contestó dilatadamente, relatando actuaciones que había llevado a cabo con sus hombres disfrazados de alemanes. Aseguró que en aquellas acciones habían participado oficiales y que iban armados.

—¿Qué tenían premeditado hacer en caso de correr el peligro de ser descubiertos? —le preguntó Durst.

—Matar al enemigo —contestó sin vacilar Yeo-Thomas. Y no se quedó ahí el relato que ponía en evidencia que todos los ejércitos en la larga guerra habían recurrido a todo tipo de estratagemas, sino que concluyó con una opinión personal muy valiosa—: El coronel Skorzeny y sus oficiales han actuado y luchado lealmente —afirmó el oficial inglés con espontánea certeza.

El 9 de septiembre, los diez acusados escucharon la sentencia: quedaban absueltos de todos los cargos para sorpresa de muchos observadores. La cuestión no había quedado clara, pues aunque parecía notorio y probado el hecho de que soldados de la brigada que mandaba Skorzeny habían traspasado las líneas americanas y, en consecuencia, se habían infiltrado disfrazados de soldados norteamericanos; no quedó demostrado que hubieran llegado a entrar en combate con el enemigo. Ni siquiera en el mencionado caso de los disparos al policía militar quedó acreditado que lo hubieran herido o matado. Se trataba solo de la confesión sin contrastar de un

detenido. A falta de víctimas de aquel proceder el tribunal de Dachau accedió a absolver a los acusados. Y a pesar de ello nadie se atrevía a dejar libre a Skorzeny.

A unos escasos veinte kilómetros de la populosa ciudad de Frankfurt-am-Main se encuentra Oberursel, lugar en el que los Estados Unidos fijó el cuartel general de sus servicios de inteligencia en Europa al terminar la guerra. En realidad, los americanos habían heredado de los alemanes las instalaciones de un centro de internamiento donde se interrogaba a oficiales americanos capturados por la Wehrmacht y pilotos de la RAF que caían en sus manos —curiosa subrogación del titular de aquel campo, cuyos inquilinos pasaban a ser los antiguos amos—. Allí serían investigados altos cuadros del Ejército alemán y personas señaladas por su militancia nacional-socialista.

Un grupo de interrogadores especialmente entrenado por el Military Intelligence Center de Camp Ritchie, en el estado de Maryland, llegó para cumplir su cometido después de haber pasado meses interrogando a prisioneros de guerra alemanes. Entre todos ellos dominaban más de diez lenguas, pues la mayoría eran ciudadanos norteamericanos hijos de emigrantes europeos en los Estados Unidos. Uno de aquellos hombres era un joven, que no alcanzaba los treinta años, y cuyo nombre era Arnold M. Silver. Cuando se encontró en la sala con Skorzeny, se quedó algo impresionado por la inmensa presencia del prisionero.

—Espero que no trate de emplear la fuerza, pues se podría volver en su contra —le advirtió Skorzeny a Silver.

—No creo que se pueda mover más rápido que la bala de una pistola del calibre 45 —le contestó Silver, consiguiendo inmediatamente el efecto de calmar a un cansado Skorzeny, que ya había sufrido más de cincuenta interrogatorios desde el día que se entregó a los americanos a mediados de mayo de 1945.

—Nos ha llegado determinada información de que su hermano se encontraba detenido por los soviéticos, ¿sabe usted si tiene algún cargo del que tenga que responder?

—En absoluto. —Skorzeny permaneció callado reflexionando inquieto sobre la noticia que le traían.

Este y otros interrogatorios sirvieron para que los americanos obtuvieran la impresión de que Otto Skorzeny no era siquiera un verdadero nazi, sino más bien un hombre de acción y un patriota alemán, al que cualquier ideología le resultaría, por sí misma, indiferente.

Los norteamericanos no sabían en verdad qué hacer con Skorzeny. Por esa razón llegaron a preguntarle adónde le gustaría marchar en caso de quedar libre. El antiguo coronel se tomó unos días para pensarlo, pues llegó a creer que aquella pregunta de los servicios de inteligencia del Ejército americano encerraba una propuesta de colaboración. Al cabo de unos días Skorzeny quiso hablar con Arnold Silver.

—He estado pensando que, en caso de ser liberado, me gustaría trasladarme a España —le dijo a su interrogador.

—¿Por alguna razón en particular?

—No. Creo que sería uno de los pocos lugares de Europa en los que no me molestarían. Además, es la única nación que ha hecho frente a los soviéticos y ha vencido. Siento simpatía por España —contestó un Skorzeny de expresión tranquila y segura. El oficial americano tomó nota de sus comentarios.

Skorzeny se retiró sin más noticias de aquella inquietud de los norteamericanos. Solo un tiempo después, encontrándose de vuelta en el campo de Darmstadt, recibió un mensaje oficioso de otro oficial americano.

—Los Estados Unidos no se opondrán a sus deseos de establecerse en España. En cierto modo nos quedaríamos más tranquilos si sabemos que se establece allí en lugar de permanecer en Austria o Alemania —le dijo el militar.

—¿Y cuándo podré marcharme? —preguntó Skorzeny.

—Los Estados Unidos nos encontramos comprometidos, no podemos liberarle hasta que concluya el proceso, pero no tenemos ninguna intención de retenerle. Los medios para hacer efectivos sus planes corren de su cuenta.

De esta forma supo Skorzeny que nadie iba a impedir su fuga; tan sencilla le resultaría que ni siquiera se atrevió jamás a presumir de aquella salida del campo de desnazificación. El 27 de julio de 1948 abandonó el campo, según sus propias palabras: «Sin necesidad de alicates, ni de escaleras de cuerdas, ni de sobornos».

En las largas noches previas a la huida, Skorzeny se sintió especialmente excitado, no tanto por el riesgo que podía implicar su marcha, como por la propia satisfacción de saber que tendría éxito. Tenía la íntima certeza de que pronto sería un ciudadano libre, y esa satisfacción le impedía conciliar el sueño, gozando acaso de sus últimas noches de prisionero nazi, el coronel de las Waffen-SS Otto Skorzeny.

«¿Qué voy a hacer yo ahora?», «¿Qué nombre debo utilizar a partir de este momento?», comenzó a preguntarse. Así, se dedicó a garabatear nombres que le resultaban familiares porque había utilizado en alguna misión, Hans Frederick, Hans Rudolf, Hans Rudolf Stein, Rolf Solar, Rolf Steiner, Rolf Steinbauer... Rompió el papel en el que había escrito con una mina de carboncillo y se fue llevando los trozos a la boca para masticarlos hasta que quedaran convertidos en múltiples pedazos.

Buscaría un refugio hasta que sus camaradas le pudieran proporcionar la documentación que le permitiera alcanzar España. Ningún otro destino le parecía más cierto ni más deseable que la España por la que había luchado la Legión Cóndor, la España que había triunfado al bolchevismo soviético y que había mandado a sus jóvenes voluntarios de la División Azul a prolongar su lucha en el frente de Leningrado.

También pesaba sobre el ánimo de Skorzeny alguna turbación al pensar que tendría que vivir un tiempo en una nación dividida y ocupada en la que no podría

presentarse como quien había sido, un fiel y bien plantado militar de la reserva, el más rutilante de todos.

Desde su refugio alpino de Berchtesgarden, en la propia frontera con Austria, envió una carta al presidente del tribunal que conocía su caso:

Muy honorable míster Freudell:

Como probablemente haya ya sabido de mi fuga a través del jefe alemán del campo de internamiento de Darmstadt, considero que es mi obligación explicarle las razones que me han llevado a dar este paso.

En primer lugar, quisiera reiterar que siempre he reconocido en usted su objetividad y su voluntad personal por alcanzar una decisión justa. Que ha tenido que regirse por la ley y consentir que el peso de la misma cayera sobre mí. Y yo, como persona que ha sido educada con un sentido del deber y respeto por la ley, lo comprendo perfectamente. Sin embargo, el aplazamiento, mes tras mes, de mi juicio ha hecho que comprenda que otros elementos extraños han entrado en escena, corrompiendo la imparcialidad del tribunal. Dejando a un lado mi creencia en su personal voluntad de justicia, creo que resultará imposible al tribunal mantener su independencia para fallar en justicia y que se plegará a elementos extraños más fuertes.

Después de la capitulación del Ejército alemán, yo, como soldado, que eso es todo lo que era, me entregué voluntariamente confiando en la justicia de los vencedores, sin hacer ningún esfuerzo por eludir mi responsabilidad. Durante dos años he tratado —bajo las poco claras circunstancias de mi internamiento— de conseguir mi absolución y de restaurar el honor de mi nombre para ante el mundo. El tribunal militar americano de Dachau nos absolvió a mis camaradas y a mí de todos los cargos y declaró públicamente que actué y luché enteramente como un soldado honrado y que solo he cumplido con mi deber para con mi patria. En lugar de ser liberado he permanecido arrestado. Las autoridades americanas han tenido a bien ofrecerme la opción de ir a un campo de internamiento alemán. He aceptado este ofrecimiento porque quería ser rehabilitado ante un tribunal alemán después de haber sido absuelto por un tribunal americano. Hice eso en aquel momento en la esperanza de encontrar solamente justicia ante un tribunal alemán y he esperado durante meses por ese procedimiento. Sin embargo, no me permitiré a mí mismo caer ante un fallo parcial, influenciado por el exterior, y perder de esta manera mi honor que fue restablecido por el tribunal americano.

Únicamente por estas razones me he apartado de futuras causas del tribunal alemán. Si se me diera la oportunidad de comparecer ante un tribunal alemán que solo atendiera a la ley y que tuviera la fuerza de mantenerse independiente frente al odio ejercido por fuerzas ajenas, como corresponde a las viejas tradiciones jurídicas germanas, yo comparecería de inmediato a disposición de ese tribunal. Como un alemán que ama a su patria y que luchó por ella como lo hizo cada uno de los alemanes, solo tengo un anhelo: vivir con honor en mi patria.

Sinceramente suyo,

Otto Skorzeny

Dos serían los enemigos a los que debía temer Skorzeny en su nueva vida de hombre libre y prófugo a un tiempo. El primero de ellos y más inmediato era el de los elementos comunistas, ya fueran estos más o menos organizados. El segundo de ellos era el del nuevo Estado de Israel y sus soldados; una amenaza incierta y potencial porque hasta entonces la máquina justiciera del pueblo judío no había tenido tiempo de echar a rodar.

Él sabía que las nuevas autoridades de Checoslovaquia le reclamaban. Y también sabía que esta era la forma que tenía la Unión Soviética de utilizar a sus nuevos satélites para perseguir a sus enemigos. El temor que sentía cualquier alemán de bien por los procedimientos rusos venía justificado por su comportamiento en los últimos



tres años, desde que sus tropas entraran en Alemania y se comportaran masivamente como criminales dedicados al saqueo de los hogares alemanes, el pillaje sobre sus muertos y la violación de sus mujeres. La partición de Alemania en dos y la ocupación de su territorio, inhabilitaban a la Unión Soviética para reclamar directamente ninguna administración de justicia. Pero todos sabían que eran los comunistas los que perseguirían hasta donde les fuera posible a oficiales tan destacados como Skorzeny. Lo sabía a la perfección Arnold Silver cuando le aconsejó con sutilidad cómo podía procurarse un camino de libertad hacia España sin que los Estados Unidos se opusieran.

En la España de los primeros cincuenta ya no quedaban apenas rescoldos de admiración por la Alemania hitleriana. No era fácil encontrar, ni siquiera entre los miembros del Gobierno o de la Administración, personas deseosas de ayudar a un antiguo coronel de las SS; y pese a ello, el nombre de Skorzeny podría servir para calmar muchos recelos.

## VI

# España, el deseado destino

Muchos hombres que habían luchado durante la Segunda Guerra Mundial con el bando alemán encontraron en España una nueva vida. La mayoría de ellos eran alemanes que habían sido simples soldados de los ejércitos alemanes. A estos nunca nadie les inquietó, como no fuera con la más o menos gratuita atribución de nazis — todavía persiste la confusión generalizada que lleva a identificar a un soldado alemán con un nazi—. Pero un pequeño grupo de entre aquellos varios miles habían sido oficiales y jefes, algunos de las muy significadas SS, y quisieron ver en España su particular tierra de renacimiento.

Nada más terminar la guerra, España había entregado a los norteamericanos un número considerable de alemanes que residían en suelo español y que debían responder por sus actividades en favor de la Alemania nazi. Estos habían sido, en su mayor parte, hombres vinculados a los negocios y a la embajada alemana durante la guerra. Pero después de aquella primera colaboración con los aliados, muchos de los que, con otra identidad, fueron entrando en España buscando esa residencia donde rehacerse eran hombres de la SS evadidos de la justicia europea. Entre los más destacados figuraba Otto Skorzeny, el jefe de comandos de operaciones especiales de Alemania y liberador de Mussolini, aquel a quien los americanos bautizaron como «el hombre más peligroso de Europa».

La fecha de la primera vez que Skorzeny entró en España resulta algo incierta porque a lo largo de su vida se sirvió de distintas identidades a través de todo tipo de pasaportes falsos.

El primero en investigar y recopilar aquella información fue un judío polaco emigrado a Francia en los años treinta y que pertenecía al Partido Comunista Francés. Había formado parte de un grupo de partisanos que llevaron a cabo labores de sabotaje en la Francia ocupada y contaba ya con la nacionalidad y el reconocimiento de su nueva nación. Su nombre era Joel Stanislas e investigaba desde hacía varios meses, a través de todas las embajadas y periódicos, el destino de algunos nazis a los que aplicar la condena que les correspondía.

Una tarde, ante el parque de Les Arènes de Lutèce en su camino a la Sorbona, se detuvo a leer en el periódico una de las crónicas de la pasada guerra y se preguntó por qué los periodistas escribían siempre con tanta benevolencia y admiración sobre el

coronel de las Waffen-SS, Otto Skorzeny. En aquel momento, bajo los árboles de aquel coqueto parquecito, apenas verano de 1949, el austriaco captaría, sin saberlo, la atención de un nuevo perseguidor, Stanislas. Más joven que él y sin ninguna otra preocupación que la de contribuir a la causa comunista, propuso a sus jefes varios objetivos que se habían escapado a la justicia aliada.

La primera pista indicaba que Skorzeny había sido visto en Barcelona y que había abandonado España con destino a Sudamérica con documentación preparada por el Gobierno español, citando expresamente a la Dirección General de Seguridad. Comenzaba ahí la pista argentina, que tenía algunas bases sólidas. Ese mismo verano en la biblioteca de la universidad pudo hacerse con un ejemplar de *The Washington Post* que contenía una noticia con el siguiente titular: «El Gobierno argentino contrata a antiguos nazis»:

Buenos Aires. Julio 21 (AP)

Congresista de la oposición acusa de que más de treinta alemanes acaban de llegar —incluido un número de nazis expertos de aviación— siendo contratados para trabajar por el Gobierno argentino. Silvano Santander, un miembro del Partido Radical, ha presentado una cuestión al Gobierno para que explique la situación. Ha presentado estos cargos en forma de pregunta al Gobierno y señala que Argentina sigue técnicamente en guerra con Alemania. Santander ha mencionado a tres antiguos oficiales alemanes de las SS, entre ellos al coronel Otto Skorzeny y a dos altos miembros de la aviación alemana: al general Adolf Galland y al coronel Hans Ulrich Rudel.

Resultaba evidente que los dos aviadores más distinguidos de la Luftwaffe no podían pasar desapercibidos en Argentina. Todas las informaciones hacían pensar al polaco que Skorzeny estuvo viajando a España desde sus sucesivos refugios en Alemania y Austria y desde España hasta Argentina.

Un judío argentino que informaba de los movimientos de los nazis tanto a diplomáticos de los Estados Unidos como a sus hermanos europeos hizo una nota que hoy ha resultado desclasificada y a la que, de alguna manera, Joel Stanislas tuvo también acceso. Según aquella información, Skorzeny se había reunido con Galland y con Pavelić en Argentina. Este último había sido el caudillo *ustasha* y jefe del efímero Estado Independiente de Croacia:

La fuente A informa de que Ante Pavelić, en una reciente reunión de aproximadamente cuarenta antiguos oficiales, ha revelado que tiene información solvente que indica que la guerra en Europa es inminente.

Pavelić aseguró que era por tanto necesario dejar a un lado las pequeñas diferencias y prepararse para la participación activa en el próximo conflicto. Añadió que todos los medios necesarios para la organización y participación estarán disponibles para ellos.

Para sorpresa de todos los presentes, Pavelić aseguró que el grupo había trabajado para los servicios de inteligencia británicos y de los Estados Unidos durante varios años.

Pavelić pidió que las cuestiones que se trataran en la reunión permanecieran en estricto secreto. Una persona que asistió a la reunión informó a la fuente A que Pavelić parecía estar bien informado. Además, está seguro de que el anterior jefe del Estado Independiente de Croacia se reúne frecuentemente con el coronel Otto Skorzeny y con el general Adolf Galland.

Joel Stanislas había pertenecido al grupo de partisanos liderado por el armenio Missak Manouchian y que fue desarticulado un año antes de acabar la guerra. La mayoría de aquellos hombres eran comunistas muy activos, con amplia experiencia, entre los que había un buen número de judíos polacos emigrados a Francia. Veintitrés de ellos fueron fusilados en el fuerte de Mont Valérien, a las afueras de París, en la madrugada del 21 de febrero de 1944.

Stanislas era un hombre recio y de mediana estatura. Sus mejillas presentaban un tono sonrosado que no era más que el efecto de los vasos capilares rotos, como le suceden a las personas con pieles muy blancas y que han soportado mucho frío. Tenía los ojos claros, algo apagados, como si estuvieran cansados de tanto mirar —aunque no era sino la tristeza del alma que afloraba a la mirada—. Su pelo era abundante, liso y más bien rubio y tenía el aspecto de un europeo más asimilado a Francia. Solía vestir modestamente, como el obrero que había sido, por mucho que se hubiera convertido en universitario y periodista.

Cubría noticias para una agencia francesa vinculada al diario *Ce Soir*. Stanislas había desarrollado la habilidad de conseguir la colaboración de unos y otros. Siempre jugaba la carta que más le convenía: bien la de antiguo miembro del Ejército Francés de Liberación, bien la de viejo camarada de los mártires del grupo de Manouchian o la de comunista, para obtener información dentro de las redes de los partidos europeos o directamente de Moscú. Y cuando todo eso no bastaba, no dudaba en contactar con algún rabino o hermano judío. De esta manera le fue posible seguir los pasos de Skorzeny por media Europa y Argentina.

Stanislas coordinaba a algunos grupos de acción directa a los que transmitía las órdenes que recibía del hombre fuerte de Moscú en el Partido Comunista Francés. Una de aquellas células estaba dirigida por un antiguo partisano, mitad italiano, mitad francés, que compartía con Stanislas su origen judío. Era conocido como Dino, aunque en sus documentos aparecía el nombre de Alfredo Mantovani. Otro grupo orientado a labores de captación era controlado por una joven a la que todos se referían como «la bella Tessa» y que fue la mayor propagandista en la Sorbona de cualquier iniciativa de agitación. Aquellos dos personajes gozaban del carisma que era capaz de infundir el atractivo físico y singular del fornido deportista que era Dino Mantovani, y de la radical y espontánea belleza de Tessa.

Aunque Skorzeny tenía planes de residir definitivamente en España, antes debía solventar distintos acuerdos con el que sería editor de sus memorias, el diario conservador *Le Figaro*. Este hecho fue descubierto por un militante comunista que reveló que había visto a Skorzeny en París. Stanislas hizo las comprobaciones que le condujeron a descubrir aquello que el austriaco había ido a hacer a París. Y efectivamente el día 12 de febrero de 1950, afirmaba *Ce Soir* que Skorzeny había sido visto paseando por los Campos Elíseos acompañado de una joven. A los dos días, la policía confirmó que el oficial austriaco había estado viviendo en París durante una semana, en el barrio de Saint-Germain, habiéndose identificado en una

pensión como Rudolf Steiner, periodista austriaco. En el registro practicado en su habitación se descubrieron una serie de documentos y notas sobre sus actividades en tiempo de guerra. Skorzeny había tenido que abandonar súbitamente la habitación sin tiempo suficiente para recoger sus papeles. De todos modos, aquello no le preocupó porque sabía que había cerrado un contrato muy provechoso con su editor. En la primera semana de abril de ese mismo año, *Le Figaro* comenzó a publicar sus memorias bajo el título de *Mis misiones secretas*.

La movilización de los militantes comunistas fue coordinada por Stanislas, pasando por Dino y Tessa, hasta llegar al último de los agitadores. La reacción fue en extremo violenta por parte de los militantes, que se lanzaron hacia la sede del periódico francés en los Campos Elíseos. Más de dos mil comunistas intentaron asaltar la redacción propiciando una batalla campal en la que tuvieron que intervenir más de cuatrocientos policías. Treinta de ellos resultaron heridos y se detuvo a ciento veinte de aquellos rebeldes.

El anuncio de publicación de las memorias de Skorzeny provocó aquella reacción tan enconada y rabiosa de los comunistas franceses, a pesar de que ya se habían publicado en Francia memorias, diarios y confesiones de auténticos criminales como Goebbels, Göring o Rosenberg, verdaderos responsables de la barbarie nazi. A decir verdad, aquellas reacciones de protesta en la calle, y otras formales dictadas desde Moscú, tenían también como origen la aversión a un periódico como *Le Figaro* que vendía más de setecientos mil ejemplares cada día y cuya influencia en la denuncia de los crímenes soviéticos no podían admitir los comunistas. A su vez, fastidiaba especialmente la pervivencia del mito Skorzeny, porque deshacía, de alguna manera, el retrato de atroz criminal que se le adjudicaba a todo nazi. Y, no obstante, aquel hombretón simpático y dicharachero, aquel atrevido y audaz soldado de fortuna, despertaba la admiración de los lectores. Aquello no se podía consentir, como si detrás de todo un ejército de millones de soldados no pudiera haber personajes dignos de leyenda.

Para el comunista polaco Joel Stanislas, Skorzeny desapareció durante unos meses. Para ello se valió de varias falsas identidades que iría utilizando a lo largo de ese mismo año; comenzando por el nombre de Rudolf Steiner, que utilizó en París unas semanas después de su abrupta desaparición, usó un permiso de conducir alemán expedido a nombre de Hand R. Frey. Y en septiembre de ese mismo año obtuvo del consulado español en Frankfurt un visado español a nombre de Rolf Steinbauer —con este documento entró por la frontera de Irún y con este mismo nombre obtiene en noviembre un permiso de conducir español—, documento en el que terminaría anotando el teléfono de Gustavo Navarro, entonces director general de Aduanas.

Con tales avales, Skorzeny se mostraba eufórico, sujeto a la propia excitación de sentirse seguro en España e inquieto porque corrían rumores de un próximo ataque de la Unión Soviética sobre algún punto de la Alemania Federal. Disponía de dinero por

haber vendido sus entregas a *Le Figaro* y era hombre acogido en selectos círculos. Provocaba la curiosidad más desprendida, la del que simplemente quiere saber cómo es posible que haya hombres tan arrojados. Su primer amigo español, Víctor de la Serna Espina, le facilitó toda la compañía y asistencia que podía necesitar para montar su primer despacho de la calle Alcalá, aún con su nombre falso de Rolf Steinbauer.

Bien fuera porque Skorzeny era de natural un hombre algo indiscreto, o bien porque se sentía liberado de sus obligaciones como jefe de comandos especiales, lo cierto es que desde sus primeros días en España fue proclamando a quien le quisiera escuchar que muchos miles de irreductibles patriotas alemanes estaban dispuestos a replegarse en España y conformar una fuerza especializada para combatir al comunismo.

Disfrutando de la compañía de quien presentaba simplemente como Ilse —o incluso como su mujer, sin que a nadie pareciera importar su auténtico estado civil—, acudió a un cóctel celebrado en el salón de columnas del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Allí conoció a un piloto norteamericano que se sentía algo deslumbrado por la figura del austriaco. Skorzeny, a su vez, había prosperado mucho en su inglés, debido a que había tenido tres años para practicar con algunos de sus carceleros y estaba asimismo acostumbrado al trato fácil y despreocupado de los americanos. En un principio, la conversación entre ambos se desarrolló en los términos más habituales sobre sus hazañas y sus experiencias aéreas.

—Le voy a decir una cosa, de todos los antiguos enemigos de Alemania, ustedes, los americanos, son casi los únicos que no tienen reparo en manifestar su admiración por algunos soldados alemanes —le dijo Skorzeny, para después preguntarle por su nombre, señalando levemente unos sillones vacíos en los que podían charlar más tranquilamente.

—Pertenezco a las fuerzas aéreas de los Estados Unidos, estoy destinado ahora a la embajada aquí en Madrid, y le puedo asegurar que cualquier piloto americano admira sus actuaciones.

—Todavía resulta necesario que los norteamericanos comprendan cuál es su compromiso frente al comunismo.

En ese momento llegó un camarero para preguntarles si deseaban algo. Skorzeny pidió, según su costumbre, un *scotch*. Frecuentemente le era servido con una jarrita de agua que él escanciaba a su gusto para rebajar un punto el arrebato inicial del *whisky*.

—Como le decía, a los que hemos sido soldados alemanes hay dos cosas que nos preocupan. La primera es la liberación de nuestros camaradas, que cinco años después de concluida la guerra siguen encarcelados. Ya sé que con ustedes quedan pocos prisioneros alemanes, pero en manos de los soviéticos hay muchos. No existe justificación para su secuestro en Siberia, a varios miles de kilómetros de sus hogares.

En el caso de que hayan cometido determinados crímenes deberían haber sido puestos a disposición del tribunal de Núremberg.

»Y la segunda de nuestras preocupaciones es que la actitud de la Unión Soviética es la de extender el comunismo a sangre y fuego en toda Europa. Y ustedes parecen no darse cuenta de esto. En Corea están ahora mismo comprobando hasta dónde son capaces de llegar.

El piloto americano escuchaba atentamente sin ser capaz de dar una réplica. Más bien asentía.

—América enviará un millón de hombres a Corea si es preciso —dijo el americano.

—No es cuestión de hombres —replicó Skorzeny—. En la guerra moderna lo que cuentan son los medios y la preparación. Yo le digo a usted que antiguos camaradas pueden movilizar especialistas hasta formar la élite de varias divisiones. A una llamada inequívoca, mañana mismo cincuenta mil alemanes comienzan a moverse hacia España. Este es el verdadero baluarte contra el comunismo, el único sitio donde Stalin ha perdido. Y claro está, no lo perdona. España se salvó del comunismo en el treinta y seis gracias a Franco. Esto es algo que ustedes todavía no han comprendido.

—Yo le aseguro que las cosas están cambiando. Estados Unidos tiene mucho interés en normalizar las relaciones con España —replicó el piloto.

—Quizá todo cambie a partir de ahora, pero muchos patriotas de la Europa libre siempre entendimos que España era un bastión contra el comunismo.

A los pocos días filtraba la siguiente información a la CIA un ciudadano estadounidense al que la agencia central de inteligencia dio en llamar Edgar Smith, perteneciente a una consultora que facilitaba las inversiones extranjeras en la industria española:

Actualmente Skorzeny está viviendo en Madrid con una señora alemana de entre treinta y ocho y cuarenta años cuyo nombre es Ilse, condesa Finckenstein. Su dirección es la calle López de Hoyos, 70. La condesa es una mujer muy atractiva e inteligente. Yo creo que ella ha tenido una destacada posición en la inteligencia alemana durante la pasada guerra. Deduzco que ha vivido un tiempo considerable en el Reino Unido, justo antes del estallido de hostilidades en el seno del servicio de inteligencia.

Skorzeny dirige un negocio en Madrid dedicado al desarrollo de energía solar para el uso de calentamiento de agua sanitaria para los hogares en España. No me parece que sea una pantalla, sino que está seriamente dedicado al negocio. También creo que tiene varias representaciones de compañías alemanas. La única que puedo recordar es un fabricante de andamios para la construcción. No usa su propio nombre, sino que actúa bajo un alias que aparece en su tarjeta y que aquí reproduzco:

Rolf Steinbauer  
Ingeniero Industrial  
Alcalá, 29. Madrid  
Teléfono 317262

Yo creo que Skorzeny vino a España en agosto de 1950, desplazándose desde París a causa de las represalias comunistas. Ha mencionado que ha sufrido cinco intentos de atentado contra su vida desde el final de la guerra. También me dijo que en sus escasos viajes a Alemania puede ser localizado en la compañía de la condesa Finckenstein, en el hotel Zuflucht, Freudenstadt/Schwarzwald, zona francesa. Entendí que había venido a España a instancias de un alto general español. Creo que el ejército español

le suministra alguna clase de ayuda del tipo de economato y proporcionándole algún lugar grato para vivir.

Efectivamente, Ilse Lühje había sido condesa Von Finckenstein por haber estado casada con el conde que ostentaba dicho título. Terminaría contrayendo matrimonio con Skorzeny, convirtiéndose en su esposa y su enamorada compañera hasta el final de sus días. Y era ciertamente una mujer atractiva, culta y muy bien relacionada, pues era sobrina de Hjalmar Schacht, que fue presidente del Reichsbank y ministro de Economía desde 1934 hasta 1939, y resultó absuelto en el primer gran juicio de Núremberg; había obtenido el reconocimiento internacional por haber acabado con la desenfrenada inflación que arruinó Alemania en los tiempos de la República de Weimar. Cuando fue liberado en 1948 retornó a los negocios, siendo cierto que colaboraría con su sobrino político Otto Skorzeny, quien, como se dice en esta comunicación, se había convertido en agente de negocios o representante de algunas compañías alemanas.

Todos los pasos profesionales de Skorzeny transcurrirían entre el barrio de los Jerónimos y la Gran Vía. En ese kilómetro que discurre desde la Puerta de Alcalá hasta Callao se desenvolvería el austriaco, con una efervescente actividad de reuniones, comidas y citas, muchas de ellas en un principio conspirativas.

Su primer padrino fue Víctor de la Serna, hijo de la escritora Concha Espina. Residía este en la calle Alfonso XII, en un edificio de singular factura que destacaba por los chapiteles con los que se rematan unos torreones en las esquinas de estilo neomedieval. El señorial paseo de Alfonso XII bordea el parque del Retiro y baja desde la Puerta de Alcalá hasta la estación de Atocha. Domina el barrio de los Jerónimos. Es el barrio en el que se ubican edificios tan solemnes y emblemáticos como la Bolsa, el Ritz, la Academia de la Lengua o el Museo del Prado y rincones tan coquetos como el Jardín Botánico o los aledaños del palacio de Felipe IV y su casón.

Precisamente frente al parterre que mandó hacer aquel rey —o más bien su valido, el conde-duque de Olivares—, se encontraba la casa de la familia de la Serna-Espina. Por eso, el primer domicilio en el que residiría el recién llegado Skorzeny fue el de su amigo Víctor de la Serna, patriarca de una saga de ilustres periodistas y pionero en muchas aventuras literarias y políticas. Tenía Víctor de la Serna un rostro muy español, de mirada oscura y aguda, que ponía de relieve un pensamiento rápido, y de pelo negro, que peinaba con raya más bien en medio. Mantenía el estilo de los años treinta y sus antiguas creencias; tanto, que se quedó solo en la defensa de la causa nazi.

Fue él quien le presentó a un ciudadano alemán de impresionante biografía y grandes recursos: Johannes Bernhardt. Su nombre estaba ligado a la génesis misma del Movimiento Nacional y del alzamiento del 18 de julio de 1936. Había sido el hombre que había recibido el mandato personal y escrito, en los primeros días de la



guerra, del general Franco, para presentarse en Berlín ante el Führer y solicitar la ayuda de aviones y material con los que posibilitar el primer puente aéreo militar de la historia.

Bernhardt era un empresario que operaba en el norte de África, antiguo combatiente en la Primera Gran Guerra. A él se dirigieron los nacionales para intentar conseguir su mediación y, con ello, la ayuda para trasladar a los legionarios y regulares a la península. El éxito de la misión catapultó a Bernhardt para ser la cabeza de las inversiones alemanas en España. Y a pesar de que el final de la guerra mundial afectó también al alemán, este tuvo la habilidad de salvaguardar grandes activos.

Cuando Skorzeny llegó a España, Johannes Bernhardt rondaba ya una edad pareja a la de su amigo Víctor de la Serna, los cincuenta y cinco años. Poseía un aspecto de natural elegancia, un corte de cara afilada y escaso pelo impecablemente peinado hacia atrás con gomina.

A finales de septiembre de 1950, Víctor de la Serna emplazó a Skorzeny para un aperitivo en su domicilio. Allí le anunció que irían a comer a Horcher, donde le presentaría a Johannes Bernhardt, de quien Skorzeny había oído hablar a oficiales de las SS, que antiguamente se referían a él como «al rey de España sin corona», tal era su poder e influencia. Paseando por la misma acera, frente a la verja del Retiro, los dos amigos fueron acercándose con lentitud hasta el restaurante que distaba unas pocas manzanas. Allí fueron recibidos con todo tipo de parabienes por el *maître* e invitados a sentarse en una mesa redonda, en la que los dos alemanes y el español, que hacía las veces de anfitrión, se encontrarían cómodos. El salón era acogedor y elegante a la manera europea, más bien parecía el salón de una casa que el comedor de un hotel o restaurante de la época.

Ya en su sitio, Johannes Bernhardt parecía algo nervioso y excitado por la presencia del héroe o personaje que representaba Skorzeny, por lo que antes quiso despejar algunas dudas:

—Quisiera saber qué le dijo el Führer cuando regresó de su acción. —Bernhardt se estaba refiriendo al momento en que Skorzeny regresó al cuartel general de Hitler acompañando a Mussolini.

—Pues debo decir que al descender del Junkers, el Führer estaba esperando a pie de la escalerilla. Bajó primero el Duce y después se saludaron sujetándose ambos con las dos manos. Hitler no era un hombre efusivo, pero sí muy amable, y admiraba profundamente a Mussolini. Se le notaba complacido.

»Inmediatamente después tomó del brazo a Vittorio, el hijo mayor de Mussolini, para que saludara a su padre. Los dos se dieron dos besos. Casi al mismo tiempo, el Führer me saludó, sosteniendo mi brazo con ambas manos mientras me decía que quería verme esa misma tarde para que le informara con todo detalle de la acción desarrollada.

—¡Es extraordinario! —exclamó Bernhardt—. Cualquier gesto del Führer tenía su importancia. Ya le contaré luego los detalles de mi encuentro con él, pero continúe

por favor.

—Ya por la tarde me recibió y creo que se deleitó escuchando todos los pormenores de la liberación del Duce. Me sorprendió que me hiciera tantas preguntas de todo tipo, como cuántos hombres iban en cada planeador, a qué hora despegamos, qué armas llevábamos. Y lo que más le extrañó fue la reacción de los italianos en Campo Imperatore. Llegó a decirme que el arma más fabulosa era la sorpresa, el Führer tenía una visión muy precisa de combatiente.

Para aquel momento los comensales ya habían disfrutado de varios canapés de *foie* de oca, un consomé al jerez y una degustación de codornices con setas que Víctor de la Serna pidió para todos sin consultar y sin que este se atreviera a interrumpir la vibrante conversación entre ambos camaradas. Ya en los segundos platos cada uno tuvo ocasión de reparar en la carta. Skorzeny, en un arrebató que le salió del fondo del corazón, como evocando sus ancestros de cuando Viena era la capital del imperio, pidió un *gulasch* de ternera a la húngara, mientras que Bernhardt y Víctor de la Serna optaron por un estofado de venado con romero.

Entre Bernhardt y Skorzeny había algunas diferencias muy marcadas que ninguno tomó en cuenta, pues pesaba más el hecho de que los dos eran dos perseguidos. Bernhardt era unos doce años más mayor, por lo que había luchado en la Primera Gran Guerra obteniendo el grado de teniente. Su anticomunismo estaba a prueba de toda duda, pues se había integrado a las milicias Freikorps nada más terminar la guerra y en 1933 se afilió al partido nazi. Como prusiano podía mantener una cierta desconfianza hacia los arrogantes austriacos, pero ambos se tenían una profunda admiración y respeto. Y también tenían confianza en que se podían ayudar el uno al otro.

—Me ha dicho Víctor que usted también tuvo una entrevista transcendental con el Führer —dijo Skorzeny, caballeroso con aquel hombre tan poderoso que mostraba tanto interés por su persona.

—Así es. Y tengo que reconocer que el Führer ha sido una de las personas que más me han impresionado. De hecho, comprobé cómo algunos de los presentes apenas se atrevían a hablar. He llegado a pensar que imponía demasiado. Quizá todo el ambiente que le rodeaba lo convertía en una figura demasiado inaccesible, de forma que cuando el Führer quería obtener una opinión o un consejo le resultaba difícil que este fuera natural y espontáneo. Esto creo que le pudo perjudicar, ¿no le parece? —razonó Bernhardt.

—Es verdad. Debo reconocer que Hitler se fijó en mí porque nadie se atrevió a decir nada. Estábamos cinco o seis oficiales, todos nosotros candidatos, sin saberlo, a tomar parte en la aventura de Italia y él nos hizo una pregunta. Yo fui el único que me animé a responder. Pero en su caso la cuestión era más difícil, ¿tenía que conseguir la ayuda que le pedía Franco? ¿No es así? —le preguntó Skorzeny.

—Sí. Fue una misión difícil —comenzó a explicar Bernhardt—. El alzamiento del 18 de julio había dejado a las tropas nacionales en una situación de inferioridad muy

difícil de remontar. Solamente controlaban Galicia, Castilla la Vieja, Navarra y contados enclaves en Andalucía, aparte de las islas y Marruecos. Pero el Gobierno del Frente Popular dominaba la mayor parte del territorio y todas las zonas industriales: Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia. También seguía ostentando la representación del Estado y contaba con las reservas del Banco de España. Los nacionales no tenían nada más que hombres decididos, pero sus mejores tropas, las fuerzas de Regulares y la Legión, estaban aisladas en el norte de África sin poder cruzar el Estrecho. Me pidieron que me reuniera con Franco el 21 de julio, él era jefe de los ejércitos de África, un general más de los sublevados, pero su ascendencia era grande.

»Marché a Alemania con el encargo de solicitar la ayuda de material y diez aviones de transporte. No fue fácil conseguir que Hitler nos recibiera, él estaba en Bayreuth asistiendo al festival de Wagner, y fue allí, en la propia casa del compositor, donde pude verle a las diez de la noche. Goebbels y Von Ribbentrop estaban con él. Expuse la situación y Hitler pidió que le leyeran los últimos informes que había llegado sobre la situación en España; pareció vacilar hasta que le expuse la trayectoria militar de Franco, cómo le admiraban los regulares y legionarios, con la leyenda de su *baraka*, y cómo actuó en la revolución de Asturias del treinta y cuatro. Puedo decir que se quedó algo impresionado. Había extremos de la situación que la hacían muy complicada. Las potencias europeas y los Estados Unidos se mantenían más proclives al Gobierno de la República; Rusia apoyaría decididamente a Madrid. El Führer, tras dos horas de deliberaciones, decidió apoyar a Franco con un solo argumento: el estrecho de Gibraltar no debía caer en manos de los rojos. Una España controlada por los soviéticos podría hacer que el comunismo se extendiera a Francia, quedando Europa bloqueada por Oriente y Occidente.

»La reunión continuó hasta la una y media de la mañana para detallar cómo se haría la ayuda. En vez de diez aviones se enviarían veinte, además de material y fondos, en concepto de préstamo. El Führer se despidió de mí pidiendo que le transmitiera al general Franco sus mejores deseos en la lucha contra el comunismo.

—Puede estar usted orgulloso de haber tenido un papel decisivo en la historia de España y de Europa, señor Bernhardt —dijo Skorzeny.

La grata reunión apenas atendía a otra distracción que no fuera saborear aquellos platos y un Burdeos del cuarenta y uno sin dejar de escuchar por un momento el relato de Johannes Bernhardt. Para entonces trajeron el postre de la casa, el pastel en forma de árbol conocido como Baumkuchen, la aparición de aquel dulce le transportó por un momento a su infancia y a las reuniones familiares en el hogar familiar en Viena. La sobremesa se alargó de forma placentera con la degustación de un coñac acompañado de habanos y sirvió para que Bernhardt preguntara a Skorzeny sobre sus proyectos.

—Usted es bienvenido en España. Aquí todo está por hacer y podrá encontrar la forma en la que compañías alemanas puedan conseguir contratos. Sin embargo, mi tiempo aquí está acabado —dijo Bernhardt.

—¿Cómo dice eso? Usted tiene una influencia y unos contactos magníficos —replicó Skorzeny.

—Eso ya pasó, amigo Skorzeny —contestó en un tono lacónico y templado Bernhardt—. Los alemanes que tuvieron un papel relevante en España en los años de la pasada guerra han sido perseguidos. Y no ha sido cosa del Gobierno español, que bastantes presiones ha soportado. Pero esto no se acaba nunca. Yo puedo ayudarle a usted en España, pero mi sitio ya no está aquí. Mi mujer creció en Argentina y estamos deseando marchar. Creo que usted tiene allí muy buenas amistades, incluso el general Perón le tiene en mucha estima. Me han dicho que anda por ahí presumiendo de una pistola que usted le ha regalado.

—Así es, una Walther P-38 que usaba yo y que pude poner a salvo antes de entregarme a los americanos. A veces los hombres más grandes se conmueven por los detalles más insospechados. En el fondo, todos los jefes de Estado admiran la audacia y la fortuna de un soldado tanto o más que sus estudios o méritos. Se dice de Napoleón que antes de promover a un oficial a un cargo importante o de ascenderle hacía siempre la misma pregunta: «¿Es un hombre de suerte?». Yo creo que a todos los grandes hombres que he conocido (Hitler, Mussolini, Perón...) les ha sorprendido mi buena estrella. Todos ellos se han sabido al borde del desastre, del accidente, de la prisión o del atentado. Cuanto más alto es su imperio, más grandes son sus enemigos.

—Para cuando viaje a Argentina me gustaría, si no es pedirle demasiado, que me recomendara al general... —Antes de que Bernhardt acabara de pronunciar esas palabras Skorzeny le aseguró que hablaría en su favor ante el presidente de la república y ante sus mejores amigos, tales como los ases de la aviación alemana Rudel y Galland, y su fiel subordinado, Radl.

La comida terminó confiando todos en que aquella camaradería sirviera para tejer unos vínculos de protección y ayuda recíproca.

En efecto, a los pocos días, Johannes Bernhardt redactó un documento que fue también firmado por Skorzeny —identificándose este como Rolf Steinbauer—, y que era un muy provechoso acuerdo para él. A falta de mejor domicilio, consignaba como suyo el de la calle Alfonso XII 32, de Víctor de la Serna. El alemán, por su parte, indicaba como dirección su hermosa casona situada en la zona residencial próxima al estadio Metropolitano del Atlético de Madrid, la avenida del Valle, que pocos años más tarde sería la residencia del rey Simeón de Bulgaria.

Aquel contrato le atribuía a Skorzeny (o Steinbauer) la fantástica suma de seis mil pesetas al mes por su colaboración y contactos en la promoción de actos de comercio. Por aquel entonces el alquiler de una casa de lujo en Madrid podía costar menos de dos mil pesetas. Skorzeny tenía razones para sentirse afortunado.

A las pocas semanas del segundo encuentro con Bernhardt, Skorzeny recibió una llamada desde Alemania para solicitarle que representara a una compañía que

conservaba la titularidad de algunas patentes en el ramo de la construcción. Skorzeny tuvo desde el primer momento un sentimiento de gratitud hacia Johannes Bernhardt, quien le había recomendado. No era la primera vez que proporcionaba su contacto a aquellos empresarios alemanes que querían abrir mercados. Bernhardt, en varias ocasiones, se había referido a un ingeniero austriaco, residente en Madrid, con buenos contactos con el Gobierno español. Cuando Bernhardt desvelaba el nombre de Otto Skorzeny, los alemanes hacían un silencio que resultaba más estridente que cualquier grito de sorpresa.

—Ah, bueno, se trata de Skorzeny... ¿Y usted cree que puede ser, precisamente él, la persona adecuada?

—No tenga usted ninguna duda. La guerra es un asunto pasado. El ingeniero Skorzeny goza de la simpatía de ministros y empresarios en España; es un hombre dinámico y emprendedor, muy persuasivo y machacón. Ya verá cómo no le defrauda.

Bernhardt creía en Skorzeny, aunque creía aún más en Argentina y en un futuro lejos de Europa.

—Confiamos en lo que usted nos diga. Hágase cargo de nuestra situación; tenemos un producto muy bueno, pero necesitamos personas capaces de presentarlo en los mercados en expansión, como España.

Para aquellos industriales que querían exportar, la fórmula más adecuada era encontrar socios comerciales en forma de representantes o agentes. Las reticencias que podían sentir por el comprometido pasado de Skorzeny y su conocida filiación ideológica, serían pronto disipadas por los buenos resultados y su buena dedicación al trabajo. Pronto serían Otto Wolf, Krupp, Grundig y otras muchas firmas las que confiarían a su despacho la promoción de sus intereses en España.

A partir de entonces, Skorzeny dejaría, de forma paulatina, de usar sus falsas identidades e integrándose definitivamente en la vida económica y social de España, y así lo haría hasta su muerte, veinticuatro años más tarde.

Pero este paso no fue sencillo y despertó muchos recelos en el Gobierno y la Administración. Se puede decir que Skorzeny tenía en España unos pocos amigos, pero que le arropaban muy fielmente. Tampoco carecía de apoyos por parte de los industriales alemanes que estaban resucitando la economía en tal forma que el resto del mundo terminaría reconociendo como milagrosa.

La situación de España en el concierto internacional seguía siendo comprometida, pues aún pesaba sobre ella el aislamiento de todas las grandes potencias. Y ello, a pesar de haberse mantenido neutral durante la guerra europea porque, sencillamente, la España resultante de la Guerra Civil en abril de 1939 no podía volver a entrar en guerra. Su neutralidad durante la contienda, que luego pasaría a conocerse como la Segunda Guerra Mundial, fue oficialmente llamada «no beligerancia». Porque la España nacional estaba en deuda con Alemania e Italia por la ayuda que estas naciones le habían prestado para poder ganar la guerra al Frente Popular, que a su vez estaba fuertemente armado y asistido por la Unión Soviética.

Stalin nunca aceptó la derrota sufrida en España. Por eso los prisioneros españoles en Rusia y los niños de Rusia no pudieron volver hasta después de que él muriera el 5 de marzo de 1953. Y por eso, durante la larga posguerra española se presionó de forma muy intensa para forzar el aislamiento del régimen y la caída del general Franco. La Unión Soviética había conseguido imponer su condición de vencedora a los Aliados, se hizo con una docena larga de estados satélites cuya economía y política estuvo dirigida por Moscú y consiguió dividir Alemania en dos, haciéndose con el Gobierno de una parte. A las nuevas naciones comunistas, y que coincidían con las que habían sido liberadas de la invasión alemana por las tropas soviéticas, se refirió Winston Churchill con la expresión de aquellas que habían quedado detrás de un «telón de acero». Y estas eran la República Democrática de Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia, Albania y, por supuesto, la propia Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la vieja URSS.

Pronto se inició aquella «guerra fría» en la que Occidente iría muy lentamente suavizando las condiciones del aislamiento de España, que en 1946 había quedado fuera de las Naciones Unidas así como de todos los organismos de la comunidad internacional. A los ojos de cualquier europeo, España era una nación anacrónica. Pervivían los signos de la Falange, que era el partido único integrado en el Movimiento Nacional. Y aunque desde los primeros años de posguerra aquello que podía parecer parafernalia fascista fue siendo separado de la imagen del Estado y de su Gobierno, tampoco era posible extirpar de lleno los símbolos que representaban el nervio ideológico de una buena parte de los que habían ganado la Guerra Civil.

En el Ministerio español de Asuntos Exteriores, cuya sede sigue siendo el viejo palacio de Santa Cruz, antigua prisión de estilo herreriano en el comienzo de la calle Atocha, a escasos metros de la plaza Mayor, tenía su despacho el ministro Alberto Martín-Artajo, que ejercía su cargo desde el final de la Segunda Guerra Mundial y venía soportando el peso de la losa inmensa que suponía el aislamiento internacional de España y la condena de las Naciones Unidas al régimen de Franco. Pero el ministro era un hombre de una templanza extraordinaria. Había sido educado con los jesuitas y vivió los años convulsos al lado de Herrera Oria en la defensa de una actitud cristiana ante los conflictos sociales.

Tenía un gesto que parecía más triste que grave, era corpulento y peinaba su frondoso pelo oscuro hacia atrás gracias a la gomina. Su boca pequeña contrastaba con una nariz prominente y una barbilla a la que se unía el grueso cuello. Tenía un aire cardenalicio, de hombre bonachón y serio en todos los órdenes de su vida.

Hasta aquel despacho llegaría la preocupante noticia de las andanzas de un camuflado Skorzeny en Madrid, por lo que el ministro Martín-Artajo pasó al embajador español un requerimiento urgente de información el 22 de enero de 1951:

Está buscando contactos en Madrid con Falange y autoridades militares jefe aviación alemana Skorzeny, repito Skorzeny. Ruego VE urgente informe sobre el mismo y opinión merece entre personas solventes, especialmente entre elementos militares, aclarando por qué no ha vuelto definitivamente a Alemania.

El ministro, en su urgente nota, ni siquiera sabía que Skorzeny no había sido jefe, ni oficial de la Luftwaffe. Pero su recado era indicativo de su excitación, de su abierto nerviosismo ante la presencia de una persona tan caracterizada como el coronel austriaco. Y terminaba con una pataleta: «¿Por qué no ha vuelto definitivamente a Alemania?». El embajador debió contestar a las pocas horas porque ya debía de tener adelantados sus trabajos de información:

Skorzeny salió de Alemania con visado regular diciendo que iba a establecer oficina de trabajo de ingeniería colaborando cierto banco industrial de Madrid. Se cita entre sus apoyos al doctor Schacht, al príncipe Philip de Hesse y a la condesa Finckenstein. Se asegura también que dispone de doscientos mil hombres para trasladarse a España a su orden, organizados en grupos de veinte, teniendo cada uno de ellos la disponibilidad de transporte y combustible. El general Guderian asegura que no les representa. No parece gozar de muchas simpatías en la alta oficialidad del ejército, si bien esto pudiera ser por envidia, ya que su prestigio es grande considerándolo buen conocedor de la profesión.

El embajador daba apresuradamente algunas puntadas acertadas, en otras se limitaba a hacerse de un rumor, en lo que no parecía ser más que una conjura de café entre viejos camaradas que sopesaban si sería posible resucitar a los más fieles soldados para el caso de que la Unión Soviética quisiera saltar el nuevo telón de acero con el que había secuestrado a una docena de naciones europeas.

También molestaban en el palacio de Santa Cruz las atribuciones y tratamientos que Skorzeny venía recibiendo en España. Así se lo hizo saber Girón de Velasco a su amigo el ingeniero austriaco en una cena en el Casino de Madrid de la calle Alcalá. El entonces ministro de Trabajo, José Antonio Girón de Velasco, abogado y excombatiente, alcanzó tal influencia que llegaría a ostentar aquella cartera durante dieciséis años. Franco lo apreciaba sinceramente y se refería a él como a «un monumento humano a la lealtad». Girón tuteaba a Skorzeny y pedía a todos los que estaban alistados en la Falange que le tutearan también a él y que su único tratamiento debía ser el de camarada Girón. A aquella misma cena en el Casino asistió José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde y continuador de un linaje largo de militares y diplomáticos. Era, en cierto modo, la contradicción física y social de Girón. Si aquel era corpulento y grueso, de pelo abundante y muy negro, el conde era más bien delgado, calvo y elegante. Había combatido en el arma de artillería durante la guerra, pasando después a ser director general de seguridad y embajador de España en Alemania. Un año después de aquel encuentro en el Casino, el conde de Mayalde sería nombrado alcalde de Madrid, cargo en el que estuvo muchos años hasta su retiro a su finca toledana.

—Amigo Skorzeny —le dijo Girón—, tenemos que confiarte que tus enemigos no van a dejarte tranquilo.

—Eso ya lo sé. Llevo media vida en la lucha con los comunistas.

—Lo malo es que ahora no son solamente ellos. Temo que la nueva Alemania...

—O lo que queda de ella —interrumpió el conde.

—Eso, eso, la Alemania de Adenauer —continuó Girón— no quiere que haya alemanes... Bueno, tú eres austriaco, da lo mismo... antiguos oficiales de Alemania que participen en la vida pública, ya sea de forma más o menos secreta.

—Es decir —apostilló el conde de Mayalde—, os quieren dedicados a vuestros trabajos, a vuestros negocios, pero de forma discreta y apartados de cualquier confabulación y de apariciones en público.

—Hasta ahora he permanecido siempre en un segundo plano —dijo Skorzeny, justificándose.

—Es cierto, pero tengo que traer aquí un incidente con un camarada muy querido por todos nosotros y que ha puesto a España en una situación difícil. A pesar de ello, el Gobierno español está decidido a no entregarlo. ¿Sabes a quién me refiero? —preguntó el conde.

—Sí, supongo que te refieres a Léon Degrelle —reconoció Skorzeny, que era amigo de aquel abogado y político belga.

Degrelle había mandado, alcanzando el rango de general, a la Legión Valona, que fue la veintiocho división de granaderos voluntarios de las Waffen-SS Valonia. Se había refugiado en España después de una larga fuga y un accidentado amerizaje en la bahía de la Concha de San Sebastián.

—En efecto.

El conde se quedó mirando fijamente a Skorzeny por si era capaz de reconocer lo comprometida que resultaba la presencia de algunos antiguos jefes y oficiales de las Waffen-SS en España.

—Yo sé que has sido tú el que le pudo sacar del hospital de San Sebastián para ocultarlo. Y sé también, porque él me lo ha dicho, que fuiste tú —dijo Skorzeny, dirigiéndose a Girón— quien le salvó la vida. Degrelle me lo ha dicho personalmente, así, con estas palabras: «Girón me salvó la vida».

—Debo reconocer que, sin mi intermediación, Degrelle seguramente hubiera muerto, yo me lo llevé para que le pudieran operar —dijo Girón—. Nosotros sabemos que Degrelle y tú habéis sido soldados y que vuestra causa contra el comunismo ha sido y es la nuestra.

Skorzeny escuchaba mientras se encendía un nuevo pitillo, el que siempre tomaba de forma irreprimible entre uno y otro plato. Con la mano derecha daba vueltas a un encendedor rectangular chapado en oro. Parecía estar haciendo un esfuerzo por prestar atención sin decir nada. Dejó el mechero sobre la cajetilla de tabaco y acarició con la palma de la mano el mantel en el pequeño hueco que quedaba entre el plato y el extremo de la mesa, como si quisiera repararlo o dejarlo bien planchado.

—Hay personas... y te lo digo abiertamente, Otto —puntualizó Girón—, y del mismo Gobierno, a los que les incomoda saber que tienes intención de vivir en



España. El propio Martín-Artajo ha manifestado esa inquietud. De todas formas, tú tienes que estar tranquilo. Yo ya le he dicho en privado que respondo de ti, que eres un hombre de honor, que estás montando tu oficina de negocios y punto. Bueno, le he dicho más, que eres un hombre limpio de cualquier responsabilidad, que te han absuelto, como a vuestro tío, el ministro Hjalmar Schacht, que tienes muy importantes contactos con grandes industriales y nada más.

—No sabes cuánto te lo agradezco —contestó Skorzeny clavando sus ojos verdes, vivos e inquietos, en los de Girón—. No se me puede estar persiguiendo indefinidamente. Llevo cinco años acosado, tres de ellos encarcelado. Tengo derecho a rehacer mi vida. No he cometido ni he participado en ningún crimen de guerra, he sido siempre un soldado lanzado en el frente hacia la acción contra el enemigo. Por eso mismo me absolvieron.

—Lo sabemos —admitió Girón—, pero el Gobierno de España debe hacer las cosas con cuidado. Estoy seguro de que muy pronto se formalizarán los acuerdos de colaboración con los Estados Unidos. Pero quería decirte que debes comprender que los procedimientos han de ser necesariamente lentos. No podemos aceptar toda la ayuda que nos ofreces. Por supuesto que nos gustaría contar con tan cualificados camaradas alemanes. Piensa que la presión de todas las potencias aliadas, azuzadas por Moscú, ha sido muy grande. Suerte que ya van cayendo en la cuenta. Mira que tiene delito que Italia y Alemania, naciones beligerantes, hayan tenido toda la ayuda del mundo con el Plan Marshall, trece mil millones de dólares que se terminarán de inyectar en este año a dieciocho naciones. Entretanto a España se la ha sometido a semejante boicot, esto es algo que no tiene nombre. Pero así, con todo, estamos saliendo adelante y poco a poco se van abriendo nuevas colaboraciones comerciales.

—¿Pero qué le pueden hacer a España? —porfió Skorzeny—. Este país tiene perfecto derecho a estar prevenido frente a un ataque del comunismo internacional. Europa tiene que estar dispuesta para frenar la expansión del comunismo. España puede preparar cuadros y grupos perfectamente adiestrados. En Francia, en Italia y hasta en Alemania, los comunistas pueden hacerse con el poder de una u otra manera. Esto es algo que Estados Unidos e Inglaterra nunca van a tolerar.

—Pero, Otto, comprendes que no conviene que Alemania se queje de que estemos contratando a oficiales de las Waffen-SS. Está claro de que España es soberana y puede hacer lo que quiera. Anda que si llegamos a esperar ayuda de nadie, como muy bien has dicho, en el cuarenta y cuatro los maquis se hacen con media provincia de Lérida.

La cena transcurrió plácidamente, quedando Skorzeny fraternalmente advertido de la conveniencia de mantenerse en una discreta posición que no comprometiera al Gobierno español. Antes de despedirse, el conde de Mayalde quiso recordarle una cita que tenían pendiente:

—El viernes nos veremos en la sede del Banco Urquijo, quiero presentarte a un directivo de Altos Hornos de Vizcaya, según me has pedido.

—Muchas gracias, José. Confío en poder servir de puente con algunos industriales alemanes.

Y sin más, todos se despidieron en la puerta principal, dirigiéndose cada uno hacia el coche que le estaba esperando con su chófer, salvo Skorzeny, que se disponía a tomar un taxi. Al advertir el conde esta circunstancia, le cogió del brazo.

—Déjame, Otto, que te acerquemos a tu casa —le dijo el conde sin que el austriaco se atreviera a resistirse.

Por aquellos mismos días, el alto comisario de los Estados Unidos en Alemania, el prestigioso abogado John Jay McCloy informó por telegrama enviado desde Frankfurt el 26 de enero de 1951:

En mi conversación con Adenauer la pasada noche me ha dicho que ha recibido determinada información de una fuente solvente que no debe ser ignorada. De acuerdo con esta, Franco está utilizando a Skorzeny, antiguo jefe de la inteligencia nazi, con el propósito de organizar determinadas unidades militares en España. Se dice que Skorzeny está reclutando a antiguos oficiales nazis y especialistas entre los refugiados alemanes. Lo que resultó especialmente preocupante al canciller fue la sugerencia de que este proyecto tendría como primera intención la de crear una línea fuerte de defensa en los Pirineos y que esta ha tenido algún apoyo y respaldo desde los Estados Unidos. Adenauer dijo que, por supuesto, si dicha información era confirmada y llegaba a conocerse, tendría los efectos más serios en la opinión (pública), no solo de Alemania, sino en todas partes de Europa Occidental, como es obvio si reviviera una fuerza nazi. Le dije que yo no había oído nada de esa estructura y que me resultaba menos creíble aún que estuviera respaldada por los Estados Unidos. Le prometí, sin embargo, hacer una averiguación e informarle. Estaría agradecido por cualquier información que pudiera arrojar luz a este informe.

Meses más tarde, un político alemán de derechas se convirtió en fuente de información de los agentes americanos emplazados en Frankfurt y alertó de que un grupo de alemanes neofascistas habían visitado a Skorzeny durante ese año. Confirmaba en todo las anteriores filiaciones y domicilios con los que Skorzeny se manejaba, e insistía en esa doble faceta del ingeniero austriaco: por un lado se dedicaba a sus negocios de representación, que en ningún modo parecían ficticios y que le procurarían muy buenos medios de vida, y por otro lado, no dejaba de participar en conjuras para tener dispuesto un pequeño Estado Mayor de cuadros en la sombra que pudiera movilizar a un verdadero ejército de irreductibles en caso de una agresión comunista. El informe de los agentes americanos relatava los varios planes:

Plan A. Se refiere básicamente a Alemania occidental, pero podría ser utilizado en otros países. Consistiría en la activación de unidades de alerta entre la población en cada población del país. Con el propósito y compromiso de actuar en casos de emergencias tales como inundaciones, terremotos, disturbios, etc., pero con su última y secreta razón, que es la de preparar una milicia que se pudiera enfrentar a una agresión soviética. Las unidades se llamarían Katastrophenschutz (escudo de catástrofes). Según Skorzeny los planes han sido presentados al doctor Robert Lehr, ministro del Interior de la República Federal de Alemania, y que habría dado su visto bueno a dicha empresa, y a Hans Weiss, antiguo coronel de las fuerzas aéreas alemanas y en su día inspector general de bombarderos; y se plantea que sea él la cabeza de dicha organización. Weiss es uno de los alemanes

que recientemente han visitado a Skorzeny en Madrid. Regresó a Alemania con un completo plan de activación de esa milicia.

Plan B. Es el conocido plan de Skorzeny de activar unidades tipo comando compuestas de trescientos hombres anticomunistas cada una, y de diez países diferentes de Europa. Las unidades serán entrenadas en España, financiadas y equipadas por los Estados Unidos, actuarían a través de cuadros de esa guerrilla, o partisanos, de permanecer detrás (*stay-behind*) operando contra el Ejército soviético en caso de guerra. Se dice que el Plan B cuenta con el respaldo del príncipe italiano Borghese.

Los agentes americanos parecían tomarse en serio aquellas maniobras y creían que Skorzeny gozaba del respaldo de personajes tan influyentes como los generales Muñoz Grandes y Juan Vigón, y de otras personas de círculos próximos a Franco. Pero daba la sensación de que los americanos desconocían la limitada influencia de algunos de ellos, como el cuñado del Caudillo, Ramón Serrano Suñer; su hermano, Nicolás Franco, o el conde de Montarco.

## VII

### El Plan Skorzeny

Sobrevolaba un mar de nubes en su primer viaje de regreso a Alemania. Skorzeny sentía que aquel era su lugar preferido, así es como quisiera estar siempre, volando de camino hacia alguna parte, llevando a cabo una misión, un plan o un negocio. Todo era, en el fondo, lo mismo.

Aquel sería, de todas formas, uno de los últimos viajes idealistas, aquellos en los que había que mantener viva la llama del viejo ideal y reunirse con los antiguos camaradas para hacer algo que siempre resultaba entretenido: conspirar. Así se fraguó aquello que algunos llamaron el Plan Skorzeny. Antes aún, Skorzeny conocería a la persona que sería capaz de dar forma a aquella inquietud. Se trataba de uno de los compatriotas que le resultaría más afín en su larga vida española. Aunque no recordaba cómo se lo presentaron, fue, sin duda, en los primeros días después de su llegada, cuando conoció a un fraile franciscano, de la orden de los hermanos capuchinos, llamado Konrad Simonsen Mackey, pero al que todo el mundo conocía como padre Conrado o Conrado de Hamburgo.

Al austriaco le sorprendieron las maneras tan educadas y el dominio del español que poseía el fraile. Tenía el pelo rubio, aunque ya escaso, peinado rectamente, y unas facciones muy correctas. Hacía gala de una extensa cultura musical, y presumía de haber asistido como capellán castrense a los soldados españoles en el frente ruso, a quienes también instruía en canto y preparaba para las más sentidas celebraciones litúrgicas.

Había nacido en Hamburgo en 1905, hijo de padre alemán y madre irlandesa, había crecido en Maracaibo, donde aprendió un espléndido castellano de la antigua región de Zulia, en Venezuela. Ya en España, cuando la proclamación de la República, en 1931, profesó con los hermanos capuchinos de Orihuela. La persecución iniciada entonces supuso el exterminio de siete mil religiosos en España, entre ellos decenas de hermanos capuchinos. El padre Conrado pudo escapar a tiempo, pero dedicaría buena parte de su vida a la lucha contra el comunismo.

El padre Conrado sería también el intérprete y aun tutor de los primeros pasos de Skorzeny hacia los círculos de la alta política. Los dos compartían una misma fiebre: salvar a Alemania, o lo que quedaba de ella, de la amenaza soviética. España parecía ser la última frontera segura, y con la que los norteamericanos contaban para frenar la

temida expansión del comunismo por toda Europa. Desde los últimos días de la guerra todo parecía haberse vuelto en contra de las naciones libres: el descomunal zarpazo de Stalin había servido para convertir en marionetas dirigidas por Moscú a muchas naciones europeas. Pero en Asia había conseguido que triunfara el comunismo en China y había obligado a los Estados Unidos a entrar en guerra en Corea para evitar que cayera enteramente en el mismo régimen de terror.

Con un pie en España y otro en Alemania, Skorzeny quiso dejar cerrados algunos acuerdos del sistema de defensa sobre el que venía trabajando. Eran los primeros días de septiembre de 1950 cuando visitó al general Speidel, de la recién creada República Federal de Alemania, con la intención de exponerle sus consideraciones acerca de un repliegue hacia Occidente de los elementos más válidos en caso de un ataque soviético. Skorzeny se presentaba como Rolf Frey, por mucho que sus interlocutores supieran de quién se trataba. No hacía falta dar explicaciones. Pero cuando comenzó aquella reunión, Skorzeny sintió necesidad de mostrar sus otras acreditaciones, que no tenían tanto que ver con su impresionante hoja de servicios.

—Mi general, por diversas circunstancias he conseguido una acogida muy prometedora en las altas esferas del Gobierno español. Puedo presumir de haber contactado con el jefe del Alto Estado Mayor y con algunos de los generales más significados. España ha iniciado conversaciones muy alentadoras con el Gobierno de los Estados Unidos, ambas naciones se sienten firmemente hermanadas en la lucha contra el comunismo —dijo Skorzeny a modo de introducción.

—Eso es cierto. El compromiso de España en ese sentido está fuera de toda duda. Los norteamericanos se arrepienten en voz alta de las cesiones hechas a Stalin en Europa. Por eso están combatiendo en sur de Corea —contestó el general Speidel.

—Somos muchos los que pensamos que Alemania debe estar prevenida ante un posible ataque que provenga del Este —prosiguió Skorzeny— y que debe tener previstas las maniobras para colocar en una retaguardia segura los efectivos alemanes más destacados. Serían muchas las ventajas de ir trabajando en dicho plan, pues los Estados Unidos facilitarían material y medios para ese ejército de cuadros en la reserva. Existe también una colonia de alemanes en España entre los que se encuentran hombres muy valiosos y comprometidos con nuestra causa.

—Estoy convencido de ello. Pero no es necesario incidir en el hecho de que cualquier iniciativa tiene que estar libre de cualquier marchamo del Tercer Reich, de otra manera ningún Gobierno se prestaría a colaborar.

—Es evidente, mi general.

Sobre estas y otras cautelas estuvieron deliberando en una reunión que no llegó a prolongarse más de una hora. Al general Speidel le preocupaba la confidencialidad sobre toda conversación, que no debía, de ningún modo, trascender más allá de dos o tres mandos del Ejército español. Con grandes muestras de cordialidad aquellos compatriotas, correligionarios de dos ejércitos alemanes distintos, el de antes y el de después de la guerra, se despidieron.

Las semanas pasaron y Skorzeny estaba ya establecido definitivamente en España. La quemazón de no saber cómo podía hacer avanzar aquel proyecto le distrajo de su compromiso de confidencialidad. Por eso, cuando en el mes de diciembre le visitó en Madrid el coronel Jandl, antiguo agregado militar de Alemania en Italia, no pudo menos que revelarle las conversaciones que había iniciado con Speidel.

Jandl quiso impulsar de alguna manera aquellas ideas de su viejo amigo, por lo que le sugirió que hablara con el coronel Schnertz, quien, desde Stuttgart, hacía preparativos en el mismo sentido. Skorzeny se entusiasmó y no pudo esperar más de dos meses en volar de nuevo hacia Alemania. Con aquel coronel mantuvo al menos dos reuniones. De la primera de ellas solo le complació saber que aquel estaba en contacto con el general Speidel. Sin embargo, nada más de aquella conversación le dejó satisfecho. Schnertz planteaba un ambiguo plan de movilización de apenas diez mil hombres y le confiaba la intención de trasladarse a Suiza para negociar con su Gobierno la posibilidad de encontrar refugio y colaboración en caso de ataque de los ejércitos comunistas del Este.

—¿Pero el general Speidel no se da cuenta de que Suiza es una ratonera? ¿Cómo va a comparar una nación que siempre ha sido neutral con el régimen del general Franco que ya ha derrotado en España al comunismo!

Skorzeny pudo quizá abrir los ojos al coronel alemán. Tras una segunda reunión, a la que también asistió el antiguo general de las Waffen-SS Hausser, consiguió un compromiso más amplio de colaboración. Skorzeny regresó a España con la misma determinación por conseguir que alguien contara con unas cuantas divisiones de bravos alemanes.

De todas estas negociaciones rindió cuenta una vez llegó a España su nuevo amigo el padre Conrado de Hamburgo, quien en los siguientes meses se desviviría por ayudar en un proyecto que asumía como propio. Consiguió mantener contactos con muchas personalidades y envió cartas a los sucesivos ministros del Ejército, así como al propio Generalísimo Franco y al teniente general Juan Vigón.

P. Conrado de Hamburgo  
(Simonsen Mackey)  
Convento de padres capuchinos  
Plaza de Jesús, n.º 2  
Madrid

Madrid, a 19 de noviembre de 1951  
Excelentísimo señor teniente general don Juan Vigón  
Jefe del Alto Estado Mayor de los ejércitos españoles

Excelentísimo señor:

Le saludo a vuestra excelencia respetuosamente como a un ilustre devoto de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, y deseo se encuentre bien.

Me permito formular la presente para informar a vuestra excelencia que, de mi parte, en cuanto me pueda concernir, apoyo el plan que el antiguo coronel alemán, don Otto Skorzeny, ahora residente en

Madrid, acaba de entregarle a vuestra excelencia con respecto de la formación en España de un cuadro de oficiales y soldados alemanes especializados, para el caso de guerra.

El año pasado elevé, en un memorándum fechado en La Coruña el día 10 de septiembre, a su excelencia el jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos, una propuesta semejante para la formación de una «legión» alemana dentro del Ejército español, para el caso de una nueva conflagración bélica universal.

Los componentes de esa «legión» o «cuadro» habían de reclutarse entre los alemanes residentes en España (muchos de los soldados alemanes, que fueron prisioneros de los franceses y se escaparon a España a través de los Pirineos, se han quedado en España) y, sobre todo, entre especialistas que se trajeran de Alemania.

He conversado ya varias veces, juntamente con el señor coronel Skorzeny, sobre este plan con el señor teniente coronel de ese digno Alto Estado Mayor, don Ramón Armada Sabau, así como también con los agregados militares de la Embajada de los Estados Unidos de América en Madrid.

Desde 1941 a 1943 fui capellán de las fuerzas españolas que lucharon en Rusia, y ahora estaría dispuesto a presentarme de nuevo voluntario, para una unidad de la índole arriba indicada, encargándome de su dirección espiritual e ideológica.

Tratando con los agregados militares norteamericanos acerca de este proyecto, he notado que tienen el mayor respeto y aprecio del coronel señor Skorzeny en cuanto a su valía personal y capacidad militar.

Claro está que tanto los norteamericanos como yo mismo deseamos tener la seguridad de que, al favorecer la formación de tal unidad, no se diera motivo a cosa que pueda parecer a una resurrección del fenecido nazismo hitleriano. El coronel Skorzeny me ha dado personalmente toda la garantía en este sentido, y, encargándome yo de la dirección ideológica de tal unidad, ya cuidaría de que el espíritu de esta fuera impregnado de un encendido patriotismo cristiano y católico, como correspondería lógicamente a una unidad del Ejército español. Por tal razón, creo conveniente y hasta necesario que esta seguridad y garantía figurase expresamente en las estipulaciones y reglamentos que regulen la composición y actuación de la proyectada unidad para el caso de que el plan se adopte definitivamente y se lleve a la práctica.

Teniendo tales garantías, aseguro a vuestra excelencia que apoyo con todo el interés el proyecto del señor Skorzeny, a quien he llegado a conocer y apreciar como hombre valiente, decidido y activista, y quien es, a mi parecer, el único capaz de impulsar y realizar tal obra, debido a su prestigio universal, que yo desearía ver puesto al servicio de España y de su invicto Caudillo para llevar a cabo la misión histórica y católica que España, según creo, ha de cumplir para con el mundo, y especialmente con el continente europeo.

Creo que el proyecto del señor Skorzeny, antes de adoptarse, ha de discutirse debida y oportunamente, conforme a la evolución de los acontecimientos, y para esto me pongo enteramente a la disposición de vuestra excelencia, así como también seguiré utilizando mi amistad con los representantes de los Estados Unidos de América en Madrid, con el fin de integrar este plan dentro de los programas universales de defensa, que los norteamericanos están preparando contra la amenaza del bolchevismo...

Si alguna vez el Gobierno español fue proclive a disponer de efectivos alemanes en aquella última frontera de Europa, es seguro que contaría con otros nombres más olvidadizos que el del padre Conrado Simonsen Mackey de Hamburgo y con personas más discretas que Otto Skorzeny. Un antiguo capellán de la División Azul, fraile capuchino que hacía llamarse de esa forma, y un antiguo coronel de la SS tan conocido y buscado como el rescatador de Mussolini, huido de la justicia aliada, no podían ser las personas que elaborasen o coordinasen ningún plan de acción digno de un Estado Mayor. Toda la exposición era meritoria y acertada en cuanto al diagnóstico de la situación y a las acciones a llevar a cabo, pero, sin ellos saberlo, el padre Conrado y el coronel Skorzeny, estaban de antemano descartados. Tan solo los escuchaban por un sentimiento de gratitud y lealtad hacia dos soldados que habían

luchado bravamente contra el comunismo. Pero esto nunca lo entendieron los que quisieron pomposamente llamar a su conspiración el Plan Skorzeny. Y no contentos con intentarlo por una y otra vía, aun enviarían cartas en 1952 al recién nombrado ministro del Ejército, al teniente general Muñoz Grandes, primer jefe de la División Azul, y hasta al propio primer canciller Konrad Adenauer. De ninguna de aquellas cartas parece que tuvieran algo más que un acuse de recibo como respuesta.

Es seguro que Skorzeny padecía la misma aprensión por el dominio rojo sobre Europa que buena parte de los alemanes. Desde los primeros días en España traía ideas muy definidas, maduras en los años de prisión, sobre cuál podría la mejor manera de defender lo que quedaba en la Europa libre. El pensamiento de muchos de los que recelaban de Stalin era que no había razón para estar tranquilos. ¿Por qué iba a querer este detener su avance allí, en Alemania? ¿Por qué no habría de soñar con la victoria plena y absoluta que sirviera para implantar el bolchevismo desde Vladivostok hasta Finisterre? Era aquella una sugestiva ilusión: Eurasia, dos continentes, la mitad del orbe bajo el dictado del Kremlin. No obstante, resultaba evidente que la vía europea hacia el comunismo podría necesitar de la colaboración de todos los marxistas biempensantes y con traje de demócratas. La nueva fuerza de los partidos comunistas de Italia y Francia era la mejor apuesta, en la ilusión de que la reedición de nuevos Frentes Populares pudiera subvertir la realidad de sus regímenes parlamentarios en la anhelada dictadura del proletariado.

Sobre todo ello tuvo Skorzeny mucho tiempo para pensar. Por eso, cuando llegó a España buscó a los viejos camaradas alemanes y a aquellos otros que habían luchado con la Wehrmacht.

Una mañana de su primer otoño madrileño conoció a un veterano de la División Azul que mantenía contacto permanente con la hermandad de divisionarios y con su *alma mater*, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores y cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer. Lo más curioso de aquel encuentro fue que aquel antiguo soldado no sabía quién era Skorzeny, no había oído hablar de él, o quizá no lo recordase. Se presentó ante él en la cafetería Fuyma de la Gran Vía al haberle reconocido como alemán.

—Disculpe que le moleste, ¿es usted alemán? —le preguntó aquel hombre.

—Sí, bueno, austriaco y alemán, las dos cosas —contestó complacido Skorzeny al percibir el tono de simpatía con el que se había dirigido a él.

—Es que le he visto por aquí estos días últimos. Era simplemente para decirle que yo he luchado en Rusia con ustedes. Estuve en la División...

Y sin dejarle terminar de pronunciar el nombre completo de su unidad, Skorzeny se levantó y le tendió la mano.

—Y usted sabe que yo estuve también en Rusia, ¿me conoce? —preguntó Skorzeny.



—No, señor. Pero como le he oído hablar en alemán aquí el otro día... No sabía que usted había estado también en Rusia. Yo me llamo Miguel Fernández —dijo el veterano español.

—Otto Skorzeny, coronel de las Waffen-SS.

—A sus órdenes. ¿De verdad ha sido usted coronel?

—Sí, fui jefe de comandos. Ya sabe, misiones especiales —trató de explicar Skorzeny, dándose cuenta de que su interlocutor, en realidad, no sabía quién era él—. Pero entonces, déjeme que le haga una pregunta, ¿usted me ha saludado pero no sabe quién soy yo? ¿No le dice nada mi nombre?

—Pues me va a disculpar, pero yo no sé quién es usted. Solo lo que me está diciendo ahora. ¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó Miguel Fernández algo azorado.

—Otto Skorzeny.

—Pues no, mi coronel, de verdad que no me dice nada su nombre —admitió, esbozando una sonrisa que acompañaba a la del austriaco.

—¿Entonces usted me ha saludado solamente porque ha pensado que soy alemán? —Al comprobar Skorzeny que aquel hombre asentía con modestia con la cabeza, se sintió hondamente conmovido—. No sabe cuánto se lo agradezco. Esto es algo que pasa en España nada más. A los alemanes se les desprecia o se les ignora, pero jamás he visto que nos saluden como viejos camaradas de armas. Esto es algo que solo he visto aquí, en los pocos meses que llevo en España.

Aquel antiguo voluntario se ofreció a llevarle entonces a la sede de la hermandad de la División Azul, con ocasión de la charla que se iba a celebrar sobre uno de los primeros libros escritos sobre esta unidad de voluntarios españoles que se encuadró como división doscientos cincuenta dentro del Ejército alemán.

Aunque Skorzeny había tenido encuentros con altas jerarquías y miembros del Movimiento, no se podía imaginar que los veteranos de Rusia hubieran constituido un hogar en el que las fotografías y los recuerdos, los guiones y las banderas se exhibían con orgullo y veneración.

Y fue allí donde el austriaco conoció a veteranos ilustres y a su promotor, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, que vivía apartado de la política desde que en el verano de 1942 había sido cesado, produciéndose entonces un distanciamiento discreto pero notorio con su cuñado, el jefe del Estado, Francisco Franco. Y allí tuvo Skorzeny ocasión de poder hablar con alguien que, como él, se había entrevistado con Hitler y Mussolini en varias ocasiones.

De aquel encuentro informal quedaron ambos citados para un cóctel que se celebraría en breves fechas en la Gran Peña, donde charlaron con alguna ligereza.

—Yo le voy a decir una cosa que quizá le moleste —dijo Serrano Suñer a Skorzeny—, yo admiré al Mussolini de la primera hora y he admirado la aventura magistral que usted llevó a cabo. Pero pensando en el terrible final del Duce a veces

me pregunto si no hubiera sido mejor que no lo hubiera liberado —le confesó Serrano.

—Eso es verdad. Pero yo no era más que un soldado, un modesto capitán al mando de un comando de operaciones especiales. No me tocaba a mí adivinar qué iba a pasar —contestó Skorzeny con cierta seriedad, como evidenciando que en efecto le había molestado el comentario de Serrano.

—Discúlpeme por el atrevimiento. Es cierto que en aquel momento nadie podía saber cuál sería su destino. Tampoco se hubiera librado de ser ejecutado, aunque se refugiara en otro país. Hoy vemos con claridad que ninguna nación habría podido soportar las presiones de dar cobijo a Mussolini. Todos pagamos un precio muy caro por la guerra, hasta los que nos mantuvimos al margen.

Mientras aquellos dos personajes tan relevantes de la historia de Europa hablaban, eran discretamente observados por algunos de los presentes, conscientes de que aquella no era una conversación banal. A cualquiera de ellos le hubiera gustado poder participar como meros oyentes. A los ojos de Skorzeny, Ramón Serrano Suñer era, en cierto modo, la versión intelectual y burguesa de la misma lucha. No podía existir un español que pudiera haber estado más comprometido con Alemania que él y, pese a ello, todo en sus formas lo convertían en un lord menudo y exquisito.

Serrano vestía un traje cruzado de color gris y punto de perdiz, con camisa blanca y corbata negra, como era en él costumbre. Aún no había cumplido los cincuenta años pero tenía el pelo completamente cano, como su fino bigote, y una mirada azul, brillante y locuaz. Sus gestos eran los de un aristócrata, pero lo que en él destacaba poderosamente era el verbo, que fluía sereno, afinado, con una voz tenue, pero en el que no había palabra que faltase ni que estuviera de más. En toda su expresión era un jurista, usaba la palabra con precisión quirúrgica. También aprovechaba cada intervención para hacer un pequeño circunloquio en el que venía a resumir lo que en los escritos procesales llaman los antecedentes de hecho, es decir, las razones y circunstancias que llevan a enfocar un asunto desde una determinada posición. Y hasta abusaba de algún recurso retórico como el de intentar concitar la adhesión de los que estaban presentes a los hechos que iba exponiendo. De esta forma, las conclusiones iban decantándose como categorías indiscutibles. No había en Serrano ningún atributo que pudiera justificar la fama de nazi o fascista fanático que tantas veces se le adjudicó.

La mejor interpretación del personaje Serrano Suñer se hizo una tarde en la Gran Peña, en donde Skorzeny y él se reunieron. El primero era el contrapunto absoluto del guerrero. Si el austriaco medía un metro noventa y tres y superaba los cien kilos de peso, aquel intelectual no llegaba al uno setenta y rondaría los sesenta kilos. Asistía también al cóctel un muchacho que empezaba a colaborar con Serrano Suñer y un marqués que había estado en la Legión en los primeros días de la guerra de Marruecos y al que, sin embargo, se le tenía por desafecto. Porque era verdad que criticaba a todo el mundo con una libertad que causaba alguna perplejidad. Se

llamaba Álvaro Caldaloba y había consumido una gran parte de su fortuna en una vida bohemia que pocos aprobaban. Se decía que un duelo a sable en la Bombilla, a orillas del Manzanares y de San Antonio de la Florida, lo había enviado voluntario al exilio anónimo de Ceuta, al recién creado Tercio de Extranjeros.

Era tan evidente el contraste entre Skorzeny y Serrano Suñer que, encontrándose ambos de pie, en aquel cóctel de la Gran Peña, al verlos juntos, aquel marqués burlón e iconoclasta quiso hacer una broma al respecto:

—Se diría que de Skorzeny se sacan dos Serranos.

—Es cierto, pero de la cabecita de Serrano se hubiera sacado el cuerpo de ejército que le haría falta a Alemania para no perder la guerra —le contestó sagazmente el joven abogado, Jaime Suárez, que ya venía colaborando con Serrano Suñer y que luego haría carrera en su despacho desde sus comienzos como pasante hasta llegar a ser pieza fundamental en el bufete.

—Eso es bien cierto. Serrano nunca hubiera hecho la guerra contra Inglaterra. Contra Rusia sí, ya se sabe. Además tenía motivos. ¿Sabes que yo conocí a sus dos hermanos, Fernando y José? —El marqués se refería al hecho más dramático en la vida de Serrano Suñer: el asesinato de sus hermanos.

Jaime Suárez calló porque no le pareció prudente entrar en el comentario de ninguna circunstancia personal de quien sería tantos años su jefe, de modo que Álvaro Caldaloba se envalentonó algo en la conversación.

—Mira que yo no comulgo con nadie de este ni de los anteriores Gobiernos. Para mí han sido todos unos mamones del poder. Los conozco demasiado bien como para tener buena opinión de ningún ministro. Pero Serrano es distinto. Como tú has dicho muy bien, es una cabeza. ¿Tú sabes que acabó Derecho habiendo sacado matrícula de honor en todas las asignaturas? ¿Te lo puedes creer?

—Pues a mí no me lo ha dicho. Conmigo no presume de eso —contestó el joven abogado.

—Pero tú sabes que es verdad. Y que ha sido el abogado del Estado más joven y más brillante de su tiempo. El sambenito que le han puesto de exaltado y nazi es un invento. Si no, ¿cómo explicas tú que siendo el amigo íntimo de juventud de José Antonio no perteneciera a la Falange? ¿Cómo explicas que alguien que tiene tanta confianza con José Antonio como para ser su albacea testamentario (vamos, que eran él y Raimundo sus verdaderos amigos íntimos y con cabeza), no militara en Falange y siguiera siendo diputado de la CEDA?

—Eso es verdad.

—Claro, luego viene la guerra..., la aventura de escapar vestido de mujer del sanatorio de la calle Covarrubias y refugiarse en una embajada. Y para cuando se presenta en el cuartel general de Franco pues, lógicamente, le dejan que sea él quien administre las cuestiones políticas, que en las militares no se metía. El primer Gobierno de la guerra es suyo y fíjate que son todos monárquicos. ¿Qué clase de fascista ni falangista es ese?

—Pero luego viene lo de la División Azul —apuntó Jaime Suárez.

—Sí, claro está. Pero eso fue una jugada muy calculada de Serrano. Ahí está la discusión con el general Varela para que la contribución española fuera solamente de voluntarios falangistas con mandos del ejército. Él sabía muy bien que España no podía entrar en guerra. En eso han estado siempre de acuerdo Franco y él. Pero para mí que lo de la División Azul le ha pesado, Jaime.

—¿Por qué dice eso, don Álvaro? —preguntó Suárez.

—Bueno, porque él sabe que aquella aventura le costó la vida a cinco mil muchachos, y que muchos volvieron sin manos y sin piernas o ciegos. Y hasta deben de quedar unos cientos de prisioneros en Rusia. Así que yo sé de buena fuente que ayuda a los divisionarios que recurren a él, a cualquiera que haya estado en Rusia y que llame a su puerta, él mueve Roma con Santiago para conseguirles un trabajo, una ayuda... lo que pueda.

—¿Y será verdad que no se habla con Franco? —preguntó el abogado, que creyó ver en el marqués una fuente privilegiada de opinión.

—Eso es cierto, Serrano no se habla con Franco. Y no será culpa de este. Es cosa de Serrano, que no le perdona que le cesara tan pronto. Ah... y no te vayas a creer que le cesó por lo de Bilbao, el incidente aquel de la bomba de mano que tiró el falangista a las puertas de la iglesia en la que estaba Varela. Nada de eso. Esa fue la ocasión que encontró Franco para quitárselos a los dos de en medio. Es cierto que no se llevaban bien y que los dos tenían mucho protagonismo. A Franco no le pesaron las presiones de los ingleses y los americanos, de hecho aún mantuvo a la División Azul un año más en el frente. Nada de eso.

—Entonces ¿por qué cree que fue? —preguntó intrigado Jaime Suárez.

—Pues muy sencillo... —El marqués bajó el tono para evidenciar que iniciaba una confidencia—. Esto que te digo es cosa mía y yo no te la he dicho. Fue por una sola razón: por un lío de faldas. —Y el marqués se calló, sabiendo la gravedad de aquella información. Dejó que transcurrieran unos segundos y siguió bebiendo su vermú sin apurarse—. Nadie puede prescindir de una inteligencia como la de Serrano, pero cómo puede mantenerse en el Gobierno a alguien que, en fin, no digo más. Una mujer ha tenido la culpa. Eso es todo. Ahí empiezan y acaban todas las interpretaciones sobre si Franco tuvo que relegar a su cuñado por haber sido demasiado germanófilo y otras vainas. Yo tengo para mí que doña Carmen no se mete en política, sabe muy bien que Franco gobierna con la misma firmeza con la que mandaba una bandera de la Legión. Pero claro está, algo le diría a su marido. Mira, Paco, está pasando esto y lo sabe todo el mundo. Esto no puede ser.

Esta fue la revelación de un marqués, grande de España, de cincuenta años y con una ruina que venía estirando muy dignamente, que le había servido para liberarse de todas las cautelas y compromisos para con todos los que se suponía eran los suyos.

## VIII

### Entrada en sociedad

Después de unos titubeantes comienzos, a Skorzeny se le iba abriendo la vida social madrileña, aunque a fuerza de poner él toda su voluntad y su entusiasmo, hasta que las invitaciones para él y su mujer fueron llegando hasta su casa. Al principio se repetían las de los que serían y ya eran sus incondicionales: León Degrelle, Girón de Velasco, Víctor de la Serna y el conde de Mayalde, y, casi siempre, en sus domicilios.

Aparentemente, algunos de estos se mantenían firmes en sus viejos ideales y no mostraban fisura o debilidad alguna en sus creencias. No tenían ninguna intención de renegar de sus antiguos principios; las evidencias de una derrota sobre la que pesaba la carga de las atrocidades ya reveladas de Himmler y sus secuaces no les haría rectificar. Pero pronto aquel cerrado grupo de los irreductibles daría paso a la sociedad madrileña.

Skorzeny había sido invitado a una montería que se celebraría en una finca de la provincia de Jaén, en las estribaciones de Sierra Morena. El ingeniero aceptó por lo que suponía de cierto bautismo en los círculos más influyentes, pero no quería reconocer que sentía ya un cierto hastío por la pólvora. Solamente a su inseparable Ilse se confesaría: «He oído ya demasiados disparos».

La decisión de acudir fue un acierto. Allí se encontraban el conde de Argillo, consuegro de Franco, el príncipe alemán Maximiliano de Hohenlohe, algunos industriales y financieros bilbaínos, y hasta el ministro de Comercio, Manuel Arburúa.

La invitación se había hecho para el viernes por la tarde y duraría hasta el domingo, de forma que tuvieran al menos dos batidas de jabalíes, corzos y venados. El matrimonio Skorzeny llegó el propio sábado, cuando ya había comenzado la cacería. Ello propició que la anfitriona tuviera que disculparse por la falta de alojamiento en la finca. Era la esposa de un bodeguero manchego que había comprado aquella propiedad del otro lado de la sierra.

—No os preocupéis, por la tarde os llevamos al pueblo, donde hay una casa muy correcta. Allí os atenderán, os podéis cambiar y os traerá un mozo otra vez aquí para la cena. No sabéis cómo lo siento... —dijo, disculpándose con unas palabras que parecían sinceras.

El matrimonio declinó el ofrecimiento de sumarse a la partida de caza a una hora tan avanzada, y también la de almorzar en la casa, pues habían comido algo en Despeñaperros. Así es que pidieron ser trasladados a su alojamiento para descansar. Acudirían con tiempo a la cena para poder conversar con todos los invitados según fueran bajando a tomar el aperitivo.

Un conductor les llevó desde la finca hasta una casa particular en Santisteban del Puerto. El trayecto se hizo largo, por lo que Ilse y Otto pensaron que había sido una buena decisión aquella de retirarse a descansar. Como ellos no conducían y habían dejado el coche aparcado hasta el día siguiente en aquel cortijo, pudieron contemplar el paisaje de encinas y monte bajo que alternaba con otros campos de olivos. El verde campo de otoño se combinaba con las tierras mansas, con variedades de tonos ocres, pardos y marrones —a la espera de que brotara el cereal— y con aquellos olivares que eran una geometría de ceniza y plata, o de verde encendido, según incidiera la luz.

Seducidos por el paisaje, llegaron a una calleja humilde, en cuesta, en la que casas bajas, muy blancas, se sucedían con un orden modesto pero hermoso y muy decente. Algunas señoras de negro corrían por la calzada espantadas por el ruido del coche. Unas niñas saltaban a la comba. El vehículo se detuvo delante de una puerta gris de madera, igual que las otras. El improvisado chófer gritó el nombre de «Antonia» después de golpear a la puerta con impaciencia. Salió la señora, un poco abrumada por la elegancia de los invitados, y no les permitió cargar con bulto alguno. El mozo se despidió preguntando por la hora a la que querían que volviera a buscarles para llevarles a la cena. Disponían de casi cinco horas para descansar hasta las siete de la tarde.

La casa era en verdad humilde, pero adecuada para pasar una noche en el campo. Ilse quiso aprovechar para dormir algo, mientras que Skorzeny prefirió salir a dar una vuelta por el pueblo. Era la primera vez que tenía la oportunidad de visitar un pueblo español cualquiera, sin compromisos ni citas, de forma anónima. Todos sus días en España habían sido días de ocupación en Madrid, o viajando a otras ciudades con sus nuevos compromisos. Por eso se hizo a la calle para curiosear sin más. Encendió un pitillo rubio nada más salir por la puerta y fue administrando sus pasos largos a la descubierta del humor de aquella villa. Los niños miraban asombrados a aquel hombre tan grande y bien vestido, algunos reían y le acompañaban a una distancia prudente.

Después de deshacer los últimos metros del camino que había seguido con el coche, siguió por una calle algo más ancha, al fondo se vislumbraba el torreón de una iglesia. Skorzeny supuso que por allí encontraría alguna taberna donde parar a tomar algo y distraerse. Siguió caminando por calles que parecían todas iguales hasta que llegó a la plaza que presidía el edificio del Ayuntamiento, a la que se asomaba una loma alta de tierra rojiza y pinos, pues aquel pueblo parecía recostado y refugiado entre montañas. Entró en una taberna que allí había, despertando la curiosidad y hasta

la admiración de los vecinos que apuraban su chato de vino antes de ir a comer. Skorzeny buscó una mesa y pidió un café y una copa de coñac. Antes aun de que le sirvieran, ya le estaba ofreciendo tabaco alguno de los presentes.

—¿Habrá venido usted a la montería del Cerro del Toro? —preguntó un señor mayor con una pequeña gorra de visera.

—Sí, eso es —contestó Skorzeny sonriendo.

—¿Y tan pronto han terminado ustedes? —preguntó otro paisano.

—No. Yo he llegado tarde, así que me reservo para mañana.

—Pues me va a perdonar, pero el día bueno era hoy —dijo el primero de los que se habían dirigido al austriaco—. Mañana viene aire, y ya estarán todos los animales bastante apartados.

—Pero los llevan a otro cerro. ¿Tú te piensas que van a repetir en el mismo? —contestó un tercer cliente.

—Bueno, a mí me da igual —contestó Skorzeny—, con venir a conocer este campo tan bonito me conformo. Yo ya he pegado muchos tiros. —Y al oír esto todos rieron con él sin saber, en verdad, a qué se refería aquel extranjero, que sin duda sería un cazador muy viajado.

—Pues yo le digo que por aquí han venido algunas de las mejores escopetas de España. Y hasta extranjeros como usted. Y eso que aquí no tenemos malos tiradores.

—Ya me he dado cuenta de que esta sierra es un paraíso de la caza —contestó Skorzeny.

—De Madrid han bajado hasta ministros. Nosotros nos enteramos por el sargento de la Guardia Civil cuando llega el lunes que nos lo cuenta: «Ha estado por aquí Luis Miguel Dominguín; ha estado por aquí el ministro tal o cual».

En aquella conversación Skorzeny se reconoció a salvo de cualquier peligro, y esa sensación le acompañaría a partir de entonces en su nueva vida española.

—¿Y le gusta a usted España? —le preguntó el hombre de la visera.

—He viajado por toda Europa, desde Portugal hasta Rusia, desde Yugoslavia a Dinamarca, y yo les digo a ustedes que en ningún sitio me he sentido tan a gusto. Y en ningún sitio me he sentido tan bien acogido y respetado como en España.

Las palabras de Skorzeny eran expresión espontánea de lo que sentía. En España se encontraba felizmente a salvo y tan querido por aquellos que conocían su leyenda como por aquellos que simplemente veían en él a un señor extranjero de imponente estatura y porte elegante.

La reunión se fue disipando porque todos tenían que irse a comer, sin que pudieran tomar otro vasito más de Valdepeñas. Skorzeny se quedó casi solo, entonces miró por la ventana, había comenzado a llover levemente. Las casas blancas de una calle cualquiera le parecieron un cobijo amable para un alma errante, desearía poder echar el ancla en un rincón perdido, en un pueblo cualquiera de aquella España del interior, que quedaba fuera de cualquier ruta de la nueva fiebre que ya se iba anunciando del turismo en busca de sol y playa.

A la hora convenida, el matrimonio Skorzeny estaba preparado para acudir a la finca para la cena. El cortijo era una antigua casona blanca de dos pisos y amplias estancias. Había sido construido en el siglo XVII para el mismo propósito para el que venía sirviendo desde entonces, como complejo agrícola y ganadero, hasta tal punto que contaba todavía con una coqueta plaza de toros donde realizar las tientas de las becerras. La vieja ganadería de toros bravos había dado lugar a una moderna explotación de cerdos y ovejas. La caza venía a ser un moderno atractivo muy en auge desde que era posible viajar desde Madrid en pocas horas de automóvil.

Skorzeny e Ilse no podían imaginarse que su anunciada presencia era el principal atractivo de la montería para muchos de los invitados. En cuanto se corrió la voz por los dormitorios de que se encontraban allí abajo, en el salón, unos y otros se precipitaron en sus arreglos de media etiqueta y fueron presentándose como si los únicos invitados fueran el matrimonio Skorzeny y todos los demás fueran anfitriones de aquella casa.

—No saben ustedes lo impaciente que estaba mi marido por que llegaran. Tenía muchas ganas de conocer al suyo —dijo la mujer de un industrial vasco—. Y no se han perdido mucho con la cacería.

—Teníamos que haber venido ayer, pero no nos fue posible —contestó Ilse.

Skorzeny aprovechó aquel saludo para hablar con aquel primer invitado.

—La verdad es que usted tiene alguna culpa de que hayamos venido las esposas. Nunca acudimos a las monterías, pero como nos dijeron que ustedes venían juntos... Son ustedes inseparables, ¿verdad?

Ilse estaba sorprendida de la franqueza de aquella señora, pero como lo decía con un tono amable y divertido, se sintió a gusto.

En el salón fueron consumiendo vino fino y vermú, hasta que hacia las nueve pasaron todos al comedor. A falta de una gran mesa que albergara a veinte comensales y que haría la cena demasiado solemne, se dispusieron dos mesas redondas para tres parejas y una tercera en la que cabían ocho personas.

El ministro Arburúa y su esposa se sentaron en la mesa más principal con los anfitriones, y el príncipe Maximiliano de Hohenlohe-Langenburg y su esposa Piedita, acompañados por el presidente de los Altos Hornos de Vizcaya y su esposa y de otro matrimonio vasco.

Los Skorzeny fueron acomodados en una mesa donde se encontraban invitados de menor relieve, como un notario de Almadén y un abogado gallego de mucha personalidad, todos ellos muy agradables. Ambos se interesaron por la figura del ingeniero y no pudieron evitar alguna pregunta acerca de su hazaña en el Gran Sasso. El príncipe alemán comentó al ministro que la esposa de Skorzeny era sobrina del antiguo presidente del Reichsbank y ministro de economía, Hjalmar Schacht. Así, cuando terminó la cena y todos los invitados habían pasado al salón para tomar la copa, el ministro Arburúa se aproximó hasta el matrimonio para preguntar por su tío y manifestarse un admirador de su obra al frente de las finanzas alemanas.



—Si usted me lo permite, se lo trasladaré a mi tío, creo que le gustará mucho saberlo —le dijo Ilse—. Ahora mismo se encuentra en los Estados Unidos asesorando a un banco americano.

Todos escuchaban aquellas palabras, admirados de aquella magnífica relación con quien no podría ser más que un maestro de las finanzas, y a quien Gobiernos y grandes corporaciones tratarían de tener cerca. La presencia del matrimonio Skorzeny despertaba curiosidad en un primer momento, pero después seducía su elegante presencia, la belleza morena y esbelta de la alemana y su favorable proyección entre los industriales alemanes que ya empezaban a dar signos de recuperación.

Los invitados se retiraron pronto porque la montería del día siguiente exigía madrugar bastante. Las mujeres decidieron que desayunarían juntas a una hora más razonable y se acercarían a la hora del almuerzo para acompañar a los cazadores en sus migas. Después harían todos el reparto de trofeos y emprenderían el regreso. El viaje a Madrid llevaba algo más de cinco horas, a pesar de que la distancia apenas superaba los trescientos kilómetros. Los conductores ansiaban aprovechar las pocas horas de luz de aquella tarde de noviembre.

Para Skorzeny, el balance de la cacería superó en mucho a los dos muflones y el jabalí que había abatido y que el alemán rehusó. Quizá fue ese gesto lo que terminó de conquistar a los que habían compartido con él aquellas horas.

—Nosotros no tenemos mucho sitio y, por otra parte, ya tengo bastante con los otros trofeos —dijo Skorzeny.

—Se refiere usted a sus condecoraciones de guerra, a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, claro está —se interesó el abogado gallego.

—Sí, por supuesto. A todas ellas, a los ascensos por méritos de guerra, a este mismo reloj que me regaló el Duce —dijo Skorzeny, levantando la manga izquierda para mostrarlo. Todos se acercaron para ver cómo se desabrochaba el reloj de pulsera, chapado en oro, y se admiraban al ver en su interior la firma grabada de Mussolini, una «M» mayúscula de su propia caligrafía, con la fecha debajo: 12-9-1943, seguida de los números romanos XXI, referidos al vigesimoprimer año desde el ascenso del fascismo al poder.

—Quizá quieran ustedes conservar estas piezas en la casa —dijo Skorzeny, ofreciendo al anfitrión los trofeos de caza. Este, al oírle, se sintió entusiasmado.

—No lo dude, estas piezas lucirán en la casa con la debida placa donde aparezca la fecha de hoy y su nombre, Otto Skorzeny. No es que haya usted rescatado aquí a nadie, como no sea del aburrimiento, pero será un recuerdo magnífico de un fin de semana en el que hemos contado con tan buena compañía.

Ya en el coche, Ilse y su marido disfrutaron de un camino en el que apenas tuvieron un momento de silencio. Participaron exultantes del resultado de aquellas veinticuatro horas en las que se habían ganado el cariño de aquella élite de la sociedad española. Fue realmente entretenido para ellos ir reproduciendo las alabanzas e invitaciones que habían recibido. Todos los matrimonios les habían

prometido que contarían con ellos para una próxima cena o para otro fin de semana en el campo. Ilse, por su parte, contaba ya con tener alguna nueva amiga que la llevaría a su partida de *bridge* o a merendar en su casa. Skorzeny había hecho otros contactos. El que sopesaba como más interesante era el del presidente de los Altos Hornos de Vizcaya —con los que ya había conseguido establecer contacto gracias al conde de Mayalde—, pero se había sentido también muy halagado por la amabilidad con la que el príncipe Hohenlohe le había tratado.

—¿Y sabes lo que me ha dicho el ministro Arburúa? —le preguntó Skorzeny a Ilse—: «Ustedes, los alemanes, son un portento para la industria. Tengo la certeza de que la fábrica de Mercedes-Benz quedó completamente destruida al terminar la guerra, y no se puede imaginar la cantidad de solicitudes de importación de Mercedes que está recibiendo el ministerio. Estoy muy convencido de que ustedes pronto serán otra vez una potencia».

Entre estos y otros chascarrillos parecidos se hizo de noche ya en las largas rectas de La Mancha, algo antes de llegar a La Guardia, en la provincia de Toledo. El matrimonio tenía la convicción de que estaban en el buen camino y que aquel era su tiempo para prosperar.

No tardó ni un día Skorzeny en llamar a Alemania para contactar con Krupp, la empresa que había dominado y volvería a dominar el negocio del acero y que ya empezaba a representar. En el escueto recado que dejó al responsable de la división exterior le comunicó que tenía un hilo directo con la presidencia de la mayor siderurgia de España.

—Quedo a la espera de sus instrucciones. En cuanto ustedes quieran puedo viajar a Bilbao y presentar cualquier oferta.

Skorzeny aplicaba a los negocios la misma diligencia y decisión que le había convertido en un mito de la milicia. Jamás desaprovechaba una oportunidad para iniciar un ataque directo. ¿Para qué perder el tiempo? Esa era su fuerza y su virtud, y no era esta, en verdad, pequeña.

## IX

### La venganza

La venganza, como disposición de ánimo, necesita de un empuje, una voluntad y una constancia, que pocas personas son capaces de mantener durante mucho tiempo. Es esta circunstancia la que hace que la mayoría de las afrentas queden sin castigo.

Los enemigos de Skorzeny eran muchos y constantes, y fue uno muy concreto quien se atrevió a llevar hasta el final su disposición de acabar con él. No actuaba por cuenta propia, aunque llegó a interiorizar su odio como si fuera una cuestión puramente personal y que solamente a él concernía. Oriundo de Italia y residente en Francia desde antes aún de la guerra, había sido reclutado por Moscú sin mediación siquiera del Partido Comunista Francés. Se trataba de uno de los antiguos pupilos del partisano Joel Stanislas: Alfredo —Dino— Mantovani.

Ni él ni sus jefes podían soportar la idea de que el austriaco hubiera salido indemne de todas aquellas desventuras padecidas con el final de la guerra. Tampoco podía tolerar el hecho de que un tribunal le hubiera absuelto de sus presuntos crímenes de guerra, ni que los americanos hubieran finalmente facilitado su huida. Pero, sobre todas las razones anteriores, pesaba la magnitud de su leyenda: Skorzeny seguía siendo un mito que atraía la atención y aún despertaba el interés y la admiración de las gentes. No se podía permitir que un coronel de las SS viviera impunemente, era necesario eliminarle.

En octubre de 1952 una pareja francesa que se hacía pasar por matrimonio con apellido italiano, Mantovani, se instaló en la calle Almirante de Madrid. El marido se presentó como profesor de gimnasia del liceo francés que entonces estaba a dos pasos de su nuevo domicilio, en un privilegiado cogollo de calles pequeñas y señoriales que parecen rodear la iglesia de Santa Bárbara y al antiguo convento al que pertenecía, conocido como de las Salesas Reales, hoy sede del Tribunal Supremo.

El presunto matrimonio formaba en verdad una muy bella pareja; una de aquellas a las que se observa para preguntarse quién de los dos estará más enamorado, y hasta llega a creerse en el milagro de que pueda existir una pareja en la que los dos se quieran con la misma intensidad.

De Dino Mantovani sorprendían sus hechuras de luchador, un cuello llamativamente robusto, la espalda ancha y unas manos, como sus muñecas, que daban idea de esa fortaleza de los que han nacido con los huesos grandes. No era

especialmente alto, pero destacaba en sus rasgos una hermosa tosquedad en la que también se podía presumir alguna falta de refinamiento. De Mantovani se habían borrado sus antecedentes de agitador detenido por los disturbios en los que había participado frente a la sede del diario *Le Figaro*, cuando este diario comenzó a publicar las crónicas firmadas por Skorzeny sobre sus misiones secretas. El rastro de su acento obligaba al propio falsificador de su pasaporte francés a conservar un apellido italiano. Todo en él era mentira excepto su odio, su fiera adhesión al comunismo soviético y su propia fortaleza física.

Su compañera era, de nuevo, Tessa, quien dedicaba buena parte del día a investigar las rutas y horarios de Skorzeny. Era, en cierto modo, la vista que guiaría al luchador, que no tenía más remedio que cumplir su rutina de impartir las clases de gimnasia en el liceo francés. El hecho de que el agente hubiera sido infiltrado a través de comunistas franceses en el liceo fue la razón por la que bautizaran como Operación Maestro aquella empresa de intentar liquidar a Otto Skorzeny.

Cuando Dino Mantovani tuvo localizado a Otto Skorzeny en sus trayectos y horarios supo que era un objetivo abatible en cuanto se lo propusiera. Se planteó entonces la dificultad de conseguir el arma adecuada. El control que la Guardia Civil ejercía desde antiguo sobre las armas que circulan en España obligaba al agente comunista a intentar viajar hasta Francia para hacerse con una pistola con silenciador. Algo que en aquellos años era todavía un capricho que, además de siniestro, resultaba difícil de conseguir.

A su vez, los servicios de inteligencia de la Dirección General de Seguridad (DGS) controlaban los movimientos de todos los extranjeros que llegaban a España, y cuya identidad y profesión los hacían sospechosos de ser agentes izquierdistas y, por tanto, desestabilizadores. Tan solo se trataba de descartar a los turistas y personas de conocida respetabilidad, el resto de los extranjeros en edad propicia debían ser vigilados. Las autoridades españolas aún reprochaban a todas las potencias aliadas la exclusión internacional a la que venían sometiendo a España. Si los propios Gobiernos eran capaces de otorgar semejante castigo qué no podrían hacer sujetos incontrolados.

Seguramente Mantovani se creía a salvo de cualquier seguimiento, amparado en su bella mujer y una profesión —la de instructor de gimnasia— tan discreta como honrada. Pero, sin duda, el reclutador ruso había valorado sobre todo que Mantovani era, en realidad, un judío comunista y partisano, había pertenecido a la exigua Resistencia francesa y podía conservar aquel punto de rencor que necesitaba la causa para seguir persiguiendo a los enemigos fascistas ocho años después de acabada la guerra. Y, sin embargo, tal y como podían anunciar los propios rasgos de Mantovani para un buen fisonomista, no hubiera sido difícil adivinar su falta de perspicacia. Algo tan necesario para actuar al acecho de una pieza como Skorzeny y en un terreno tan controlado como la España de entonces.

Dino Mantovani era un agente fiero para cualquier golpe de mano, pero no era el hombre cauteloso que pudiera dirigir una operación de caza mayor como la de infiltrarse en la sociedad española y asaltar a un hombre como Skorzeny. Todavía resultaba más difícil poder escapar del lance sin ser atrapado. Estas eran las dificultades reales a las que se enfrentaba Mantovani en su búsqueda de gloria y venganza, ya que ambas eran las más hondas motivaciones de aquel hombre.

Al cumplirse el primer periodo académico de aquel curso y concederse las vacaciones de Navidad, la pareja formada por Dino Mantovani y Tessa aprovechó la ocasión para viajar hasta París. Dispondrían de dos semanas para buscar un arma con silenciador y dos días de viaje de vuelta a España, en un coche en el que camuflar la pistola. Regresaron de allí con una Beretta automática y un supresor de sonido escondidos en su vehículo. El belga que les había proporcionado la pistola, siguiendo órdenes de los de arriba, había asegurado a Mantovani que no tenía necesidad de probarla.

—Si disparas a quemarropa aprovechando el ruido de un camión, de una obra o de un tumulto, no hace ruido alguno. El chupete se traga todo el sonido —le dijo aquel proveedor.

—¿Qué te parece, camarada, que dispare al corazón, en plena calle, cuando me cruce con el objetivo? —preguntó Mantovani.

—Pero piensa que tienes que asegurar muy bien el lugar del disparo. El corazón no es tan grande como la cabeza. Nadie se dará cuenta. La sorpresa de ver a un hombre caer fulminado sin causa aparente te garantiza la salida —dijo el belga, con una convicción capaz de trasladar absoluta confianza.

—Hay que aprovechar el bullicio, un lugar muy concurrido.

—Eso es, la salida del cine, un mercado, una calle animada... Nada de levantar mucho la mano de forma que se pueda ver el arma. Hay que aprovechar un día frío o de lluvia, para poder llevarla escondida mientras caminas con las manos metidas en los bolsillos. Sacar la mano con la pistola, apuntar al pecho y disparar es una acción de menos de un segundo. Con el calibre que llevas no tiene salvación siempre que le pongas el cañón encima del corazón. —Estas fueron las explicaciones del amigo que tan fácil veía ejecutar una acción así impunemente.

El arma viajó desmontada en tres piezas adheridas a distintas partes del chasis. Ni una inspección minuciosa de los bajos del vehículo podría descubrir los rincones de aquella ocultación. Hubiera sido necesario elevar el coche en un taller e iluminar profusamente durante un meticuloso registro. De cualquier otra forma la pistola pasaba por completo desapercibida.

Sorprendió en el vecindario de la calle Almirante y Conde de Xiquena que un sencillo profesor del liceo francés tuviera medios para ir a París y volver con un Peugeot 203, que era un pequeña berlina de color blanco y cuatro puertas, cuyas hechuras recordaban a algunos modelos de las más admiradas marcas americanas como Packard o Chevrolet. Aquel coche había sido, en cierto modo, toda una

imprudencia de ostentación. Los policías del Supremo no hacían otra cosa que admirar el flamante vehículo de matrículas negras y faros delanteros de color amarillo; un sueño imposible para cualquier padre de familia español.

Si bien Mantovani acudía cada día para instruir a sus muchachos en la lucha grecorromana y en la gimnasia más tradicional, su mujer salía a diario con el objetivo de conocer los recorridos y las costumbres del ingeniero austriaco. A los ojos de los vecinos aquella era una pareja con rutinas extrañas y distantes. Había en su trato cierta distancia, como la había también con respecto a todos los vecinos. Cualquiera podría pensar que deseaban que se acabara el curso para regresar a Francia, y era así, en verdad, pues sus planes eran perpetrar el crimen y aguardar la ocasión del final de curso para abandonar España definitivamente.

Tessa comenzaría pronto a hacer sus pesquisas sobre las señas y los horarios de Skorzeny. Tenía la dificultad de ser una mujer joven y muy atractiva, una de esas mujeres que en cualquier tiempo y lugar atraen las miradas de los hombres. Por eso las aproximaciones de Tessa y las preguntas que habría de hacer obligaban a andar con mucho más cuidado. A pesar de ser una joven licenciada en Filología Francesa que hablaba un perfecto español, se vio obligada a aceptar un trabajo de camarera en la cafetería Manila de la Gran Vía. Así pudo estrechar algunos lazos de información y consiguió que sus pasos y acercamientos por las porterías, quioscos o terrazas de la Gran Vía tuvieran ya la natural justificación de ser una persona del barrio.

Tessa Mantovani era el nombre que figuraba en el pasaporte, pero este era tan falso como el de su supuesto marido. Tessa era una mujer esbelta de pelo trigueño y piel muy blanca, salpicada de algunas pecas. Su belleza se debía a esa sencilla armonía de las formas que la convertían en una joven de andares suaves y deliciosos, y un rostro de perfecta geometría clásica. Tenía una nariz larga pero muy recta; sus ojos almendrados de color verde le proporcionaban una mirada intensa. Sus labios estaban bellamente dibujados en una generosa hechura en la que ambos tenían idénticas proporciones. El resultado de aquel capricho de la naturaleza era el de una dama admirada y deseada. Las bellezas incontestables aprenden desde muy niñas el poder que adquieren con su hermosura, y cómo, mediante delicados gestos y zalamerías, consiguen aquello que se proponen. Tessa no sería una excepción, había sido una chica que se sabía guapa, de una familia burguesa con bastantes medios. Ambas circunstancias podían haber hecho de ella una persona amable y acomodaticia; en su lugar, fue despertándose desde su primer año de carrera una rebeldía furibunda que desembocaría en la militancia en las juventudes comunistas.

Al poco tiempo de iniciarse en la vida madrileña, Tessa disfrutaba de un café con sus nuevas compañeras de trabajo al terminar su turno a media tarde. Habían sido invitadas por unos jóvenes clientes en el Círculo de Bellas Artes. A ellas les sorprendió que siendo Tessa una recién casada accediera a acompañarlas. Si alguna

vez había sentido alguna debilidad por su compañero de lucha, esta se había desvanecido al comprobar cómo él había encontrado en la vida clandestina el escenario perfecto para llevar una vida de medias verdades. Nada en él era perfectamente auténtico. La atracción que Dino sentía por las mujeres le llevaba a ocultarse más allá de lo que correspondería ante una mujer como Tessa.

A la misma hora en que entraba con sus compañeras en el salón del Bellas Artes, en dirección a los ventanales, llegó un hombre muy alto de cuarenta y tantos años, acompañado de otros dos señores algo más mayores. Pasaron, hablando alemán, junto a la mesa en la que se encontraba el grupo de jóvenes camareras de la cafetería Manila y sus amigos. Cuando los tres señores ocuparon un lugar junto al ventanal de la esquina, el más alto de ellos cedió a los otros la vista más privilegiada del edificio Metrópolis, que marca la confluencia de la calle Alcalá con el arranque de la Gran Vía, de forma que quedó sentado mirando hacia el grupo de jóvenes. Tessa tuvo cierto reparo en levantar la vista hacia él porque sabía que aquel hombre tan alto que había entrado haciendo ciertos aspavientos de cicerone era Otto Skorzeny. Pero no pudieron evitar que sus miradas se cruzaran en algún momento, recreándose el antiguo coronel en la grata presencia de la francesa. Tessa no se apuró, porque estaba acostumbrada a aquellas miradas de hombres casados que solo aspiran al noviazgo parpadeante que les haga sentirse jóvenes todavía. Y eso era lo que Skorzeny estuvo haciendo mientras disfrutaba de la tertulia con sus paisanos, disfrutar del momento y tratar inútilmente de robar una mirada que le permitiera sentir que aún podía seducir. Sin embargo, Skorzeny no impresionaba en el primer instante. Su magnetismo surgía siempre después, cuando el tono grave y varonil de su voz desplegaba su alegre simpatía de alegres mentiras. Era un buen entretenedor, siempre con un bonito cuento o la promesa de un viaje o una cena ilusionante. Seducía porque era divertido.

Una mañana en que Otto Skorzeny visitaba el Rastro cruzó la mirada con un individuo que le llamó la atención. Fue en una de las callejas que bajan en empinada cuesta —que con acierto llamaron Mira el Río—, en la esquina con la calle del Carnero donde se produjo un chispazo de alarma en el pecho del austriaco. A aquel hombre ya le había visto en alguna otra ocasión. Le turbó por un momento haberse sentido sorprendido en el descuido de la grata contemplación de los recuerdos propios de una almoneda. Tan solo un minuto antes acababa de encender un cigarrillo para acompañar el momento en el que saboreaba con la vista un pequeño tenderete sobre el que se exponían condecoraciones militares de todos los países y épocas. Skorzeny sonreía para adentro al saberse poseedor de algunas de aquellas medallas y reconocer perfectamente muchas otras. Fue entonces cuando giró la vista para iniciar su marcha y se percató de aquel hombre que parecía observarle. No era el caso de que le hubieran reconocido como viejo soldado observando reliquias de la guerra, sino que se trataba de alguien que le conocía y que él había visto en algún otro lugar. No le

daría la espalda, había afrontado los peligros, cualesquiera que fueran, de frente. Una vez más brillaba en los ojos verdes de Skorzeny la casta del espadachín que había librado duelos sin mayor temor que a sí mismo. Debía refrenar su impulso y templar el gesto para que no se notara que estaba en guardia. Se sabía fuerte, tan fuerte como lo había sido en su juventud, porque no advertía que sus cuarenta y cuatro años le pudieran pesar.

El hombre que había levantado la sospecha de Skorzeny era Dino Mantovani, el partisano comunista y gimnasta. Este advirtió sin duda que había sido reconocido como hombre sospechoso y le pareció que lo más prudente era permanecer frente a aquel otro puesto de baratijas simulando el interés de cualquier otro merodeador del Rastro, de cualquier otro coleccionista de todo lo inútil que un día fue sueño e ilusión en su novedad. Allí se quiso refugiar de la mirada escrutadora e impetuosa de Skorzeny, hasta tuvo miedo de volver a levantar la vista y mirar hacia su enemigo. Así arrancó el paso torpe de la cuesta arriba hacia la calle que conducía a la plaza de Vara de Rey, al antiguo Cerrillo, para confundirse allí entre la muchedumbre. Skorzeny encendió compulsivamente un nuevo cigarrillo sin siquiera darse cuenta de que acababa de terminar de fumarse aquel otro cuando se deleitaba en aquel recreo emocionante de monedas antiguas y condecoraciones.

Sin perder de vista la espalda ancha de aquel hombre que se había delatado al abandonar de aquella manera y eludir el terreno del encuentro, reparó en sus toscos perfiles, en su cuello fuerte, como si de un estibador se tratara. Ese hombre tenía que ser un obrero. «Solo quien se ha dedicado a los trabajos físicos y manuales ha podido desarrollar esas hechuras», pensó Skorzeny.

Tampoco al encontrarse en la plaza se sintió Mantovani completamente seguro y libre de la mirada de su oponente. Trató de fingir interés en varios objetos: aparatos de radio viejos, primero, un montón de libros, después. Y cuando le parecía que había representado adecuadamente el papel de hombre que ya no puede encontrar nada más de su interés, tomó el camino más corto hacia la calle de Toledo, para sumergirse en el metro o parar un taxi. Antes aún hubo un instante en el que alzó la vista hacia el cielo, sin fijarla en un lugar concreto; no era más que un gesto para detectar si tenía muy a la vista a Skorzeny.

Dos horas después, Mantovani llegó a su casa de la calle Almirante tras comprobar varias veces que nadie le seguía. Había sido aquel un sinuoso recorrido de paradas de autobús y bares en los que se sentó a observar que se encontraba libre de cualquier mirada, ya fuera de Skorzeny o de cualquiera de los hombres que pudieran darle protección.

Efectivamente, cuando Mantovani se coló escaleras abajo por una de las entradas del suburbano, el austriaco desistió de seguirle porque ya no lo alcanzaría. Regresó a su casa sin decirle nada a Ilse, no quería compartir con ella ningún temor que pudiera causarle desasosiego. Pero en su cabeza quedó retratado el rostro de aquel obrero o de aquel posible agente marxista, y le quedó algún pesar por no haber podido seguirle



más de cerca hasta saber de quién se trataba. No sería aquella la primera ni la única vez en que percibiría con alguna certeza que le cercaban sus enemigos. Él no guardaba rencor por aquellos que habían sido los contendientes del otro bando, pero se sabía un personaje conocido, alguien en el que cualquier desgraciado podría personalizar su odio. La reacción de los comunistas franceses nada más salir a la luz, desde la imprenta de *Le Figaro*, la primera entrega de sus *Misiones secretas* no había hecho nada más que anunciar que él era visto todavía como un enemigo al que perseguir. Francia quedaba demasiado cerca de su retiro en la capital de España.

Mantovani abrió la puerta de su casa, absorto en sus pensamientos. Tessa acudió con natural despreocupación a recibir a su compañero, pero notó que Dino entraba azorado, con un gesto de inquietud y sin poder explicarse con fluidez. Entró en la cocina con urgencia por beber agua, sentía la garganta seca, como recordaba haber tenido siempre que se encontraba en situaciones de peligro.

—¡Me ha visto! ¡Me ha visto! —exclamó, mientras buscaba la silla de la cocina para sentarse al lado de la pequeña mesa donde solía desayunar—. Me ha visto, Tessa, y me ha reconocido. ¡Sabe quién soy!

—¿Qué quieres decir? ¿Quién te ha visto? ¿Qué te ha pasado, me lo puedes decir? —preguntó Tessa.

—¡Skorzeny! Me ha visto y se me ha quedado mirando. Yo he tratado de disimular y el muy cabrón se ha quedado allí plantado mirándome.

—Pero eso puede no significar nada —dijo Tessa, que no podía admitir que la costosa operación de dos agentes en Madrid se pudiera ir al traste simplemente por aquel temor, por aquel fugaz encuentro que había desencajado a Dino.

También Skorzeny había reparado en ella y se la había quedado mirando, aunque, claro, aquello sería movido por la atracción que ella era capaz de despertar en los hombres.

—¡No es solo que me haya visto, es que me ha seguido! Yo, lógicamente, no podía ponerme a mirar hacia atrás. Solo cuando he entrado en la estación de metro de Latina y me he colocado al final del andén, he podido comprobar que nadie venía tras de mí. Pero por las callejuelas del Rastro, hasta una plaza grande que hay cerca de Cascorro, me ha seguido. Cuando me paré a curiosear libros, por disimular, él me estaba controlando. La operación se ha caído, Tessa. Un año de preparativos que se van al carajo. —Mantovani se desahogaba tratando de reconstruir las razones de su desazón—. He tardado más de dos horas en volver aquí tomando todas las precauciones que te puedas imaginar. Este cerdo sabe algo. A partir de ahora, tenemos que ser lo más cautelosos posibles.

—Aunque así fuera, aunque te hubiera reconocido, eso no quiere decir que todo el trabajo esté perdido. Aún podemos hacer algo..., quizá no de la misma forma. Pero aún podemos dar el golpe —contestó Tessa.

—No lo creo, como nos localicen estamos perdidos... Ahora tenemos que decidir si comunicamos a Francia que Maestro se ha caído.

—Pero si tú mismo has dicho que no nos han seguido. No debemos ponernos nerviosos.

Tessa pasaría toda la tarde de aquel domingo tratando de apaciguar el ánimo de Mantovani. La conversación se hizo profusamente repetitiva sobre todos los detalles y extremos que tendrían que replantearse. Aquella discusión era la más parecida a la que podía tener una pareja de accidentados cuando analizan, después del siniestro, todas las consecuencias y efectos que este había provocado en su vida inmediata. Y el primero de ellos fue que Tessa dejó de hacer los seguimientos que venía realizando entre semana para fijar al objetivo; también Mantovani cesó en aquellos que realizaba los fines de semana, pues eran los únicos días en los que su ocupación de profesor en el liceo le permitía contrastar las informaciones que le daba su compañera. La operación entraba en un periodo de hibernación, hasta que no comprobaran los dos agentes comunistas que nadie les vigilaba y que podían proyectar su desenlace.

## X

# Camaradas en el exilio

En diciembre de 1954 Skorzeny recibió en su despacho de la avenida de José Antonio varias cartas que le provocaron sentimientos contrapuestos. Entre ellas recibió la invitación para acudir a un acto emotivo, el homenaje que el Ayuntamiento de Madrid ofrecía a ocho antiguos combatientes de la División Azul que habían regresado de la Unión Soviética después de más de once años de cautiverio. Skorzeny justificó su ausencia porque estaba en aquellas fechas abrumado por las recientes dificultades de sus negocios en Argentina.

La prensa internacional había logrado detectar que era él quien estaba mediando entre el Gobierno argentino y la firma Krupp para la venta de locomotoras. El gigante alemán del acero, que venía purgando su culpa por haber utilizado mano de obra forzada durante la guerra, se vio obligado a desentenderse del ingeniero austriaco a través de una lacónica carta fechada en el propio día de Nochebuena y en la que entre otras cosas decía:

Muy a nuestro pesar, en las últimas semanas, a través de una serie de publicaciones en la prensa, la opinión pública ha obtenido una idea que no coincide con los hechos. Nos gustaría poder clarificar con usted las anteriores circunstancias otra vez.

Como resultado de la carta del señor don Jorge Antonio, usted nos visitó en su condición de comerciante independiente y propietario de una oficina de ingeniería en Madrid, ofreciéndonos participar con el señor don José M. Mayorga en el negocio de la venta de locomotoras al Gobierno argentino.

Esta actividad, que nace del interés argentino, ha provocado muchas informaciones en la prensa y ha dado lugar a muchos comentarios de contenido político. En consideración a los intereses comerciales de nuestra firma alrededor del mundo, creemos que sería más apropiado que su nombre no apareciera en las futuras conversaciones relativas al negocio que usted nos propuso.

Usted ya nos ha manifestado su conformidad y asume que no percibirá provisión alguna por este negocio, según lo convenido.

Queremos manifestar, no obstante, que este paso no significa, en modo alguno, una opinión negativa acerca de su personalidad y de su calidad como hombre de negocios o su aptitud para manejar este negocio.

Esto es el resultado, solamente, del hecho de que nuestra compañía se encuentre expuesta a las controversias políticas.

El texto de la carta había sido negociado por el propio Skorzeny para salvaguardar a sus contactos y justificar que era la política la que seguía persiguiéndole, pero que se le reconocía como un hombre apto y hábil para los

negocios, tanto como para conseguir el interés de aquella magna firma en proveer a Argentina con su material. Pero no dejaba de ser una misiva lastimosa para él. Las sombras de la guerra le perseguían y llegó a preguntarse qué habría pasado si hubiera acudido a la ceremonia de homenaje a los divisionarios. Porque por esas mismas fechas pudo leer acerca de la polémica desatada por la asistencia a aquel acto de su amigo Léon Degrelle. Nuevamente el Gobierno belga y la prensa internacional reclamaban la extradición del líder rexista. Como si Degrelle estuviera necesitado de compartir sus preocupaciones después de tan prolongado exilio en la sombra, llamó a Skorzeny para invitarle a su refugio sevillano de Constantina.

El matrimonio viajó un fin de semana hasta La Carlina, la antigua viña que Léon Degrelle había comprado y convertido en un conjunto residencial. Al llegar allí pudo contemplar el torreón que los vecinos llamaban el Castillo Blanco, arrimado a un cerro. Para ser exactos, la hechura de aquella construcción era la de una soberbia filigrana, a medio camino entre la torre de una fortaleza y el minarete de una mezquita. Encalado en blanco, contaba con arcos de estilo árabe y parecía un reclamo en medio de los hermosos campos de la sierra. Según iba acercándose, Skorzeny sentía cómo aquella visión confirmaba la aureola de personaje legendario que acompañaba al nombre de Degrelle. Una amplia explanada en forma de anfiteatro, adornado con tinajas antiguas en las gradas que servían para contener el terreno accidentado, daba paso a un arco, tras el que podían verse diversas fuentes y parterres colocados a distintas alturas. Todas aquellas edificaciones blancas, techadas a la manera andaluza, con tejas de barro anaranjadas, tenían un aire y una proporción de antigua villa romana. Así lo proclamaba una inscripción en azulejos de cerámica que Degrelle había mandado hacer y colocar allí mismo: «Aire de Roma andaluza le doraba la cabeza». Verso de Federico García Lorca en la elegía al torero Ignacio Sánchez Mejías.

La casa palacio a la que accedieron Ilse y Otto Skorzeny tenía la magia de parecer una construcción antigua, simbiosis de unas y otras herencias de aquella tierra. Era fastuosa, elegante y enigmática. Y probablemente también algo sobrecargada, como si fuera la lonja recién estrenada de un anticuario que hace sitio a todos los objetos bellos que pudiera recolectar.

Léon Degrelle sentía una viva satisfacción en la contemplación del arte. Era también poeta, aunque discreto, y un diletante. Su mayor virtud era la elocuencia y el entusiasmo. Combinadas las dos armas se convertía en un soberbio conductor de gentes, en un auténtico líder. Su debilidad por el arte le podía llevar a hacer curiosos periplos por pueblos y ciudades, orientándose siempre hacia los lugares donde intuía que podía encontrar cualquier vestigio hermoso del pasado. En su exilio andaluz tenía siempre en la cabeza un itinerario de ruinas, iglesias o anticuarios en la cabeza. Así fue como en la profundidad de los campos, en pequeñas aldeas o en cortijos olvidados, pudo pujar por piedras labradas, tallas de santos o lienzos a los que nadie daba su auténtico valor.

Nadie podía explicarse de dónde había podido sacar Degrelle los fondos para edificar La Carlina y para adornarla con tal profusión de obras de arte, más o menos extraordinarias. Su habilidad y olfato no parecían suficientes para dotarse de aquella colección, por muy baratas que hubiera podido comprar todas aquellas piezas.

El matrimonio Skorzeny recorrió con él toda la finca, y juntos pasaron revista a tantas joyas con la misma satisfacción con la que años antes podía hacerlo frente a sus batallones de las Waffen-SS. Ante sus ojos pasaron las ánforas y antiguas columnas, recolecta de antiguos patios; un león ibérico sorprendió a los visitantes, que no pudieron disimular su sorpresa por una escultura de semejante antigüedad y belleza; en una hornacina, un cervatillo de piedra, sentado y sin patas, parecía esperar pacientemente. Allá donde miraran podían contemplar un detalle curioso, ya fuera un brocal antiguo de pozo, un capitel huérfano de su fuste, la estatua romana de un torso sin cabeza que no había perdido su belleza.

En la entrada de la casa se detuvieron ante un busto romano del siglo primero. Era una suerte de Hércules con la rizada melena preciosamente perfilada en ondas, sobre la piedra caliza, algo rosácea. Una barba acababa por completar un rostro de mucho carácter.

—Esta escultura apareció en Siria, ¿verdad que es magnífica? —dijo Degrelle sonriendo—. No soy coleccionista, me bastaría con unas pocas cosas. Pero esas pocas soy capaz de disfrutarlas extraordinariamente.

Skorzeny escuchaba en silencio, entre sorprendido y ajeno a aquellas explicaciones. Él se podría conmovir ante un motor de avión o una motocicleta. Todo aquello despertaba la admiración por alguien capaz de tener la personalidad suficiente para rodearse de tanta elegancia. Aquella comedida suntuosidad, aquel conocimiento y la armonía del conjunto eran algo que él sabía que el dinero solo no podía comprar. Ilse, por el contrario, era más expresiva y, como mujer de sociedad, podía interrumpir al anfitrión y hacer algún comentario oportuno.

—Hay piezas arqueológicas muy notables —comentó la esposa de Skorzeny.

—Es verdad. Luego hay otras cosas, de escaso valor, pero de las que estoy muy orgulloso porque las he encontrado yo mismo aquí al lado, en la Cueva de la Sima —contestó Degrelle—. He sido yo el que, leyendo y estudiando, las he localizado cerca del barrio de la Morería de Constantina. Aquí nadie sabía nada. Son pocos los que se interesan por profundizar en el conocimiento local. Piensan que cómo va a ser que haya algo extraordinario o representativo en un pueblo tan perdido y pequeño. Nadie parece ser consciente de que contemplando con detenimiento un solo rincón del planeta puede uno llegar a tener una idea universal.

Skorzeny asentía sin llegar a profundizar en nada de lo que su camarada de armas decía. Pensaba más bien en los excelentes vinos que le podía ofrecer para la cena.

Ya dentro de la casa, en cuanto encontraron ocasión, los dos viejos camaradas de las SS pasaron al despacho de Degrelle para poder conversar más tranquilos. Se sentaron en dos recios sillones de madera frente a un ventanal desde el que podían

admirar algunas fuentes y bancales de La Carlina. A un lado quedaba la mesa de estilo castellano en la que solía trabajar Degrelle, sentado en una silla del mismo estilo con el asiento y el respaldo de cuero. Detrás había una inmensa pared blanca cubierta lujosamente con un magnífico tapiz antiguo.

—Me pregunto, Léon, ¿cómo has sido capaz de levantar todo esto? ¡Es excepcional! ¡Eres un espíritu del Renacimiento: poeta, periodista, abogado, político, arqueólogo y soldado! —exclamó emocionado Skorzeny.

—Pues tú eres también un hombre completo: ingeniero, piloto, deportista... ¡Ah! Y un políglota, un soldado y hombre de negocios —replicó Degrelle—. Aunque yo comprendo las causas de que seamos, precisamente, los espíritus inconformistas los que hayamos llegado más lejos en nuestra capacidad de adaptación. Ni tú ni yo nacimos para lo que hemos terminado siendo. En unos tiempos sin conflicto tú hubieras sido ingeniero y yo abogado; claro está, cada uno con sus aficiones. Tú el deporte, los aviones, la vela... y yo la poesía y las antigüedades.

—Es verdad —interrumpió Skorzeny para confirmar los argumentos de su amigo.

—Hemos sido la generación europea que tenía la edad precisa para contestar al expansionismo bolchevique. Nos ha tocado adaptarnos a los accidentes de la historia, y la derrota nos obliga a reinventarnos. Por otro lado, yo siempre me he sentido llamado para emprender grandes obras, esta casa lo es. No se me ha permitido hacer ya nada fuera de España. —De esta forma resumió Degrelle cuál había sido el sino de aquellos dos temperamentos.

La tarde lluviosa de febrero fue tornando del gris cárdeno de las nubes a un negro tenue, el de la noche temprana. Un eco de ladridos salpicaba la charla frente al fuego del salón. Entonces, y como venía siendo frecuente, hubo un apagón en toda la casa. Cuando eso sucedía, Degrelle tomaba todas las precauciones. Por eso se levantó inmediatamente para acercarse a la entrada, donde estaba el teléfono, y comprobó que la línea no estaba cortada. Después mandó que miraran el cuadro eléctrico que estaba en la cocina, por si había saltado el automático. Y por último, en compañía de Skorzeny, subió al torreón, para otear hasta el pueblo y cerciorarse de que allí se había ido también la luz.

—Créeme que alguna vez han llegado hasta aquí, hasta la misma puerta. Me he visto sorprendido sin teléfono y sin luz. Tengo armas siempre a mano para defenderme. Ellos saben que yo moriré matando. El que venga tiene también que estar dispuesto a morir. —Así habló Degrelle a su invitado mientras subían las escaleras. Desde aquel faro blanco, Constantina aparecía oculta y a oscuras. Se trataba de un apagón general, un fallo en el suministro de aquella comarca de la sierra norte de Sevilla.

Skorzeny había observado que los empleados de la finca y los vecinos del pueblo se referían a Degrelle como a don Juan, don Juan de la Carlina, y le hizo un comentario al respecto:

—Dime, ¿cómo es que aquí te conocen como don Juan de la Carlina?

En ese momento, Degrelle se levantó de su sillón y se acercó a su mesa escritorio, abrió una gaveta y sacó una tarjeta que le fue a mostrar a su amigo.

—Esta es mi primera identidad en España. Es un permiso de trabajo que me consiguió Girón, a nombre de Enrique Durand, natural de Varsovia, y de profesión experto en arte. Y a nombre de Juan Sanchís nuestro amigo Víctor de la Serna me hizo este carné de corresponsal para *Afán*. Ahora soy León Ramírez Reina, ciudadano español, ya que he podido ser adoptado gracias a la infinita bondad de una vecina, Matilde, que me ha dado sus apellidos. El ingenio del notario Blas Piñar ha sido providencial, solo él fue capaz de darse cuenta de que la condena a muerte que Bélgica dictó contra mí, y la privación de todos los derechos civiles, me colocaba en una situación equiparable a la de un menor de edad, y por tanto podía ser sujeto de adopción. Así que he sido, cuando menos: León Degrelle, Enrique Durand, Juan Sanchís, León Ramírez Reina y, también ahora, entre estas gentes que tan bien me quieren, Juan de la Carlina.

—Ya sabes que yo también colecciono identidades: Hans Frey, Rolf Steinbauer, doctor Solar; afortunadamente, ya puedo ser de nuevo, gracias a España, Otto Skorzeny.

Aquella conversación continuó después en el salón hasta la hora de la cena. Pero al haber otros invitados, los temas que fueron tratando no dejaron de ser más o menos generales, como un repaso somero sobre la vida en España y los amigos comunes.

La tarde del día siguiente la reunión fue violentamente sacudida por una tremenda noticia, un hijo y un sobrino del alcalde de Madrid, el conde de Mayalde, habían desaparecido entre las aguas del río Tajo. Tanto Degrelle como Skorzeny quisieron comunicarse con su amigo común, sin conseguirlo.

El domingo al mediodía alguien trajo desde Sevilla la prensa del día, que recogía el suceso con un titular en mayúsculas: «UN HIJO Y UN SOBRINO DEL ALCALDE DE MADRID, ARRASTRADOS POR LAS AGUAS DEL TAJO, CERCA DE AÑOVER». Y más abajo, continuaba explicando el accidente:

A causa de la corriente, zozobró la barca en la que habían salido para cazar patos. Durante toda la noche y el día de ayer, patrullas de soldados y bomberos los buscaron infructuosamente. Las aguas del Tajo, revueltas y acrecidas por las lluvias de las últimas semanas, arrastraron el viernes, inopinadamente, a dos jóvenes deportistas madrileños: Rafael Finat, marqués de Corbera, hijo del conde de Mayalde, de veinticuatro años, y a su primo Luis Roca de Togores, marqués de Astrillas, hijo de la duquesa de Andría y de dieciocho años.

Por teléfono supieron que no había muchas esperanzas de que aparecieran vivos, y que buscar los cuerpos era una tarea difícil a causa de la corriente. Algunos de los invitados, amigos también del conde de Mayalde y de su esposa, la duquesa de Pastrana, salieron ese mismo día hacia Toledo, por lo que por la tarde Skorzeny quedó en la solitaria compañía de su amigo frente a la chimenea del salón. Fue la ocasión en la que se atrevió a preguntarle algunas cosas.

—León, ¿tú tienes miedo a un atentado?

—Yo sé que un día u otro vendrán a por mí —comenzó a explicar Degrelle—, pero aquí les espero, sin darles la espalda. Prefiero morir aquí defendiéndome a que me lleven detenido a Bélgica. Les he dicho muchas veces que estoy dispuesto a presentarme ante un tribunal ordinario, y que deseo hacerlo, y con los medios de comunicación presentes y pudiendo lucir mi uniforme militar con mis condecoraciones. Como te puedes imaginar no están dispuestos a aceptar ninguna de esas tres sencillas peticiones. En primer lugar, porque quieren constituir un tribunal de excepción para mi caso; en segundo lugar, porque les da miedo que la radio pueda retransmitir en directo, sin manipulación alguna, mis palabras. Y, por último, quieren juzgarme privado de toda dignidad de soldado, como a un ladronzuelo. Estoy demasiado orgulloso de nuestra Cruz de Caballero como para prescindir de ella. ¿No ves que es una de las mayores burlas? Pretender que no hemos sido soldados que, en buena lid, hemos ganado nuestras condecoraciones.

»A mi esposa la han encarcelado, y yo no veo a mis hijos desde hace diez años... Esto es lo que llevo peor, no poder verles.

»Se lo debo todo a los amigos españoles. José Finat fue el primero en esconderme al salir del hospital de San Sebastián, le estoy muy agradecido. Por eso, la pérdida de su hijo me duele inmensamente. Girón, Clarita Stauffer, Víctor de la Serna, padre e hijo, Blas Piñar, Serrano, Matilde —mi madre española—... y tantos otros. Y también al Caudillo, sin su negativa a entregarme ya estaría perdido. Ha sabido resistir frente a las fuertes presiones de los actuales líderes de Europa.

—Los dos somos prófugos de un incierto proceso. También yo estoy convencido de que intentarán matarme. Tenemos que estar siempre en guardia...

—Pero prefiero morir a ser secuestrado y conducido a Bélgica. Moriré como un soldado y gritando «¡Viva Cristo Rey!». Al menos he tenido estos años en España para poder ordenar mi legado.

Tres meses más tarde, Skorzeny llamó a su amigo Degrelle; el cuerpo del sobrino del conde de Mayalde había sido encontrado por un pescador en la orilla del río, dos kilómetros aguas abajo del lugar donde desaparecieron los dos primos. Pareció entonces que el cuerpo del hijo del conde aparecería pronto y en algún punto próximo a aquel. Pero el río mantuvo prisionero al cuerpo del joven marqués de Corbera hasta el mes de diciembre de ese mismo año.

Los dos soldados veteranos querían acompañar a su común amigo en tal trance. Para entonces Skorzeny se encontraba en Alemania y Degrelle fue persuadido sobre la inconveniencia de asistir al sepelio, al que acudieron todas las altas magistraturas y muchos amigos comunes como Serrano Suñer o Víctor de la Serna.

Años más tarde, Degrelle tendría que pasar por el mismo tormento de ver morir a un hijo en tan temprana edad, al fallecer a consecuencia de un accidente de motocicleta en Sevilla, a la edad de diecinueve años.





## XI

### El último asalto comunista

Dino Mantovani regresó a España en enero de 1954 siguiendo las estrictas instrucciones de los agentes soviéticos. Esta vez llegó sin la compañía de Tessa y en una supuesta misión comercial. Había abandonado, por tanto, su papel de profesor de gimnasia para convertirse en un polivalente hombre de negocios. Seguía siendo, no lo podía evitar, un luchador de corazón.

En el tiempo transcurrido, Mantovani había vuelto a Italia, y recibía ya instrucciones de gentes vinculadas al PCI, que no era más que la sucursal italiana de esa multinacional llamada Partido Comunista de la Unión Soviética. Las características del nuevo viaje le obligaban a limitar en su seguimiento a Skorzeny al tiempo justo que necesitase para poder asestar el golpe. Estaba confiado en la idea de poder dar el golpe en la calle de Castellón de la Plana, en El Viso, que era donde tenía Skorzeny su residencia.

Aquel barrio estaba entonces a las afueras de Madrid —aún no había sido absorbido por su creciente ser—, y estaba poblado por chalés. Algunos eran, en realidad, modernos palacetes, como el muy próximo de la calle Oquendo de los Gil de Biedma, Condes de Sepúlveda. Pero también había pequeños edificios de lujosos pisos como aquel en el que vivía Skorzeny.

Eran muchas las veces en las que él llegaba a casa por la noche en taxi y, tras acabar la conversación que solía llevar enganchada con el taxista y abonar la carrera, se bajaba y recorría los escasos metros hasta el portal. Eran muy pocos los vecinos de esa finca, tan solo seis familias, como también eran escasos los vecinos de aquella calle. Pero aquel no era el momento más propicio, habría que esperar a que Skorzeny repitiera el ritual de subir la puerta de una de las seis cocheras para sacar su Mercedes. El único testigo a eludir sería el portero, que la mayoría de las veces permanecía en la portería, sentado detrás de la mesa leyendo el diario deportivo *Marca*. Cuando Skorzeny entraba en el portal se levantaba para saludar y abrirle la puerta del ascensor. Su afición a los deportes era tan grande que no podía evitar el comentario de las recientes noticias con cada uno de los vecinos: «¿Sabe usted que Roque Olsen está lesionado?», «Enrique Fernández no cuenta con Mateos», «Ayer muy bien, el Madrid le metió tres al Valencia». Su pasión por el Real Madrid llegaba

hasta el punto de que se había convertido, junto con su familia, en lo único que de verdad le importaba en esta vida.

En ese punto, y confiado a la falta de testigos, Dino Mantovani, pensaba usar la Beretta con silenciador que había tenido que llevarse de vuelta a Francia un tiempo antes. Se instaló a vivir en una casa de huéspedes de la calle Leganitos, al lado de la plaza de España y de la Gran Vía, y que estaba situada en un lugar de mucha confluencia, que es tanto como decir de confusión.

El último viernes del mes de febrero era el día 26. Mantovani estaba dentro de un coche que había aparcado en la propia acera de la calle de Castellón de la Plana, a unos cincuenta metros de la casa de Skorzeny. Corría un aire frío y desapacible que levantaba algunas hojas secas y cualquier resquicio de papeles o cartones que quedaran. Aquellas calles de Madrid mostraban el vivo contraste entre la ciudad reciente, residencial y pudiente, con los descampados donde aún las ovejas pastaban y los niños jugaban cada tarde a la pelota y a las canicas. Alguna mula parecía estar esperando a su dueño; caprichosos senderos marcaban la ruta de los atajos que buscaban aquellos que cruzaban los barrios desde sus casas hasta sus afanes. Convivía una ciudad pujante con ansias de auténtica capital con una marginalidad de chabolas y caseríos arrimados a Madrid para ver qué trabajos o gracias podían tocarle en suerte.

Un coche alquilado no pasaba desapercibido en aquel barrio, por lo que Mantovani se empezó a impacientar al comprobar que aquella mañana el austriaco no abandonaba la vivienda hacia su trabajo a la hora habitual de las nueve y media. Tampoco lo hizo en la hora siguiente. Finalmente, apareció un coche que estacionó delante del portal y del que se bajó el conductor para entrar en el portal. Un señor de cierta edad y algo grueso permaneció sentado en la parte de atrás, a la derecha. Allí aguardó hasta que salió Skorzeny acompañado de su mujer y del chófer, que había tomado en las manos dos maletas que metió en el maletero con mucho cuidado. Skorzeny abrió la puerta trasera para saludar al señor impidiéndole que se bajara, también saludó Ilse, quien, inmediatamente después, accedió al coche por la otra puerta de atrás. Junto al conductor iba el antiguo coronel, que parecía disfrutar de aquella posición. «Parece que nos vamos de excursión», pensó el francés, que no sabía si debía alegrarse por la distracción que se le ofrecía o debía contrariarse.

El coche de aquella elegante expedición era una berlina inglesa —un flamante Jaguar plateado que debía de despertar la admiración de los viandantes de los otros barrios— y se encarriló hacia el cruce de la calle Velázquez con Joaquín Costa. A una distancia prudente Mantovani podía seguir al Jaguar sin que lo detectasen. Continuaron hasta bajar al paseo de la Castellana y cruzar en dirección a Reina Victoria. «Sin duda, se dirigen hacia la carretera de La Coruña», pensó el perseguidor, acertando en su pronóstico.

El inconfundible coche inglés se distanció en la larga cuesta de las Perdices y Mantovani tuvo algunas dificultades para no perderlo de vista. Una vez que se desvió

para tomar la carretera de Galapagar, supo que ya no lo perdería, aunque a veces debía refugiarse detrás de un camión, hasta adelantarlo antes de llegar a la curva. Prefería arriesgarse un poco en la carretera antes que ser descubierto.

Los dos coches atravesaron velozmente el pueblo de Galapagar y el puente del Tercio, sobre el río Aulencia, hoy anegado por el embalse moderno, y se orientaron en dirección a El Escorial, dejando por la margen izquierda la finca centenaria de encinas y reses bravas Cuarto Carretero, cuyo vallado de piedra se extiende interminablemente. «¿Será ese el destino de Skorzeny y compañía?». En poco más de veinte minutos el Jaguar aparcó en el centro de San Lorenzo de El Escorial, confirmando la sospecha de Mantovani. Lo que no se podía imaginar era que aquella pequeña comitiva acudía al Ayuntamiento del lugar para que Skorzeny y su compañera contrajeran matrimonio. En ningún momento Mantovani sospechó que pudieran vivir juntos sin estar casados, pues siempre le había parecido que convivían como matrimonio y que debían de haberse divorciado de sus anteriores parejas hacía mucho tiempo. Como pudo luego comprobar, el personaje que había acudido a recogerles con el coche inglés era el periodista Víctor de la Serna.

Cuando Mantovani informó del casamiento celebrado en el Ayuntamiento de San Lorenzo de El Escorial, los agentes soviéticos le ordenaron que, por todos los medios, se hiciera con una copia del certificado de matrimonio, o, cuando menos, transcribiera todos los datos que figuraran en aquel documento. Era la ocasión de conocer la verdadera filiación de los cónyuges y también la identidad de los testigos.

Mantovani y los demás agentes estaban sorprendidos de que Skorzeny hubiera podido vivir en España, durante cuatro años con la condesa Ilse von Finckenstein, como si de un verdadero matrimonio se tratara. En ese tiempo, ambos se habían hospedado en decenas de hoteles sin que les pidieran el libro de familia, documento que a cualquier pareja española se le requería al tomar una habitación. Parecía como si ser extranjero en España fuera, por sí mismo, un salvoconducto que levantase las barreras burocráticas más cotidianas.

A los pocos días, Mantovani acudió al Ayuntamiento de San Lorenzo donde se custodiaba el registro civil. La información que iba a requerir no podía ser entregada a cualquier interesado, porque los documentos relativos al estado civil solo pueden ser solicitados por un familiar muy directo. Sin embargo, un hombre tosco como Mantovani había aprendido a esgrimir el arma del dinero; varios billetes de cien pesetas asomados debajo de la instancia acompañados de una sutil súplica podían tener su efecto.

—Es para mi tía, su primera mujer. Es preciso por determinados asuntos legales en Alemania tener la certeza de su matrimonio —mintió Mantovani, en una de sus mejores interpretaciones. De esta manera, y con menor dificultad de la que había previsto, se hizo con la certificación de matrimonio de Otto Skorzeny y de su mujer Ilse.

Mantovani no quiso leer aquel documento hasta que no se encontró a solas en su habitación. Y no fue él quien percibió los verdaderos detalles de aquel contrato matrimonial que los agentes soviéticos calificaron como de un auténtico fraude. Ni el nombre de Skorzeny, ni el de Ilse, como tampoco su matrimonio, se correspondían con los reales. ¿Qué validez podía tener un matrimonio celebrado entre personas que comparecían sin sus verdaderos nombres? Los soviéticos vieron quizá ahí un punto débil de su enemigo para poder extorsionarle, si no fuera porque tenían la definitiva intención de eliminarle.

Skorzeny se había añadido un segundo apellido, que era el que venía utilizando en muchos documentos, de forma que pasó a ser en aquel acto Otto Skorzeny Steinbauer; su mujer se castellanizó el nombre figurando como Ilsa Francisca Lüthje. A su vez, para poder contraer matrimonio, ambos manifestaron ser residentes en aquel municipio de San Lorenzo de El Escorial, en la calle Concha Espina 1 — nombre de la madre del testigo, amigo y padrino de Skorzeny en España, el periodista Víctor de la Serna Espina—. Aquella dirección se correspondía con la de su finca familiar en la falda del monte de Abantos. En los demás datos no mintieron: «Don Otto Skorzeny Steinbauer, natural de Viena (Austria) y de dicha nacionalidad, nacido el 12 de junio de 1908, hijo de Anton y de Flora, de profesión ingeniero, de estado soltero...» —en realidad era divorciado—; de ella se decía expresamente la edad: «Doña Ilsa Francisca Lüthje, de treinta y seis años, natural de Kiel (Alemania) y de dicha nacionalidad...». La certificación que expidió el alcalde de San Lorenzo de El Escorial podría también considerarse nula al certificar que «don Rolf-Otto Skorzeny Steinbauer» tenía su residencia en aquella población, en la dirección indicada, desde hacía más de dos años.

Cuando el matrimonio Skorzeny regresó de su luna de miel, Dino Mantovani supo que tenía poco tiempo para darles la bienvenida. Tenía con él su apreciada Beretta con silenciador, que limpiaba y repasaba cada noche en su habitación. El lugar elegido para el asalto era la propia calle de Castellón de la Plana y la única dificultad que se le planteaba era encontrar la noche idónea en que su objetivo volviera solo a casa sin testigos. De todas formas, algo que podía resultar, en apariencia, tan sencillo se iría complicando cada noche por los continuos viajes y compromisos de Skorzeny. Era más fácil prever a qué hora salía de su casa que calcular su regreso: muchos días no volvía a la oficina después de la comida, o salía desde esta hacia un cóctel, una reunión o una cena. Otras veces, su rutina se veía interrumpida por alguno de sus frecuentes viajes.

Mantovani se fue sumiendo en un estado de melancolía que no sabía a qué atribuir. Un mes de marzo apacible se había desembarazado ya del invierno, los días crecían en luz y menguaban las horas en que podía dar el golpe. Súbitamente empezó a recordar a Tessa, y se preguntó cómo no había aprovechado aquellos meses en los

que convivió con ella en Madrid para haberla conquistado. Entonces los dos eran dos militantes del partido cuya vida estaba enajenada y al servicio de la causa comunista, eran dos monjes cuyo voto de obediencia arrastraba a una vida sin compromisos, sin desvíos ni excursiones fuera de la obligación. Los dos habían asumido que su papel era la farsa de un matrimonio y era solamente eso lo que debían representar, sin atreverse a convertirse en un matrimonio de verdad, sin que ninguno pudiera aprovecharse de la situación. Quizá fuera Tessa la más decidida en mantenerse distante, como si nunca pudiera llegar a enamorarse de un forzudo, de un sicario. Eran los intelectuales los que gozaban de prestigio y encanto entre los comunistas, Mantovani no era más que un peón de la pistola.

Estas certezas fueron acechando en la voluntad del italiano. En la soledad de su escondite, en su despejada rutina de observación y espera, fue asumiendo un cierto sentimiento de fracaso, como si jamás pudiera llegar a formar parte de un grupo reconocido de antiguos partisanos. Otros ya estaban recogiendo sus frutos alcanzando puestos en la política y el partido, él no podía aspirar nada más que a un sueldo.

Una noche decidió que podía permitirse el lujo de ser el hombre de negocios que tenía que representar. Sin tener la convicción de lo que de verdad deseaba, se arregló para ir a cenar a un buen restaurante, sabía que quería beber algo y también alternar. La cosa terminó mal porque gastó y disfrutó más de la cuenta. Pasó por bares como Chicote y salas de fiestas como Morocco; se emborrachó y acabó la noche sin un duro en el bolsillo; los últimos los gastó en una casa de citas de la calle Segovia. El día siguiente lo perdió en la cama sumido en una resaca a la que no estaba acostumbrado y la comezón de los primeros remordimientos. A los dos o tres días comenzó a tener otra impresión y perspectiva sobre lo que había hecho. La proximidad al bello sexo y las horas pasadas entre mujeres a las que casi no tenía que engañar porque su curiosidad era pícara y desengañada, le parecieron una distracción legítima, el descanso del guerrero al que los puritanos comunistas consideraban como la representación del vicio capitalista.

El emplazamiento de su pensión en la calle Leganitos era comprometido para una voluntad que empezaba a flaquear. Tan solo tenía que dar dos pasos para comenzar un recorrido que le llevaba por Morocco, Pasapoga, Chicote... Todo un mundo de tentaciones estaba al alcance de la mano. A los tres días, Dino Mantovani volvió tras sus pasos en la noche buscando mujeres que no pedían más que ser invitadas a una consumición y que estaban siempre disponibles a cambio de algún dinero. Y otra vez volvió la resaca y, tras ella, los remordimientos y el propósito de enmienda. El ciclo se fue acortando, de forma que terminó alternando cada dos días. Sin darse cuenta estaba desistiendo de su obligación, se conformaba con hacer una espera cada dos tardes con la pistola dispuesta.

Mantovani no podía evitar los gestos de complicidad de la patrona, la señora María, una andaluza que debía haber sido una mujer muy guapa, de rasgos morenos y

pícaros, con una sonrisa tan expresiva como entrañable. En el fondo, estaba agradecida por tener a un huésped tan buen pagador.

—Debe usted cuidarse. A esas horas de la noche no va usted a conocer a ninguna señorita que merezca la pena —le regañó la señora, haciéndole entrega de un sobre que contenía un telegrama—. Espero que no sea nada grave.

Él lo cogió con cierta preocupación y se marchó a su cuarto. El telegrama decía: «Dirección comercial espera informe resultados. Firmado: Fosse Ard».

Mantovani supo que sus jefes estaban defraudados porque no había conseguido alcanzar el objetivo señalado y le inquietó pensar que quizá algún agente español podía estar informando de la clase de vida que llevaba últimamente. Pero apreció que la firma no era más que una señal de que debía acordarse de sus hermanos judíos y partisanos ejecutados en las Fosas Ardeatinas de Roma. Era como si supieran que el nervio comunista podía ya desfallecer y acudían a él con un último intento de animarle hacia su empresa criminal, a falta de la motivación ideológica. Era bastante reproche aquel telegrama, aunque contenía en la firma una suerte de espaldarazo, como queriendo decir que era lo último que se le pedía.

A Mantovani aquella apelación a su condición de judío le parecía redundante e innecesaria. Siempre había pensado que, dado que no era persona religiosa, no tenía sentido invocar a su judaísmo. Como si los verdaderos comunistas pudieran pensar que su antifascismo militante no provenía tanto de su ferviente marxismo sino por ser judío, y que este sería el verdadero motivo por el que quisiera ejercer su personal venganza.

Lejos de aclarar su voluntad, Dino Mantovani se mantuvo sujeto a una rutina que no era más que una pérdida de tiempo sistemática, hasta que a las dos semanas recibió la visita de un hombre que le esperaba a la salida de la pensión y que le abordó en plena calle.

—Me envía el camarada Belovski, ¿podemos tomar algo en el café Varela? —indicó, tomándole levemente del brazo y señalando el final de la calle Leganitos y el comienzo de la plaza de Santo Domingo. Mantovani se sintió algo amenazado por la autoridad con la que aquel hombre, de acento y aspecto español, había procedido.

Cuando estuvieron acomodados y con una mesa en medio, el supuesto camarada eludió identificarse y pasó de inmediato a exponer lo que le había llevado hasta su encuentro. Sonaba en el local un bolero, la música, aderezada por unas trompetas y unos timbales, salía de una vieja radio. Un camarero de aspecto cubano daba al local un ambiente completamente tropical. A Mantovani le pareció aquella una situación curiosa.

—Me han pedido que te diga que dispones de dos semanas. Si no eres capaz de terminar la misión, mandarán a otro. Eso es todo —dijo severamente el agente español.

Mantovani permaneció en silencio tratando de encontrar una respuesta. En su lugar no fue capaz más que de formular una pregunta:

—¿Me han estado siguiendo? ¿No se fían de mí?

—La única consigna que me han dado para ti es esta.

—Aquí lo fácil es pegar un tiro, lo difícil es que no te atrapen —se justificó Mantovani—. ¿Por qué no te dicen dónde quieren que lo haga? Para mí que solo hay un sitio, y si voy cada día a esperarle allí me fichan.

Todas aquellas palabras parecían caer en saco roto y ser del todo inútiles. Al cabo de unos breves minutos en los que la conversación se estancó, la reunión se disolvió tan fríamente como había comenzado. Mantovani regresó a su habitación, se tumbó sobre la cama fijando la vista en el globo de cristal de la lámpara y en los reflejos que proyectaba sobre el techo al rebotar la luz. Solo así fue capaz de poner en orden sus pensamientos.

Por aquellas fechas Skorzeny solía acudir al hotel Savoy, al comienzo de la calle Goya. Ilse se había tenido que marchar a Alemania, por lo que le escribía largas notas pidiendo al camarero lo que antiguamente se llamaba recado de escribir. Así, provisto de papel con el membrete del propio hotel, consignaba siempre la fecha en el margen superior derecho, y hasta la hora y el minuto en que comenzaba a escribir. Porque no era infrecuente que redactara más de una de aquellas cartas en un solo día. Alguien podría pensar que aquella costumbre era la del marido recién casado que escribe a su mujer algunos mensajes de amor. De todas formas, no había apenas ternura en todo aquello. De hecho, lo más sorprendente para los que alguna vez pudieron leer alguna de aquellas misivas era que allí no había ningún otro comentario que no fuera el de dar cuenta de sus negocios. Le podía comentar la reunión mantenida con tal persona, o hablarle del importe del pedido de acero que pensaba conseguir; de si le habían reconocido una comisión del 3,5 por ciento pero que tendría que compartir con otro comisionista; de las empresas que enunciaba en letras mayúsculas, ELCANO, BAZÁN, RENFE, PEGASO, SEIDA, KRUPP..., ya fueran estas españolas o alemanas.

¿Cuál era el motivo de que el marido escribiera a su mujer tan detalladas cartas sobre el curso diario de sus negocios? Ilse parecía atender paciente a toda aquella prolífica relación y se conformaba con el cariñoso saludo de: «Mi más querido tesoro» y algunas frases sucintas de cariñosa despedida o esporádicos guiños sobre su vida en común. El carácter de Ilse nada tenía que ver con el de su marido. Mientras que él era una energía volcada hacia sus proyectos y no dejaba un solo día de llamar, escribir o reunirse con todo aquel que pudiera ser útil para sus propósitos, Ilse era la mujer dulce y paciente, un regalo de comprensión para el guerrero. Porque Skorzeny afrontaba los negocios con el mismo desparpajo y entusiasmo que sus pasadas operaciones militares. Pero a la necesidad que podía sentir de ordenar sus ideas y de tener a su mujer como *sparring* de sus negocios, parecía acompañarle otra menos aparente y justificada: Skorzeny quería que su mujer tuviera constancia de todos los



proyectos, cuentas, negocios y contratos que tenía en curso, de forma que si a él le pasaba algo, su mujer pudiera recoger los frutos de sus éxitos. En esto —como en su sentido de la economía— no dejaba de cumplir con un mandato ineludible del carácter alemán.

Ilse vivía enamorada de aquella alegría y desenfado, de aquel torrente de vida que tenía amigos y admiradores por todo el mundo. Con lo que la esencia suya —la de una mujer que había sido aristócrata, musa y no solo adorno de la alta sociedad europea— encontraba un cómodo y muy atractivo estilo de vida. La magnífica casa de la calle de Castellón de la Plana, los veranos en Mallorca y sus continuos viajes a Alemania o a los Estados Unidos para encontrarse con sus padres o hermana eran lujos con los que ningún alemán podía haber contado tan solo unos años antes, en el desgraciado final de la guerra y el penoso periodo que le sucedió.

La encerrona en el café Varela había dejado a Mantovani ante la tesitura de tener que cumplir la misión de matar a Skorzeny en un plazo tan perentorio como el de dos semanas. Lo que era tanto como decir: o lo haces ya o te licenciamos de esta tarea. Claro que esa licencia tendría un coste: pasaría a perder todo sueldo y quedaría siempre señalado con el estigma de haber sido un libertino y pusilánime que no quiso, si quiera, intentar el atentado. Pero aquello no era algo que le fuera a preocupar verdaderamente, aunque le entristeciera saber que todos los años de lucha quedarían sin ninguna recompensa. Ser comunista significaba participar de aquella suerte de religión que conllevaba una obediencia ciega. La caída en desgracia se hacía sin cartas ni documentos de por medio.

Pesaba aún más sobre la conciencia de Dino Mantovani la palabra y consigna final de aquel telegrama recibido en su pensión, y no tanto aquella torpe aproximación del comunista español. «Fosse Ardeatine» era un recordatorio demasiado elocuente. Algo así como decirle: ya no esperamos que lo hagas por tu adhesión inquebrantable al partido, pero hazlo al menos por honor y respeto a tu raza y religión judía. Mantovani no era proclive a las grandes disquisiciones, le gustaba obedecer como soldado y como tal se había comportado en la resistencia y en las acciones llevadas a cabo también en la Francia de la primera posguerra, pero por alguna razón había ido perdiendo su afinidad y su entusiasmo por aquella lucha sin uniforme, sin reconocimientos y sin gratitud.

Aquella exigencia permanente a quien lo daba todo por un ideal y sacrificaba una carrera profesional y poder formar una familia le empezaba a resultar fastidiosa, aun cuando no hubiera sido capaz de reconocerlo, ni siquiera de planteárselo. Pero su huida hacia los encantos de la noche, entre los que se encontraba felizmente recogido y a salvo, era un síntoma extraño. Él nunca había participado de las juergas de los soldados, del abuso de la bebida y el tabaco, de la vida golfa, en suma. Y, sin embargo, ahora se encontraba a gusto en Madrid como libertino. Pero cada vez que se

acordaba de Skorzeny y de su obligación se sentía decepcionado consigo mismo y triste. «Será mejor que acabe de una vez. Me lanzo hacia él como sea y terminamos la historia». Pero este propósito se aflojaba bien pronto cuando pensaba en lo fácil que resultaría a los agentes de la DGS identificar el coche que venía aparcando en la calle de Castellón. Su aproximación a Skorzeny debía ser a pie, aunque huir a paso ligero o a la carrera por calles tan despejadas lo pusieran en peligro. Debía asumir ese riesgo, solo así podía salir del paso. O ejecutaba la misión o desertaba, nada más podía hacer. No obstante, la consecuencia de la desertión para Moscú era solo una: la condena a muerte del agente traidor. El cumplimiento con la obligación asumida no le dejaba tampoco más que ante otra apuesta de todo o nada; o salía impunemente de España o, en el mejor de los casos, caería preso de por vida en las cárceles españolas. Tenía quince días según le había dicho aquel fante de héroe. ¿Qué autoridad podía tener sobre él cualquier comunista español?

El último jueves de marzo de 1954, un Mantovani desesperado siguió los pasos de Skorzeny desde la calle Montera hasta su casa. Ya era de noche y sabía que no tendría muchas más oportunidades. Cuando adivinó hacia dónde dirigía Skorzeny su coche, ordenó al taxista que se diera toda la prisa del mundo para dejarle en la esquina de la calle Serrano con Oquendo. Quería así adelantarse a su presa y que el taxista continuara circulando por Serrano perdiéndole de vista y sin que pudiera saber hacia dónde iba. Sabía que llegaba a tiempo y confiaba en que Skorzeny quisiera guardar el coche en su garaje particular, para lo que debía apearse del mismo, abrir la puerta de la cochera y volverse a subir al volante para introducir el vehículo. Solo así tendría alguna oportunidad. Y era también consciente de que tenía que darse prisa en sacar el silenciador del bolsillo derecho de la chaqueta y enroscarlo en la pistola que llevaba sujeta por el cinturón, en la espalda, dentro del pantalón. Se notaba ligero y hasta con ganas de correr, con una sensación parecida a la exaltación que había sentido desde niño, tantas veces, antes de jugar un partido de fútbol. Recordaba esa excitación desde entonces y la siguió disfrutando cuando aprendió a poner bombas en las vías de tren o tendiendo cables que cruzaban la carretera para eliminar a algún motorista alemán, o cuando abrían fuego sobre los vehículos que caían en sus emboscadas. Al final, todo era lo mismo: era el fervor y el deseo que podía sentir un cazador, un hombre cualquiera en la lucha por la supervivencia y ante la proximidad del peligro.

Cuando vio acercarse a Skorzeny al volante, Mantovani giró sobre sus pasos simulando que estaba encendiendo un pitillo, pero no pudo evitar que el austriaco moviera la cabeza para mirarle. Resultaba imposible que con la escasa luz de la calle y con la distancia de aquellos cuarenta metros le hubiera podido reconocer. Pero nada podía evitar que Skorzeny pudiera sentirse alertado por la presencia de un hombre joven y solitario en la proximidad de su vivienda.

En cuanto el coche se acercó a la casa, Mantovani recuperó el paso y en unas décimas de segundo enroscó el silenciador, cargó el arma y comprobó que el seguro

estaba puesto. Metió la pistola dentro del cinturón, sobre la camisa y se abrochó la americana. El silenciador le molestaba en la pierna izquierda al caminar, pero era solo cuestión de unos pasos; si tuviera que correr, el arma se le caería. «Cuando escape, desenrosco el silenciador. Ya tiraré el arma al río por la noche», pensó mientras avanzaba.

No había nadie más en la calle, ningún vehículo circulaba. Cuando se suponía que Skorzeny detendría el coche en la puerta de su garaje particular y se apearía para abrir el portón, algo inesperado sucedió: el auto rebasó su puerta y se colocó justo enfrente del portal. Skorzeny se bajó del vehículo y, sin echarle siquiera la llave, se dirigió hacia el portal. No miró a los lados, tampoco se apuró. ¿Se habría dado cuenta del peligro de aquel merodeador? ¿O simplemente necesitaba dejarlo allí preparado para cuando saliera con su mujer a cenar? Cuando Mantovani alcanzó el portal, el austriaco ya se había metido dentro del edificio, por lo que tuvo que pasar de largo.

En un segundo supo que toda su vida anterior, sus más de diez años en la lucha clandestina, habían terminado. También sabía que de haber metido el austriaco el coche en su sitio, él hubiera podido entrar en la cochera y, sin apenas dificultad, habría disparado tres tiros secos. El sonido sería amortiguado por el silenciador y nadie se habría dado cuenta de que en aquella casa había sido ejecutado uno de los mayores reclamos del nazismo.

Mantovani bajó por la calle Velázquez repasando las posibilidades de volverlo a intentar. Pero conforme avanzaba solo sentía rabia y repugnancia por aquellos jefes en la sombra que no sabían más que exigir y amenazar a sus soldados. Necesitaba caminar como desahogo inmediato a la tensión sufrida; su ansia de liberación era también ánimo de confundirse con gentes extrañas, comenzar una vida cualquiera, por discreta que fuera, y abandonarse a la tarea que cada día impusiera. Recordaba todos los impedimentos que el partido le había impuesto desde sus primeros tiempos, cómo habían sido capaces de vetar algunos trabajos más llevaderos para los que él mismo se había ofrecido. Hasta le habían impedido llegar a formar sociedad con sus hermanos en el modesto negocio familiar que habían heredado. Todos aquellos mandamientos, propios de una secta, le resultaban ya insufribles y, pese a todo, sentía que de aquella desafección el único beneficiado sería un criminal de las SS como Otto Skorzeny. Estaba dispuesto a dejarlo todo, a desaparecer con una sola nota a su jefe, y lamentaba que el trabajo se quedara tan a medias.

Cuando llegó a la altura de la terraza del bar El Águila, donde un buen puñado de jóvenes y gentes de su edad disfrutaban del comienzo de la noche entre cañas y sonrisas, decidió entrar y tomarse una jarra fría de cerveza. Tenía el gatzate seco y necesitaba algún estimulante. Se acodó en la barra, en un último hueco que quedaba libre. Aunque su primera intención era la de apoyar el brazo relajadamente, advirtió que el mostrador estaba empapado de los posos de otras cervezas anteriores, así que

tuvo que conformarse con colocarse en el extremo. Tuvo que porfiar para poder pedir la cerveza entre gritos, pero disfrutó de aquella alegre algarabía que le hacía sentirse un hombre más entre todos los que allí estaban reunidos, sin preocupaciones, sin grandes teorías en la cabeza que hubiera que hacer triunfar por las armas, sin obligaciones transcendentales ni pleitos a vida o muerte. Dino Mantovani vislumbró, con entera claridad, en aquella reunión festiva de gentes anónimas que se apelmazaban en un bar para disfrutar de la compañía, que quería ser uno más y que, para ello, abandonaría sin mucho procedimiento toda su militancia comunista. Antes de tener que tomar la decisión drástica de emigrar, tendría tiempo para seguir hundiendo su reputación así como cualquier posibilidad de recomponer su misión. Aquella noche de frustración y ruptura se conformó con una jarra de cerveza, que, quizá por haberla apurado en pocos tragos, no le sentó demasiado bien. Pronto sintió un vacío en el estómago y cierta flojera en las piernas, como si el cansancio le hubiera llegado de golpe una vez que la adrenalina del asalto hubo desaparecido.

Pero en la tarde del día siguiente —la mañana la había consumido en la habitación tratando de ordenar algunos papeles e ideas—, se dispuso a darse un buen baño, afeitarse y acicalarse como si tuviera una cita amorosa; o como si quisiera despedirse de Madrid y de sus discretas conquistas. A decir verdad, simplemente planeaba hacer la ronda de las salas de fiesta: J'Hay, Morocco, Palmeras, Conga... todas ellas sugerencias exóticas, salas de baile con una y dos orquestas y amplio espectáculo de variedades. Aunque no sabía a ciencia cierta dónde iba a ir, se preparó con parsimonia.

Cuando estaba terminando de abrocharse la camisa blanca, echó un vistazo sobre la cómoda donde solía dejar la cartera, el pasaporte, las monedas y billetes que llevaba siempre en un bolsillo del pantalón. Al coger el dinero para guardarlo pensó que podía ser un cabo suelto en su afán de deserción. No le preocupaba el que pensaba gastar esa noche, y aún las siguientes, pero sí el que tenía guardado en una caja de seguridad del Banco Central de la calle Alcalá. «Ya se me ocurrirá algo», se dijo, aparcando el problema de cómo rendiría cuentas a sus superiores de los servicios prestados y del dinero gastado.

Mantovani inició su periplo con la mejor disposición y deseoso de olvidar sus cuitas con el agente comunista de lo que, en adelante, se llamaría KGB, y de quien indirectamente recibía las órdenes. Esta vez supo beber despacio, con la intención de no precipitar los efectos de la bebida. Recaló en un local nuevo en el que había un ambiente de incierto bullicio que él no supo si atribuir a un grupo de jóvenes estudiantes o a una espontánea alegría. A diferencia de otras salas de fiestas, en esta se le ofreció de inmediato un acompañamiento profesional. Sin embargo, no era aquella mujer el entretenimiento que él estaba buscando. Muy al contrario, prefería quedarse solo y seguir disfrutando de la noche, pues ya sabía dónde encontrar algunas compañías de pago más estimulantes.

Pero cualquier hombre joven y de buena presencia que estuviera solo y que se hubiera pedido su buen *whisky* con soda, como él, se convertía en un atractivo obligado para una mujer de la vida. La segunda postulante le resultó más desagradable aún, porque, aunque era joven y voluntariosa, tenía una tez muy pálida, enfermiza, y una boca muy fea. Quizá fuera esa sucesión de desencuentros, o que tan solo quería seguir deleitándose con la magnífica música de la orquesta, el resultado fue que se impacientó hasta el punto de sentir un abierto desasosiego.

Entonces se abrió el turno de los bailes y, con dos vasos largos de *scotch* en el cuerpo, se atrevió a solicitar el permiso para bailar a una joven que se encontraba sentada en una mesa grande, en compañía de otras chicas y algunos estudiantes. Nada más formular su petición recibió la mirada retadora de dos de esos hombres.

—No seas torpe, hombre, ¿no ves que la señorita está acompañada? —le dijo uno de ellos.

Pesaba sobre Mantovani mucha ingratitud y alguna desesperanza. No era aquel el mejor momento para recibir una recriminación así, en forma de insulto. Y a pesar de estar acostumbrado a guardar las formas y procurar la discreción, se sorprendió a sí mismo con una amarga respuesta:

—¿Qué me ha llamado usted? —dijo desafiante.

—Pues lo que hay que llamar a los que meten la pata, a los patosos... —No pudo terminar aquella frase que había ido pronunciando castizamente, subiendo el tono y silabeando, Mantovani le sacudió un *crochet* con la zurda que cogió a su oponente totalmente desprevenido. Lo dejó K.O. de forma fulminante. Los otros dos hombres de aquel grupo quisieron saltar sobre el italiano pero vacilaron. Esta circunstancia la aprovechó Mantovani, quien hasta había previsto la secuencia de golpes que habría de administrar en su determinación de seguir sacudiendo siempre el primero. Bastó con soltar el puño derecho en un gancho sobre el estómago de uno para sentarlo de nuevo en su sitio. El tercero desistió del intento de acercarse en cuanto vio cómo se movía Mantovani, que hasta mantenía la guardia alta con la mano izquierda.

Hubiera preferido que no se hubiera producido aquella escena, pero «Al menos me hice respetar», pensó. Los camareros trataron de tranquilizar a aquella fiera y el *maître* le invitó a salir del local dispensándole de pagar las dos consumiciones que se había bebido y la tercera que le acababan de servir.

No obstante, el altercado llegó hasta la calle, donde un policía de paisano le pidió que se identificara. Al comprobar que era un ciudadano extranjero le hizo las preguntas obligadas: «¿Dónde se hospeda?», «¿Cuál es su ocupación?», «¿Hasta cuándo piensa estar en España?». Quedó advertido de que debía comportarse bien en los días que le restaban en Madrid, y de que un agente se pasaría por la pensión de la calle Leganitos para comprobar que todo lo que le había dicho se correspondía con la realidad. Un desenlace así solo fue posible por los buenos oficios del responsable del local que trató de evitar que aquello trascendiera en denuncias o mayores jaleos.

Mantovani supo que desde aquella misma noche había quedado señalado y que estaba ya vigilado durante los días que permaneciera en la capital. Ni siquiera tuvo que esperar para confirmar los preparativos de Skorzeny para iniciar uno de sus viajes a Buenos Aires para negociar con el régimen de Juan Domingo Perón algunos de sus nuevos negocios con la compañía Krupp. A los dos días quiso poner fin a un viaje que le parecía desafortunado, pero que le había proporcionado fuerzas y razones suficientes para abandonar la religión del comunismo de la que había sido tan ferviente devoto.

Una vez de vuelta en Italia, Mantovani buscó en Bolonia a su enlace, un periodista a quien llamaban el Cardenal, por el respeto que infundía y el poder que representaba. Mantovani sabía, no obstante, que no era él quien daba las órdenes. Se acercó a su casa sin invitación alguna, por lo que el periodista se sintió algo intimidado. De hecho, dudó a la hora de abrir la puerta de un segundo piso en un céntrico *palazzo* decadente y sucio, pero del gusto del ambiente universitario. Finalmente dejó pasar a quien decía ser Mantovani.

—Aquí traigo el dinero que ha sobrado. La pistola se ha quedado en España, no me podía arriesgar a traerla —dijo Mantovani, sin tiempo siquiera para saludar con templanza.

—¿Cómo se te ha ocurrido presentarte aquí, sin más? Que sea la última vez —le advirtió gravemente el Cardenal.

—Es que esta es la última vez que tengo la intención de que hablemos. Lo dejo todo. Estoy cansado.

—¿Cómo dices? ¿De qué estás hablando?

—¡Que os dejo! ¡Que os olvidéis de mí! —exclamó Mantovani.

—Todo eso que dices es comprensible, pero no debes tomar ninguna decisión todavía. Además, no te corresponde a ti hacerlo. Debes informar cuando seas citado y de la forma en que se te diga. —Antes de que el Cardenal pudiera continuar, Mantovani se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta—. ¿Qué haces tú, loco? ¿Te crees que puedes venir y marcharte cuando te dé la gana? —le gritó el Cardenal.

—Está bien, falta una sola cosa —contestó con aire amenazante Mantovani—. Yo he cumplido. No ha sido posible liquidar a Skorzeny, pero he dado doce años de mi vida al partido, no me pueden pedir más. ¿Qué querían, que matara a Skorzeny y que después tratara en vano de escapar? El partido sabe perfectamente lo difícil que es dar un golpe en España y salir tan fresco. No lo ha hecho nadie todavía, luego no debe de ser nada fácil. ¿Cuántos trabajos se han hecho en España? Dime el nombre de algún pez gordo al que hayan liquidado.

—Nadie te está reprochando nada, Dino. Comprenderás que estas no son formas de dar unas mínimas explicaciones —intentó conciliar el periodista, invitándole con un brazo a que pasara hasta el salón de la casa.

—¡Pero si ya lo sabéis todo de mí! Me habéis estado siguiendo y hasta me habéis amenazado mediante telegramas y hasta mandándome un sicario español. ¡No aguanto más! —exclamó Mantovani, renunciando a pasar dentro del apartamento.

—Que yo sepa, tampoco se te ha amenazado. Pero ya sabes que las misiones no se dejan al arbitrio de una única persona.

—Solamente te digo una cosa, Cardenal. No voy a rendir cuentas a nadie, me estoy despidiendo para siempre y eres tú quien me hizo el encargo y quien me dio las órdenes, el único al que debo cuentas. Pues ya te las estoy dando. —En ese momento, Mantovani tomó algo de aire como para pensar una última frase que sirviera para poner punto y final—: Pueden venir a por mí si quieren, pero yo no respondo. Si no aciertan a la primera, soy capaz de llevarme por delante al primero que alcance: a ti, a Togliatti o al papa, me da igual. Os reconozco la mayor de las destrezas en sacar lo peor de cada individuo, lo malo es que se vuelva en vuestra contra.

Mantovani se lanzó hacia la puerta y dio un portazo que tenía más de nerviosismo y ansia por salir a la calle que de gesto de destemplanza o ira. Giró ligeramente la cabeza para comprobar que el Cardenal no le seguía y cuando dobló la esquina inició una loca carrera por las calles del centro de Bolonia.

Como en la tarde en que fracasó en su último intento de matar a Skorzeny, sentía un deseo vehemente de correr y llenar el pecho de aire fresco. También así sabía que conseguía perderse. Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza sin ser capaz de poner orden: «He hecho bien. Más no estoy dispuesto a hacer. Si me quedo en el apartamento, el tipo es capaz de cepillarme y llamar a dos peones para que se deshagan de mi cuerpo. Este cabrón ya está llamando para iniciar mi caza. No puedo ir a la estación, allí colocarán enseguida a alguien».

Mantovani tomó un taxi que le alejó de Bolonia hasta Castelfranco. «Es curioso que solamente he sentido el peligro ahora», pensó una vez dentro del coche. Metió la mano en los bolsillos para confirmar que había entregado el sobre con el dinero, pero se encontró con que el sobre seguía allí, en el bolsillo derecho de su americana. «No voy a volver a entregárselo, sería tanto como ir a entregar mi vida... Quizá ellos crean que al haberme olvidado de entregar el dinero regresaré. Pues están listos. Y ha sido culpa del Cardenal, que no ha estado espabilado para coger el sobre cuando se inició la discusión... Bueno, no es más que un pobre finiquito para una vida entregada a la causa, por haber renunciado a tener una vida».

El taxi estaba atravesando una calle que parecía hacer frontera con las nuevas viviendas obreras. Mantovani miró hacia atrás, comprobando que los árboles de una pequeña alameda lucían las nuevas hojas de la primavera. En ese preciso instante se le pasó por el efervescente magín una idea peregrina: «Debo buscar acogida en alguna familia judía de Génova o Livorno». Ignoraba que aquel escondite entre los hermanos suyos sería la antesala a su salida definitiva para Israel.

## XII

### Un adelantado del Mossad

En el verano de 1960 el agente del Mossad Isaac Ben-Asser se encontraba en Roma aprovechando la ocasión que la celebración de los Juegos Olímpicos le propiciaba para moverse con entera libertad.

Antes de salir a cenar pasó por su hotel con intención de darse una ducha y ponerse, al menos, una camisa limpia. Sin embargo, nada más entrar en el portal de la Via Nazionale, la recepcionista le pasó una breve nota que decía: «Ha llamado el señor Orlandini, ruega que le devuelva la llamada». El aviso no podía ser más alarmante porque Ben-Asser sabía lo que quería decir: «Llame cuanto antes al Instituto, asunto de máxima urgencia». Actuó como se esperaba de un oficial del Ejército: dobló la nota y la metió en el bolsillo y salió de nuevo a la calle en busca de una discreta cabina de teléfonos desde donde llamar a Israel. Él sabía que el resultado de aquella llamada tan apurada no podría ser otro que el de presentarse de vuelta en el cuartel general del Mossad. A Ben-Asser le fastidió aquella interrupción de sus días romanos solo atormentados por el calor. Por otra parte, podría volver a estar un tiempo —nadie sabría decir cuánto— con su familia.

Otra llamada al aeropuerto le confirmó que hasta primera hora del día siguiente no tendría manera de conseguir un pasaje para el vuelo a Tel Aviv. Pensó que aún estaba a tiempo de regresar al hotel, tomarse la codiciada ducha y luego disfrutar de una terraza del Trastevere o del Testaccio.

Nada más salir de la cabina tropezó con un mendigo cetrino que le imploró con insistencia una limosna. Ben-Asser lo rechazó airado, farfullando unas palabras ininteligibles, algo así como que no tenía nada que darle. Solo en ese momento se dio cuenta de lo molesto que se encontraba. Se preguntó la razón por la que había contestado a aquel gitano con tan mal gesto y tuvo que reconocer que pagaba con este su contratiempo por el cambio de planes. «Un soldado no puede dejarse llevar por la apetencia», se dijo. Y se hizo el propósito de entonarse hasta la mejor disposición para afrontar el viaje de regreso y aquellas órdenes que le estaban esperando.

Por aquellos tiempos mandaba el Mossad Isser Halperin, más conocido como Isser Harel. Había sido un emigrante temprano a Palestina desde su Rusia natal apenas cumplidos los dieciocho años y se instaló —como tantos jóvenes idealistas de entonces— en un kibutz. La guerra mundial le llevó a formar parte de la fuerza de



defensa israelí Haganah y su principal preocupación ahora era capturar a los más grandes criminales nazis.

Uno de los pioneros del Ejército de Israel era también el superior de Ben-Asser, al que llamaban coronel Schujman. De aspecto bonachón, no muy alto, pero extraordinariamente fuerte, con la cabeza achatada a la manera de muchos eslavos, tenía los ojos azules de tono muy intenso y una escasa barba rojiza; las gafas terminaban de componer un rostro amable y despierto. Tendría unos pocos años más que Ben-Asser, algunos por encima de los sesenta. Estaba esperando algo inquieto en su despacho la llegada del único hombre en el que confiaba para dirigir la nueva operación. Mientras consultaba el reloj en su muñeca izquierda, con la mano derecha colocaba y volvía a colocar la carpeta que contenía los nombres, fotografías y expedientes de la misión. Cuando Ben-Asser entró en el despacho, Schujman se puso de pie y se acercó para saludarle con afecto. Volvió a su lado de la mesa. Realmente prefería aquella distancia de por medio, como si aquel despacho le permitiera conversar sin perder su posición de mando.

—Supongo que estarás sorprendido de que te hayamos hecho venir.

—Desde luego, justo cuando empezaban a interesarme los juegos —contestó divertido Ben-Asser—. Pero, bueno, me dije que algo importante tendría que ser.

—Tenemos aquí una carpeta que lleva mucho tiempo esperando —dijo Schujman, tomándola con la mano—. Como sabes, hace mucho tiempo que empezamos a enviar a nuestros hombres a España. Léon Degrelle, Skorzeny, Otto Remer, Gerhard Bremer, y otros jefes y oficiales de las SS viven allí plácidamente. ¿Hasta cuándo? ¿Se puede hacer algo al respecto? Bueno, estas son cuestiones que no nos corresponden. Pero antes de que se tome una decisión, necesitamos saber hasta qué punto existe una red nazi en la sombra en España. Me han pedido que asumas la tarea de investigación de Otto Skorzeny. De momento, bastará con que viajes hasta Madrid y puedas hacer un informe sobre sus hábitos, contactos, amigos, negocios..., en fin, nada del otro mundo.

»Nos interesa, sobre todo, su conexión con Egipto. Skorzeny es amigo del presidente Nasser y, como sabes, está contratando a muchos alemanes para impulsar a su ejército. Tenemos muchos nombres pero poco conocimiento de lo que están haciendo.

»Puedes tomarte unos días, pero la semana que viene te queremos en España. Allí estarás un par de meses, el tiempo que precises. A tu regreso, y a la vista del informe, se decidirá si se pone en marcha alguna operación.

Ben-Asser permaneció callado un momento, sin dar mayor importancia a aquel encargo, hasta que planteó su principal duda:

—Supongo que no se pretenderá hacer algo parecido a lo de Eichmann.

—¿Por qué lo dices? ¿Te preocupa eso? —preguntó el coronel, que sabía que la Operación Garibaldi, que había servido para secuestrar a Adolf Eichmann en

Argentina estaba demasiado reciente, había sido llevada a cabo tan solo hacía cuatro meses.

—En absoluto, yo cumplo con lo que se me pida. Pero tú sabes que no es lo mismo llevar ante los tribunales a un responsable directo de la Shoah, un hombre que estuvo en Wannsee y dio órdenes a su director, ese Höss..., que a un oficial de las SS absuelto en Núremberg.

—No creo que todo esto deba preocuparnos. Nosotros solamente tenemos que cumplir con lo que nos digan. Aquí tienes los datos que necesitas. Los billetes y demás reservas serán enviados a tu casa —concluyó Schujman—. Te ruego traslades mis saludos a Hilda —añadió cortés en referencia a la esposa de Ben-Asser. Aquellos dos viejos soldados se conocían desde que eran niños, cuando la idea de que Israel llegara a ser un Estado no era más que una lejana ilusión, huérfana de forma, ignorante de hasta qué punto la guerra sería su impulsor definitivo.

Ben-Asser llegó a Madrid en los primeros días del mes de septiembre. No era la primera vez que viajaba a España; este era un destino que le agradaba. Como por una antigua llamada de la sangre, se encontraba especialmente a gusto viajando y conviviendo entre españoles. Reconocía en muchos lugares, rostros, gestos y escenas, visiones que podían estar sucediendo en la lejana ciudad en la que nació, Salónica.

Viajaba con pasaporte francés a nombre de Thibaud Dumont, sin hacer uso de su nacionalidad israelí, y trataba de alojarse en hoteles distintos cada vez. Raramente repetía alguno de ellos. Esta vez se hospedó en el hotel Plaza del Edificio España, en la plaza que lleva el mismo nombre. Una construcción que, en cierto modo, puso fin al medio siglo que llevó levantar la Gran Vía.

En su primera mañana madrileña se encontró un tiempo plácido y luminoso. Un viento fresco parecía barrer cualquier atisbo de nube, y se ofrecía desde primera hora un lienzo azul celeste muy conmovedor y limpio. Desde el piso alto de su habitación, contemplaba la sierra del Guadarrama como si fuera el fondo de un precioso escenario; antes aún de las cumbres, un manto de encinas parecía tenderse hasta el borde mismo de la capital. Aquel paisaje le infundía entusiasmo y le pareció que le inspiraba nobles ideales. «Así debían de sentirse los castellanos que se hicieron a la conquista del Nuevo Mundo», pensó por un momento. Y se dio cuenta de que también aquel estado de ánimo le había abierto el apetito. Desayunó a la manera inglesa, con el síndrome de abastecimiento de un soldado que no sabe cuándo volverá a comer.

Montera no era todavía la calle de munición y canallesca en la que se convertiría a partir de los años setenta. El eje de la Gran Vía era el de una avenida elegante en el que los edificios monumentales construidos a principios del siglo xx disponían de algunos de los comercios más lujosos de la capital. Con todo, el edificio del número 25 de la calle Montera no dejaba de ser una digna pero modesta finca de oficinas. Ha

habido siempre algo de provisional y urgente en todos los negocios que se han establecido en pisos tan céntricos, a unos pasos tan solo de la Puerta del Sol, del kilómetro cero de todas las carreteras. Ya fueran peluquerías, academias de mecanografía, pensiones, agencias de viajes o empresas inmobiliarias; todo en este Madrid ha padecido ese carácter caduco: negocios que nacieron todos ellos con la fecha de su vencimiento, como letras de cambio, ilusiones de los hombres que no supieron escoger el lugar donde echar raíces o donde prendiera al menos el sueño de un negocio centenario, uno de esos negocios que se transmiten de padres a hijos. Y ese estigma de provisionalidad lo padecen incluso aquellas empresas que llevan allí setenta años.

En ese Madrid de paso había establecido Skorzeny su oficina de negocios definitiva, ya no volvería a tener otro despacho. El objeto de su actividad era más bien ambiguo; variaba entre la intermediación en negocios de importación y exportación, y la de captación de proyectos de ingeniería. Y todo indica que en algún momento su actividad llegó a ajustarse con este objeto oficial de aquella oficina, porque es cierto que aquel ingeniero austriaco, al que nadie veía como auténtico ingeniero, consiguió algunos encargos y casó algunas operaciones de eso que pomposamente se empezó a llamar entonces *import-export*. En realidad, Skorzeny seguiría haciendo valer una red de contactos de aquellos camaradas que tenían todo el ánimo de ayudarse y algunos medios para alcanzar una nueva vida de prosperidad. Había asimismo un elemento que servía para amalgamar los destinos de aquellos oficiales alemanes desde sus refugios, y este no era otro que la doctrina y propaganda surgida a partir de los juicios de Núremberg. Porque pesaba sobre los hombres que habían formado parte del auténtico nervio del Tercer Reich el sentimiento de que los aliados se habían excedido en su justicia, hasta el punto de que para ellos todo aquello no había sido más que un aparatoso ajuste de cuentas de los vencedores sobre ellos. Fuera o no así, poco importa para esta historia. Lo relevante es que ellos así lo sentían y que esta nostalgia por los días alemanes multiplicaba en ellos los deseos de hermandad entre los viejos camaradas. Este fue el comienzo, solo el comienzo, de las actividades de Skorzeny en aquellas oficinas de la calle Montera: el empeño en salir adelante apoyándose en los suyos. Ya vendrían después los días en que los servicios secretos encontrarán en él a un adiestrador de comandos.

Skorzeny era un hombre afable. Detrás de su perfil algo siniestro, surcado por cicatrices, detrás de esa imagen de tigre uniformado de oficial de la Waffen-SS y de su inmenso historial de jefe de los comandos de operaciones especiales, había un tipo grandullón y campechano. Su carácter abierto y desenfadado sorprendía a los que le trataban. Tenía una cierta llave de seguidor, esa que solo tienen los espíritus afectivos que son capaces de darle la vuelta al más enconado rival, al más arisco dependiente y hasta al funcionario más suspicaz. Además, demostraba siempre los

reflejos de los hombres simples que no elaboran teorías y tienden, por tanto, a pensar en categorías sencillas. En esa rapidez de palabra había desbordado siempre a los dubitativos. En esas condiciones de hombre audaz no acababan sus destrezas, pero las otras, las del valor y la inteligencia, eran de todos conocidas.

En aquellos años de vida en Madrid, Skorzeny solía acudir a una cafetería de la plaza del Carmen, justo en la espalda del edificio de su oficina de la calle Montera. Allí trabó amistad con Justo Bernal, un sastre que tenía su taller muy cerca, en la otra acera y que luego pasaría de amigo a ser también cliente. Era todavía un tiempo en el que casi todos los señores se encargaban trajes a medida. Los de confección no habían llegado nada más que a los primeros almacenes, por aquel entonces El Corte Inglés —cuya marca hacía referencia a un estilo de sastrería— y las galerías que tomaban el nombre de la calle próxima, Galerías Preciados. Dos negocios que venían de América, de la mano de dos visionarios indianos, Ramón Areces y Pepín Fernández. Pero aquellos no eran más que un anticipo de lo que sería muchos años más tarde: el imperio de las grandes superficies. Los pequeños todavía podían vivir.

Skorzeny no desdeñaba la buena vida, y parte de esta consistía en poder vestir como un señor. Bernal era un sastre muy respetado y con buena clientela, aunque no estuviera entre los más afamados. A Skorzeny tanto le daba acudir a uno como a otro sastre, y Bernal era, a fin de cuentas, su amigo. Hasta tal punto que quizá fuera con él con quien alcanzó a hacer sus mayores confianzas.

A diferencia de sus otros amigos oficiales, aquellos que presumían de su amistad con el héroe del Gran Sasso, y de aquellos que pretendían con él una fidelidad a la vieja causa, Justo Bernal no tenía la intención de compartir con él un cóctel de embajada o una comida en Horcher o en la Gran Peña, le bastaba con esa relación de diario, tan cotidiana y sencilla, que hasta no parecía una verdadera amistad. Y, sin embargo, esta clase de relaciones entre hombres que no se hacen competencia sirve para tender los hilos de la más honda comunicación. A veces era suficiente un café de media mañana, que se estiraba hasta los tres o cuatro cigarrillos, es decir, hasta una hora larga de conversación, y otras veces era una visita al propio taller de Bernal cuando más sosegadamente surgían las anécdotas del hombre de mundo y aventura.

La primera vez que Skorzeny acudió al taller de Bernal fue recibido por uno de sus empleados, que lo trató como a un cliente más y le pidió que tomara asiento en la sala principal mientras llamaba a su jefe. La natural curiosidad del niño grande que era Skorzeny le llevó a acercarse a la mesa antigua de roble sobre la que descansaban algunos rollos de tela. Se permitió disfrutar del tacto de lanas frías y las alpacas, y hasta se atrevió a descorder del todo la cortina de la ventana para poder apreciar con la luz natural las espigas, los puntos de perdiz, las rayas diplomáticas y todos aquellos repetidos alardes de la sastrería. En ese trato con la ilusión del nuevo traje estaba cuando entró Bernal, regañando a su empleado:

—Hombre, muy bonito, así que está aquí el señor Skorzeny y no se me dice nada más que ha venido un señor. Que sea la última vez. Que no se te olvide que este señor

es amigo, vecino y una personalidad.

—Bueno —contestó Skorzeny—, está bien ese orden, quedémonos con amigo y vecino. ¿Qué más se puede pedir? Cliente, eso es, y cliente a partir de ahora.

—No sabe cuánto me alegro, pero es hasta una responsabilidad —aclaró el sastre.

—Solo busco hacerme un traje de invierno, porque aunque queda aún verano por delante, tengo que viajar pronto por Europa, donde enseguida empieza el frío. Y a mí no me gusta llevar abrigo.

—La verdad sea dicha, yo prefiero siempre debutar con un cliente con un traje de invierno —contestó el sastre—. Es más fácil porque sientan mejor. Al tener las telas más cuerpo hacen menos arrugas, nada que ver con esos trajes de alpaca fina —explicó modestamente Bernal—. Pero bueno, con esa percha que tiene usted todos los trajes le quedan bien. A veces me vienen hombres así, esmirriados, sin hombros, y con ellos no hay manera de acertar. Aunque lleven el mejor traje dan ganas de darles limosna. ¡Qué tragedia! —dijo riéndose.

Aquella tarde el encargo quedó hecho y a los pocos días acudió Bernal a la oficina de Skorzeny con la intención de hacerle la prueba de aquel primer traje.

—¿Y no le gustaba más cómo le quedaba el uniforme? Un traje así es poca cosa, ¿verdad?

—Es cierto. Yo creo que me hice ingeniero por complacer a mi padre. Siempre me llevé muy bien con él, bueno, y con mi madre también. Y me estaba empezando a hacer camino como ingeniero cuando vino todo aquello del *Anschluss*... la unificación de Austria y Alemania; y luego al poco tiempo la guerra. Quise entrar en la Luftwaffe, pero dijeron que ya era mayor, así que me admitieron como oficial de la reserva de la primera división Leibstandarte —contestó Skorzeny que, para no asustar, omitió deliberadamente el nombre completo de aquella división: primera división Leibstandarte SS Adolf Hitler.

Desde su hotel de la plaza de España, Ben-Asser podía subir caminando hasta la calle Montera y comenzar el trabajo de campo al que venía obligado. Para su sorpresa, la primera vez que se acercó hasta allí acertó a ver Skorzeny cuando este bajaba hacia su portal, con un ligero traje de verano, un cigarrillo en su mano izquierda y el paso resuelto de quien se comportaba ya según el aire madrileño: entró en su negocio a la prudente hora de las diez y cuarto y saludó sonriente con un breve chascarrillo al portero de la finca.

Ben-Asser encontró un pequeño café desde el que poder hacer su espera de la mañana. Le sorprendió que a esas horas todos los bares y cafés del centro estuvieran tan concurridos. Daba la impresión de que aquellas gentes disfrutaban del encuentro con vecinos, amigos o compañeros de trabajo tras la vuelta de sus vacaciones. Las delicias que se ofrecían eran bien modestas, apenas unos churros y algunos bollos suizos, tipo *brioche*. Y le pareció que se despachaban casi tantos anises y orujos

como cafés, a pesar de que el público parecía de paso hacia sus trabajos o en un receso. Había hombres de muy distintas condiciones: muchos de ellos bien trajeados, y algunos otros, los más jóvenes, con una simple americana; pero también se encontraba algún obrero con su característico mono azul. Todos fumaban y reían o discutían con la misma facilidad. Una vez más, advirtió que solamente capitales muy meridionales, como Nápoles, Atenas o Estambul, podían ofrecer un espectáculo semejante. En ningún otro lugar de Europa se vivía con parecido desenfado. La atracción que sentía Ben-Asser por España se veía confirmada en el trato que venía recibiendo de todos los camareros o taxistas, pues a todos parecía agradar aquel acento extranjero que barajaba en la conversación arcaísmos que nadie podía identificar como herencia de su lengua de cuna, el ladino. Palabras que se le escapaban como «placiente» por agradable, «mancar» por echar en falta, o «gaceta» por periódico, unidas a un seseo que parecía propio de un extranjero que hubiera aprendido español en Cádiz o Málaga.

Apostado en aquel café de la calle Montera desde el que veía la entrada del edificio del número veinticinco, tuvo que dejar que transcurriera la mañana. En una pequeña libreta parecía tomar notas como el periodista o el poeta que encuentra en el café el abrigo y la concentración que no halla en su propia casa, o que necesita una atalaya desde la cual nutrirse de modelos y argumentos. Algo así de inofensivo podía parecer Ben-Asser, sentado detrás de su bloc y de un periódico en el que no podía hundir su curiosidad por miedo a que se le escapara su presa.

Poco después del mediodía, Skorzeny salió del portal para subirse al primero de los taxis que hacía parada en la esquina de la calle Jardines. Aunque Ben-Asser podía haber tomado el siguiente taxi y pedir que le siguiera, prefirió ser prudente. Los conductores de aquella parada podían ser muy asiduos y, por tanto, conocerse entre ellos e incluso tener trato con el propio Skorzeny.

Allí se acabó la primera jornada de seguimiento. Los siguientes días de aquella semana trajeron la frustración de la falta de resultados, una sequía que en el argot del Instituto se llama calma chicha. Skorzeny no volvió a aparecer por su despacho. A Ben-Asser no le quedó más remedio que intentar sonsacar información a algún vecino. En la primera planta del mismo número 25 había un cartel donde se anunciaba una agencia de viajes. Entró resuelto en el inmueble con la intención de fisgonear a su gusto. El portero le salió al encuentro, con un ánimo algo menos inquisidor que el de los porteros de aquella época, pero no dejó de preguntarle adónde se dirigía. De camino hacia las escaleras echó un rápido vistazo a los buzones, pero no pudo reparar lo suficiente. Una vez dentro de la agencia de viajes pensó que debería pedir información general sobre algún destino de vacaciones. Ben-Asser era ya un hombre maduro, con un físico discreto que no llamaba la atención, ni intimidaba. Lograba con facilidad la confianza de cualquiera siguiendo su vieja costumbre de dirigirse preferiblemente a las mujeres de mediana edad.

—Buenos días, mi esposa y yo quisiéramos ir de vacaciones a Mallorca. Le he dicho que vendría a pedir información. No tenemos mucha idea, llevamos poco tiempo en España. —Utilizando el viejo recurso de explotar la modestia, Ben-Asser se ponía en una posición en la que el interlocutor se encontraba inmediatamente impelido para ayudarlo.

—No se preocupe, enseguida le buscamos alguna oferta. Tenemos un hotel maravilloso en Palma, todos nuestros clientes vuelven encantados de allí —contestó con amabilidad una mujer algo gruesa, de su misma edad, que parecía conocer bien su trabajo—. Le advierto que esta es una época muy buena y con precios increíbles.

Ben-Asser había entrado con buen pie, de modo que estiró aquel cuento todo lo que pudo hasta poder hacer alguna pregunta que le sirviera de sondeo para su investigación.

—Lo de Mallorca es capricho de mi mujer. Si por mí fuera, yo no me iría de vacaciones, la verdad es que estoy muy a gusto en Madrid.

—Pues a mí me parece que tiene su mujer mucha razón. Todo el mundo vuelve encantado de la isla, así que debe darle el gusto —observó aquella señora, dando pie a Ben-Asser para intentar rasgar alguna información.

—Iremos a Mallorca, pero yo sé que aquello está lleno de extranjeros, alemanes sobre todo. Y a mí me gusta estar entre españoles por aquello de encontrar la cosa auténtica, ¿sabe usted? Como aquí en Madrid, que no se ven extranjeros —dijo el agente israelí, tanteando el terreno.

—No se crea, cada vez vienen más turistas a Madrid —contestó ella.

—No digo yo que no, pero incluso en este barrio del centro, aparte de en la Gran Vía no se ve ninguno. Los alemanes y los ingleses vienen buscando el sol y la playa. Me apuesto lo que quiera a que usted no conoce un solo extranjero que trabaje aquí, en esta calle.

—Pues no se apueste usted nada porque lo puede perder —dijo la señora, riéndose—. En esta misma finca tenemos un ingeniero alemán, justo aquí arriba. Y es cliente de esta casa. Madrid ya no es el pueblo de antes, es toda una capital.

Así, después de este amable intercambio, Ben-Asser se despidió, había encontrado una vía de entrada franca a la finca, y quizás, de información. Aunque era un hombre curtido que no se dejaba llevar por los entusiasmos, sintió que bajaba las escaleras con ánimo renovado. Al alcanzar el portal vio al portero de espaldas, cruzando la calle en dirección a la acera de enfrente, por lo que se atrevió a asomarse a toda prisa al arcón que estaba empotrado en la pared y que contenía los buzones de cada piso. Allí encontró el cajetín en el que aparecía por una pequeña ventana el nombre del ingeniero, que había aprovechado de una tarjeta de visita recortada. Deslizó los dedos a través de la ranura del cajetín y se topó con unos papeles que bien podían ser sobres. Con la destreza de quien había hecho esta operación más de una vez, pinzó con los dedos índice y corazón dos sobres que acertó a sacar hacia fuera. En un instante los había introducido en el bolsillo derecho de su chaqueta. Al llegar a

la puerta de la calle se encontró al portero, que seguramente se había acercado a dar un recado al otro lado de la calle. Ben-Asser se recreó entonces en un alarde de auténtico sinvergüenza, o de pillo a sueldo, y, en vez de salir apurado por aquel hurto de correspondencia, quiso hablar con él.

—Son muy atentas en la agencia de viajes —dijo, sacando de la americana un paquete de Philip Morris.

—De verdad que sí, son gente muy seria —contestó el portero. Ben-Asser contempló el portal del edificio de enfrente, fijándose en un cartel donde se anunciaba un alquiler. Se despidió, ya había hecho bastante por ese día. Los pasos que había dado ya no podían ser deshechos, de forma que ya no podría moverse del mismo modo sin que, al menos esas dos personas, le reconocieran.

En el tiempo en el que los señores vestían, Bernal, que era sastre y vivía de los trajes a medida, se ganaba muy bien la vida. Tenía un ayudante en el taller que solía tomar algo en el café de la calle del Carmen antes de volver al trabajo a primera hora de la tarde. Con él pudo intimar Ben-Asser observando aquel horario tan puntual que se sigue en el comercio.

Ben-Asser se aprovechó de la circunstancia para presentarse a él con la cordialidad del vecino que era. Pero no fue hasta el segundo día que pudieron hablar distendidamente.

—Su jefe parece un hombre afable, le veo siempre en el café de abajo charlando con el señor extranjero, ese tan alto.

—Ah, sí, ¿se refiere usted al señor Skorzeny? ¿Sabe usted quién es, verdad? —le preguntó con cierta codicia el ayudante de Bernal.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó Ben-Asser.

—Skorzeny. Fue coronel en la guerra, ¡es el hombre que liberó a Mussolini! —Al decir esto miró a Ben-Asser para saborear la expresión de sorpresa que esperaba provocarle.

—¡Sí, sí, ya me acuerdo! ¡No me diga! Menuda sorpresa. Así que vive aquí en Madrid...

—Sí, es ingeniero, tiene su despacho aquí enfrente. Todo un señor. Es muy buen cliente y muy simpático, nada exigente. Y no es que no sepa lo que quiere (que lo sabe, y muy bien, porque es un hombre elegante y de mundo), pero, ya le digo, es amable. Si una cosa se retrasa, o no resulta como él esperaba, pues, sencillamente, lo comprende. Porque fíjese que hay cada uno... —Ben-Asser no quería interrumpir al joven así que siguió escuchando—. Sí. Hay alguno que no se ha hecho más que un par de trajes en su vida y le trata a uno como a un lacayo. A mí el señor Skorzeny me trata fenomenal. Y cada vez que le llevo algo a su oficina aprovecha para contarme algo. Le pregunté si era verdad que había conocido a Mussolini. ¿Y sabe usted lo que me contestó?



—Me imagino que diría que sí —contestó muy intrigado Ben-Asser.

—Pues se quedó callado y, sin levantarse de su despacho, me pidió que me acercara a su mesa. —En ese punto, el joven aprendiz de sastre gesticuló de forma ostensible representando la escena—. Le dio una calada al pitillo, lo posó sobre el cenicero y se desabrochó el reloj, un reloj de oro que llama la atención. Me lo entregó y me pidió que le diera la vuelta. Allí había una firma, la «M» de Mussolini, y una fecha. Me dijo que Mussolini mandó grabar allí su firma y la fecha en la que Skorzeny le había liberado. Impresionante, ¿verdad?

—La verdad es que es increíble que haya conocido a Mussolini —contestó el israelí—. ¿Y dice usted que se dedica a su profesión de ingeniero?

—Sí, bueno, a los negocios. Según tengo entendido hace negocios de importación y eso. Tiene allí su oficina, con una secretaria y se ve que es un hombre muy educado y encantador.

Ben-Asser creyó que había establecido ya una pequeña cabeza de puente como vecino de Skorzeny. Lo único que le faltaba era conocerlo, le sería fácil con solo intentar una presentación, pero prefirió mantenerse a una prudente distancia de observador hasta redactar el informe.

Después de aquella primera incursión en el terreno de Skorzeny, Ben-Asser regresó a la habitación de su hotel y se dispuso inmediatamente a comprobar el resultado de su robo de correspondencia. Dejó ambos sobres encima del mueble bar, debajo del espejo, y aprovechó para tomar una ducha, que era una de las cosas que más le complacía hacer.

Habría que buscar un método seguro para abrir las cartas y volverlas a depositar en el buzón al día siguiente. Sabía cómo hacerlo, pero decidió prescindir de toda cautela, ya buscaría el modo de fabricar nuevos sobres si fuera necesario.

El primero de los sobres provenía de la Corporación de Banca Suiza Schweizerischer Bankverein y se refería a un préstamo que Skorzeny había obtenido recientemente para la compra de una magnífica finca en Irlanda: setenta hectáreas presididas por una villa de diez dormitorios y con impresionantes anexos, como caballerizas y otras naves. De esta compra ya tenía Ben-Asser noticia, por lo que aquella carta no era más que una confirmación documentada.

La segunda misiva era una invitación, para finales de aquel mes de septiembre, de la Embajada de la República Árabe Unida, la nueva nación formada por Egipto y Siria que presidía Gamal Abdel Nasser. Allí se celebraría una recepción a la que se invitaba personalmente a Skorzeny. A Ben-Asser le pareció que solo este sobre debería ser recompuesto y devuelto a su buzón. El procedimiento sería sencillo: bastaría con hacerse con un sobre parecido y con un sello para que la carta volviera a ser remitida y franqueada como si nada hubiera pasado. La carta del banco suizo se perdería sin remedio.

Todavía tenía el israelí algo más que meditar. Debía hacerse con aquel piso que se anunciaba en la acera de enfrente del número 25 de la calle Montera. Le serviría de punto de observación y pequeña oficina. También precisaría de un coche con el que poder hacer algún desplazamiento siguiendo a su objetivo. A esas dos tareas confiaría el resto de aquellos primeros días en España.

## XIII

### Los amigos españoles

Tan pronto como dispuso de un coche, Ben-Asser comenzó a hacer seguimientos más largos y precisos. Así, unos días antes de que tuviera ocasión de ver qué contactos hacía Skorzeny en la Embajada de la República Árabe Unida, Ben-Asser siguió con su Seat 1400 al taxi que el austriaco había tomado. Este le llevó hasta una terraza del bar El Águila, en la calle Serrano. Una vez allí, poco antes del mediodía, Skorzeny aguardó sentado disfrutando del tibio sol de la mañana, tomando un vermú temprano y el que podía ser ya su décimo cigarrillo del día.

Ben-Asser dejó el coche aparcado unos metros más abajo. Desde el pequeño espejo de la puerta del 1400 y el retrovisor del interior del vehículo, podía contemplar a su objetivo. Desplegó un periódico como si fuera un conductor que estuviera esperando a alguien. Para su sorpresa, hasta la mesa de la terraza que él vigilaba se acercaron dos militares uniformados, que le parecieron de alta graduación, y que después de intercambiar un saludo accedieron a sentarse. Skorzeny debió de insistir porque los dos oficiales mostraron alguna reticencia, como si el lugar, un bar de ambiente más bien juvenil, fuera poco decoroso para el uniforme que vestían. Ben-Asser se tomó entonces la libertad de dar la vuelta a la manzana para acercarse más y no perder detalle de aquel encuentro, que se prolongaría después, como pudo escucharles, en la Gran Peña.

Los ojos de Ben-Asser se habían clavado en el pecho de uno de los militares. Algo dentro de él se estremeció al cerciorarse de que era verdad, aquel hombre lucía sobre el lado izquierdo de su pecho, sobre el bolsillo, una Cruz de Hierro de primera clase. Aquella distinción le pareció, en su anacronismo, un desafío. «¿Cómo podía un militar español lucir una condecoración ganada en el ejército de Hitler?», pensó con cierta rabia. «¿Cómo podía ser que todavía en 1960 se pudieran exhibir aquellas medallas?». Y aquella solitaria cruz negra, clavada sobre el corazón, no se mezclaba con las otras condecoraciones que, más arriba, sobre el propio pecho, colgaban de dos pasadores.

En el brazo izquierdo, los dos militares llevaban cosido el emblema de la División Azul, que tenía forma de escudo y los colores de la bandera de España. Era notorio que el ingeniero Otto Skorzeny se había entusiasmado al encontrarse con dos viejos camaradas que habían luchado también en la Wehrmacht. Y fueron más bien ellos los

que recelaron del encuentro, y, aunque corteses, tuvieron prisa en marcharse hacia la Gran Peña.

Cuando Ben-Asser repasó la escena se dio cuenta de que aquellos dos militares compartían la misma graduación: lucían tres estrellas de ocho puntas en sendos galones sobre los hombros y en la gorra de plato, por lo que debían ser coroneles. No tenía la certeza, pues no estaba familiarizado con las formas con las que el Ejército español distingue a sus mandos.

Se subieron después en el coche que les estaba esperando. Skorzeny no tardó en plegar el periódico y levantarse para tomar un taxi. El oficial israelí sospechó de inmediato que se dirigiría a una comida con los militares en aquel lugar del que había oído hablar entonces por primera vez.

El coche negro que había tomado Skorzeny tenía pintada una franja roja como único distintivo de taxi. Ben-Asser le siguió por el cómodo recorrido de la calle Serrano y Puerta de Alcalá. Desde allí bajaron hasta la plaza de Cibeles para dirigirse al arranque de la Gran Vía. Súbitamente, el taxi se paró en el primer número de la acera de la derecha, en el número 2. Aquel era un soberbio edificio en el que sobresalía un mirador con forma circular en la esquina de la primera planta. Ben-Asser tuvo que continuar su camino hacia el hotel. Hubiera querido aprovechar para indagar sobre aquel lugar con tan curioso nombre al que Skorzeny había acudido al encuentro con los dos coroneles.

Ben-Asser tuvo la suerte de encontrarse en la puerta del hotel Plaza con el director. Este venía últimamente teniendo detalles de mucha hospitalidad y cortesía con su huésped, agradecido como estaba por disponer de un cliente que llevaba varias semanas alojado y que parecía no tener prisa en marcharse.

—Quería preguntarle, ¿conoce usted el primer edificio de la Gran Vía? ¿Puede que sea el de la Gran Peña?

—Sí, en efecto, el primero de esta acera —contestó el director.

—¿Y me puede decir qué es eso de la Gran Peña? —preguntó Ben-Asser—. Resulta un nombre un poco raro, ¿verdad?

—Ah, sí. «Peña» equivale a club, asociación o grupo. Es ciertamente un club privado, al estilo de los clubs ingleses, muy antiguo, sabe usted. Un club del siglo XIX. Aquí en Madrid ha habido siempre dos, y los dos con magníficos edificios, para que vea usted la fuerza que han tenido: el Casino de la calle Alcalá y la Gran Peña de la Gran Vía. Cuando quiera usted se la enseño, porque, aunque no soy socio, me dejan pasar. Entre el hotel y la Gran Peña tenemos muy buen trato, les damos habitaciones cuando nos lo piden para socios de otros círculos o clubs que vienen a Madrid y les visitan. Aunque tienen allí unas pocas habitaciones de residencia para ellos. —Ben-Asser parecía disfrutar de las explicaciones—. Y ya no es lo que era, ¿sabe usted? Pero merece la pena ir cuando usted quiera. Como sabe, es un paseo desde aquí.

—¿Y sería usted tan amable de dejar que yo le invite allí a un café? —preguntó el israelí.

—¿Cuándo querría ir?

—Pues hoy mismo, si usted puede. Quería pedir que me subieran algo ahora para comer a la habitación y después, si no tiene inconveniente, le invito allí a un café.

De esta forma encontró Ben-Asser el camino abierto hacia aquel exclusivo club en el que no pensaba que podría entrar. Y hasta podría ser una oportunidad de encontrar allí a Skorzeny y los militares que le acompañaban.

Aunque la distancia que separa la plaza de España del comienzo de la Gran Vía es, efectivamente, un paseo de poco más de un kilómetro, el director prefirió que un chófer del hotel les llevara hasta la misma puerta. Hizo su invitado, por tanto, una entrada bastante digna en la Gran Peña, como si de un socio más se tratara. Aquel centro de poder le interesaba y quiso escuchar atentamente las explicaciones que su nuevo amigo le iba dando.

La hora era todavía temprana para suponer que Skorzeny hubiera terminado la comida y, como se trataba de un club, Ben-Asser suponía que los comensales pasarían luego a un salón fumador donde esperaba poder encontrar a su objetivo y arrancar quizá alguna información del director del hotel, su inesperado confidente. Para su sorpresa, todas las estancias principales le fueron mostradas, incluido el comedor, donde trató de eludir la mirada directa de los que allí comían.

Tuvo ocasión de deleitarse con los antiguos retratos de los que habían sido los socios más honorables. Tomaron café en los viejos tresillos de cuero del bar, disfrutando de las maderas nobles que forraban las paredes y de aquel rancio caché que adquieren siempre las barras en las que se han despachado tantos servicios, y cuyo fulgor es siempre un espejo gastado de paños y miradas. Telón de fondo formado por las botellas, que es lo que otorga a todo bar su verdadera naturaleza.

Después del café siguieron con su visita. A cada espacio le correspondía una decoración singular. Así, el salón de los billares, con sus mesas de *chapeau* y billar, tenía un estilo más rústico considerado en su época adecuado para el único lugar en el que a los caballeros les estaba permitido quitarse la chaqueta para manejar los tacos. La biblioteca, por otra parte, estaba decorada en un estilo mudéjar que le llamó la atención.

—Fíjese con qué cuidado se trataban los libros. La mayoría de ellos tienen el lomo encuadernado en piel, que es lo que queda a la vista, por lo que periódicamente se pedían cremas a París con los nutrientes indicados que incluían repelentes para insectos y ácaros.

—Es muy acogedora esta biblioteca, de un gusto exquisito —repuso Ben-Asser.

—Aquí nunca hay nadie, como mucho alguien que se viene a echar la siesta en esos cómodos sofás —dijo el director, señalando con discreción un señor que dormitaba—. ¡Y así se facilita la digestión del famoso cocido de la Gran Peña!

Como no podía ser de otra forma, las pinturas de aquella gran casa atrajeron la curiosidad de un hombre como él, que, sin ser una persona muy preparada, tenía una fina sensibilidad. Por eso todo le llamó la atención, desde los bocetos de Moreno Carbonero, pasando por los paisajes de Antonio Gomar, una tauromaquia de Mariano Benlliure o algún retrato de Martínez Cubells, entre otros muchos. Pero de todos ellos, le fascinó la pícaro escena de dos muchachas que asoman sus cabezas sobre unas cortinas, un cuadro con mucho carácter del modernista valenciano Cecilio Plá y que llenaba de vida el decimonónico comedor.

El patio central del edificio estaba cerrado con una cúpula acristalada con vidriera de los hermanos Mauméjean. A un lado se encontraba la escalera, donde destacaba una placa conmemorativa con muchos nombres de letras doradas sobre una lápida inmensa de mármol de Carrara.

—¿Qué me puede decir de esta lista? —preguntó Ben-Asser, al contemplar aquella inscripción de más de doscientos nombres.

—Pues como se puede leer: «Caídos por Dios y por España», son los socios muertos durante la Guerra Civil, muchos de ellos fueron detenidos y asesinados en Paracuellos del Jarama por los comunistas.

—Me parece tremendo el número de socios caídos. —Se hizo un breve silencio que encerraba un respeto verdadero.

Prosiguieron aquel paseo de presentación de los principales salones de la Gran Peña.

—Mi padre volvió por aquí después de la guerra, él había sido socio, pero dijo que este era un barco que ya no navegaba. Esto tuvo su esplendor cuando no había teléfonos, ni radio, ni televisión, cuando Madrid era casi un pueblo que terminaba en el paseo de la Castellana. La clase propietaria, los altos funcionarios, los abogados y los industriales... y los militares. Porque este siempre fue un club muy de militares; se dejaban caer a diario para tomar conciencia de lo que ocurría en el mundo, para formar opinión y para distraerse. Hasta Franco, en el tiempo que fue jefe de Estado Mayor, en la República, pasaba por aquí. Vivía en la calle Columela y supongo que le vendría bien. El cuartel general del Ejército también está aquí al lado, en el palacio de Buenavista. Así que, ya le digo, un centro de animación, con mucha vida. Mi padre me contaba que entonces las cenas se servían a partir de las once y hasta las dos o las tres de la mañana. ¡Vaya horarios que tenían!

—Pues es verdad. Por cierto, como dice usted, me ha parecido ver algunos militares —aprovechó para comentar Ben-Asser. Pero el director no hizo comentario alguno.

Para intentar prolongar su estancia allí y ahondar aquella incipiente amistad Ben-Asser le invitó a un coñac.

—Deje que le invite. Ya tendrá usted ocasión de convidarme en el hotel, porque aún pienso quedarme un tiempo... —Este alarde de buen cliente terminó por vencer

cualquier resistencia por parte del director, que le indicó el camino hacia un bar exclusivo de los socios, pero al que él tenía acceso.

Ya en el bar vieron llegar una vistosa comitiva precedida de un camarero, en la que, aparte de los militares que acompañaban a Skorzeny, estaba un hombre grueso con bigote, de tez morena, imponente, de unos cincuenta años y pelo ya más bien canoso, escrupulosamente peinado hacia atrás.

—Es Girón de Velasco. Ha sido durante dieciséis años ministro de Trabajo —le dijo el director, volviéndose hacia su invitado. A juzgar por los corteses gestos que le dedicaban todos los presentes, debía de tratarse de alguien con mucha popularidad. Ninguno de aquellos cuatro auténticos personajes reparó en la presencia de Ben-Asser y de su amigo.

—¿Conoce usted a los militares que le acompañan? Son coroneles, ¿verdad? —preguntó el israelí.

—La verdad es que no los conozco —contestó el director—. Efectivamente, me parece que son coroneles.

—¿Se ha fijado usted que uno de ellos luce una Cruz de Hierro en el pecho? ¿Diría usted que los dos son veteranos de la División Azul? Lo digo por el emblema que muestran en el brazo.

—Sí, así es. Bueno, Girón ha sido uno de los pocos ministros falangistas. Ya no queda casi ninguno en el Gobierno, siempre han estado en minoría y ahora más que nunca. Ahora manda más el Opus Dei —explicó el director.

—¿Y hay muchas divergencias entre ellos? ¿No son todos del Movimiento? —preguntó incautamente Ben-Asser, sin dar mayor importancia a este hecho.

—Ni mucho menos. Mire usted, siempre ha habido familias: los monárquicos, los falangistas, los tradicionalistas, los católicos... Incluso dentro de estos, nada tienen que ver los del Opus con los jesuitas o con los propagandistas. No se pueden ni ver. —Ben-Asser percibió entonces, por primera vez, algo que iría comprobando según se fuera familiarizando con la política española, y es que existían distintas corrientes o grupos de poder con intereses contrapuestos y enfrentados unos a otros.

—¿Y qué diría usted que une a estas personas? —insistió.

—Pues yo creo que son todos falangistas. Al señor alto no lo conozco, no parece español —contestó el director.

—Le diré quién es, porque es al único que yo conozco. Es Otto Skorzeny, el coronel de las SS que liberó a Mussolini.

—¡No me diga! Ya lo recuerdo. ¿Quién lo diría, verdad?

Ben-Asser se complació de poder estar allí y preguntó a uno de los camareros si le podía ofrecer un surtido de habanos. Cuando este se los trajo, el director declinó el ofrecimiento, pero ante la insistencia de su amigo y cliente, eligió un Montecristo de calibre mediano. Ben-Asser prefirió un Davidoff robusto. Confiado en que no habrían de tener ya prisa en marcharse, pues aún debían dar cuenta del coñac y de, al menos, medio puro, Ben-Asser se relajó en la grata conversación y quiso que el director,

antes de marchar, le preguntara a alguno de los empleados de la Gran Peña sobre quiénes eran los militares. El director llamó a uno de los camareros para preguntarle abiertamente.

—Disculpe, he visto que está Girón en el comedor. ¿Sabe usted si viene mucho? Me gustaría poder saludarle.

—Viene de vez en cuando, pero tampoco mucho. Ni siquiera sabría decirle si es socio —contestó el camarero.

—Entonces, a lo mejor viene invitado por alguno de los militares, ¿sabe quiénes son?

—Pues la verdad es que no. No llevo mucho tiempo en la casa. Pero ahora mismo se lo pregunto a mi compañero.

Aquel modesto camarero se acercó a otro más veterano y le indicó que había un señor que quería preguntar algo.

—Disculpe las molestias, le decía a su compañero que me hacía ilusión saludar a Girón y que si sabía quiénes eran los militares que le acompañaban, los dos parecen haber estado en la División Azul.

—Para mí es un orgullo que estén aquí, porque yo también estuve en Rusia. Uno de ellos es don Tomás García Rebull y el otro es el coronel Crespo del Castillo —contestó el camarero—. Don Tomás viene mucho y me conoce, me tiene mucho cariño por aquello de que yo estuve en el mismo regimiento. Claro que él de comandante y yo de guripa. Creo que el otro coronel manda ahora al grupo paracaidista. Yo no lo conocía, pero don Tomás le ha dicho que yo también estuve en Possad, así que ha estado muy atento conmigo.

El director y Ben-Asser parecieron conformarse con aquella explicación. En ese momento apareció por la puerta el chófer del hotel que venía a recogerles.

Nada más llegar a la habitación del hotel, y antes aun de tomar la ducha de la que tan aficionado era, Ben-Asser se sentó un momento y escribió unas notas en una libreta que le servirían de guion para su informe:

Viernes 23 Sept. SK + Cl. G<sup>a</sup> Rebull (Div. 250) + Cl. Crespo del Castillo (Div. 250) (Grupo Paracaidista) — Gran Peña + Ministro Girón de Velasco.



## XIV

# La embajada de Egipto

Desde Tel Aviv se movieron los hilos para que un funcionario francés recomendara a Ben-Asser, ahora llamado Thibaut Dumont, como amigo y paisano, empleado de una compañía inversora de capital americano. De esta forma pudo recibir la invitación que deseaba de la Embajada de la República Árabe Unida.

Con las últimas luces del 27 de septiembre, Ben-Asser llegó a la embajada de aquella efímera nación, resultado de la unión de egipcios y sirios. Había ensayado en el hotel las rutinarias respuestas y las entradillas para conversaciones que le servirían de refugio. No quería estar expuesto a las miradas de los demás, sino acompañado siempre de cualquier otro invitado. Tan solo quería confirmar que Skorzeny se presentaba atendiendo a la invitación recibida. Y, efectivamente, allí estaba, acompañado de su esposa Ilse, y en animada conversación con el anfitrión, el general de brigada Hassan Fahmy, que le había sido presentado antes a Ben-Asser como el agregado militar de la embajada.

De la recepción en la embajada no obtuvo más que aquella certeza y el propósito de volver a visitarla como el industrial, apoderado de una compañía norteamericana, que estaba deseoso de hacer negocios en Egipto.

Ben-Asser era de natural inquieto e inconformista. Había pedido una máquina de escribir para empezar a pasar a limpio sus notas, pero inmediatamente después de que se la subieran a su habitación pensó que no podría viajar seguro con el informe, ya fuera más o menos definitivo o siquiera un borrador. Debía mantener sus notas y tratar de llevarlas a Israel. Una vez en casa redactaría el informe completo.

Puso sobre la mesa, una a una, todas las notas que había ido sacando desde el primer día en que empezó a hacer seguimiento puntual de los pasos de Skorzeny. Allí había recogido la dirección de su domicilio en la calle de Castellón de la Plana, los imprevisibles horarios de entrada y salida de su oficina de la calle Montera 25-27, sus habituales cafés con el sastre Bernal o aquellos otros en el café Comercial, sus comidas en Horcher, Edelweiss, Jockey o la Gran Peña, las invitaciones a exposiciones en la galería Biosca de la calle Génova, la boda a la que asistió en la iglesia de los Jerónimos, o la invitación a la embajada egipcia. En una lista aparte hizo relación de todos sus contactos, desde el primero que observó, Bernal, hasta el general Hassan Fahmy.

Era cierto que tenía bien localizado el objetivo, alquilado un piso franco, y noticia exacta de dónde vivía y trabajaba y de quiénes podían ser algunos de sus contactos. ¿Sería todo aquello suficiente para el Instituto? Pensó que aquel no era más que un informe correcto y discreto, pero que en Israel esperaban algo más de él. Encendió un cigarrillo y se levantó para asomarse a la ventana. Corría un viento amable que había despejado de nubes Madrid y propiciaba un atardecer plácido, algo fresco, anunciador del otoño que se estaba echando encima. Miró hacia la plaza de España y le pareció como si fuera un estanque al que cayeran dos caños de agua: el que bajaba de la calle Princesa y el que lo hacía por la Gran Vía. Desde aquel piso alto del Edificio España podía ver la Casa de Campo y los Carabancheles, y, algo más a la izquierda, el cerro de los Ángeles en medio de un páramo de campos de cereal. Debió de ser más o menos en medio de aquella contemplación, mientras daba alguna calada al pitillo, cuando se le ocurrió que debía presentarse en la Embajada de la República Árabe Unida con la idea de presentar algún negocio en Egipto. Solo de esta manera podría indagar en las relaciones e intereses que Skorzeny tenía en aquel país. Quizá esa sería su última averiguación antes de volver a Israel.

A la mañana siguiente llamó desde el hotel a la embajada para pedir cita con el agregado comercial. Su secretaria le convocó para el día siguiente, así que Ben-Asser pensó que tenía un día para preparar aquella entrevista y para idear qué era aquello que le iba a decir y qué recursos estaba dispuesto a usar para ganarse la confianza del agregado.

Aquel fue el único día en el que pudo disfrutar de una estancia prolongada en el hotel. Por la tarde se acercó al cine Lope de Vega, para ver una película: *El árbol del ahorcado*, interpretada por Gary Cooper, y por primera vez desde que había llegado a España, se abstrajo completamente de su cometido y se abandonó a aquel drama en technicolor.

A la mañana siguiente Ben-Asser llegó a la embajada en aquel Seat que ya consideraba suyo. Aparcó justo delante del edificio y entró con un ánimo crecido de truhán dispuesto a lanzar sus aparejos de engaño. Subió con energía los escalones que conducían a la puerta principal, que se encontraba entreabierta. Se sentía como si no llevara traje, como si estuviera levemente inmerso en un juego juvenil, como si no rondara ya los sesenta años.

La secretaria le condujo a un despacho donde le esperaba un hombre grueso de unos treinta y tantos años, de tez árabe, breve bigote y traje de verano. Le fue presentado con el nombre de señor Al-Youssef. Ben-Asser se presentó con su identidad francesa y como representante de una compañía norteamericana con interés en comprar empresas en países en desarrollo. Supo encontrar las palabras más dulces para ponderar el porvenir de Egipto.

—Le advierto que yo soy sirio, somos la misma nación —le contestó Al-Youssef —, pero no se preocupe. Es cierto, el turismo está creciendo mucho en Egipto y por eso nuestra economía está experimentando un crecimiento muy espectacular.

Salvados los primeros compases de aquel acercamiento sin que el sirio mostrase mayor entusiasmo y solo la justa curiosidad, Ben-Asser planteó su disposición a contratar los servicios de alguna empresa que le presentara operaciones de inversión en Egipto. Al-Youssef se llevó la mano al bigote en un descriptivo gesto de interés.

Ben-Asser había sabido mostrar el señuelo con el que ganarse la confianza. Sacó entonces una lista de industrias en las que estarían interesados los americanos: industrias de servicios para el Gobierno, empresas constructoras de obra civil, empresas de ingeniería o industrias de hostelería, como hoteles. La propia nota, que había elaborado con la máquina de escribir que había pedido en el hotel, contenía cifras orientativas de inversión que alcanzaban varios millones de dólares por cada negocio.

—Estaríamos dispuestos a abonar unos honorarios por la gestión de análisis y después una comisión para el caso de que se concretara la operación. —Sacó entonces una tarjeta que se había mandado imprimir en la que no aparecía más que su nombre y el de la empresa ASTRA INVESTMENTS. Escribió el nombre de su hotel —. Esta es mi base de operaciones, pero viajaré desde Madrid por el norte de África hasta Damasco. Estaría encantado en invitarle a comer en cuanto usted tuviera algún avance.

En verdad que Ben-Asser contaba con una ventaja para desplegar aquella trama: disponía del dinero con el que aturdir y deslumbrar. Se marchó tranquilo sabiendo que no tardaría más de dos días en recibir una llamada al hotel.

En efecto, el funcionario sirio se presentó un día más tarde en el hotel a una hora que estimaba adecuada para encontrar al supuesto Thibaut Dumont recién desayunado. Ben-Asser lo recibió en la cafetería con una sonrisa que escondía la satisfacción por comprobar cómo la perspectiva del dinero era capaz de hacer bailar al más remiso burócrata. «La verdad es que yo haría lo mismo. Vaya forma más fácil que le he puesto de ganarse un dinero», pensó para sí.

Al-Youssef comenzó la entrevista disculpándose por el atrevimiento de haber acudido al hotel y se justificó diciendo que solo venía a traerle una invitación para comer al día siguiente con un abogado egipcio que estaba a punto de volver a El Cairo, y que podía hacerse cargo de las gestiones de búsqueda de negocios en los que invertir. Según él, podía ser una buena oportunidad citarse con él antes de que el abogado se marchara de España.

—Yo solamente les presento y les ayudo en lo que desde la embajada se pueda hacer.

En esta frase pronunciada por el sirio, percibió Ben-Asser que el abogado era el socio que, en una noche de desvelo, había encontrado para el succulento banquete que se le anunciaba; no quería perder una ocasión de hacer buenos negocios y tampoco quería perder su empleo en la embajada. El profesional que con tanta urgencia se había agenciado habría de ser su socio. El agente israelí vio con claridad cómo todo se le facilitaba y quiso hacer cierta exhibición de buena posición:

—No puedo hacer más que aceptar pero, con una condición, que sea yo el que invite. Mañana a las dos en el restaurante Jockey. ¿Le parece bien?

—Si tiene la suerte de que Ibrahim Ramzy quiera asistir a su compañía, creo que muy pronto obtendrá los resultados que desea —aclaró Al-Youssef, pronunciando por primera vez el nombre de su amigo.

Cuando el sirio se marchó, Ben-Asser quiso remansar un tanto sus ideas y dejar pasar un rato. No le parecía prudente acudir a su piso de la calle Montera ni reanudar el seguimiento a Skorzeny. Ahora la embajada tenía su referencia completa, y a los funcionarios egipcios les sería fácil seguir sus pasos. Estaba al borde de iniciar unas relaciones comerciales de las que deberían surgir las confidencias sobre aquel amigo austriaco de los árabes, el ingeniero Skorzeny. Si le veían siguiéndole se darían cuenta del engaño, era preciso abandonar los seguimientos y confiar la culminación de su informe a la nueva fuente.

El restaurante Jockey era un local fundado en el año 1945 por un antiguo cocinero del Ritz parisino. Estaba situado en la calle Amador de los Ríos, que forma parte de un ramillete de las más señoriales calles de Madrid, en un costado del arranque del paseo de la Castellana. Quedaba a escasos cien metros del palacio de Villamejor, varias veces sede de la presidencia del Gobierno de España, y de otra docena de palacios, como el del duque de Arión o el del marqués de la Eliseda, algunos de estos pronto serían derribados y otros dejarían de pertenecer a las viejas familias para pasar a servir como embajadas o ministerios.

Cuando llegaron los invitados, Ben-Asser ya había ocupado una mesa que hacía esquina en el acogedor salón con forma de L, dejó que estos se acomodaran en los asientos que aprovechaban la pared como respaldo, en un cómodo banco con cojines.

El *maître* supo que Ben-Asser quería dejarse aconsejar, de forma que los tres estuvieron de acuerdo en tomar como entrante unos huevos escalfados con muselina de trufa, caracoles de Borgoña y unas alcachofas con *foie*, todo ello a modo de degustación. En cuanto al plato principal, Ben-Asser se atrevió a dar su consejo:

—Me inclino por las perdices estofadas. Llevan un poquito de vino blanco que no mata a nadie. ¿Les parece bien? —preguntó a sus convidados y ellos asintieron, atraídos por el ofrecimiento de aquella especialidad de la casa.

—No le pongan nada de panceta, por favor; estos señores no toman cerdo —dijo al *maître*, que antes les había descrito aquel plato consistente en cuatro perdices cocinadas con aceite de oliva, ajos y cebollas, laurel, tomillo y zanahoria; además de la guarnición de cebollas francesas, patatas y cabezas de champiñón.

Las cautelas de Ben-Asser con respecto al vino se disiparon pronto, porque cuando el sumiller se acercó hasta la mesa para hacer las recomendaciones de la bodega, percibió que los árabes prestaban muy buena atención. Dedujo entonces que sus invitados estarían dispuestos a probar alguno de aquellos Ribera del Duero y solicitó que trajeran otras dos cartas de vinos, de forma que pudieran seguir las

explicaciones del sumiller. En la forma de pedir, tan pausada y decidida del israelí, cualquiera percibía que era un espíritu con carácter y hombre de mundo.

Después de una breve lección sobre las diferencias entre vinos de la Ribera, otros de La Rioja y aún aquellos de Burdeos, Ben-Asser se atrevió con un Vega-Sicilia Único de 1942, que pidió fuera decantado como merecía.

—Le felicito, creo que ha elegido usted uno de los mejores caldos de nuestra bodega. Y fíjense que tenemos unos pocos... —Los árabes parecían deleitarse, tanto con estos elogios del experto como con todo el ritual.

Aquella era una mesa feliz, aparte de privilegiada, por convertirse en un observatorio desde el cual el funcionario y su amigo veían desfilar a un público distinguido que no dejaba de entrar siguiendo el horario madrileño que tanto asombra a los extranjeros.

Ben-Asser, como hombre mediterráneo, participaba de los usos meridionales en el manejo de cualquier negociación. No tenía, por tanto, ninguna prisa en tratar el asunto comercial para el que se habían reunido y sabía que los árabes gustaban también de la parsimonia, que no era más que una simulación de no tener gran necesidad por llegar a un acuerdo. Pero sí le parecía conveniente insistir en ciertos alardes de riqueza, lo que hizo con la habilidad suficiente de insinuar, sin dejar de parecer un hombre elegante. Ben-Asser era consciente de que cualquier atisbo de elegancia se pierde en cuanto asoma la exhibición cruda del dinero.

Cuando Ben-Asser los creyó confiados en la solvencia y ventura de aquel extraordinario cliente, quiso entrar en el terreno para el que había estado abonando con tantas sutilezas. Comentó que había disfrutado de la recepción de la semana anterior en la embajada por haber encontrado un ambiente muy agradable.

—Pude saludar a un amigo del ingeniero Skorzeny y me dijo que su ejército precisa de buenos proveedores.

Ben-Asser estaba seguro de que si hubiera hecho este comentario en otro contexto habría levantado algún recelo. Pero Al-Youssef y su amigo egipcio Ibrahim Ramzy estaban del todo abandonados al disfrute de aquel encuentro.

—Es cierto, hay voluntad de compra en estos momentos, el Ministerio de Defensa cuenta con grandes planes de inversión —contestó parcamente Al-Youssef.

—Yo les puedo presentar a algunos de los agentes más serios de Norteamérica. Todo se andará, pero eso ya son otros números..., eso ya son palabras mayores —dejó caer Ben-Asser y recogió un asentimiento en el que no faltaba cierta admiración—. Supongo que Skorzeny les ofrecerá buenos contactos, tiene fama de ser un ingeniero muy tenaz que consigue lo que se propone.

—Eso creo, está ayudando en el adiestramiento de tropas y también tiene relaciones con empresas que suministran armamento. Está muy bien considerado por nuestro presidente —contestó Ibrahim.

Ben-Asser tomó buena nota de todo lo que decía el funcionario egipcio. En aquel momento no le pareció conveniente hacer una mayor indagación y pasó a informar al

abogado de las necesidades que tenía su empresa.

—Miren ustedes, nosotros precisamos de un colaborador local que sea de confianza —planteó Ben-Asser con la mayor solemnidad, captando el interés absoluto de sus invitados—, alguien con buen conocimiento del terreno y que nos pueda hacer una preselección de las operaciones interesantes que luego nos presente. Asumiríamos unos honorarios para gastos durante un tiempo determinado, claro está... pongamos un año o año y medio. Lo formalizaríamos si prefieren con una hoja de encargo, pactaríamos allí una comisión. En cuanto a esta, me temo que no podemos ser muy flexibles, un 3 por ciento es lo que los americanos tienen estipulado. Para los honorarios podemos ser más flexibles. ¿Han pensado ustedes en alguna cantidad? —Dejó caer esto último con toda malicia, dando por hecho que los dos serían socios en aquel negocio de la prospección de mercado. Esto motivó una leve protesta del sirio, pero que apenas interrumpió el discurso de Ben-Asser—. Yo no soy más que un gestor. Lo que sucede es que cuento con la confianza de varias fortunas americanas que se han puesto en común para invertir a través de una compañía. En lo que yo me comprometa, no tengan la menor duda de que la compañía responderá.

Para cuando llegaron las *crêpes* bien regadas de licor, al estilo Suzette, todos estaban de acuerdo en empezar a trabajar. A las reiteradas propuestas de desplazarse a El Cairo sucedieron otras tantas promesas de viajar hasta allí tan pronto como fuera posible y se presentara un negocio a la medida de lo que se pretendía.

Ya en la puerta de entrada, bajo la sombra que propiciaba el toldo, se despidieron los nuevos amigos. Un camino de comunicación quedaba abierto y este no conducía solamente a la embajada, sino al propio corazón de las finanzas y la administración del gran Egipto.

## El amigo árabe

Ibrahim Ramzy era un hombre de pocos escrúpulos, en nada se parecía a su socio, Al-Youssef, personaje de sinuoso discurso, glotón y funcionario acomodado, pero que procuraría siempre mantener una prudente posición desde su empleo en la embajada. Ramzy, al contrario, tenía prisa por hacerse rico. Al menos así se lo confesó a Ben-Asser cuando se dio cuenta de que podía hacer negocios saltándose a su amigo. Y con mayor prisa aún que este, se presentó en el hotel de la plaza de España para despachar directamente con Ben-Asser, que hasta se divirtió con aquella traición y se dispuso a sacarle partido.

—Me va a perdonar, señor Dumont, pero quisiera plantearle que yo puedo ser su hombre en Egipto. Al margen de embajadas y formalismos, usted puede contar conmigo para lo que precise —propuso Ramzy, posando la copa de cerveza en la pequeña mesa que les separaba, en la cafetería del hotel Plaza.

—¿Y qué le parece si me acompaña a cenar y de esta forma charlamos tranquilamente del trabajo que tenemos por delante? —sugirió Ben-Asser, sabiendo que lo tenía a su disposición y consciente, por otra parte, de que debía continuar con su representación de hombre de fortuna. Es por ello que cogieron un taxi que les llevó al Castellana Hilton, que era hotel de grandes recepciones y muy sonado en aquel entonces.

Antes aun de bajarse del coche, Ben-Asser se dio cuenta de que Ibrahim Ramzy no era ni siquiera abogado, tal y como le había dicho el funcionario sirio. Bastaron dos preguntas para desenmascarar la trama. No había sabido responder de forma natural sobre cuál era su especialidad. Era obvio que jamás le habían hecho esa pregunta porque nunca, hasta la fecha, se había hecho pasar por abogado.

En el transcurso de la cena, Ben-Asser sacó la conclusión de que le venía a plantear un divorcio que no le convenía.

—No se preocupe, las cosas han de hacerse como fueron planteadas. Mi empresa contratará con usted y de todo le dará usted cuentas a nuestro amigo Al-Youssef —propuso sabiamente Ben-Asser—. Yo asumo que ustedes tendrán sus acuerdos y me parece bien. Pero surgirán otros asuntos puntuales de los que no tiene porque rendir cuentas.

—Estoy conforme —contestó el bribón de Ramzy.

—¿Se acuerda de que comentamos el otro día que había grandes oportunidades en su país en el sector del armamento? Bueno, pues yo le haré algún encargo concreto como cosa ya más personal.

La estratagema gustó a Ramzy y más todavía al propio Ben-Asser, que se había ganado un mejor confidente: estaría en deuda con él y cada día que pasara en mayor medida, pues era conocedor de la traición y cobraría cantidades que jamás habría soñado. Pero era necesario mantener el vínculo con la embajada, que era como decir mantenerlo con el Gobierno de Gamal Abdel Nasser.

Ben-Asser no era persona noctámbula, pero quiso ver en Ramzy los fervientes deseos de su mucha juventud, así que le pareció conveniente llevarlo a un lugar donde divertirse con un espectáculo de variedades. Pidió un taxi hasta la Costanilla de los Ángeles, donde se encontraba el Micheleta, un *night club* en el que se anunciaba una estrella del baile egipcio con el nombre de Kubrak, además de muchos otros artistas.

Nada más entrar, poco antes de la medianoche, el jefe de sala adujo algunas dificultades para obtener mesa, pero, sin darle tiempo a más explicaciones, Ben-Asser colocó en su mano un billete. Rápidamente, dos camareros montaron una nueva mesa en la segunda fila, muy cerca del escenario. Una vez acomodados, preguntó al propio jefe de sala —que no quería dejar en otras manos la atención de aquellos nuevos clientes— por el champán que les podía ofrecer. Ben-Asser le indicó que trajera una cubitera con mucho hielo y una botella de Dom Pérignon.

—Me han dicho que hay hasta dieciocho *supervedettes*... —Ese fue el único argumento que supo dar a su amigo egipcio, que jamás había tenido la oportunidad de tomarse aquellas licencias. Cuando ya habían consumido la primera botella, Ben-Asser pidió otra con la idea de regalársela a su invitado. Tenía intención de marcharse y dejarle allí para que, liberado de cualquier compromiso, Ramzy pudiera prolongar la noche lo que quisiera, procurándose libremente alguna estimulante compañía. Este se mostró muy agradecido por la invitación y no insistió mucho para que se quedara. Sabía que había veinticinco años de distancia entre ellos, por lo que estaban muy lejos los deseos que provocaba una noche como aquella en uno y otro. Pues si a un hombre maduro y equilibrado, que ya había consumido bastantes noches alternando por el mundo, le podía apetecer retirarse a la cómoda habitación de su hotel, un hombre joven como era Ramzy, que provenía de una sociedad tradicional y timorata, no podía desaprovechar una noche como aquella sin intentar conocer a alguna de aquellas jóvenes artistas, es decir, sin librar alguna batalla.

Ben-Asser y Ramzy todavía se reunirían varias veces antes de que saliera este para Egipto, alguna de ellas con Al-Youssef, al que ambos cortejaron como tutor de cualquier iniciativa, de forma que no se sintiera desplazado. El judío sugirió que se abriera una cuenta en el Banco de Vizcaya de la que fuera titular Ibrahim Ramzy y apoderado Al-Youssef, y a la que iría transfiriendo los honorarios mensuales.



En la víspera del viaje, Ramzy tuvo la delicadeza de acudir hasta el hotel Plaza para despedirse de Ben-Asser, tal y como habían acordado. Al llegar a la recepción, este le pidió que esperara allí, en el propio vestíbulo del hotel, pues tenía que recoger algo en su habitación. Cuando bajó le hizo entrega de un sobre repleto de billetes de cien dólares.

—Esto viene de parte de una compañía americana —le dijo Ben-Asser mientras le entregaba el dinero—. Quieren adelantarse a los contratos que están obteniendo en Egipto los alemanes. Me piden que averigüe qué material precisa su ejército y con quién van a competir. Iré a visitarle dentro de un mes, trate de avanzar todo lo que pueda. En esta industria hay en juego muchos millones de dólares. Consiga nombres, teléfonos, direcciones de todos los extranjeros que estén trabajando para su Ministerio de Defensa. Cuando nos veamos en El Cairo dígame si precisa más dinero, sobre esto no hay dificultad siempre que tengamos información correcta. Haga como yo, no sea tacaño, y ya verá cómo consigue información.

—No se preocupe, señor Dumont. Como le dije el primer día, yo puedo ser la persona que ustedes necesitan. Me esforzaré para darle lo que me pidan. Allí estoy a su disposición para lo que necesite.

—El agente de negocios que puede estar consiguiendo más operaciones de suministro es el ingeniero austriaco Otto Skorzeny, antiguo coronel de las SS y liberador de Mussolini. Usted de él no ha oído hablar hasta el otro día, cuando Al-Youssef y yo hablamos de él en la comida. Debía de ser un niño cuando acabó la guerra. —Ramzy asintió. Ben Asser, por su parte, no podía dejar marchar al egipcio sin ponerle una tarea muy concreta—: Trate de averiguar a qué empresas representa, dónde se hospeda, quiénes son sus contactos, qué material está vendiendo..., en fin, todo lo que pueda. Y recuerde: máxima discreción, no diga nada a nadie.

Ben-Asser le estrechó la mano y le deseó suerte. Sabía que había lanzado a un hombre codicioso y despierto a la caza de información a su propio país. Con la ayuda de aquel dinero sabría encontrar la información que precisaba.

Ben-Asser volaría hasta Egipto sin consultar a nadie. Al menos esa fue su primera intención, pues estaba encelado en la búsqueda de los contactos y negocios que unían a Skorzeny con el nuevo estado de la República Árabe Unida. Las semanas de espera en Madrid se le empezaron a hacer largas al no poder hacer seguimientos estrechos al austriaco, temiendo que los egipcios se los hicieran a él.

Una de las primeras mañanas en las que quiso ir a su piso de la calle Montera y aparentar una cierta actividad profesional, se sentó a repasar las referencias que había acumulado. «¿No será mejor que vaya a Tel Aviv y explique los contactos que he hecho? —pensó Ben-Asser—. Ellos podrán fácilmente desplazar más hombres a Egipto y contrastar la información que me proporcione Ramzy. ¿Y qué clase de

informe voy a llevar en el que solamente apunto que Skorzeny está vendiendo material o proporcionando hombres a Egipto?»». Ben Asser se debatía en dudas.

No habían pasado tres semanas cuando Ben-Asser, utilizando el pasaporte de Thibaut Dumont, llegó a El Cairo. Desde el hotel Semiramis llamó a Ramzy para reunirse con él. Antes aún le había mandado una carta desde Madrid anunciándole su próximo viaje. Tenía prisa en recoger resultados concretos que pudiera trasladar a sus jefes. Esa misma urgencia le mantenía activo e incansable, tanto, que ni siquiera se sentía cansado, a pesar de haber realizado un viaje hasta Londres con Iberia y otro de Londres a El Cairo con la TWA, sin apenas tiempo para descansar.

Ben-Asser quiso quedar con Ramzy la misma tarde en la que había tomado la habitación del hotel. La decoración de la habitación en estilo imperio le pareció en extremo elegante para un soldado austero como él. Su único capricho era la costumbre que había adquirido por los baños turcos, y a falta de estos, o del tiempo necesario para tomarse uno, alternaba la bañera caliente con la ducha bien fría. Se dio un baño seguido de una ducha bien fría y cuando estuvo seco y con el cuerpo tibio y sin atisbo de sudor, se vistió con un traje de color arena sin corbata y bajó hasta el *hall* del hotel para esperar a Ramzy.

Debido a la hora avanzada y a que no se sentía completamente seguro en una ciudad que apenas conocía, sugirió cenar en el restaurante que se encontraba en un patio cubierto ajardinado y fastuoso, dentro del propio hotel. Aquel edificio de seis plantas había sido inaugurado en 1907 por un empresario suizo que había decidido levantar el mejor hotel de El Cairo en el distrito de Kasr al-Dubara, siendo asimismo el primero de los hoteles que se construyeron en la propia orilla del río, por lo que muchas habitaciones asomaban sus balcones a la excepcional vista del Nilo surcado por las vistosas falucas. Desde el balcón del bar, Ben-Asser y Ramzy disfrutaron de la contemplación de una sinfonía de velas blancas y grandes aves adornando el cielo de la anochecida.

—Como comprenderá, estoy algo cansado. Si no le parece mal, cenamos aquí, que hasta nos darán luego una cerveza... —sugirió Ben-Asser.

Una vez que estuvieron sentados, el visitante se dejó aconsejar por Ramzy y pidieron *kushari*, un plato típico y contundente que consistía en un revuelto de legumbres con pasta, salpicado de ajo, vinagre y salsa de tomate. Ben-Asser pensó que aquella cena le serviría para reponer fuerzas después de un viaje tan largo. Pidió una cerveza, mientras que Ramzy se conformó con un refresco: era evidente que ya no era un extranjero que pudiera tomarse algunas libertades.

—Tengo, señor Dumont, buenas noticias. El señor Skorzeny es toda una personalidad en las altas esferas. —Ramzy sonrió algo nervioso y sacó una nota que repasó antes de hablar con un tono bajo, de confidencia—. Representa a compañías europeas como la griega Pyrkal, o la española Ecia, fabricante de morteros de 60, 81 y 121 milímetros, y tiene grandes contactos en el Ministerio de Defensa, sin contar con que ha sido invitado muchas veces a palacio por el presidente Nasser.

Aquí se ha reunido con el general Mahmoud Khalil y con sus ayudantes, responsables del desarrollo y aplicación del nuevo armamento. Y con alemanes parece tener relación con bastantes de los ingenieros como Wilhelm Messerschmitt, Ferdinand Brandner, el profesor Heinz Krug...

—Todo esto que me cuenta es muy interesante —contestó Ben-Asser—. Supongo que mañana tendremos ocasión de sentarnos para que yo le indique dónde debemos concretar.

—Messerschmitt ha trabajado en Sevilla para Hispano Aviación, desarrollando el caza a reacción que llaman Saeta. Se dice que ha venido a Egipto para mejorarlo —comentó Ramzy, ampliando los datos que había obtenido.

—Mañana quisiera concretar las direcciones y nombres a los que se habrán de dirigir los americanos. Todo esto es muy útil para nosotros.

Ben-Asser se encontraba cansado, con pocas ganas de hablar, pero de buen humor. Quiso aún tomar otra cerveza en el piano bar antes de subir a acostarse.

Aunque el coronel Schujman había advertido a Ben-Asser sobre la preocupación del Instituto por los planes del presidente Nasser, no le había dicho que habían logrado infiltrar a un agente israelí en el mismo meollo de la alta sociedad cairota. Y que lo había hecho, precisamente, con el objetivo de descubrir la trama de científicos alemanes que trabajaban para el desarrollo del armamento egipcio. El hombre elegido era Wolfgang Lotz, un alemán de madre judía y padre alemán, que había emigrado a Palestina siendo joven, cuando sus padres se separaron a principios de los años treinta. Allí adoptó su nombre hebreo, Ze'ev Gur-Arie; estudió y se enroló en la Haganah. Durante la guerra sirvió dentro del Ejército británico y de regreso a Israel fue captado por el incipiente aparato de inteligencia que todavía no se llamaba Mossad.

El hecho de que Wolfgang Lotz fuera enteramente alemán —tanto de nacionalidad y apellido como de cultura—, unido a la circunstancia de que su madre no había observado la ley judía, por lo que no estaba circuncidado, terminaría por convencer al Mossad de su perfecta idoneidad para hacerse pasar por un antiguo combatiente alemán. Podría superar ser desnudado para someterse a un registro o incluso mantener relaciones íntimas con mujeres sin que llegaran jamás a sospechar su origen judío.

La iniciativa de Ben-Asser de colocar un informador en la capital de Egipto era otro intento que en nada perjudicaba al que Israel estaba llevando a cabo a través de Lotz. Hacia 1960 los israelíes tenían un conocimiento muy limitado de cuáles eran las verdaderas intenciones de Egipto, sabían solamente que un número muy significativo de antiguos militares y científicos alemanes trabajaban allí. Todavía era pronto para saber si aquel impulso podría terminar siendo peligroso para Israel.

En su primera mañana en El Cairo, Ben-Asser fue conducido por Ramzy hasta el hotel Shepheard para almorzar. Era la versión moderna y funcional de uno de los más clásicos y elegantes hoteles de El Cairo.

—Quiero presentarle a alguien. Tiene muy buena información, quizás con usted, y ante la perspectiva de hacer negocios con su empresa, sea capaz de concretar más —le dijo Ramzy—. Nuestro amigo de Madrid debía de estar bien informado —continuó Ramzy refiriéndose al funcionario Al-Youssef—. En la embajada estaban perfectamente al tanto de cómo Skorzeny propuso a su amigo el ingeniero austriaco Brandner y a Messerschmitt para el desarrollo de programa de cazas a reacción. —Ben-Asser calló, sorprendido por la precisión con que su amigo árabe enfocaba la búsqueda.

Al poco rato apareció por la recepción el contacto que había establecido Ramzy y que quería presentar a Ben-Asser. Se trataba de un ciudadano alemán que decía ser un hombre de negocios al que todos llamaban señor Schmidt. Vestía un traje muy arrugado de color claro, y el color sonrosado de su cara dejaba entrever una cierta afición a la bebida. Su obesidad le hacía sudar hasta el punto de tener que secar su rostro constantemente con un pañuelo y ajustarse las gafas sobre la nariz.

—Mi apellido real es Kempinsky, demasiado polaco, podría parecer judío, así que he preferido que todos me conozcan como Schmidt, sin más. —Esta sincera confesión sorprendió a Ben-Asser.

—Le decía al señor Dumont que Skorzeny ha traído aquí a ingenieros tan señalados como Brandner o Messerschmitt... —dijo Ramzy a modo de introducción.

—Todo fue hilvanado en las más altas instancias, entre el embajador de Egipto, el agregado militar en España, el ministro del Ejército español y Skorzeny, que hizo de enlace.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó el israelí.

—España lleva mucho tiempo vendiendo armamento a Egipto. El presidente Nasser quería el desarrollo de los cazas a reacción y España parece haber ofrecido el proyecto del HA-200, de Hispano Aviación. Aquí me han dicho que tienen una planta reservada en este hotel solamente para Messerschmitt. Así que se puede figurar el dinero que está moviéndose en esto.

—¿Y cuál es el papel del otro ingeniero? —preguntó Ben-Asser, refiriéndose a Ferdinand Brandner.

—Brandner no vive aquí, sino en la isla Zamalek, en una zona residencial muy exclusiva. Es un experto en motores a reacción, así que supongo que estará trabajando en los motores de los cazas. En realidad, estos hombres son mercenarios, lo mismo trabajan para España, que para Francia, Egipto o la India. —El elocuente alemán estaba dispuesto a contar todo lo que supiera a cambio de dólares, y para los tres se hacía evidente que el verdadero negocio que interesaba era conseguir información. Ben-Asser no volvería a mencionar las industrias americanas que decía representar. Todo se limitaba a la búsqueda de datos esclarecedores.

—¿Y sabe usted dónde tienen la fábrica? —preguntó Ben-Asser.

—Eso puede llevar un poco más de tiempo averiguarlo, pero lo podemos terminar sabiendo, claro está. Costará un poco más de dinero... —dijo el alemán, mirando de reojo a Ramzy.

Para sorpresa de Ben-Asser era notoria aquella colaboración de las antiguas eminencias de la industria militar nazi con el Gobierno egipcio. Skorzeny parecía haber actuado como siempre, como un hábil intermediario entre sus paisanos y las altas instancias.

Durante el tiempo que permaneció en El Cairo, Ben-Asser tuvo ocasión de impulsar aquellas tareas de investigación que luego plasmaría en un informe trasladado personalmente al coronel Schujman, que se sorprendió por la súbita e inesperada presencia de su hombre en Tel Aviv.

Las informaciones que con todo detalle fue refiriendo Ben-Asser a su superior captaron su completa atención aquella tarde. Mientras le escuchaba iba apuntando nombres: Al-Youssef, Ramzy, Schmidt, Kempinsky... De todos los demás ya tenía noticia. Después del proceloso relato quiso justificar su inquietud, que era abiertamente la zozobra de todo el Instituto.

—Isaac, mi preocupación es la de nuestro jefe: Israel está en peligro. Esto es algo que todos sabemos, cualquier israelí está advertido de que existe una amenaza permanente sobre nuestro pueblo. A pesar de ello, nuestra tarea es la de ayudar a la gente a vivir. Nosotros, Isaac, los que servimos al Gobierno, tenemos que mantener la tranquilidad y la esperanza. Solo está justificada la alarma cuando el peligro es inminente —comenzó por decir Schujman—. La formación de esta nación y de este Estado es el mayor logro político del siglo. Ningún pueblo ha tenido las dificultades del nuestro.

—Ni los padecimientos —añadió Ben-Asser.

—Doce años después podemos contemplar nuestra obra. Nadie creyó que un pueblo de comerciantes errantes como el nuestro supiera armarse y construir un ejército tan fabuloso. Nuestra fe y nuestra determinación son las que nos harán prevalecer. Nuestros hombres serán los que nos den la medida de nuestros enemigos.

—¿Tan grave consideras la amenaza de Egipto? —preguntó Ben-Asser clavando sus ojos oscuros sobre el rostro del coronel.

—Absolutamente. Tarde o temprano las naciones árabes provocarán la guerra con Israel. Tu informe no es más que la constatación del compromiso de Nasser por convertir a la República Árabe Unida en una gran potencia militar. Tenemos que impedir ese desarrollo y para ello hemos colocado algunos hombres en los lugares clave, pero te confieso que hasta ahora no hemos conseguido mayores informaciones que la que tú nos traes. Es indispensable poner en marcha una operación en España y

queremos que seas tú el encargado de conducir a nuestros agentes hasta allí — concluyó el coronel.

Los dos se quedaron un momento callados y aprovecharon para apurar la taza de té que les habían servido al comienzo de la entrevista.

—Por cierto, ¿qué impresión tienes de Skorzeny? —preguntó Schujman.

—Yo creo que es un pícaro, un arribista... y un hombre con algunos méritos, no cabe duda —contestó secamente Ben-Asser, como si sintiera alivio por desmerecer cualquier leyenda que pesara sobre el mito. Esta respuesta tan inmediata debió de sorprender a Schujman.

—¿Lo tienes en tan poca consideración?

—No. Creo que es una persona de valor y un absoluto sentido de la anticipación. Además, pienso que es un luchador, apenas descansa en su propósito de ganar dinero. No le veo con otra preocupación que la de mantener la buena posición económica que ha conseguido, incrementarla y mantener su reputación.

—¿Cuál es su vínculo con antiguos jefes de las SS?

—Es pronto para saberlo, pero creo que no es su objetivo primordial. Creo sinceramente que la guerra es un asunto pasado para él. Su único interés es mantener viva la leyenda y seguir percibiendo derechos por sus libros y entrevistas. A decir verdad, no para de ganar dinero por unas y otras fuentes. Como comisionista no tiene precio, no hay negocio en el que no intente mediar. Lo mismo representa a los grandes industriales alemanes amigos suyos que a empresas españolas que venden material a Egipto.

—¿Y qué papel crees que tiene para el presidente Nasser? —preguntó Schujman.

—Creo que tuvo mayor acceso al palacio del presidente hace unos años. Sigue intermediando, en cualquier caso. Tiene entrada en cualquier ministerio porque es una personalidad, tanto en España como en Egipto.

—Antes de terminar, me gustaría decirte que nos consta que los planes de Egipto no se limitan a los cazas a reacción de Messerschmitt y Brandner. Existe un programa de misiles muy avanzado. Esta es nuestra mayor preocupación, no sabemos si Skorzeny sabe algo de todo esto. En unos días estaremos en disposición de asignarte la misión concreta y los nombres de los agentes. Todos deberán estar en España en unos meses.

El gesto serio de Schujman contagió aquella sensación de precariedad con la que convivían los precursores de Israel y de la que Ben-Asser se fue liberando en sus últimos viajes, ajeno como estaba a las graves preocupaciones.

Al cabo de unas semanas, la Operación Adriano había tomado cuerpo sobre el papel y Ben-Asser volaba hacia los Estados Unidos para conformar al comando que desembarcaría más tarde en España, el cerco sobre Skorzeny se estrecharía sin que él llegara a sospechar hasta qué punto cuatro hombres seguían sus pasos para conocer cada detalle de su vida y hasta dónde llegaban sus contactos e influencias.



## XVI

### Los extraños negocios

Nada más comenzar el año 1961, los agentes judíos reclutados en Los Ángeles llegaron a España. Eran supuestamente: Marcel Neyman, Thomas Seymour, Claudio Moretti y Ricardo Rodríguez.

Una vez establecido el comando en Madrid, su primera inquietud fue la de encontrar la oportunidad de liberarse de la obligación diaria de tener que acudir al rodaje. No resultaba sencillo porque la coartada para permanecer en España era la de formar parte de la plantilla de la productora de Samuel Bronston.

Entretanto, las labores de seguimiento se fueron haciendo de forma esporádica siguiendo los dictados de Marcel, el jefe del comando, que se había instalado en un piso de la calle Montesquiza. Él fue el primero en desengancharse de su compromiso con la productora, aunque formalmente seguía en nómina y se suponía que desempeñaba desde su casa los trabajos de localización de exteriores idóneos para el rodaje. Desde su privilegiada base de operaciones decidió establecer una ruta de cafés a los cuales acudiría en horas muy concretas cada día, de manera que estaría siempre localizado. Este sería el único sistema de comunicaciones que se le permitiría a los miembros del comando y al que podían recurrir solamente cuando hubiera que trasladar novedades de suma importancia.

El primer lugar en el que se le podría encontrar sería el café Teide del paseo de Recoletos en la esquina con Bárbara de Braganza o el café Gijón, a tan solo unos metros más arriba del paseo. En él estaría desde primera hora de la mañana hasta algo antes del mediodía. Desde allí se encaminaría hasta una pequeña tasca de su agrado en la calle Barquillo llamada Casa Arango, donde tomaba el aperitivo. A Braulio, el Segoviano, un camarero muy conocido de aquel local le dejaría dicho dónde comería cada día. De esta forma, podría variar su recorrido y acudir a sitios distintos. Esta rutina podría verse alterada por el hecho de que todos se hubieran reunido y dispusiera de otros lugares o locales donde podría ser localizado. Ocasionalmente también podía suspender su ruta y comunicar a través de Thomas cualquier otro procedimiento de comunicación. Y si ninguna otra instrucción lo remediaba, aprovecharía la primera hora de la tarde para descansar en su casa y luego echar el resto de la tarde en el café Comercial de la glorieta de Bilbao. A última hora se recogería. Este esquema buscaba varias cosas a un tiempo: por un lado, captar



información en la propia calle, y por otro, estar localizado sin que ninguno de sus hombres tuviera jamás que acudir a su domicilio.

Marcel aprovechaba la tarde de café para apuntar tareas y escribir algunas notas, pero, sobre todo, para devorar la prensa. Para su sorpresa, en Madrid podía encontrar toda la prensa extranjera que quisiera, de forma que iba adquiriendo una soltura absoluta en la actualidad política nacional e internacional.

Apenas había comenzado Marcel su misión de seguimientos cuando aquel hombre inquieto y frecuentador de hoteles, restaurantes y cafés que era Skorzeny, apareció en el Comercial a la misma hora en que Marcel se disponía a leer uno de los periódicos que llevaba consigo. El hecho de que su objetivo apareciera así, en uno de sus locales, le turbó y hasta le hizo sentirse algo indispuerto. Envolvió el *Daily News* dentro de una edición del diario nacional *Ya*. Venía apreciando, desde hacía días, que la lectura de diarios extranjeros despertaba demasiada curiosidad en un país en el que tan poca gente dominaba otras lenguas. Con mayor motivo, al entrar su hombre se veía obligado a pasar por un español más; por nada del mundo quería llamar la atención de Skorzeny. Este se había presentado allí para su sorpresa, porque era más dado a los bares y cafeterías de los hoteles próximos al paseo de la Castellana, como el Savoy, el Hilton o la cafetería Kontiki.

Marcel estaba sentado según su querencia en uno de los bancos de la pared para así poder contemplar el desfile de gentes que entraban y salían. Se había pedido, como siempre, un discreto café con leche. Pero como de costumbre se lamentaba, aunque de forma íntima, por no tener el atrevimiento de pedir el habitual chocolate a la taza con churros del Comercial. El dulce era una secreta debilidad de quien por puro estoicismo nada más en privado se permitía semejantes caprichos.

Desde una mesa próxima a la suya observó que se levantaban dos hombres de su edad que se acercaron hasta el sitio que ocupaban Skorzeny y otro señor que le acompañaba. Pudo apreciar los elogiosos saludos. Eran dos periodistas del diario falangista *Arriba*, cuya redacción se encontraba en la próxima calle de Larra. Marcel no podía saber todavía que el Comercial era el centro de reunión y tertulia de muchos periodistas como aquellos dos que luego serían considerados maestros del periodismo: Ismael Herráiz y Enrique de Aguinaga. El primero de ellos había publicado con cierto éxito el libro *Italia fuera de combate*, que era una crónica de la derrota de Italia en la guerra, por lo que era buen conocedor de la figura de Skorzeny.

Y cuando parecía que aquella reunión se resolvería sin más, vio Marcel cómo bajaban por las escaleras, desde el salón de arriba, un grupo de hombres, que también compartían esa edad aún vistosa de los primeros cuarenta, y que con grandes muestras de entusiasmo saludaron a Skorzeny. Se trataba de la tertulia de antiguos soldados de la División Azul que se hacía llamar la Peña del Silencio y que se reunía frecuentemente en la parte de arriba del café Comercial. El más menudo, que también parecía el más joven, tenía el pelo rubio, como su bigote, los ojos azules y un gesto alegre y pícaro que solo podía contagiar simpatía. Más tarde Marcel tendría

conocimiento de aquel legionario que había combatido en la División Azul en el frente de Leningrado hasta los últimos días; estaba bien orgulloso de haberse luego enganchado a la Legión y vivía desde niño allí al lado, en la calle Fuencarral. Se llamaba Juan Serrano-Mannara Ramírez de Verger y lucía en su brazo izquierdo, por encima del codo, el tatuaje de un águila portando una cruz gamada. Era cierto que aquel emblema no era visible más que cuando Juanito, como todos le llamaban, se remangaba. En el antebrazo derecho se veía una vistosa serpiente que no parecía responder más que a un alarde de legionario. Eran entonces tiempos en los que solamente las gentes de mala vida se maltrataban la piel con tatuajes.

Aquella tarde temprana Marcel tuvo la inmediata impresión de que en España su objetivo era tratado como una personalidad y le preocupó que acaso esta circunstancia lo podía blindar y dificultar la operación. Era todavía pronto, sin embargo, para sacar mayores conclusiones.

Por aquellas fechas, volvió Skorzeny a encontrarse en la Gran Peña con un atractivo personaje de la alta sociedad madrileña y con quien ya había coincidido varias veces, también allí, en los primeros tiempos, recién llegado a Madrid en los años cincuenta y cincuenta y uno. Se trataba de Álvaro Gálvez de Caldaloba y Gómez de Ulloa, sobre quien circulaban rumores y comentarios de toda índole, pocos de ellos favorables. Tan solo recibía la admiración y la estima de aquellos que no eran de su clase, humildes empleados que agradecían la generosidad de quien se decía que lo había perdido casi todo.

—Se dice que estoy acabado, que no me queda un duro —le confió el marqués a Skorzeny desde una posición que podía parecer de hombre mucho mayor, aunque realmente solo le sacaba unos ocho años. Pero se había hecho hombre mucho antes, en la guerra de África entre el año 1920 y 1925—. Es en parte verdad que ya no soy un hombre rico, pero también lo es que hay fortunas que aguantan mucha ruina. Fíjese, amigo Skorzeny, que se dice que en España el triunfo no se perdona. Pero yo le digo que si hay algo con lo que se puede ser despiadado e inmisericorde, si hay algo que puede desatar los peores instintos de la sociedad, es tener a su merced a un rico arruinado. ¡Con qué regocijo, con qué delectación se hacen los más morbosos comentarios! Yo ya circulo con un sambenito colgado que dice: «No tiene un duro». Bueno, y entonces, ¿de qué vivo? ¿Cómo mantengo mi casa con cierta dignidad?

Skorzeny escuchaba atentamente y encantado de encontrarse con un valiente legionario que le hablara con tanta franqueza de sus desdichas.

—Bueno, pues yo se lo diré a usted porque me inspira confianza y porque aprecio que también usted tiene que cargar con alguna fama que no le corresponde. —Al escuchar esta aseveración tan enigmática, Skorzeny se sintió algo turbado e intrigado, pero le dejó continuar—. Si yo me hubiera dedicado a vender las obras de arte de nuestro palacete de Zarauz y de nuestras otras casas, hoy sí que estaría

verdaderamente arruinado. Pero siempre me he dedicado a comprar y vender obras de arte, de forma que he terminado por sacar provecho a mi fama de aristócrata caído en desgracia. El dinero ha cambiado de manos, amigo Skorzeny, y yo dejo que los industriales y los nuevos capitalistas creen que se están aprovechando de mí. No se puede imaginar con qué avidez y codicia acuden ante el reclamo de poder comprar al marqués arruinado.

—¿Así que usted está en el comercio del arte? —le preguntó Skorzeny.

—Sí, así es. Y siempre lo he estado. He sido un diletante; me ha faltado constancia para ser un estudioso, aunque tenía, obviamente, los medios para convertirme en una autoridad y hasta en un catedrático de arte. Ya mi padre era un gran estudioso de la arqueología, su colección podía competir con la del marqués de Cerralbo. A mí me ha interesado, sobre todo, la pintura. Fundamentalmente la pintura antigua, hasta el XVIII.

Álvaro Caldaloba, en sí mismo, no tenía por qué ser sujeto de interés para Skorzeny. Políticamente se le consideraba un desafecto, a pesar de su pasado legionario, lo que no era más que una entera excentricidad para alguien de su posición. Un poso de amargura quizá le había llevado a distanciarse de todos los de su clase y por eso solía reñir con ellos y se declaraba abiertamente crítico con cualquier Gobierno. No tenía, por tanto, influencias en las grandes esferas de la Administración. Tampoco tenía contactos en el ámbito mercantil o industrial, al que, como buen aristócrata español, había desdeñado desde siempre. Skorzeny no era amigo de perder el tiempo con alguien que considerase no le podía reportar algún beneficio. Y, a pesar de todo, en aquella conversación parecía abrirse un resquicio de oportunidad.

—Pues tengo, don Álvaro, un amigo alemán que puede ofrecerle cosas muy buenas a un precio razonable —le dijo Skorzeny al marqués.

—Yo tengo eso que ustedes, los hombres de negocios, llaman proveedores habituales —le contestó—. Quisiera preguntarle, no obstante, una cosa: ¿puedo suponer que son cuadros que provienen de los azares de la guerra? —preguntó el marqués con la mayor delicadeza, ya que enseguida había pensado en cuál podía ser el origen de aquellos cuadros.

—Todos son cuadros legales, algunos fueron puestos a salvo por ciudadanos alemanes antes de la caída.

Skorzeny se aproximó decidido hacia este asunto como a cualquier otro que pudiera representar un negocio. Álvaro Caldaloba, por su parte, no se sintió en situación para tener muchos miramientos o escrúpulos, había que seguir viviendo.

Cuando se despidieron, Skorzeny se ofreció a llevarle en coche hasta su casa en Chamberí, pero era una tarde agradable, por lo que el marqués declinó el ofrecimiento.

—Se lo agradezco de verdad, pero me gusta caminar. Es lo único que me queda de legionario. Avíseme cuando quiera que me acerque a ver esos cuadros.

De esta forma quedaron los dos emplazados para verse, una vez que Skorzeny pudiera cerrar una cita con su amigo alemán.

Algunos días más tarde Skorzeny visitaría en la Gran Peña al marqués para cerrar la cita. Álvaro Caldaloba no pensaba que el austriaco pudiera llegar muy lejos en sus propósitos de hacer negocios en el mercado del arte. Este lo debió de percibir, de forma que quiso preguntarle sobre las dificultades que encontraba en el negocio.

—No es que yo crea que usted no tiene facultades para el comercio, pero el arte no es un negocio como los demás. Como decimos en España, hay que mamarlo. Y no se moleste usted pensando que yo quiero decir que este sea un ámbito reservado para los que han nacido en casas de fortuna; no, no es eso. Ni mucho menos. Mire que hay grandes anticuarios que son humildes gitanos del Rastro, pero que tienen un instinto, o acaso hayan visto en sus casas cómo se compra. Que, como usted sabe, es lo más difícil en cualquier actividad. Comprar es lo más complicado.

Skorzeny pareció escuchar aquellas razones pero sin sentirse en modo alguno aludido.

—Mire usted, don Álvaro, tampoco un ingeniero de más de treinta años valía para la milicia y he llegado a coronel alcanzando la Cruz de Caballero —replicó el austriaco.

—Eso es cierto, y no me esforzaré mucho en cargarme de razón. Esto de llevar razón, o de conseguir que te la den, es a veces una carga muy pesada. Nada impide que podamos hacer algunas cosas buenas. Estoy a su disposición para quedar con su amigo alemán.

De esta forma se terminó fijando la cita para el día siguiente en el salón circular del hotel Palace, bajo la impresionante bóveda de vidrieras que, como en todas las casas nobles de Madrid, estaban firmadas por los hermanos Mauméjean. A la cita con Skorzeny y el marqués, acudió un pintor alemán llamado Klaus Baumann y un conocido anticuario, Linares. Ninguno de los cuatro hombres podría imaginarse que estaban siendo vigilados.

La reunión sería dirigida por el marqués, que no tuvo ninguna prisa por entrar en el fondo del asunto. Venía vestido haciendo honor a su título, con una americana de pata de gallo marrón, zapatos ingleses y una impecable camisa blanca que abotonaba con unos gemelos de oro con dos rubíes, combinados con la preciosa corbata de color granate. El alemán y el austriaco se impacientaron al comprobar la parsimonia con la que aquellos dos señores españoles iban de unas anécdotas a otras; hacían repaso a amigos comunes, a artistas conocidos y admirados por los dos y por diversos detalles del mundo del arte. Pero no se atrevieron a interrumpir. Álvaro Caldaloba se divertía al adivinar la inquietud de los espíritus prácticos y lanzó un primer manotazo para dejar sentado quién tenía allí el verdadero rango de jefe.

—Nos van a disculpar que hablemos las cosas a nuestra manera. —Y quiso traer aquí una cita que le servía en muchas ocasiones—: Como dijo mi amigo el escultor Navarro Santafé: «Aun cuando los tiempos pasan, quedan los linajes y con ellos sus

españolas virtudes». Y es que yo no hago ningún negocio si no me divierte. Si se trata de vender de cualquier manera, para eso mando a mi secretario o al abogado, ¿no les parece? —Todos justificaron al marqués que, para aquellas cuestiones, tenía auténtica autoridad—. Bueno, ¿y qué cuadros son esos que me vienen a ofrecer? ¿Cuándo los podemos ver? Dígame, Linares, ¿por qué no los expone usted en su tienda? —preguntó a discreción.

—En primer lugar, son muchos, yo podría colocar algunos en la tienda, pero creo que sería mejor que los compradores acudieran a su casa, ya sabe, animados por la ganga —contestó Linares.

—Son cuadros flamencos y españoles del xvii. Están pendientes de atribución, muchos de ellos. Alguno podría ser un Carreño, otro un Frans Hals —añadió el pintor alemán.

—Eso son palabras mayores —advirtió el marqués.

—Si le parece, don Álvaro, mañana por la mañana podríamos quedar en mi estudio en la calle Carlos Arniches. Es preciso que tengamos buena luz —propuso Baumann para poder avanzar así en aquel proyecto de negocio.

A la mañana siguiente acudieron todos, a excepción de Linares, cuya participación en aquel negocio consistiría en enviar a algunos clientes. Klaus Baumann, por su parte, no intentó esconder que era un copista profesional, con lo que eso significaba, es decir, que era un francotirador a sueldo capaz de usar su arma para bien y para mal, para salvar o para matar. De la misma forma, un copista puede calcar una obra para preservarla y difundirla, o bien puede fusilarla creando una falsificación con el ánimo de engañar a un comprador de buena fe. Pero existe también una tercera posibilidad más sutil y que suele quedar impune, que es la de crear una obra que en todo recuerde a un autor, de forma que se pueda conseguir la atribución de un experto. Esta es una forma de acuñar moneda que, una vez superado el filtro sinuoso de los expertos, pasa a cotizarse como arte bueno y legal. Nadie sabía a qué se dedicaba este Baumann, pero tampoco trató de ocultar el peligro de su actividad. Incluso estaba dispuesto a ofrecer sus servicios al marqués y dejar que fuera él quien precisara si quería aprovechar alguno de los cuadros allí almacenados o prefería contar con la laboriosidad del pintor.

Skorzeny y el marqués llegaron por separado al Rastro, porque este no se dejaba acompañar y prefería ir siempre solo. Baumann había colocado allí una sucinta exposición de los cuadros que le parecían principales, y dejó los demás para sacarlos más adelante. Sobre el caballete se encontraba la copia que estaba ejecutando de la pintura que figuraba en la fotografía pegada en la pared. Esto fue lo primero que llamó la atención de Álvaro Caldaloba.

—Fíjense que venir hoy hasta aquí merece la pena solamente por ver a un artista como usted —observó el marqués, que no quiso entrar en otras cuestiones.

Pasó casi de puntillas sobre aquel ejercicio, como si temiera que se le pudiera utilizar para colar copias, que era, en definitiva, lo que podía pasarle a alguien que

tratara con copistas; mandó que le sacaran los cuadros que permanecían apoyados, unos sobre otros, que no estaban a la vista. No se conformaba con ver aquella primera tanda nada más. De entre todos encontró al menos dos que le parecieron muy buenos, y no eran aquellos cuya atribución a grandes firmas estaban persiguiendo.

Al fin, el marqués había entendido de qué se trataba todo aquello: aquellos pájaros necesitaban su linaje y su morada para dar prestigio a las obras que Baumann fabricaba y a aquellas otras que, aunque auténticas, carecían de una procedencia acreditada. Los cuadros colgados en casa de un marqués como él pasarían inmediatamente a valer mucho más. Se dio cuenta de que no tenía ninguna necesidad de enredarse con aquella gente, y que podía seguir funcionando como hasta entonces. Sintió también alguna vergüenza ajena por el atrevimiento con el que los alemanes habían sido capaces de mostrar su industria. «¿Cómo son capaces de ofrecermé estas cosas a mí?», se fue repitiendo el marqués según caminaba con prisa hacia la calle Toledo, con urgencia por tomar un taxi que le llevara a su casa; y que no era más que prisa por dejar atrás a tan siniestros personajes.

Ricardo no podía seguir a Skorzeny mucho más allá de la calle Mayor sin que él lo advirtiera, porque ya venía trabajando para el sastre Bernal. Desde la calle Correos tomó Claudio el relevo sin tener certeza de hasta dónde llegaría. Comenzó a llover sobre los negros adoquines de la plaza Mayor y estos se convirtieron casi en pastillas de pizarra del todo resbaladizas. Skorzeny cruzó justo por en medio hasta el arranque de la calle Toledo, amparado en su larga gabardina. Bajó contemplativo, fijándose en las recias columnas que soportan las vigas de madera de los viejos soportales. Debió de pensar en los siglos que llevaban aquellas piedras alineando la salida de la corte hacia el camino de Toledo. Pronto desfiló por delante de la colegiata para colarse directo hacia el Rastro. ¿Qué iría a hacer Skorzeny al Rastro en una tarde tan desapacible?

Claudio empezó a seguirle en la certeza de que nadie repararía en él. Desde la cuesta de Ribera de Curtidores —hermoso nombre de un antiguo oficio—, pasó delante de la estatua labrada en bronce y con primoroso detalle del héroe de Cascorro, torció hacia la plaza de otro héroe de Cuba, la del general Vara de Rey, que entonces estaba circundada de anticuarios. «¿Tendría Skorzeny la misma fiebre por las antigüedades que su camarada Degrelle?», pensó Claudio. Pero lejos de entrar en una almoneda o anticuario, siguió hasta la esquina de la calle Carnero y penetró en un moderno edificio de locales y talleres.

Claudio no podía acceder allí sin ser descubierto. Desde una esquina, con las manos en los bolsillos, disimulaba como si buscara un comercio de aquella acera, por si era capaz de averiguar un movimiento en alguna ventana. La única solución que se le ocurrió fue entrar en un anticuario que estaba enfrente, donde rezaba encogido sobre un viejo toldo el nombre de «Romero». El dueño era un gitano esbelto y

elegante que no se apuró en atender a la visita, como si quisiera que se deleitara un rato mirando las viejas tallas de vírgenes que perdieron su capilla, los santos sin protección, de saldo, los Niños Jesús de madera sobre la bola del mundo o los viejos lienzos del XVIII. Claudio solo quería un poco de charla y tiempo, charla y escaparate para poder presenciar la salida de Skorzeny que suponía no tardaría.

—¿Así que es usted italiano? —adivinó el anticuario.

—Ítaloamericano, ¿se nota mucho? —contestó Claudio, acostumbrado ya a que adivinaran su origen.

—Sí, señor. Tengo muy buenos clientes extranjeros, ¿sabe usted? —dijo el señor Romero tratando de justificar su atrevimiento. Y sin darle tiempo a preguntar por lo que quería, Claudio comenzó a divagar preguntando si sabía de algún local que se alquilara, sin perder de vista al edificio de enfrente.

A Romero le debieron de parecer algo extraños la actitud, la hora y el personaje. Desconfió un momento de él y le preguntó si se refería a los locales del señor Miralles, señalando a aquel edificio.

—Vaya y pregunte usted al portero, estará en la entreplanta. Siempre hay alguno en alquiler, ya verá.

Las sospechas del anticuario Romero se vieron confirmadas: el extranjero tan solo pasó por delante de la puerta para retirarse de nuevo, ya hacia arriba.

No había allí a la vista ningún bar, ningún local, ni siquiera un triste refugio para la lluvia. Claudio siguió subiendo y se alegró de encontrar una bodega donde también se asaban pollos y se vendían ultramarinos. Aquel podía ser un buen apostadero para esperar a la salida de Skorzeny, y quizá para recabar información.

El edificio del señor Miralles se había construido hacía poco tiempo para albergar locales comerciales y pequeños talleres, oficinas o almacenes. En él encontraban los anticuarios la oportunidad de almacenar sus existencias y los restauradores montaban sus estudios donde reparar los viejos lienzos, bargueños, cómodas y demás antigüedades. Eso es lo que Claudio averiguó en las pesquisas que hizo en la bodega mientras apuraba un chato de clarete de Valdepeñas, como era costumbre en Madrid, y que le sirvió para entrar en calor y recuperar el arrojo que la tarde lluviosa le iba mermando.

—¿Y son todos gitanos de aquí del barrio los inquilinos? —preguntó cauteloso.

—No, no. Hay de todo. Muchos son comerciantes de aquí, pero hay también gente que alquiló un localcito para guardar sus cosas y nadie sabe quiénes son. Y luego hay también algún artesano, ya sabe, restauradores, o eso dicen —contestó el bodeguero.

Claudio se conformó con la respuesta. Para su satisfacción pidió otro chato que quiso saborear despacio. Tomaba el vasito bajo y ancho, casi de juguete, por la base octagonal; deslizaba los dedos por el cristal haciendo resbalar las yemas del dedo pulgar y corazón, consiguiendo que girara en redondo sobre la chapa de estaño de la barra. Sería mejor no seguir preguntando. Ya tenía bastante: Skorzeny había ido

caminando en la tarde de lluvia y misterio desde su oficina hasta aquel edificio. Allí tan solo buscaría el encuentro con alguien o con algo. Si se trataba de alguien, debía de ser un comerciante o artesano que tuviera allí su actividad; si se trataba de algo, tendría una llave para acceder a algún almacén donde guardara enseres o documentos. Ninguna otra cosa le podía haber llevado hasta allí. Tendría que volver una mañana y asomarse al edificio para preguntar algo más. No pudo ver la hora en que Skorzeny salió del edificio, acaso porque tomara un camino distinto al de la ida. El seguimiento de ese día había terminado con una nueva inquietud y algún dato cierto: el austriaco se movía por Madrid con la soltura de uno de esos hijos de esta ciudad a los que llaman gatos.

La mañana apareció azul y propicia para lanzarse a la calle. Había amanecido el día despejado, como para allanar el camino del que hace preguntas y no quiere levantar sospechas. Todo parecía infundir ánimo, el sol de invierno regalaba la luz limpia del consuelo y servía de empujoncito para salir a buscar una oportunidad.

Claudio se presentó en el portal del edificio para echar un vistazo a los nombres de los buzones antes de que apareciera el portero. Pero los porteros madrileños son implacables y nada se les escapa. En cuanto este oyó el ruido de la puerta se dejó caer por las escaleras.

—¿Busca algo, señor? —preguntó al instante.

—Hola, buenos días. Mire, estoy interesado en alquilar un local. ¿Me podría decir si tienen algo libre? —preguntó Claudio, según llevaba pensado.

El portero le informó de que quedaban cuatro locales libres, casi uno por planta. Claudio, con disimulado entusiasmo, pidió que se los enseñara todos para poder elegir. En menos de un cuarto de hora había podido recorrer todo el edificio. A cada trecho se interesaba por los vecinos.

—¿Y aquí quiénes tengo al lado? —preguntó por tercera vez.

—Bueno, pues no me acuerdo. Pero ¿para qué le interesa tanto, a qué quiere dedicar el local? ¿Lo quiere para almacén o para trabajar en él? —preguntó intrigado el portero.

—No. Solamente para guardar muebles, pero claro, uno se preocupa.

—No tenga usted cuidado. ¡Aquí no se mueve una rata sin que yo me entere! Hay anticuarios que guardan verdaderas obras de arte y nunca ha habido un problema. Pensé que era usted uno de esos pintores...

—Ah, ¿pero hay pintores con estudio acá? —preguntó Claudio.

—Sí, sí. Hay aquí uno alemán muy bueno. Y otro español. No quieren que nadie les moleste. Por eso pensé que era uno de ellos. Los artistas, ya se sabe, tienen sus manías, pero ni se entera uno de que están dentro. —Esta explicación del portero sirvió para que Claudio se orientara.

—¿Y cómo se llama ese pintor? A lo mejor le conozco.



—Yo solo sé que lo llaman Klaus, no recuerdo el apellido.

Marchó satisfecho Claudio, con la urgencia de trasladar a Marcel estas novedades. Era muy probable que Skorzeny se dirigiera a aquel edificio a encontrarse con un pintor o restaurador alemán, aquel tal Klaus. Había que seguir indagando.

En los días siguientes los israelíes supieron que Klaus se apellidaba Baumann y que llevaba en España desde después de la guerra. Sin embargo, seguían interesados en saber cuál era el vínculo que le unía a Skorzeny, y en descifrar si aquella era su auténtica identidad o se trataba de un prófugo de la justicia. Comenzaron a investigar los círculos en que se movía y el canal que utilizaba para colocar sus obras.

Para sorpresa de Marcel y Claudio, el único anticuario que parecía haber frecuentado Klaus no era del Rastro. Cualquiera hubiera pensado que el alemán había elegido aquel emplazamiento para estar cerca de aquellas docenas de anticuarios que comenzaban a disfrutar un momento boyante, después de muchos años de triste pasar. Su nombre era Linares, un anticuario de la plaza de las Cortes, a quien Klaus visitaba en su tienda y al que acompañaba para dejarse invitar en Edelweiss, a tan solo dos o tres manzanas.

Edelweiss era un restaurante sencillo, regentado por un alemán, al que acudía un público variado, pero en el que nunca faltaban los procuradores en Cortes antes o después de una sesión parlamentaria, los periodistas que hacían de aquel lugar su mentidero o algunos diplomáticos y empresarios que tenían negocios con Alemania.

El comando israelí consiguió hacer un seguimiento exhaustivo a aquella pareja formada por el prestigioso comerciante y el pintor desconocido. Klaus y Linares almorzaban en la mesa contigua a Claudio y Ricardo; Marcel y Thomas entraron en el local que el alemán tenía arrendado en el edificio del señor Miralles. Los primeros debían obtener fotografías del pintor y del anticuario para remitir al Instituto; los segundos procurarían averiguar qué era lo que el alemán hacía en aquel local.

Después de burlar la cerradura del estudio, Marcel y Thomas se plantaron ante el auténtico lugar de trabajo de un pintor. Todo estaba dispuesto como le gustaría a un artista meticuloso y atento: las ventanas estaban cubiertas por un velo fino de papel cebolla que tamizaba el fuego de luz que penetraba en aquel piso alto orientado al mediodía, un caballete soportaba un lienzo viejo al que se le había sustraído la pintura, sobre el que se estaba pintando un descendimiento de Cristo y una gran lámina a color que representaba el cuadro completo de esa escena estaba pegada en la pared. Marcel y Thomas trataron de leer alguna firma o atribución para el cuadro allí fotografiado, pero no había ninguna indicación y tampoco eran ellos expertos, ni siquiera aficionados, a la pintura, de modo que no tenían manera de saber que se trataba de una obra italiana del siglo XVI.

Inmediatamente después de aquellas primeras pesquisas sobre el estudio, comenzaron a revisar los pocos muebles y cajas que allí se amontonaban. Había

muchos cuadros apoyados, unos sobre otros, como barcos abarloados en el muelle que era la pared. Ninguna conclusión sacaron de su escrutinio, tan solo que había allí muchos cuadros antiguos, unos perfectamente conservados y otros en estado muy deplorable.

Sobre un discreto escritorio había alguna carta y un recibo firmado por el señor Miralles. En todos los documentos aparecía como único apellido «Baumann».

Aquella misma noche Marcel elaboró una nota que sería transmitida a Ben-Asser de forma cifrada:

Madrid, 19 de enero de 1961

KLAUS BAUMANN, local de la calle Carlos Arniches 9. Pintor que ha recibido visita de Skorzeny en su estudio. Está elaborando copia de cuadro antiguo y almacena muchos cuadros también antiguos. Se desconoce su procedencia. Se cita con importante anticuario ARTURO LINARES en su tienda de la carrera de San Jerónimo y en el restaurante Edelweiss, importante centro de reunión de colonia alemana y personajes de la política y los negocios.

Al tiempo que redactaba la nota, Marcel discurría: «Para mí que todo esto del pintor y del anticuario está bastante claro. Klaus elabora copias de cuadros antiguos y Linares se dedica a colocarlos con una falsa atribución. No cabe otro negocio».

Aguardó a la reunión que el comando mantenía cada dos domingos en el restaurante Mayte, que estaba entonces al final de la calle General Mola. Hasta allí se acercaban a comer muchos de los que trabajaban en la productora de Bronston, por lo que no se sentían del todo extranjeros en aquel local. Sentado en la mesa de la esquina, Marcel contemplaba cómo desfilaban los contados coches que alcanzaban aquel extremo de la ciudad y los clientes que iban entrando. Cuando tuvo sentados a todos sus hombres les expuso su pensamiento:

—Es obvio que Karl es un buen pintor. Yo no soy ningún experto, pero lo que vi en su estudio me dice que lo que él pinta no lo hace cualquiera. Está copiando una obra maestra sobre un lienzo viejo; almacena marcos y lienzos antiguos y se reúne con un anticuario del que he averiguado algunas cosas... —En ese punto Marcel sacó del bolsillo interior de su americana una nota—. Hemos sabido que Linares llegó a encargarse de figuras al joven escultor Luis Sanguino para hacerlas luego pasar como tallas del XVII. Antes de la guerra también se vio envuelto en una red de contrabando de arte español que era ilegalmente sacado al extranjero. Y, por último, sabemos que hasta su tienda han llegado iconos de Rusia, probablemente traídos por algún veterano de la División Azul.

—¡Vamos, que es una joya de hombre! —exclamó Claudio.

—¿Y sabemos si el nombre de Karl Baumann es auténtico? —preguntó Ricardo.

—Parece ser que sí. Está limpio. No está buscado por la justicia, pero eso no quiere decir que las obras de arte tengan un origen legítimo —contestó Marcel.

—¿Y qué pinta Skorzeny en todo esto? —volvió a preguntar Ricardo.

—Eso sí que no lo sabemos —contestó Marcel—. Puede que no participe en absoluto y que sea solamente un amigo, un viejo camarada que busca su ayuda y sus contactos, o puede ser que se dedique también a este trapicheo.

A medida que avanzaba la sobremesa, Marcel comprobó cómo el tráfico se intensificaba y circulaban bastantes autobuses llenos.

—Van al fútbol, hoy juega el Madrid —anticipó Claudio, antes de que preguntaran al camarero adónde iba toda aquella gente en una hora tan tranquila del domingo.

—¿Y si vamos nosotros también a ver el partido? —sugirió Thomas, entusiasmado con la idea de mezclarse con el tropel y compartir una fiesta tan popular.

Marcel estaba de buen humor y consintió aquella distracción. Por primera vez acudieron al estadio Santiago Bernabéu para ver aquel Real Madrid de Di Stefano, Puskas y Gento.

El comando israelí no había sido más que un observador de los tejemanejes de una partida de pícaros, que eso, y no otra cosa, es lo que eran el pintor alemán Baumann, el anticuario Linares, Skorzeny y el marqués —aunque este último se hubiera sabido apartar a tiempo—. Algunos de estos cuadros tenían dudoso origen porque eran simplemente cuadros antiguos de autoría desconocida, y nadie podía probar su procedencia. El que dos alemanes tan singulares como Baumann y Skorzeny los ofrecieran era motivo para sospechar que podían provenir de cualquier expolio. Pero algunos otros cuadros tenían directamente un origen fraudulento pues eran copias o recreaciones que se hacían pasar como originales de obras de antiguos maestros.

Un año después de las visitas al estudio del pintor, el marqués tendría ocasión de conocer el desenlace de aquella aventura, a través de una noticia que le llamó la atención cuando leía la prensa del bar inglés del hotel Wellington, cuyo titular decía: «Detenidos dos individuos por la venta de cuadros falsos». Siguió leyendo aquel artículo que parecía redactado exactamente para un lector como él:

Un ciudadano alemán y un comerciante español, cuyo establecimiento radica en el Rastro, han sido detenidos como presuntos autores de un delito de estafa cometido mediante la venta de un lote de pinturas antiguas. Según ha tenido noticia este diario la detención se produjo en el día de ayer y, por lo que ha podido trascender de las diligencias, al menos uno de los cuadros habría sido atribuido al maestro italiano del siglo XVII conocido como Il Guercino. Los detenidos llegaron a vender esta y otras pinturas al denunciante, que tras su adquisición recabó algún dictamen por su cuenta, del que resultó que dicho cuadro estaba falsamente atribuido y su factura era reciente, aunque de estimable calidad técnica. Dicho cuadro no resultaba ser copia de ningún original, lo que da prueba de la habilidad de los malhechores, sino que se trataba de una recreación en el estilo del pintor y para el que habían encargado la elaboración de informes de supuestos expertos.

El marqués pareció deleitarse con la lectura de la noticia, aliviado porque solo conocía al pintor alemán de haber hablado un par de veces con él. Bullía su cabeza en especulaciones sobre qué anticuario de los del Rastro se habría prestado a tal estafa, pero no le pareció que pudiera conocerlo, pues tenía la opinión de que la mayoría de ellos eran buenos profesionales. «Recurrir a esto es algo que solo pueden hacer los que no saben —pensó—. Esta es la trampa que se le ocurre a cualquier recién llegado al mundo del arte. Raro que no hayan cogido a Skorzeny, esto sería más propio de él. Este se ha librado, como siempre».

Le pareció conveniente ayudarse de otra copa de Rioja para evitar que la noticia le enojara del todo, aunque sabía que aquel escándalo no le podía salpicar ya que se había mantenido bien lejos de aquellos truhanes. «Pero a otro que no haya disfrutado tanto del arte como yo lo encandilan y se presta a que le cuelguen sus cuadros».

Pero unos meses después, aún tuvo ocasión el marqués de encontrarse al antiguo coronel austriaco en la galería Biosca de la calle Génova en una muestra retrospectiva de Zabaleta. Allí le pudo decir lo que pensaba:

—Sabe usted que leí la noticia de que habían detenido al pintor alemán que me presentó —le dijo el marqués—. Debería tener cuidado con determinadas amistades.

—Algo he oído. Pero después de nuestra reunión ya no volví a saber nada de ellos. Algo habrán hecho mal, ¿verdad? —contestó un indiferente Skorzeny.

—Yo no sé si esto lo dice usted porque piensa que me he caído del guindo. Usted está aquí en España porque es donde le dejan estar y hacer negocios. Yo no sé qué clase de privaciones habrá pasado, aunque, como legionario que he sido, me las imagino. Usted quiere ganar dinero a toda costa. Yo no les serví para su idea de camelar a ricachones inocentes porque tuvieron la mala suerte de que las primeras paredes en las que aprendí a mirar estaban vestidas de Sorollas, Mengs, Coellos, Sassoferatos y hasta algún Goya y Ribera. Y aunque haya sido yo el que lastimosamente tuvo que vender o repartir muchos de esos cuadros, esto siempre me ha gustado. Así que antes de entrar en el edificio de mi amigo Miralles ya me olía el pastel. Solo quiero que sepa que hay que tener cuidado, que de la forma más inocente puede uno prestarse a colaborar con unos estafadores, porque, vamos, eso de hacer informes falsos, eso es ya de tercera división, ¿me comprende?... Bueno, siga, siga usted con lo suyo. Ya me contará lo que le parece este Zabaleta que se nos ha muerto y que era más o menos de su misma edad... —Y dándole una palmadita en la espalda, vino a despedirse de alguien al que había conocido sin conocerlo, sin tratarlo apenas, pero con ese sentido de la adivinación que solo tienen los comerciantes y algunos poetas.

En mi visita a Los Ángeles, Ricardo Weisman me enseñó un recorte de periódico en el que se daban los nombres de aquellas personas sospechosas de haber traficado con arte expoliado durante la guerra. Entre los nombres figuraba el de Arturo Linares.

Ricardo me explicó cómo aquellos buscavidas eran especialistas en ofrecer presuntas gangas a gentes a las que les sobraba el dinero, que no se podían resistir ante la ocasión de aprovecharse discretamente de la desgracia ajena.

—Las riquezas tienden de forma natural a la acumulación —me explicó Ricardo—. De forma que no resultó difícil, tras la guerra, que muchas fortunas se dejaran tentar con el sabroso ofrecimiento de piezas de arte muy valiosas, dignas del mejor botín.

»En tiempos de paz, los bienes de esta naturaleza cambian de dueño a través de las ventas que hacen los herederos o que llevan a cabo sus propios dueños cuando algún tropiezo les hace verse apurados y necesitados de dinero. El arte es un bien que se disfruta en la quietud del hogar, en la compañía de los años, como un testigo fiel de todo un tiempo, acaso de toda una vida. Solo la necesidad aparta las grandes piezas de sus dueños.

»Pero, sin embargo, en tiempos de guerra, el caos y la destrucción arruina hogares y propicia los hurtos, el pillaje y los saqueos. ¿Cuántos millones de hogares se abandonaron o fueron destruidos en la pasada guerra?

»En aquel río revuelto hacían falta marchantes, rescatadores del arte perdido, buscadores que supieran aflorar y ofrecer las verdaderas joyas a aquellos que se las tuvieran de buenos compradores.

—¿Y qué pintaba Skorzeny en todo esto? —le pregunté a Ricardo.

—Pues él era un personaje con acceso a las fortunas, simpático, bien relacionado, al que se le suponía conocedor de valiosos secretos. Un comentario suyo servía para despertar la codicia. En realidad, él no tenía que hacer nada, pero tampoco iba a desaprovechar la ocasión de ganarse un dinero fácil por una intermediación sencilla.

»Los muertos no se pueden llevar al otro mundo sus bienes. Estos cambian incesantemente de manos. Hay quien sabe estar cerca de los objetos valiosos y de las personas que les otorgan ese valor. Skorzeny daba carta de naturaleza a ese presunto valor de los inciertos cuadros y de las enigmáticas tallas. Todo esto, por supuesto, no lo entendía entonces. Nosotros estábamos completamente encelados en la persecución, en el acopio de información. Pero es el tiempo el que ilumina la razón del hombre que quiere adivinar cuáles son los verdaderos papeles que cada uno representa y las motivaciones que le dan vida. Y eso lleva algún tiempo aprenderlo, a los jóvenes les ciega el apetito.

—¿A qué te refieres, Ricardo? —interrumpí.

—Yo he sido joven. De hecho, entonces sería más o menos tu edad. No tenía quizá la misma prestancia que tú tienes, pero... no estaba mal. Tenía ansia de conquista, de seducción, de gloria, de labrarme un nombre y un porvenir. Quería triunfar como agente del Mossad. Tampoco te creas que entonces sabía que yo estaba sujeto por estas fiebres, también me ha llevado tiempo descubrirme. El tiempo es el que te otorga distancia con aquel personaje que has sido, y entonces cariñosamente le puedes interpelar. «Ricardo, che, a vos lo que os gustaba era la acción... Nunca te

supiste sujetar en ningún sitio», comenzó a decirse a sí mismo Ricardo entonando el habla porteña para continuar con su perfecto español: «Y tú lo que querías era andar siempre a la descubierta, sintiendo el peligro de lo furtivo, sintiendo el aire en la cara como cuando ibas en moto. Todo menos estudiar una carrera, todo menos encerrarte en un gabinete lleno de libros». Ves, José, esto se lo he ido diciendo al Ricardo de entonces con mucho cuidado.

—¿Y así es como has comprendido cuáles eran las verdaderas inquietudes de Skorzeny y de otros nazis evadidos?

—Sí, por supuesto. Creo que he ido colocando las piezas en su sitio. Como ya te dije, no necesito que venga nadie a hacer por mí ese trabajo.

Así eran las explicaciones de aquel sabio escéptico que supo vivir cada una de sus vidas, sin pretender que había sido un solo hombre incommovible; consciente de que había ido mudando de vidas y también de ideales y pensamientos.

Después de que el comando israelí llevara varias semanas en Madrid, Ricardo había desarrollado una fuerte simpatía por Claudio, su compañero de operaciones. Ello le planteó un singular problema de conciencia cuando, en la tarde del domingo en que todos habían acudido al estadio Santiago Bernabéu, fue testigo de una escena que consideró peculiar. ¿Debería informar de lo que había visto a Marcel? Esta era la duda que le presentaba su ideal de obediencia y servicio.

Al terminar el partido de fútbol el comando se había despedido alegremente y, como siempre, se habían marchado por parejas, tomando caminos distintos. La de Claudio y Ricardo se dirigió al paseo de la Castellana en su leve bajada hacia el centro de la ciudad. Prefirieron ir a pie a tomar uno de aquellos abarrotados autobuses o tranvías. A pesar del frío de la tarde, la caminata resultó plácida, por lo que, llegando al paseo de Recoletos, Ricardo propuso tomar un café en el Gijón, como si quisiera alargar el disfrute de la jornada, pero percibió que Claudio no tenía ningún interés en detenerse; es más, lo notó con ganas de despedirse.

De todos modos, ya en la calle Alcalá, consintió en parar en la cafetería del Círculo de Bellas Artes. El lugar era ameno, porque en las tardes de invierno se llenaba de un público algo bohemio y estudiantil. Acomodados en la primera mesa que encontraron, pidieron un té y un café con leche que les hizo entrar en calor. Ricardo se percató con discreción de que en una de las mesas de los más jóvenes, contigua a la suya, había un hombre joven que les miraba repetidamente. Debía de tener veintiuno o veintidós años y parecía, como sus compañeros y sus amigos, un grupo de gente selecta. Por eso no comentó nada a su compañero, el grupo no le parecía amenazante.

Cuando ya se marchaban, antes de que él tomara la delantera hacia la salida y ya con su gabardina puesta, escuchó con toda claridad cómo aquel muchacho saludaba a Claudio con palabras parecidas a estas:

—Profesor, soy un antiguo alumno del... —Claudio no le dejó continuar.

—Se equivoca usted —soltó Claudio, cortando secamente aquella situación para terminar de ponerse la gabardina y apurarse a salir tras Ricardo. Pero este echó una ojeada hacia atrás un momento y percibió en los ojos de aquel joven una mirada de cierta pesadumbre y sorpresa. Era la mirada propia de alguien que no comprendía cómo se podía haber equivocado. Sin duda, el físico de Claudio llamaba la atención por su fortaleza, por su rostro tosco y bastante bruto; era un personaje tan característico que no admitía equívocos.

—No sé por quién me ha tomado este —le dijo Claudio a Ricardo una vez en la calle.

Este prefirió no preguntar y deshacer la fría preocupación en que había quedado el gesto y el ánimo de ambos, con un comentario intrascendente acerca de alguna de las bellezas que habían visto allí dentro.

Tras unos minutos de caminata, los dos compañeros se separaron, cada uno hacia su casa. Quizá Claudio estuviera tranquilo después de aquel pequeño incidente, pero Ricardo se sentía confundido: el aparente equívoco quedaba refutado por la expresiva mirada de aquel joven, que reflejaba una gran decepción al sentirse rechazado por alguien a quien había reconocido sin la menor duda. Finalmente, Ricardo decidió no comentar nada a Marcel, pero en adelante mantendría una atenta desconfianza hacia Claudio.

## XVII

### Romano Mussolini

El primer viernes de marzo, por indicación de Marcel, se adelantó el encuentro del comando con la intención de recibir las órdenes más inmediatas y de que todos se mantuvieran informados. Thomas era el más impaciente de todos y no quiso esperar a que Marcel tocara los puntos a tratar, cosa que no solía hacer hasta que se servía el primer plato.

—¿A que no sabéis con quién estuvo ayer Skorzeny? —les preguntó Thomas ufano. Los demás callaron en espera a que quisiera desvelar la sorpresa—. ¡Pues con el hijo de Mussolini! ¿Qué os parece?

—¿De verdad? —preguntó Ricardo, asombrado.

—Le vimos salir de casa sin podernos imaginar adónde iría. Se metió en el Castellana Hilton y nos preocupamos un poco, porque había periodistas y todo. Así que nos tuvimos que apartar. No sabíamos por qué estaban allí hasta que nos lo dijo uno de los empleados del hotel. La verdad que se parece a su padre, es corpulento, de unos treinta y tantos años, y sobre todo tiene la mandíbula y los labios de Mussolini. La frente despejada, pero con más pelo en la cabeza.

—¿Y a qué ha venido a España? ¿No habrá venido a reunirse con Skorzeny? —preguntó Ricardo.

—Nada de eso. Es el hijo pequeño de Mussolini, Romano Mussolini, y tendría unos diecisiete años cuando ejecutaron a su padre. Parece ser que es artista, músico de *jazz*.

—Bueno, tenemos que estar prevenidos, en el hotel había algunas personas del rodaje —dijo Marcel—. Parece ser que es novio de la hermana de Sofia Loren. Así que no sería extraño que alguno de los acompañantes nos reconociera. Conviene que lo sepáis.

Thomas estaba orgulloso del fruto de su seguimiento y desplegó el diario *ABC* encima de la mesa, todavía vacía. Al final de una de las tres columnas en las que se dividía la página se podía leer:

ENTREVISTA ROMANO MUSSOLINI-OTTO SKORZENY

Madrid 2



Romano Mussolini y Otto Skorzeny han vuelto a encontrarse en Madrid, al cabo de dieciocho años. La entrevista fue muy emocionante. Recordaron tiempos pasados y Skorzeny se interesó por la familia Mussolini. También mostró a Romano un reloj que le regaló el Duce, en el que mandó grabar su firma y la fecha en que fue liberado por Skorzeny. —CIFRA

El encuentro había sido observado por Thomas y Marcel. A ambos les parecieron sinceras las muestras de simpatía que el hijo de Mussolini dedicaba al antiguo coronel Skorzeny. Como si le agradeciera todavía que hubiera arriesgado su vida para liberar a su padre del encierro en el Gran Sasso.

Romano había nacido cuando ya su padre era el Duce y su nombre era, en cierto modo, un reconocimiento a la ciudad de la que surgió el imperio. A diferencia de sus hermanos mayores, vivió la guerra y la caída de su padre desde su estrecha compañía. El clan Mussolini permaneció siempre fiel a la figura del padre, siguiendo el ejemplo de doña Rachele, que vivió siempre enamorada de su marido.

Quizá todo esto afluía en el gesto del joven pianista que no podía dejar de apreciar que Skorzeny se hubiera acercado hasta su hotel para saludarle. Cualquier gesto amable hacia él y hacia la figura de su padre era agradecido. No en vano había visto cómo el adulado Duce había caído en desgracia. Ya eran pocos los que manifestaban abiertamente su lealtad y admiración hacia Mussolini, y la familia había tenido que vivir en un destierro más o menos oficial. El hijo mayor, Vittorio, se había marchado a Argentina, mientras que Bruno murió pilotando un avión durante la guerra. Romano consiguió hacer una sólida carrera como músico de *jazz*.

Quince años después de la ejecución de Mussolini y de la profanación pública de su cuerpo y los de sus acompañantes, permanecía en Italia un mar de fondo de dolor y resentimiento. Aunque no faltaban los que seguían viendo en Mussolini al restaurador de una nación, víctima de su propio éxito, muchos otros italianos no le perdonaron que hubiera embarcado a Italia en una guerra que se llevó la vida de tantos.

Después de la entrevista, Romano Mussolini se fue de excursión a Ávila para disfrutar de una comida con su novia, Anna Maria Scicolone, junto a su hermana, Sofia Loren, y otros compañeros del rodaje de *El Cid*, como Charlton Heston. Para estos dos artistas aquel rodaje sería una confirmación de sus gloriosas carreras, un momento de esplendor y plenitud en el que podían pasarlo bien entre sus nuevos amigos cuando aún podían disfrutar en España de cierto espacio. La anunciada llegada de las masas al poderío social aún no se había producido en toda Europa, pero estaba a la vuelta de la esquina. Y pronto su vida de estrellas les haría imposible hasta caminar por la calle.

Quizá Skorzeny se sintiera algo decepcionado de que el encuentro con Romano Mussolini se hubiera quedado en una breve entrevista en el *hall* del hotel, aunque, eso sí, delante de los fotógrafos que dejaron constancia del reconocimiento que había

recibido del hijo del Duce. Por unos momentos había estado al borde de entrar en el círculo del rodaje de Bronston y en la red de sus empleados espías.

La aproximación de los hombres del Mossad se haría en parte, tal y como había planeado Isaac Ben-Asser, a través de la sastrería de Bernal. La responsable del vestuario del rodaje de *El Cid* pidió a este que admitiera al joven Ricardo en su taller a cambio de hacerle algunos encargos puntuales. Se trataba tan solo de comprar aquella cabeza de puente, aquella atalaya desde la que el joven agente del Mossad, Ricardo Weisman —que se hacía apellidar Rodríguez—, pudiera aproximarse a Skorzeny. La estratagema funcionó porque el ofrecimiento de buenos honorarios por trabajos sencillos que hizo Gloria Musetta, la directora de vestuario, no podía ser rechazado por el sastre madrileño. El grueso de la inmensa producción de trabajos de época sería efectuado por Cornejo, la conocida sastrería de cine, pero las necesidades de la película desbordaban aquello que pudiera hacer un solo taller. Los cientos de figurantes y muchos de los actores fueron vestidos según figurines de prudente fantasía, mientras que los actores principales tendrían que lucir en aquella producción como auténticas estrellas, con fastuosos vestidos ceñidos de raso, bellamente bordados, que resaltaban la figura de Sofia Loren, con sus túnicas a juego y elegantes tocados y velos.

Ben-Asser se había preocupado de que Ricardo cogiera poco trabajo y su tarea fuera solamente la de intérprete y enlace de Bernal con la productora. Esto le permitiría dedicarse a observar al sastre y entablar confidencias con él.

Cada mañana, Ricardo se presentaba en el taller de Bernal a la primera hora española, que en aquella época difería mucho de la americana, por lo que no llegaba antes de las nueve y media de la mañana. Antes de esa hora la Gran Vía se mostraba despejada, pero para entonces la circulación por aquella avenida se iba haciendo densa y algo caótica. Ricardo se asombraba aún de los horarios españoles.

—No te importa madrugar, ¿verdad? —observó el sastre.

—No me importa. Estoy acostumbrado. En este mundo del cine lo mismo hay que madrugar mucho para hacerse a la carretera que trasnochar —dijo Ricardo—. Aunque la verdad es que me encuentro más a gusto en su taller que danzando de un sitio para otro. —Al escuchar esto, Bernal se sintió halagado.

—Vente, Ricardo, que te invito a tomar un café. Además, así aprovecho y te presento a un amigo que te gustará conocer —sugirió Bernal, al comprobar que era la hora en que solía tomar su segundo café de la mañana.

Ricardo sintió de inmediato un fogonazo de inquietud. Como si hubiera llegado el momento para el que llevaba meses preparándose. ¿Sería Skorzeny el amigo que le quería presentar Bernal?

Juntos recorrieron los escasos tramos de escalera que les conducirían hasta la esquina de la calle Montera con la plaza del Carmen y llegaron al bar que allí había.

Desde la puerta, Ricardo pudo comprobar que había un hombre alto, de enormes espaldas, apoyado en la barra, y supo al momento que era su objetivo. Respiró hondo, al tiempo que se dijo a sí mismo: «Atento a todo. Concentración. Soy Ricardo Rodríguez».

—Querido Otto, te presento a un amigo argentino —dijo Bernal, que comprobó cómo Skorzeny sonreía abiertamente, tendiendo su fuerte mano a Ricardo. Este le saludó y apenas pudo musitar su nombre completo—. Trabaja de ayudante de la directora de vestuario de la película *El Cid*, la señora Musetta. Es un joven fantástico. ¡Ah! Se me olvidaba un detalle curioso, vive aquí al lado... ¡Nada más y nada menos que en Hollywood!

Ricardo permanecía en silencio mirando a los ojos del austriaco, tratando de resultar agradable.

—¡Hombre, qué suerte! —exclamó Skorzeny—. Pero a mí me atrae mucho más tu patria. Yo he estado muchas veces en Buenos Aires y tengo muy buenos amigos allí. Es una gran nación, y Buenos Aires un lugar extraordinario para vivir. Yo suelo alojarme en el Alvear Palace Hotel.

Bernal pidió los cafés.

—¿España le gustará tanto como Argentina? —preguntó con tacto Ricardo.

—España es el lugar más maravilloso del mundo —aseveró Skorzeny—. Y te aseguro que sé de lo que hablo. Conozco todos los países de Europa, desde Portugal hasta Rusia incluida. He estado en el norte y el sur de África, Oriente Próximo, Egipto, Jordania, Siria... Muchos países. Y puedo afirmar con rotundidad que España es el lugar que, para mí, lo tiene todo.

Ante la expresión de asombro de Ricardo, el austriaco se sintió un poco obligado a reconocer también las excelencias de Argentina:

—Seguramente Argentina sería mi segunda elección, después de España.

No dio tiempo a mucho más. Solo habló Skorzeny, como solía ocurrir en muchas de las reuniones en la que él se encontraba y ante personas que él juzgaba con un relieve menor al suyo. Ricardo solamente tuvo ojos para captar con absoluta precisión los rasgos y la personalidad de su objetivo. Además de su conocida cicatriz, le sorprendió el gesto tan sonriente y afable, también el brillo de sus ojos verdes y el grosor de sus muñecas, que asomaban por el puño de la camisa y que carecían de vello alguno. Este detalle resultaba insignificante, pero le pareció que era, en cierto modo, revelador de su personalidad de adolescente grandullón que se había fabricado con perfección su personaje de héroe de guerra.

Y, efectivamente, eso fue lo que con toda urgencia le transmitió Bernal, una vez que se despidieron:

—Ricardo, ¿tú sabes quién es este amigo mío? ¿Le has reconocido?

—No. ¿Es alguien conocido? —preguntó ingenuo Ricardo.

—Pues, figúrate, ¡es Otto Skorzeny!, el coronel de las SS que liberó a Mussolini —dijo expresivo Bernal, sin disimular la satisfacción que sentía por poder presumir

de su amistad con aquella personalidad.

Ricardo no tuvo mayor ocasión de preguntarse por sus sentimientos acerca de Skorzeny. Simplemente había tratado de cumplir con su trabajo.

## XVIII

### Conversaciones con el mito

A partir de entonces Ricardo pasaría a formar parte del círculo más inmediato, o cuando menos más cotidiano, de Skorzeny, con aquella asiduidad que le permitía poder tomar café con él y con Bernal muchas mañanas o incluso acudir a su despacho para llevarle alguna factura o algún traje. En cierta ocasión llegó incluso hasta su propio domicilio, pues le urgía recibir un traje nuevo que quería llevar puesto el día que pensaba volar a Alemania para entrevistarse con su amigo y valedor, el importante industrial Otto Wolff von Amerongen.

Amanecía en Madrid con una delicada luz que pretendía no abrumar, como si fuera esa madre que despierta a sus hijos alzando suavemente la persiana, tan solo ese palmo justo que permitirá iluminar la estancia para que se vayan despezando apaciblemente. Así se asomaba aquella mañana de marzo el sol desde la carretera del este, detrás del alto edificio de Iberia que coronaba las rondas que circundaban la ciudad y la larga cuesta de la calle Velázquez. Desde la terraza de su dúplex en El Viso, Skorzeny fumaba a la espera de Ricardo. Aunque el avión saldría a las nueve y media de la mañana, quería llegar con tiempo al aeropuerto y no precipitarse en nada.

Skorzeny vio llegar hasta el portal de la casa a su joven amigo y le silbó para pedirle que aguardara allí, ante la puerta, a que bajara él. A Ricardo le pareció que aquel ágil silbido era un gesto muy granuja y marcial, a un tiempo.

El coronel bajó con el pijama puesto y un batín por encima. No cabía más intimidad. Subieron los dos hasta la pequeña biblioteca y despacho que Skorzeny tenía en la planta de arriba y que era el ático del edificio. El austriaco ofreció a Ricardo una taza de café, que, en pocos minutos, le subió. Ricardo, en la espera, había tenido tiempo de extender sobre un sillón el traje, separando el pantalón de la chaqueta, y hasta de curiosear entre los libros que aparecían en la estantería. Le sorprendió encontrar muchos recortes de periódico sobre el escritorio y carpetas enteras referidas a sus memorias, artículos y colaboraciones.

Skorzeny prefirió salir de nuevo a la terraza para que Ricardo pudiera contemplar las primeras luces sobre la nueva ciudad en expansión.

—Es magnífico, ¿verdad? Fíjate cómo está creciendo Madrid. No se parece en nada a la ciudad que yo conocí cuando llegué, hace doce años —dijo Skorzeny.

—Es verdad. No me imaginaba Madrid así —contestó Ricardo—. Digamos que en América no se habla muy bien de España, se ve como un país muy atrasado.

—Pues mira, Ricardo, España ha sido, y es aún hoy, un país pobre. Pero tiene todas las condiciones para convertirse en una nación muy próspera. El desarrollo que está teniendo es espectacular. Hoy mismo me reúno con industriales alemanes que no dejan de sorprenderse. Están haciendo grandes negocios en el sector siderúrgico, que es el negocio que se anticipa a cualquier gran crecimiento.

—¿Le resultó sencillo establecerse en Madrid para dedicarse a los negocios al acabar la guerra? —le preguntó Ricardo, sorprendido de que el austriaco pudiera tener esa vitalidad y tantas ganas de hablar a aquella hora tan temprana.

—De ninguna manera. —Skorzeny se tomó algo de tiempo para responder mientras exhalaba el humo del tabaco hacia el cielo de Madrid, como un suspiro, y con ánimo de fundirse en aquella mañana—. Bueno, establecerse en Madrid es sencillo, aquí nadie te pregunta por nada; a nadie le importa de dónde vienes. Pero comenzar una vida de civil... o retomarla después de una década de guerra y cárcel... Eso no resulta sencillo. ¿Y sabes por qué? Por una cosa muy simple: al convertirte en soldado, al hacerte a la vida en campaña, con sus inclemencias —aunque también con la sana despreocupación por el futuro, preocupado solo por la lucha inminente, por mis hombres y la misión que se me habían encomendado—, pues te acostumbras a ese *modus vivendi* y te gusta ya. Realmente es un estilo de vida al que uno se hace. Y claro, no resulta fácil después pasar a la vida de civil. Aunque la guerra quede definitivamente atrás, no deja uno nunca de sentirse un soldado.

—Pero usted ha dicho en alguna ocasión que la lucha no ha terminado, ¿no es verdad? —le volvió a preguntar Ricardo.

—Sí, eso es cierto. La lucha contra el comunismo no ha terminado, muy al contrario, hace años que comenzó una nueva etapa, con el Tratado del Atlántico Norte. Pero esa es otra lucha en la que yo ya no he tenido ninguna participación.

—Pero no ha dejado nunca de estar en guardia contra sus enemigos, ¿no es verdad? —insistió el joven.

—Siempre he sabido que mi vida estaba en peligro, llevo un cuarto de siglo amenazado. No es que me guste, preferiría no tener esta espada de Damocles sobre la cabeza. Pero, hasta cierto punto, esta misma sensación de riesgo es la que me estimula para trabajar. ¿Qué clase de derrota es esta que nos persigue de por vida? —concluyó Skorzeny con esta pregunta.

—Los crímenes del régimen nazi han sido muy evidentes, ¿no le parece coronel? —se atrevió a replicar Ricardo.

—A estas horas de la mañana ya no tengo ganas de discutir... Para mí todo ha pasado, todo queda atrás. Pero nadie va a conseguir que yo me arrepienta de nada de lo que hice y de que no siga emocionándome con el recuerdo de mis viejos camaradas. Me pueden meter en la cárcel, ya lo hicieron durante tres años, y me

pueden matar, ya lo han intentado varias veces. Pero yo seguiré siendo siempre, y hasta el día que me muera, un soldado alemán.

—¿Y usted cree que dejarán de perseguirle algún día?

—No lo creo —contestó Skorzeny—. Ya lo tengo asumido. Aunque también soy consciente, y el que me ataque deberá también saberlo, de que mi muerte tiene un precio. El que me mate tendrá también que vivir siempre con la condena de sentirse amenazado. Es cierto que existe una hermandad de viejos camaradas y que, aunque seamos pocos, tenemos algunos recursos insospechados. La vida da unos giros sorprendentes, fíjate que no hace mucho los americanos parecían ser los mayores enemigos de los patriotas alemanes y ahora cuentan con nosotros para frenar la expansión del comunismo. Hoy todas las naciones que le regalaron la mitad de Alemania y otra mitad de Europa a Stalin están arrepentidas. Nuestro único enemigo es el comunismo.

—¿Y son los comunistas los que le persiguen?

—Creo que al principio eran ellos. Y me han intentado matar varias veces, ya lo creo. Pero ahora son Israel y sus comandos los que tratan de hacer su justicia por el mundo. —Y al decir esto el austriaco, Ricardo sintió un fulminante escalofrío. Se había dado cuenta de que Skorzeny estaba preparado y al tanto de su destino; no sería un objetivo fácil para nadie.

El austriaco quiso probarse el traje antes de que Ricardo se marchara. Estaba confeccionado en una muy buena tela de punto de perdiz y le quedaba perfecta. Según se miraba en el espejo sentía que era lo que quería exactamente y que respondía a lo que esperaba de su amigo sastre.

—Mis trajes no son fáciles, date cuenta de que tengo unas hechuras muy distintas a la de la mayoría —dijo Skorzeny, señalando tanto la longitud de sus brazos como la anchura de sus hombros.

—No es solo eso. Usted es que tiene los huesos muy anchos y es muy fuerte. Las mangas son mucho más anchas que las de las demás chaquetas. Y lo mismo ocurre con los pantalones.

—Como que no puedo comprar pantalones en unos almacenes, tienen que ser a medida... por lo menos encuentro zapatos, aunque, bueno, no siempre —sentenció Skorzeny echándose a reír.

—No sería aquella la última vez que pude intimar con él —me confió Ricardo Weisman en su casa de Los Ángeles—. Tuve más conversaciones. Una de ellas fue en su despacho, allí fue cuando me enseñó el famoso reloj Wintex, chapado en oro, que le había regalado Mussolini y que estaba grabado con la letra «M» mayúscula según la caligrafía del Duce y con la fecha del 12 de septiembre de 1943.

—¿Y qué te parecía Skorzeny de cerca? ¿Te llegó a caer simpático? —le pregunté a Ricardo.

—Es mucho decir eso. Yo iba con todas las prevenciones sobre la clase de granuja que era Skorzeny y sobre los muchos crímenes de los hombres como él. No se podía estar seguro de si él mismo no habría participado en alguna masacre.

—Pero, Ricardo, a ti te trataba amistosamente. ¿Eso no te hacía cambiar tu opinión sobre él?

—Es curioso que estés poniendo el dedo en la herida... —comenzó a decir Ricardo, permaneciendo un rato callado—. Es cierto... y eso no se lo he dicho a nadie... que tuve mis dudas. Esto lo he pensado muchas veces. El odio se educa, se interioriza, se entrena... pero hay personas que no somos capaces de ser fieles a ese sentimiento. Por mucho que yo quisiera ver las imágenes más horribles de Auschwitz, por mucho que me acordara de mis tíos, yo llegué a dudar de que pudiera matar a aquel hombre sin más. Podría hacerlo; estaba entrenado para ello; pero no sería algo que me resultara indiferente, que pudiera hacer sin más para pasar luego la página.

»Porque no olvides que los comandos tienen que matar a un hombre fríamente, en su casa, en un coche, en un despacho... No se trata de disparar con tus compañeros en la primera línea del frente.

—Entonces, Ricardo, ¿llegaste a sentir algo parecido a lo que se conoce como síndrome de Estocolmo? —insistí.

—Sería, en todo caso, el síndrome contrario: el «síndrome del carcelero bueno»... Sí, se puede decir que fui apreciando el rostro humano de Skorzeny. Fui comprendiendo sus hechuras de supuesto héroe y las de hombre tenaz y valiente, sujeto también a algunos complejos y manías.

—¿Como cuáles?

—Era muy machacón, muy insistente en sus negocios y gestiones. Estaba muy encima de los asuntos que le interesaban. Era presumido, le gustaba que le reconocieran y guardaba los recortes de los periódicos en los que había alguna mención sobre él. Creo que la suerte le había tocado, pero que había perseguido tenazmente el éxito. Y su éxito en aquellos años pasaba por destacar como hombre de negocios y como leyenda viva de la guerra.

—¿Podías haber llegado a ser su amigo si no conociera su pasado?

—Sí. Era un hombre que hacía fácilmente amigos. Los dos éramos espíritus cordiales. De no haber sido él un oficial nazi yo podría haber sido amigo suyo, ¿por qué no?

Era la segunda tarde que pasaba en casa de Ricardo Weisman. También esta vez quiso detallarme los pormenores de aquel comando en Madrid. Hablaba con admiración de España, tanto de lo que le gustaba, como de aquello que le desagradaba. El tiempo había maximizado algunos resortes de la memoria y él se daba cuenta en su apasionado relato.



—Esto de la memoria es una cosa muy curiosa, porque lo que yo te cuento, que para mí es la verdad, tiene siempre matices, hechuras, colores, tonos, impresiones que se fijan de forma misteriosa. El recuerdo muchas veces no es más que un trasunto de algo que no recordamos exactamente cómo sucedió, sino cómo lo hemos venido recordando. Y aunque estas cosas no las he contado nunca, sí es verdad que las he repasado en la cabeza muchas veces. ¿Y sabes cuándo? Cuando viajaba solo en coche, en un tiempo en que subía frecuentemente desde Los Ángeles hasta Sacramento, pasaba muchas horas al volante, entonces recordaba mis días como agente.

—Entiendo esto que me dices —le dije—, pero cuéntame cómo era vuestra vida en España.

En ese punto Ricardo quiso advertirme de las dificultades que tenían unos agentes extranjeros en territorio español.

—Para alguien que vive en este tiempo no resulta tan fácil entender cómo eran las cosas entonces. Madrid era un pueblo al lado de la capital que es hoy, y todo el mundo sabía lo que hacía el vecino de enfrente, porque todo el mundo era también muy familiar. Moverse con armas podía resultar complicado. Y era así a pesar de que algún antiguo director del Mossad haya comentado operaciones en las que los agentes israelíes entraban y salían de España con aparente facilidad.

»Entre la DGS, la Guardia Civil y la Policía Armada, que peinaban y ejercían verdadero dominio sobre el territorio, pueblo a pueblo, las comandancias en todos los municipios y los agentes que custodiaban puertos, estaciones, aeropuertos y otras fronteras, y los agentes de paisano de la DGS, casi se puede decir que a las horas de los pillos no se movía nadie sin ser advertido. Y las calles de Madrid contaban con aquellos vigilantes que eran los únicos que tenían las llaves de los portales, los serenos, que tú no habrás conocido.

—Pues sí los he conocido, Ricardo, aunque soy joven, los recuerdo.

—Pues imagínate lo que controlaban los serenos. Eran los únicos que tenían las llaves de los portales, cualquiera que volviera de noche tenía que dar unas palmas o dar una voz y esperar a que se presentaran. Para alguien que venía de los Estados Unidos aquello era sorprendente, pero allí estaban, protegiendo la calle, dando parte a la policía de todas las cosas raras y hasta evitando peleas matrimoniales. Dime tú lo difícil que nos podía resultar entrar y salir cada noche como no nos inventáramos un cuento, un trabajo o algo así. De otra forma, pasábamos a estar fichados como crápulas.

—Pero, Ricardo, el único que os tendría fichados sería el sereno de vuestra calle, y mientras no hicierais nada raro no iba a informar de que un señor salía o volvía tarde a su casa.

—Bueno, nosotros teníamos la cobertura del rodaje de *El Cid*, esa era nuestra gran argucia, sin este truco hubiéramos sido observados desde el primer día.

—¿Tan difícil era hacer una operación en España? —volví a preguntar.

—Dar un golpe en España era casi imposible. Por lo que se ha sabido mucho después, al general Vjekoslav Luburić, un soberbio criminal croata, lo mataron en Valencia a finales de los años sesenta. Pero no fuimos nosotros, ni los hombres de Tito, como se dijo entonces; fueron los hombres de Ante Pavelić que estaban infiltrados. Es decir, que fue un ajuste de cuentas entre croatas.

»La Operación Garibaldi contra Eichmann nunca hubiera sido posible en España; y la ejecución del letón Herberts Cukurs llevada a cabo en Uruguay, tampoco.

»Pronto el Mossad se fijaría en los nuevos enemigos de Israel y terminaría dejando a un lado a los antiguos enemigos del pueblo judío. No podía ser de otra manera.

Pocas veces había podido escuchar a alguien que tuviera un conocimiento tan preciso de cómo se manejaban efectivamente y en la sombra los hilos de los servicios de inteligencia y de seguridad. Todo era muy distinto a las versiones infladas que la propaganda israelí y los medios de comunicación ponían en circulación.

## XIX

### Cartas al descubierto

Ricardo recibió la visita inopinada de Marcel en su apartamento de la calle Leganitos. Era la primera vez que se presentaba allí en lo que no era otra cosa que una inspección. Sobre la mesilla de noche encontró que Ricardo tenía una edición argentina de *Misiones secretas*, de Otto Skorzeny.

—Propaganda —dijo sin más Marcel, soltándolo despectivamente después de haberlo hojeado muy por encima. Luego esperó a que Ricardo se vistiera para salir a dar una vuelta, quería invitarle a cenar y darle algunas instrucciones.

Sobre la cabeza de Ricardo siempre planeó esa actitud de Marcel. Con aquel gesto, el jefe había dado a entender que el agente no debía conocer la verdad, ni siquiera le debe interesar. Thomas era también de esta tendencia natural a no querer saber. Pero él no podía dejar de interesarse por la historia de Skorzeny, por mucho que la supusiera hipócrita y propagandística.

En la sobremesa de una de las reuniones de domingo, Claudio se atrevió a plantear abiertamente qué era lo que los demás pensaban de Skorzeny.

—Me gustaría conocer vuestra opinión respecto a nuestro objetivo. ¿Creéis esa historia de que fue el liberador de Mussolini? —preguntó Claudio, entre socarrón y divertido, mientras removía la cucharilla dentro del café.

Todos callaron en un primer momento. Ricardo, algo apurado, pues ya tenía alguna idea del mito al que se enfrentaban, pidió una copa de orujo. Marcel, a su vez, quiso una copa del mismo coñac que saboreaban Claudio y Thomas, que se habían adelantado al no tener costumbre de pedir postre.

—Eso parece —contestó desinteresado Thomas.

—¡Y qué más da! —exclamó algo enojado Marcel.

—Hombre, a mí me parece importante. Todo el mundo se refiere a él como al liberador de Mussolini, sin embargo, he escuchado otras versiones.

—¿Qué has oído tú? ¿Con quién has hablado de Skorzeny? —preguntó, ya verdaderamente molesto, Marcel—. Espero que no os dediquéis a hablar de la vida de ese hombre con nadie.

Al escuchar estas palabras Claudio comprendió que Marcel era un hombre extrañamente aprensivo a todo, receloso, desconfiado y que no era capaz de tener una opinión decente de nadie.

—Mira, Marcel —contestó algo desafiante Claudio—, de Skorzeny se viene hablando desde el año cuarenta y tres y estamos en el sesenta y uno. Su hazaña saltó a la prensa de todo el mundo entonces, y resulta que yo leía la prensa. En Israel hemos hablado muchas veces de él. Mucho antes de saber que vendríamos aquí en su búsqueda. Mucho antes incluso de que yo entrara en el Instituto. ¿Y cómo no iba a leer lo que recientemente publicó la prensa italiana sobre el testimonio del comandante de paracaidistas Harald Mors?

—Es evidente que al Gran Sasso llegaron otros soldados con él, pero, ya se sabe, el mérito se lo lleva el oficial de mayor rango —se atrevió a intervenir Ricardo, aun sabiendo que sus comentarios podían molestar a Marcel.

—Sea como fuere —dijo Marcel para zanjar aquel asunto—, a nosotros no nos corresponde conocer los entresijos, ni juzgar los hechos. Somos soldados de Israel, nada más... y nada menos. Y es mejor no saber nada. Solo de esta manera se garantiza que cumpliremos con la misión que se nos encargue, sin llegar jamás a simpatizar con el objetivo. Así de simple.

Unos días después, el comando tuvo noticia de los esfuerzos que Skorzeny venía haciendo, en los medios de comunicación, por refutar las acusaciones de haberse apropiado en exclusiva del mérito de la liberación del Duce. Se habían publicado distintas versiones de la hazaña que parecían dejar claro que el papel del capitán de las Waffen-SS había sido solamente fundamental en la búsqueda de información, pero que la operación de rescate se había planificado y ejecutado por otros hombres y Skorzeny no era más que un invitado de los servicios de inteligencia, que supo después colocarse en las fotos y subirse en la avioneta con Mussolini para llevarse todos los reconocimientos y parabienes. El ministro de Propaganda Goebbels y el todopoderoso jefe de las SS, Himmler, habrían hecho el resto para que todo el mérito recayera en un nazi de los pies a la cabeza.

Después de la conversación de la sobremesa del domingo anterior, todos los miembros del comando tuvieron claro cuál era la doctrina de la casa y quedaban advertidos de que no era conveniente dar satisfacción a la curiosidad por el personaje y su apasionante biografía. Pero no era fácil sustraerse a esa picazón de querer conocer al enemigo. Ricardo quería saber. Y era él, además, el hombre bueno que debía aproximarse a Skorzeny.

Unos días más tarde, Claudio le confesaría a Ricardo, en un momento de cierta debilidad, que para él Skorzeny no debía de ser el hombre que aparentaba.

—Yo tengo para mí que ese hombre es un buscavidas en toda regla, aparte de un matón de la peor calaña, claro está. No dudaré en disparar en cuanto reciba la orden. Ahora que tampoco entiendo que no podamos cruzar una opinión sobre nuestro objetivo —sentenció Claudio, sin aclarar la razón por la que había llegado a esa conclusión.

—Pero tú ¿qué opinas? ¿Crees que Skorzeny fue el verdadero héroe en el rescate de Mussolini? ¿O piensas que el mérito le correspondía al general Student, al

comandante Mors y a los pilotos? —preguntó Ricardo, con verdadera codicia por contrastar las informaciones que tenía sobre Skorzeny.

—Mira, Ricardo, esto es complicado. Tú imagínate que Edmund Hillary y su *sherpa*, Tenzing Norgay, se hubieran puesto de acuerdo para decir que alcanzaron la cumbre del Everest sin ser cierto. Las fotografías con nieve y cielo al fondo no son prueba de nada. Estaríamos ante el mayor fraude del alpinismo y aquella pareja de héroes pasarían inmediatamente a ser villanos —razonó Claudio, aplicando un símil muy ilustrativo.

—Pero esto es distinto, Claudio. Skorzeny sí que estuvo en el Gran Sasso y se llevó con él a Mussolini.

—Sí, eso es cierto, pero ha quedado como el único liberador. Y claro, ¿qué hicieron entonces los demás pilotos de los planeadores que aterrizaron en Campo Imperatore? ¿Quién organizó y planificó el asalto? Aquella fue una cima conquistada por noventa o cien hombres y, al menos, media docena de ellos deberían compartir el mérito. El problema es que reconocer esto significaría para Skorzeny pasar de héroe a villano. Como en el ejemplo que ponía yo antes: descubrir que Hillary y Norgay no llegaron a la cumbre, o que llegaron con ellos otros hombres, sería la caída en desgracia de aquellos mitos del alpinismo. Este es el drama de Skorzeny, o es un héroe o es un villano. Se pasará la vida intentando demostrar que sus méritos fueron los más auténticos. Yo también he leído sus memorias y te aseguro que se atribuye muchos más méritos de los que le corresponden.

Hacer una copia de todas las cartas que se envían puede ser una costumbre muy propia de un diligente comerciante, pero no parecería la mejor práctica para alguien tan perseguido como Skorzeny.

Una de aquellas veces que Ricardo acudió al despacho de la calle Montera para llevar una factura de su patrón, aprovechando el descuido de su secretaria, pudo fotografiar algunos documentos que tenía encima de su mesa. Dos de aquellos documentos eran precisamente copias de esas cartas que guardaba para sí Skorzeny y que había dejado de manera imprudente a la vista. Alguien podría pensar que aquellos papeles eran intrascendentes en cuanto a que no revelaban ningún plan o conspiración. Aunque más le hubiera gustado a Skorzeny que nadie hubiera leído una de aquellas cartas porque revelaban qué tipo de hombre era en realidad. Se trataba de una misiva que remitía en inglés a un amigo o conocido que vivía en Nueva York y en la que le anunciaba la próxima visita de un amigo español que pronto viajaría hasta los Estados Unidos. El texto del segundo párrafo era sencillamente demoledor para su reputación:

[...] te visitará y seguramente te preguntará por la posibilidad de adquirir un buen abrigo que resulte barato para regalar a su madre. Yo creo que tú deberías facilitarle la compra y así le

incrementas el precio para nuestro mutuo beneficio, pero no le subas más de doscientos o doscientos cincuenta dólares.

Espero que estéis bien los dos y que sigas manteniendo tu afición por los martini especial. Espero tener pronto noticias tuyas sobre tu viaje a España [...]

Cuando Ricardo leyó el texto se dio cuenta de hasta qué punto un hombre como Skorzeny había desarrollado el instinto de rebañar cualquier plato que le pudiera ofrecer algún beneficio, llegando incluso a pervertir cualquier amistad y quedar esclavizado a la miseria de un secreto como ese por cien dólares.

En los días que siguieron a aquella revelación se mezclaron en Ricardo los sentimientos de desprecio y los de una cierta lástima. «Está claro que este hombre, quizá como cualquier otro, puede tener muchas caras. El héroe de un día, o de una sola acción, puede ser al mismo tiempo, o poco después, un mezquino —se decía a sí mismo Ricardo—. Es una rata, una rata. ¿Cómo puede traicionar así a un amigo? ¿Tan poco valora la amistad? No tiene ningún escrúpulo por sangrar a un hombre modesto que quiere llevarle un abrigo a su vieja. El caso es que el tipo es simpático y hasta tiene gestos generosos, da algunas propinas, y cosas así». Su diálogo y reflexión sobre Skorzeny no acababan ahí: «Yo siempre he tenido guita en el bolsillo, supongo que un hombre que sale a la calle con una mano delante y otra detrás, después de tres años de cárcel se ve obligado a aprovechar cualquier oportunidad para trincar».

El otro documento al que tuvo acceso Ricardo era otra copia de una carta que, no obstante, no dejaba en mal lugar a Skorzeny, pero contenía una información que sí podía ser útil al comando, pues daba a entender que estaba advertido de las acusaciones que provenían contra él desde Israel. Se dirigía aquella carta a un abogado parisino de apellido Wagner al que daba contestación en relación a algunas cuestiones que le había planteado:

El documento que me remite intenta probar la acusación de los servicios secretos judíos de haber participado yo en la quema de dos sinagogas en un determinado distrito de Viena. Esta gente está tratando siempre de exagerar y este es precisamente el punto donde les podemos pillar.

En el tercer distrito de Viena existían solamente dos casas de oración y ninguna sinagoga como tal. He preguntado a mis amigos en Viena para que averigüen qué fue de ellas y me confirman que nada les ocurrió en absoluto.

Skorzeny sabía que estaban tratando de incriminarle y esto era algo que debían saber los jefes, por lo que pasó una nota informando de esta última averiguación.

En las siguientes semanas Ricardo no tendría la oportunidad de repetir su acción, pues resultaba difícil encontrar la ocasión de verse solo en el despacho de Skorzeny. Ante tal falta de documentos, Marcel optaría por tomar una decisión más arriesgada: Claudio y él mismo vigilarían a Skorzeny mientras este estuviera en una comida, en el tiempo que debía aprovechar Thomas, acompañado de Ricardo, para acceder a su despacho. Este era quien más familiarizado estaba con el edificio y con la distribución de aquella oficina, al ser el único que había entrado allí en varias ocasiones. A través de este método los vigilantes sujetaban al objetivo de forma que

si este tuviera el inesperado arrebato de volver a la oficina, al menos uno de los dos se adelantaría con el coche para dar el aviso y el otro serviría, si fuera necesario, para distraerlo los dos minutos justos que precisaban para abandonar el lugar.

Se presentó una ocasión muy oportuna cuando se vio a Skorzeny saliendo de su oficina y Marcel pudo confirmar que entraba en Horcher. Nada parecía indicar que una comida en aquel restaurante pudiera ser interrumpida súbitamente. Por eso llamó a la eventual pareja que formaban Thomas y Ricardo y que aguardaban el aviso en un locutorio instalado en la planta baja de edificio principal de la Telefónica en la Gran Vía.

En el tiempo que allí esperaron tenían la certeza de que entrarían en acción, pues el descanso habitual de las oficinas españolas para comer era de al menos dos horas: desde las dos hasta las cuatro de la tarde.

Para Ricardo resultaba asombrosa la escasa relación que tenía con Thomas, que más que un agente de la inteligencia israelí parecía un simple sicario o asesino a sueldo, sin ningún tipo de refinamiento ni preocupación. Como mucho, llegaba a recordar lugares en los que había comido o algún anécdota referida a actuaciones pasadas, pero sin ninguna concreción ni amenidad, de forma que parecía que lo que contaba le había sucedido a otra persona, como si las cosas que decía las hubiera escuchado, o las contara de carrerilla, recordando no tanto los hechos en los que había participado, sino la versión que se había aprendido. Ante tal falta de detalle, nada de lo que dijera despertaba el interés de Ricardo. «Menos mal que tengo de compañero a Claudio y no a este tarugo —pensó en aquella larga hora de espera en el locutorio—. Vamos, que si me cambian de pareja me borro de todo». Le avisó entonces una señorita diciendo que tenía llamada y esto sirvió para que se despertara de aquellos pensamientos. Era Marcel dando el aviso de que podían apresurarse en su asalto a la oficina del ingeniero.

Ricardo y Thomas salieron hacia la Gran Vía para cruzar hasta la calle Montera. Era tan corta la distancia que en menos de cinco minutos ya estaban en el pasillo de la cuarta planta ante la oficina número cuatro. Mientras Ricardo se asomaba a las escaleras y vigilaba si había algún movimiento en el ascensor, Thomas logró abrir la puerta sin apenas dificultad. «¿Cómo un hombre así puede tener tanta habilidad?». Para Ricardo, estas mañas formaban parte de un capítulo entero de misterio en torno a tipos como su compañero. Una vez dentro de la oficina Ricardo tomó la iniciativa.

—Yo te voy mostrando documentos y tú los fotografías. Los dejaré exactamente en el mismo sitio. —Thomas asintió a las palabras de Ricardo, quien empezó a revisar, en primer término, los papeles que estaban sobre la mesa del despacho de Skorzeny. Eran en su mayoría facturas y algunas cartas escritas en alemán. Pero en un cuaderno aparecieron unas diez hojas grapadas en las que se habían mecanografiado direcciones. De todas ellas sacaron fotografías.

A continuación, Ricardo abrió uno de los cajones de un pequeño armario metálico donde se guardaban clasificadores; trató de descartar aquellos en los que figuraran

facturas, albaranes, recibos y otros documentos comerciales que, aunque útiles, eran demasiado numerosos como para ser fotografiados. Se detuvo en una carpeta en la que parecían guardarse determinadas cartas. Enseguida se dio cuenta de que a esa le seguían otras y de que, aparentemente, las cartas estaban ordenadas por orden alfabético. Fueron fotografiando algunas de las que le parecieron más representativas. No pudieron apurar todo el tiempo que hubieran querido registrando el despacho de su objetivo, conformándose con lo que en treinta minutos de incursión pudieron retratar. Se empeñaron en dejar cada cosa en el mismo sitio en que la habían encontrado.

El material fue entregado a Marcel, quien lo reveló personalmente en su piso de la calle Montesquiza sin trasladar a nadie los resultados, dispuesto tan solo a compartirlos con Ben-Asser. Aquel gesto de discreción, que era también una medida de desconfianza, molestó a Ricardo, pero no tenía con quién compartir su enfado. Desde el incidente del Círculo de Bellas Artes, Claudio era para él un compañero bajo sospecha. Thomas carecía de sensibilidad alguna para profundizar en ningún análisis y con el jefe era con quien no tenía intención de discutir cuestión alguna.

En la soledad de sus noches en el apartamento, Ricardo improvisó un código que le permitiera pasar a limpio los nombres que había leído. Hasta le parecía que era una medida de seguridad muy conveniente compartir el resultado de aquellos trabajos, de forma que si a Marcel le pasara algo hubiera al menos alguien que supiera qué direcciones y personas eran aquellas que se trataban con Skorzeny.

Entre los remitentes de algunas de las cartas que pudieron registrar estaban el almirante Dönitz, sucesor de Hitler en la jefatura del Tercer Reich y en cuyo encabezamiento, debajo del nombre, señalaba el de Grossadmiral a. D., o gran almirante retirado; entre otros militares alemanes no recordaba más que el nombre de Hans Ulrich Rudel y el del general Walther Wenck, bajo cuyo nombre aparecía el de General der Panzertruppe a. D. Estaban señalados también los nombres de antiguas leyendas de la política como el líder del Partido Fascista británico Oswald Mosley o Hjalmar Schacht, que también hacía figurar en el membrete su anterior cargo de Reichsbankpräsident a. D., y jefes de Estado extranjeros como Alfredo Stroessner, presidente de la República de Paraguay, Juan Domingo Perón, de Argentina, o Gamal Abdel Nasser de Egipto y Siria, la efímera República Árabe Unida. Entre aquellos contactos había algunos de los industriales más importantes de Alemania como Fried Krupp, Otto Wolff von Amerongen o Max Grundig. Tampoco faltaban misivas de altas instituciones españolas como del embajador en los Estados Unidos, Antonio Garrigues, o del ministro del Ejército, el general Muñoz Grandes.

El contenido de las cartas resultó completamente desconocido para Ricardo ya que no tuvo tiempo de leer ni una sola de las líneas. En cuanto a los folios mecanografiados formando una especie de agenda casera, dedujo que eran direcciones de antiguos camaradas en Alemania, exclusivamente. Tan solo pudo recordar unos pocos nombres de entre las varias decenas, pero estos eran bien



curiosos porque con ellos figuraban las señas y números de teléfono actuales. Comenzaba con las direcciones de las secretarías de Hitler: Gerda Christian, Traudl Junge y de algunos de los más fieles ayudantes, como el edecán Otto Günsche o Werner Neumann, para seguir con personajes tan controvertidos como la aviadora Hanna Reitsch o la cineasta Leni Riefenstahl, generales como Hans Bauer, piloto personal de Hitler, Hasso von Manteuffel y viudas o familiares de jerarcas como Bormann o Jodl.

Sin duda, Skorzeny trataba de codearse con los poderosos que pudieran admirar su figura y también de mantener una agenda de contactos con aquellas personas que él estimaba habían sido rectos y fieles seguidores de la causa alemana. No obstante, serían Marcel y sobre todo Ben-Asser y los hombres de Tel Aviv los que pudieran descifrar la verdadera importancia de aquella información.

La vertiente sentimental de aquella agenda quedaba demostrada por el hecho de que en ella figurasen personas que, si bien eran testigos muy próximos al auge y caída del Tercer Reich, no tenían ya, sin embargo, un papel relevante en ningún ámbito social, militar o empresarial que pudiera interesar a Skorzeny. Ni siquiera podemos pensar que aquella era una lista de los irreductibles, sino más bien la de aquellos que habían sabido soportar las tribulaciones de la derrota, como las viudas de generales o algunos de los asistentes más próximos al Führer, por modestos que fueran. En cierto modo, contrastaba su obsesión por participar de los grandes círculos de poder político y económico, con aquella agenda casera de los que consideraba más queridos camaradas y las viudas de estos.

—En aquellos años de cierto fanatismo antialemán no podíamos admitir o comprender que un antiguo oficial de las SS no hiciera gestos ostensibles de arrepentimiento —razonó Ricardo Weisman durante mi viaje a Los Ángeles—. Esto que te cuento lo he comprendido muchos años más tarde. Cuando uno se hace mayor se da cuenta de que hay hombres que viven en su personaje, en esa imagen oficial que los otros le han fabricado, y ya no puede salir de ahí.

—Pero Ricardo —recuerdo que le contesté—, esto que me explicas vale para un músico, un torero o un futbolista, pero ante la magnitud de los crímenes del nazismo, no debería ser tan difícil desmarcarse, hacer una declaración e intentar quedar limpio y ajeno a cualquier acto de genocidio.

—Pero ¿no te das cuenta de que así es como vemos las cosas nosotros desde los Estados Unidos o desde Israel? Pero ¿qué va a hacer un héroe alemán? Cuando todo el mundo te conoce por ser uno de los mejores y más valientes soldados, no puedes tirar todo eso al cubo de la basura y decir: «Ahora empiezo de nuevo». No había vuelta atrás. Había sido absuelto en Núremberg y tenía también la absolución de los lectores. Y todavía queda otra cosa, él era un austriaco huido al que buscaban otros oficiales escapados, o a los que llamaba para poder hacer un negocio. Tenían que

sobrevivir. Yo esto lo comprendí sin ponerle palabras ya entonces. Y también me di cuenta de que hombres como Marcel o Thomas no entenderían nunca nada, eran ciegos ejecutores de una fiebre de venganza.

Era una de las últimas tardes en que yo tuve la oportunidad de visitar a Ricardo Weisman en su casa de Los Ángeles. Apenas me quedaban unos pocos días antes de tomar un avión que me llevara a San José de Costa Rica, en un extraño periplo de aquel hombre soltero y curioso que era yo entonces, a unos meses de cumplir los treinta años.

Sentía que debía aún visitar una o dos veces más a Ricardo, quería conocer más de aquella aventura. Antes de salir de su casa quiso enseñarme alguna de las pocas fotografías que tenía de entonces. De alguna manera, Ricardo sabía que nuestra amistad podría disfrutar ya de pocos encuentros y quería apurar aquella tarde de confidencias. Se levantó con agilidad; al menos a mí me pareció que un hombre que andaba en los setenta años no podía tener aquel resorte en las piernas. Pero él saltó de su asiento y se acercó a una alacena que presidía la estancia contigua, que era el comedor. Las puertas correderas que comunicaban con el salón me permitían observar sus movimientos. Se tomó su tiempo antes de sacar una caja de cartón que trajo hasta la mesa. Allí apareció, todo revuelto, un montón de documentos antiguos, junto con muchos sobres de aquellos que se despachaban cuando nos revelaban entonces los carretes de fotografías y que contenían estas con sus negativos, y otro taco con viejas fotografías en blanco y negro. Parecía saber lo que buscaba, y enseguida encontró un grupo de fotografías que me expuso con el mismo júbilo de un muchacho que enseñara a su amigo las imágenes de su amada.

—Mira, esto lo conocerás —dijo, mostrándome una fotografía en la que estaba él en la plaza de España, junto al monumento de Cervantes—. Y este soy yo con treinta y pocos años. Como vivía allí al lado, en la calle Leganitos, pues me quise retratar allí. Como te puedes imaginar, no tenía permiso para dejarme fotografiar, es la única en la que salgo yo. Si bien lo piensas... una foto inocente.

—Tenías muy buena planta, Ricardo, y qué elegancia —dije espontáneamente, como lo sentía.

—Nunca tuve conciencia de tener ninguna prestancia. Ya sabes, complejos que se arrastran desde niño y que atenazan al joven. Hoy lo pienso y era un poco idiota. Pero un idiota elegante, eso sí. Entonces se vestía y, siendo sastre, no podía evitar tener siempre un buen terno. Ahora que para prestancia... —Hizo una pausa para buscar otra fotografía y sacó un par de ellas del rodaje de *El Cid*. En una de ellas aparecía Charlton Heston sobre el caballo mirando hacia un horizonte de conquista, enarbolando una espada—. Esto sí que es prestancia. Este tipo sí que impresionaba, era casi tan alto como Skorzeny y tenía una mirada que imponía. Luego me enteré de que era también un soldado. Y solo tengo una más, que es esta. —Sacó una foto de estudio en la que aparecía el héroe junto a una Sofia Loren muy joven y extraordinariamente radiante en el papel de doña Jimena.

Aquella tarde se consumió entre los recuerdos de aquella juventud vivida azorosamente en la España de los primeros sesenta. Hoy hubiera saboreado todavía más aquel testimonio que Ricardo se esforzaba en ilustrar; hoy hubiera hecho muchas otras preguntas. Sucede como con los abuelos que se nos escaparon sin que les hubiéramos arrancado muchas más palabras; hoy sabemos que sus recuerdos nos son necesarios.

Quedamos emplazados para el último viernes antes de mi marcha hacia Centroamérica la semana siguiente. Recuerdo haber abandonado su casa con la certeza de que Ricardo me había elegido para contarme lo que no podía contar a nadie más.

## Un agente perdido

La primera sospecha sobre la personalidad de Claudio se le había planteado a Ricardo de forma muy evidente cuando presenció cómo le confundían con un antiguo profesor. Pero aquel incidente había permanecido como una alerta particular de Ricardo, sin que ningún otro pudiera albergar recelo alguno hacia aquel compañero. Pero fue el propio Marcel, actuando como jefe del comando, quien una tarde quiso buscar a Claudio en su propio domicilio de la calle de los Mancebos, en el corazón del barrio de los Austrias. Sabía que podía no encontrarle en su casa, una de aquellas buhardillas que seguían siendo entonces viviendas muy modestas. Pero no contaba con que el portero de la finca le rindiera cuentas de las andanzas de su hombre con tanto detalle.

Marcel se presentó amigablemente, como un compañero de la productora que necesitaba darle un recado urgente. El portero parecía no estar acostumbrado a tratar con extranjeros, como muchos españoles de esa época, y se mostró muy amable, en una suerte de cortesía que era pura indiscreción.

—Pues su amigo para poco en casa. Qué quiere que le diga —comenzó por largar aquel improvisado delator.

Marcel, por su parte, prefirió mantenerse callado siguiendo la técnica que había aprendido en el Instituto de forzar al interpelado a hablar más de la cuenta mediante silencios escrutadores. Era cierto que en muchas ocasiones esta técnica no funcionaba, porque si el interlocutor se sentía descolocado, podía también optar por dar por terminada la conversación. Pero solía ser infalible para personas con alguna propensión a hablar más de la cuenta, como era el caso de aquel hombre.

—Y eso que a estas horas suele estar de vuelta. Eso sí, por la noche sí que no le caza usted aquí. Ustedes hacen bien, se divierten. Que me cogiera a mí con sus años, soltero y con unos dólares en el bolsillo. Me comía Madrid, vamos... Y encima trabajando con artistas y todo.

Según escuchaba Marcel se le iba encendiendo la luz de que Claudio trasnochaba más de la cuenta y no solo en aquellas ocasiones en que se le requería para dar cumplimiento a sus tareas de seguimiento. De forma que quiso alimentar algo más la conversación por si podía sacar alguna conclusión más concreta.

—Ya sabe usted lo que es el mundo del cine: cenas, fiestas... y cuántas veces no hemos acudido a un rodaje con tres horas de sueño —dijo Marcel.

—Muchas me parecen. Pero ya le digo, ustedes tienen que aprovechar la ocasión. Su amigo no se pierde una noche de fiesta —concluyó el portero.

Marcel se despidió con alguna lisonja pero intentó secar, en la medida de posible, aquella fuente de información.

—Si me hace usted el favor —dijo Marcel, extendiéndole un billete que el portero cogió con un gesto de gratitud y sorpresa—. Le ruego que no diga nada a Claudio. Es posible que tenga una amiga y no quiera que lo lleguemos, siquiera, a imaginar —remató Marcel sonriendo.

—Tiene usted razón. No diré que ha venido, ¿verdad? —preguntó el portero para confirmar el grado de silencio al que venía obligado.

—Eso, no diga nada. Ya le veré mañana en la productora.

Marcel se marchó algo más compungido que enfadado. Su cabeza era un torbellino de ideas inconexas y de preguntas: «¿Quién es este tipo capaz de llevar una doble vida dentro del Mossad? ¿Pero es que alguien puede pretender engañar así al Instituto? ¿Será un descerebrado? Pero si no para durante el día..., ¿qué puede hacer saliendo todas las noches? Confío en que sea solamente un asunto de faldas. Tengo que llamar a Tel Aviv».

Miró el reloj y pensó que aún estaría a tiempo de acercarse a Cibeles para poner un telegrama. Sin demorarse un segundo, se dirigió hacia el viaducto con la esperanza de encontrar allí un taxi. Y cuando estaba ya en él iba pensando en el texto que rellenaría en el formulario una vez que estuviera en uno de los mostradores del palacio de las Comunicaciones. Cuando se disponía a emitir su orden de telegrama, en el momento de tomar la pluma reparó en un detalle: «¿Y si el portero se ha pasado de listo? ¿Y si se ha equivocado de hombre? Aunque es difícil que un portero español... además, sabía que Claudio trabaja en el rodaje de la película».

Tomándose unos minutos para que la decisión se decantara por un proceso de serena reflexión, se abandonó a observar aquel inmenso *hall* del palacio, que en verdad parecía una catedral. La belleza de aquella fastuosidad modernista le pareció una obra magnífica. Pero sus ojos no eran capaces de penetrar en los detalles, aunque recorriera su vista sobre los altos techos y sus lucernarios o la armonía de todo aquel universo de mármol que invitaba a deslizarse suavemente hacia cualquier recado. Así, sin precipitación alguna, y con la delicadeza que le provocaba aquel entorno, tomó el papel y redactó el siguiente mensaje: «INFORME: NÚMERO TRES RENDIMIENTO NEGATIVO. PROCEDE COMPROBACIÓN».

No se trataba de un aviso tan urgente que reclamara la inmediata presencia de Ben-Asser para informarle personalmente. Antes debía hacer él mismo sus propias averiguaciones. Y para que nadie que le estuviera siguiendo pudiera sospechar de sus actividades, remitió aquel telegrama a la dirección del hombre del Mossad en Los

Ángeles, que inmediatamente comunicaría con Ben-Asser y este, a su vez, con el coronel Schujman.

Claudio vivía ajeno al hecho de haber despertado sospechas por su vida licenciosa. Cumplía con las rutinas que se le venían estableciendo de hacer algún seguimiento o de presentarse en los estudios de Chamartín. De hecho, en la productora gozaba de fama de atleta, hasta el punto de que alguien había sugerido que pudiera doblar alguna de las escenas de Raf Vallone, con quien compartía algunas hechuras. El actor interpretaba en *El Cid* el papel del conde Ordóñez, rival del protagonista. El italiano, que era un consumado galán de cine gracias a su rostro varonil de rasgos muy marcados y hermosos ojos azules, había sido jugador de fútbol en el Torino. Era una versión latina y, por tanto más bajita, de otro forzado del celuloide: Burt Lancaster.

Los extranjeros que trabajaban en la productora fueron invitados a acudir al gimnasio del Real Madrid que estaba situado en el mismo estadio Santiago Bernabéu. Allí Claudio hizo amistad con un joven de elevada estatura, tipógrafo y funcionario al Servicio de las Publicaciones del Estado, que se llamaba Alfredo Iglesias. Era este un madrileño que no perdonaba la ocasión de escaparse al entrenamiento.

Raf Vallone terminó también cayendo por el gimnasio y, en compañía de Claudio y Alfredo, hacía algo más que entrenar, porque los tres compartían otras inquietudes. Claudio y Vallone eran comunistas y Alfredo tenía, por su parte, alguna conciencia política discrepante con el régimen de Franco. Los tres se tomaban algún cuidado a la hora de hablar, pero, entre bromas y veras, se fueron confiando como para compartir unas cañas al terminar el entrenamiento. Aunque la sana amistad y la afición por el gimnasio presidía aquellas reuniones, de alguna forma, los dos extranjeros, Raf Vallone y Claudio, aprovechaban para preguntar a Alfredo Iglesias y así obtener información de cómo eran las inquietudes y expectativas de los españoles.

—¿Y cómo ves la evolución de España, Alfredo? ¿Tú crees que algo cambiará?  
—le preguntaron.

—Aquí se mueven muy pocas cosas. Franco está más fuerte que nunca. Es verdad que los estudiantes protestan o conspiran algo. Igual que los monárquicos, que no le perdonan a Franco el que no haya restaurado la monarquía.

—Pero esta situación no puede durar siempre —indicó Claudio.

—Mientras esté Franco nada va a cambiar. Y encima la economía está avanzando y la visita de Eisenhower ha sido un espaldarazo —terminó por aclarar Alfredo.

A aquel grupo se terminaría incorporando uno de los guionistas de la película, el canadiense Ben Barzman, del que Claudio sabía que era un autor algo maldito y perseguido, hasta el punto de haber sido incluido en la lista negra del senador McCarthy contra aquellos intelectuales a los que se consideraba próximos al comunismo.

Una mañana se presentó en el gimnasio Raf Vallone acompañado de Charlton Heston. Traía con él una pequeña corte de ayudantes, a los que Alfredo se refería castizamente como pinches.

—Aquí os traigo al Cid —anunció Vallone a sus compañeros de ejercicio.

Entonces Ben Barzman se acercó a Claudio y le pidió que le acompañara hasta una pared.

—Permíteme, Claudio, quédate ahí un momento —le dijo, pidiéndole a su vez a Raf Vallone que se acercara—. Poneos así, espalda contra espalda. Es una pena, Claudio, podrías doblar a Vallone, pero le sacas al menos ocho centímetros. Parece mentira, pero eso en el cine es un mundo. —Mientras decía esto sus ojos se posaron en Alfredo Iglesias y le pidió entonces que se acercara también hasta ellos.

—¡Pero adónde vas, Ben, si este mide lo menos uno noventa! —exclamó Claudio.

—No es por eso. Aguarda un momento aquí, Alfredo, voy a hacer otra comparación. —Y se dirigió hasta el rincón en el que Charlton Heston estaba entrenando.

—Me haces el favor, acércate un momento, quiero comprobar si este joven español podría doblarte. —El guionista juntó a los dos hombres, cuyo mayor parecido estaba en la complexión y la estatura. Efectivamente, resultó que Alfredo Iglesias tenía casi la misma estatura que el actor. Si acaso, este era un poco más alto, pues medía un metro noventa y uno, frente al uno ochenta y nueve de Alfredo.

Aquella ocurrencia de Ben Barzman tendría muy buenos resultados para hacer a la estrella más llevadero el rodaje y protegerle también de una mala caída. Y para el joven tipógrafo supuso una oportunidad extraordinaria, ya que terminaría cobrando de la productora más de doscientas mil pesetas, el precio completo de la vivienda que compraría en el barrio madrileño de Chamberí.

Aquella vida sana del gimnasio no le impedía a Claudio alternar dos de cada tres o cuatro noches. El portero podía haber exagerado en algo su mala vida, pero era cierto que en una sola noche se recuperaba de los esfuerzos de dos días de gimnasio con sus noches de juerga.

Hasta entonces Marcel había tenido noticia de las aficiones y distracciones diarias de Claudio, pero el diálogo con su portero le puso sobre aviso de aquella otra realidad: sus distracciones nocturnas. Le bastaron dos noches de seguimiento para comprobar que aquello era cierto: Claudio era un libertino con una singular afición por los prostíbulos.

Marcel decidió preguntar a los otros dos compañeros de comando por separado, tanteándoles sin más, para percibir si ellos tenían alguna idea de la extraña vida de Claudio.

—¿Y qué tal te entiendes con Claudio? —le preguntó a Ricardo.

—Perfectamente, es un buen compañero.

—Pero ¿no lo encuentras un poco distraído últimamente? ¿Como si tuviera la cabeza en otras cosas? —volvió a insistir el jefe de equipo.

—No. La verdad es que no —contestó seco Ricardo, sin ánimo de delatar en nada a su compañero.

—Si aprecias alguna cosa extraña, me la comunicas, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe. Bueno... no hay más que una... o mejor dicho, hubo una cosa que me llamó la atención —comenzó a explicar Ricardo para luego frenarse mirando fijamente a los ojos de Marcel. Este hizo un ademán amable, como invitando a que continuara hablando sin temor—. Bueno, el día que fuimos al fútbol bajamos andando toda la Castellana y después de caminar más de media hora, con algo de frío en el cuerpo, quisimos parar a tomar un café para entrar en calor. Un muchacho saludó a Claudio y le llamó profesor, dijo ser un antiguo alumno. Claudio se disculpó muy bruscamente, casi quitándoselo de encima y me pareció que aquello le sentó muy mal. La verdad es que no comprendí por qué se había enojado de esa manera. Cuando miré hacia el joven, este me pareció que estaba aún más confundido que yo por la reacción de Claudio. Quizá no debiera ni comentarlo, pero me llamó la atención.

—¿Quieres decir que a lo mejor Claudio sí conocía a aquel muchacho? —preguntó Marcel.

—Sí. Eso es. Pero se trata nada más que de una impresión. Y como has dicho que te contara todo, pues eso es todo lo que se me ocurre.

Marcel apuntó en su cabeza aquel detalle, que le pareció que no hacía más que enturbiar la imagen tan perjudicada que tenía ya de aquel mentiroso del que no podía asegurar si era un sinvergüenza o más bien un chalado.

Cuando Ben-Asser llegó a España se dirigió directamente hasta Toledo. No quería ser visto en Madrid, menos aún en compañía de Marcel o de otro hombre del comando israelí. Se hospedó en el famoso parador que tiene como principal atractivo el encontrarse fuera ya de la ciudad, del otro lado del río, coronando una loma desde la que Toledo aparece como una isla envuelta en la herradura del Tajo.

Para no desperdiciar un solo minuto de aquella visión primorosa, Ben-Asser quiso recibir a Marcel en la propia terraza del parador, donde podrían disfrutar de una grata comida sin que nadie reparara más que en dos hombres de negocios extranjeros.

Ben-Asser actuó como anfitrión porque le gustaba presumir de su familiaridad con la cultura española. Y supo pedir a su conveniencia y gusto unas alubias con perdiz, a las que era especialmente aficionado. Como hombre más maduro y de espíritu mediterráneo no tuvo prisa en comenzar a despachar con Marcel, y si por él fuera habría pasado toda la comida hablando de platos y vinos, o de las curiosidades que ofrecía Toledo, capital que tenía tan hondas evocaciones para los judíos sefardíes. Sin embargo, Marcel venía con cierta urgencia por hacer un breve informe oral de lo que había descubierto acerca de su subordinado.



—Yo no había sospechado nada de Claudio hasta que un día fui a buscarle a su casa y el portero, entre escandalizado y divertido, me contó los horarios que se gastaba. Había notado, como mucho, que se distraía algo en las conversaciones, o que incluso parecía a veces con un mal humor que no se corresponde con lo que estamos acostumbrados a ver entre nuestros hombres en el Instituto —comenzó por justificar Marcel—. Pero, una vez advertido por su portero, empecé a observarle y debo reconocerte que aún estoy perplejo, Isaac. Este Claudio es una caja de sorpresas. La primera es que buena parte de las noches le da por irse de putas... Así mismo. Sí... Y si fuera cosa de un día a la semana y no pasara de ahí, pero no. Al menos tres noches acude a algún prostíbulo de Madrid. Pero lo más extraño de todo es que parece que no necesitara dormir. Otras noches le da por apostarse cerca de la casa de Skorzeny. Es sorprendente, no me lo podía creer. Se acerca por allí o le sigue de un restaurante hasta su casa como esperando la ocasión de darle un viaje. No sé qué pensar.

—¿No será que el alcohol le anima a correr riesgos? —apuntó Ben-Asser.

—No, en absoluto. Porque la noche que hace una cosa no hace la otra. No es que se caliente con unas copas y envalentonado se acerque hasta el objetivo. Nada de eso. Tiene noches de juerga y noches en que parece que le sabe a poco el encargo que tiene dentro de la misión. Como si quisiera actuar por su cuenta. ¿Tú qué piensas?

—Me esperaba esto mismo, Marcel. Gracias por darnos el aviso tan a tiempo. Tan pronto como recibimos el telegrama nos dedicamos a investigar todos los antecedentes de Claudio. Además, un agente ha venido a España para comprobar todo esto. Alguien a quien él no podría reconocer.

—Entonces, lo habéis confirmado, es un chalado, ¿no te parece? —preguntó Marcel.

—No exactamente —contestó grave Ben-Asser—. Y la culpa es mía por no haber hecho todas las averiguaciones. Considéralo apartado de la operación. A esta misma hora dos de los nuestros le estarán comunicando la orden de salida de España. Le acompañarán hasta Israel. Mañana mismo nos lo llevamos para que no termine causando problemas. El comando pasa a tener solamente tres agentes, aunque no te aseguro que la misión vaya a continuar, eso es todo lo que, de momento, puedo adelantarte. Si te parece, el martes que viene nos volvemos a encontrar aquí. Yo saldré esa misma noche hacia París, para entonces espero poder tener instrucciones más precisas.

Marcel se sintió relevado en la responsabilidad de aquel rebelde que le había caído en su equipo. El viaje de vuelta a Madrid lo pasó repasando cuál sería el modo en el que comunicarían a Claudio su orden de salida, y cuáles serían las consecuencias para él.

Ni siquiera para el Mossad resultó tan sencillo descubrir quién era, o quién había sido anteriormente Claudio Moretti. Porque, aunque el Gobierno israelí sabía a la

perfección el origen familiar y la verdadera identidad de este, no existía una certeza sobre los años anteriores a su llegada a Israel. Su verdadero nombre era Alfredo Baustein. Había viajado a Israel en el año 1954 y se incorporó al ejército sin que se le hicieran demasiadas preguntas, desde este pasó al Instituto.

Ben-Asser se había enterado de la alerta en Tel Aviv, donde recibió una llamada desde un teléfono público de Los Ángeles que no era más explícita que el telegrama que había mandado Marcel desde España: «Parece ser que el número tres está dando problemas. Es todo lo que sabemos».

De inmediato se iniciaron los preparativos para buscar a un agente que pudiera dedicarse a observar durante unos días a Claudio. Y así lo hizo, hasta confirmar las sospechas de aquella vida tan desordenada que obligó al Mossad a iniciar una investigación más cautelosa sobre el personaje. El Mossad rastreó entonces las órdenes de embarque de todos los buques de pasajeros que habían llegado a Israel en el año cincuenta y cuatro; también investigó las relaciones de pasajeros de las compañías aéreas hasta que, finalmente, encontró su nombre entre los que habían desembarcado de un crucero que había recalado en los puertos de Génova, Malta y Haifa.

Las únicas pistas ciertas que se tenían eran la de su embarque y el haber declarado en su día que había pertenecido a una célula de partisanos italianos perfectamente identificada. De todas formas, cuando los investigadores israelíes quisieron preguntar entre los comunistas italianos y antiguos guerrilleros de la resistencia por Alfredo Baustein, no encontraron respuesta. Las fotografías podían ayudar a identificarle, pero no todos los antiguos partisanos estaban dispuestos a hablar. A cambio de una cuantiosa suma, un comunista italiano le reconoció: «Este era el camarada Dino, Dino Mantovani. Un buen tipo que tuvo problemas con la gente de Moscú. Estuvo en Francia al acabar la guerra. Quizá en unos días pueda completar esta información».

A cambio de algo más de dinero algunos miembros del PCI fueron revelando el pasado del que para ellos había sido siempre Dino Mantovani. Según uno de ellos, el camarada al que llamaban el Cardenal lo había sentenciado por su indisciplina en la misión de ejecutar a Skorzeny en Madrid.

Cuando esta información llegó a Israel, Ben-Asser se sorprendió por la habilidad de Claudio para haber militado en dos organizaciones clandestinas con el mismo objetivo: eliminar al antiguo coronel de las SS.

El martes convenido llegó Marcel hasta el parador de Toledo para su segunda cita con Ben-Asser. Como en la vez anterior, este le esperaba sentado en una mesa de la terraza, acompañado de un martini que le servía para deleitarse en la contemplación del cuadro de la inmensa roca en la que se asienta Toledo sobre el río Tajo.

—¿Has visitado ya la sinagoga del Tránsito? —le preguntó Ben-Asser según llegó.

—No he tenido tiempo, jefe —contestó Marcel.

—La próxima vez que venga a España espero poder acompañarte. Después de Israel, aquí están las raíces más profundas de muchos de nosotros —le explicó Ben-Asser—. Existe el proyecto de albergar el museo sefardí de la ciudad en esta sinagoga que nosotros llamamos de Samuel ha-Leví, consejero y tesorero del rey de Castilla, Pedro I. De él obtuvo el permiso para edificar el templo. Es de un estilo mudéjar toledano, lo que quiere decir que tiene influencias árabes. Las inscripciones hebreas en sus muros son muy hermosas, así como toda la decoración. —A continuación, señaló con el dedo índice la parte de la ciudad en la que se encontraba la judería—. No debes marcharte de España sin pasear por sus calles y sentir cómo parece que el tiempo permanece detenido en esta ciudad. Pocas ciudades como esta, en la que las casas y las calles subsisten apenas inalteradas, permiten un paseo a través de los siglos. —Con estas consideraciones terminó aquella introducción al asunto que les había vuelto a traer hasta aquel mirador.

—¿Qué le va a pasar a Claudio? —preguntó Marcel, que sentía urgencia por conocer el desenlace de aquel triste episodio.

—Nada. Está expulsado y de vuelta en Israel. Se tendrá que buscar una nueva vida, pero ya lejos del Ejército o del Instituto.

—¿Y qué crees que pretendía hacer, Isaac?

—Pues, después de nuestros informes, de los que ya te puedo dar cuenta, no lo sabemos. Aunque lo más probable es que quisiera desmarcarse y pegarle dos tiros por su cuenta a Skorzeny. Claudio es un antiguo comunista, nadie sabe con certeza qué ideal le impulsaba, si el de Israel o el de Moscú.

—Quizá los dos —sugirió Marcel—. Aunque, ¿qué clase de comunista es ese que se dedica a alternar todas las noches por los *night clubs* y burdeles?

—Esto es algo que quizá ni él mismo entienda —contestó Ben-Asser—. Creo que tenemos que pasar página sobre este asunto y centrarnos en la investigación de la colaboración de Skorzeny con Egipto, Siria y Jordania. Es posible que entre los alemanes allí asentados se encuentre Alois Brunner o algún otro objetivo importante.

Esa misma noche Ben-Asser volaba con destino a París. Había resuelto el ingrato asunto de Claudio, que había sido al menos tres personas en su vida: el comunista camuflado como profesor u hombre de negocios, Alfredo «Dino» Mantovani; el agente del Mossad camuflado como operario de la productora americana, Claudio Moretti, y en algún tiempo el judío italo-francés emigrado a Israel, Alfredo Baustein.

## La derrota más amarga

Por un tiempo, los hombres de Ben-Asser pudieron pensar que el objetivo de la Operación Adriano sería el de matar a Skorzeny. Sus dudas se disiparon cuando Marcel expuso al comando el verdadero objeto de aquella misión en una de las reuniones dominicales:

—Sabemos que nuestro objetivo acudirá el próximo viernes por la mañana a una notaría que se encuentra en uno de los primeros números de la Castellana. Cuando salga de la reunión, le sacaremos del ascensor hasta otro piso de la misma finca del que nos han facilitado las llaves. Sabemos que está desocupado. Nadie podrá relacionar aquel lugar con nosotros. Allí lo retendremos el tiempo justo para conseguir que nos facilite determinada información. No creo que tengamos que recurrir a la fuerza. Solamente actuaremos Thomas y yo. Tú llegarás antes para aparcar un coche cerca de la puerta y nos esperarás dentro —dijo Marcel, dirigiéndose a Ricardo—. Quiero que vengáis mañana por la tarde a mi casa para ir ajustando los detalles.

En efecto, el ensayo se llevó a cabo al día siguiente en el piso que Marcel había arrendado en la calle Montesquiza. Hasta entonces ninguno de sus hombres había tenido la oportunidad de entrar en la vivienda del jefe. Y de alguna forma el mito del hombre estoico y sacrificado se derrumbó ante ellos.

—Así viven los señores madrileños —exclamó Thomas al traspasar las puertas correderas que servían de entrada solemne a un hermoso salón. Marcel clavó su mirada en Thomas con ánimo fulminante, y este se sorprendió de su reacción. En ese breve minuto transcurrido, él y Ricardo comprendieron de forma inmediata dos cosas: una, Marcel ejercería siempre de jefe, sin admitir bromas con respecto a sus cosas, y dos, en definitiva, que no eran amigos suyos, ni compañeros siquiera, sino subordinados, por mucho que aquella distinción en la categoría no fuera oficial y se la hubiera comunicado Ben-Asser a última hora en la reunión que tuvieron en la vivienda de West Hollywood. Esta revelación no era del todo triste, pues tenía algo de alivio. Ricardo, al menos, se sintió dispensado de tener que mantener cualquier tipo de atenciones, como las que se deparan los amigos entre sí.

El salón de Montesquiza tenía los techos exageradamente altos, con bellas molduras de escayola en los remates de las cenefas. Su mayor atractivo estaba en el

amplio ventanal en forma de trapecio, al estilo inglés, donde tenían acomodo unos sillones, y que convertían aquel rincón en otro pequeño salón dentro de la estancia principal.

Marcel no ofreció siquiera un vaso de agua a sus invitados y sin mayor preámbulo les expuso cuál sería el procedimiento.

—Cuando Skorzeny salga de la notaría, Thomas y yo lo abordaremos para que nos acompañe. Llevaremos esta identificación de la Dirección General de Seguridad. Tan solo necesitamos que nos acompañe unos escalones hasta la segunda planta.

—¿Y si se resiste? —preguntó Thomas.

—No creo. Le diremos que le está esperando el director general por un asunto de su interés —contestó Marcel, que vio su explicación interrumpida de nuevo.

—Pero se dará cuenta de inmediato de vuestro acento extranjero —objetó Ricardo.

—Sí, es muy posible. Tengo otras credenciales —dijo entonces Marcel, sacando de su escritorio una pistola automática—. Tengo otra preparada para Thomas. Somos los que somos y sabéis muy bien que no hay muchas alternativas. Tendremos que hacerlo bien. La puerta del segundo piso la dejaré yo sujeta solo con un trocito de cartón, según bajemos, de un leve empujón se abrirá. Ya dentro, sacaremos las armas para disuadirle de cualquier reacción.

—¿Y qué pasará después? —preguntó Ricardo.

—Entonces le transmitiré lo que el Instituto me ha pedido que le diga. Son unas preguntas muy precisas. Puede que colabore o que no colabore. Pero a partir de ese día se sentirá amenazado.

—Pero no será fácil marcharse de allí —observó Thomas.

—Yo creo que él entenderá la situación. Le diremos que baje la Castellana hacia Colón, indicándole que otros agentes le estarán observando. He pensado que un día antes habremos dejado nuestro coche aparcado un poco más arriba de la notaría, hacia el portal siguiente. El coche tendrá matrículas falsas y tú estarás al volante. Él no te verá —indicó Marcel, dirigiéndose a Ricardo—. Será una reunión larga, en todo caso.

Los agentes se marcharon del piso de la calle Montesquiza con la idea de que sus días madrileños iban tocando a su fin y con cierta sensación de liberación por el hecho de que el desenlace de la misión no fuera a resultar violento.

El jueves volvieron a reunirse en el bar de la estación de Atocha, entre el bullicio de los mozos que viajaban con sus petates hacia los cuarteles o hacia sus casas, las gentes sencillas que venían desde sus pueblos con grandes paquetes que contenían quesos, huevos y hasta gallinas y todo aquel que tenía que dirigirse hacia el sur o el Levante español.

Entre tanta gente la reunión pasó desapercibida. Sería, quizá, la última que tendrían en España, nadie podía saberlo. Allí se estableció que Ricardo recogería esa

misma tarde el coche que Marcel tenía preparado y se dedicaría a esperar el momento de encontrar un aparcamiento conveniente en la misma acera de la notaría.

Thomas y Marcel quedaron citados a primera hora para entrar juntos en el piso que se habían procurado. Marcel se encargaría de tener el arma preparada, aunque sabía que debía usarla nada más si había extremo peligro para el comando.

—En el caso de que el objetivo entrara acompañado hacia la notaría nos veríamos obligados a abortar el asalto —puntualizó Marcel—, y si saliera del ascensor con más gente, estarás tú dispuesto, Thomas, a entretener a quien sea para que pueda yo conducirlo por las escaleras. Quizá tengamos que improvisar, tenemos que saber a la perfección nuestros papeles y actuar con naturalidad y mucho desparpajo. Esta vez el efecto sorpresa se tiene que volver contra su maestro.

Aquella noche Ricardo apenas pudo conciliar el sueño pensando en todas las circunstancias que podrían torcer la operación. Entre ellas, la visión de un Skorzeny revolviéndose o sacando un arma le pareció una de las más turbadoras. ¿Qué pasaría si diera la voz de alarma? ¿Cuál sería su destino si se producía un forcejeo o una persecución? ¿Podrían escapar de la policía y del control de la Dirección General de Seguridad si Marcel tuviera que disparar contra el coronel?

Amaneció por fin una de esas mañanas frecuentes de la primavera madrileña, en las que la luz se hace presente entre las primeras y trémulas nubes que bajan desde la sierra: era la luz de la esperanza con la que se podían afrontar todos los empeños.

A la hora convenida, la pareja israelí entró en el segundo piso de un edificio moderno de lujosas viviendas, parte de las cuales estaban destinadas a despachos de diversos negocios. Ricardo, a su vez, se acercó hasta el bulevar para comprobar que el coche estaba en su sitio. Sin embargo, los hechos no transcurrían tan sencillamente como había previsto Marcel. Debido a la hora temprana y al celo del portero tuvieron que hacer tiempo en la calle. Este no les había dejado subir al haber dicho que iban a la notaría, porque todavía no era la hora.

Ricardo se sorprendió al ver a sus compañeros, que siguieron por la acera de la Castellana hasta dos portales más arriba y entraron en Embassy, la confitería y cafetería más selecta de Madrid. Supuso que habrían tenido algún contratiempo. Y lo cierto era que los dos agentes subordinados desconfiaban algo de la eficacia de Marcel porque le faltaba ese sentido de la medida. Era hombre de comportamientos exagerados, grandes servicios, grandes sacrificios y no tanto sentido común. Tenía que haber previsto que a una hora tan temprana como las nueve de la mañana no habría ninguna oficina abierta. Ante los ojos del portero, Marcel y Thomas habían quedado retratados de forma completamente innecesaria.

—¿Y no piensas, Marcel, que después de lo de Eichmann, todo jefe de las SS estará prevenido para cualquier asalto? ¿No crees que lo primero que pensará es que somos agentes israelíes? —le preguntó Thomas mientras tomaban café sentados en una mesa apartada de las ventanas.

—Sí, es muy posible. Pero no tenemos otro medio de sorprenderle. Creo que nadie puede vivir siempre alerta. Menos en un lugar tan plácido como España. Ya no tiene vuelta atrás —contestó Marcel en un tono tranquilizador y convincente.

Pasadas las diez de la mañana, volvieron a entrar en el portal del número 8 del paseo de la Castellana. Esta vez el portero no hizo ninguna pregunta, por lo que avanzaron sin más y subieron por el ascensor hasta la tercera planta. Una vez arriba, se deslizaron discretamente hasta una de las puertas que daba al rellano del segundo piso. Marcel extrajo un manojito de llaves y abrió sin dificultad. Thomas se preguntó cómo habría conseguido aquellas llaves, pero no dijo nada. Se limitó a observar a su jefe, que parecía reconocer la vivienda como si ya hubiera estado allí más veces. Las persianas permanecían a medio subir, por lo que la luz de la mañana bastaba para recorrer con la vista el *hall* y los dos salones exteriores.

Marcel dispuso cómo habrían de colocarse. Skorzeny sería invitado a sentarse en un sillón que estaba de espaldas al pasillo y a la entrada, frente a la chimenea. Mientras que Marcel y Thomas ocuparían sendas piezas de sofá que formaban una *ele*, y a una considerable distancia unos de otros.

Marcel descolgó el teléfono para comprobar que tenía señal. Ya solo cabía esperar al aviso. Ricardo no se había atrevido a comprar un periódico, y ahora lo lamentaba, porque le hubiera distraído en aquella aburrida guardia. Rebuscó en la guantera y debajo de los asientos por si aparecía un libro, una revista, o alguna lectura que le pudiera entretener, pero el coche estaba perfectamente limpio. También echaba en falta un abrigo o una manta, aquella acera quedaba sombría toda la mañana. Saltándose las instrucciones de Marcel se atrevió a salir del coche y dar unos pasos por el bulevar para calentarse. Y en eso estaba cuando vio venir de lejos a Skorzeny. Antes de que este le pudiera reconocer se apuró para subirse de nuevo al coche y aguardar allí al momento en que aparecieran sus compañeros. Era una espera incómoda porque el portal quedaba a su espalda y se veía obligado a girar constantemente la cabeza o a mirar por el espejo retrovisor, que le ofrecía tan solo una visión parcial. Terminó por acomodar la espalda contra la puerta, de forma que pudiera observar con más comodidad la parte baja de aquella leve pendiente. El portero del número 10 se había fijado ya en él con alguna insistencia, por lo que Ricardo comprendía que sería mejor que todo saliera bien ya que no había manera de pasar desapercibido.

Marcel y Thomas vigilaban desde la ventana del salón, aprovechándose de que este tenía una suerte de balcón cerrado con ventanas laterales que permitían ver a todo aquel que se acercara al edificio, ya fuera desde la plaza de Colón o desde la esquina de Ayala. Fue Thomas el que vio llegar a Skorzeny con paso firme.

—Ahí está —se limitó a decir.

Marcel se asomó para comprobar el tiempo que tardaría en subir:

—Ha llegado el momento. Mantengamos la calma y siempre el gesto decidido. Deja que tome yo la iniciativa. Todo va a salir bien. —Las palabras de Marcel

sonaron extrañamente humanas. Por primera vez, en la hora del peligro, Thomas creyó enteramente a su jefe y compañero. Aunque nunca serían amigos, supo que estaban, en aquellos momentos y en aquella lucha, completamente hermanos.

Los dos hombres se acercaron a la puerta y la entreabrieron ligeramente, esperando escuchar el ruido del ascensor. Marcel se echó la mano al bolsillo para comprobar que había separado la llave de la casa y que la mantenía al alcance por si la puerta se cerrase del todo. Entonces sintieron que el ascensor llegaba a la altura del segundo piso y dejaron el cartón prendido de la puerta, alcanzando en cuatro ágiles zancadas el rellano del tercer piso. Cuando se abrió la puerta del ascensor, Thomas estaba ante la entrada de la notaría simulando que esperaba para que le abrieran. Skorzeny salió confiado, pensando que el hombre que estaba frente a él esperaba a que saliera para entrar en el ascensor. Marcel leyó su pensamiento y quiso jugar a favor de esa inercia. Cuando el austriaco se giró hacia la puerta que buscaba, dejando sitio a Marcel, este le tomó del brazo, al tiempo que Thomas se giró hacia él y le miró fijamente a los ojos.

—Nos envía el director general de seguridad. Haga el favor de acompañarnos hasta la segunda planta —dijo Marcel, abriéndose la chaqueta y mostrando un distintivo prendido del bolsillo. Al hacer este gesto dejó ver la cartuchera interior que llevaba colgada en forma de bandolera, pegada al costado izquierdo, y de la que asomaba la culata de una pistola automática.

En otros tiempos Skorzeny hubiera reaccionado fulminantemente. Pero Thomas había secundado el gesto de Marcel mientras decía:

—Es aquí mismo.

—¡Déjeme! Tengo una cita en la notaría —dijo Skorzeny en un tono alto que puso nerviosos a los agentes. Marcel se vio obligado a sacar el arma. El austriaco se dio inmediatamente cuenta de que aquellos no eran policías españoles. Pero el hecho de que le quisieran conducir a una puerta tan próxima le dio confianza. No era aquel un lugar adecuado para deshacerse de él. «Estos no vienen a matarme», pensó.

—Ustedes son agentes de Israel, ¿verdad? —se atrevió a preguntar nada más traspasar el umbral de la puerta.

—Haga el favor de sentarse —le dijo Marcel en perfecto alemán, idioma con el que se dirigiría en adelante a Skorzeny, ante el asombro de Thomas, que no sabía que su compañero dominara esta lengua.

Una vez que Skorzeny quedó perfectamente emplazado, los dos agentes se sentaron donde habían dispuesto.

—Dos son las razones que nos han traído hasta aquí —prosiguió Marcel—, la primera de ellas es solicitar su colaboración en la búsqueda de algunos criminales de guerra: Alois Brunner, el doctor Mengele... Son todos antiguos miembros de las SS, como usted. Pensamos que quizá esté en contacto con alguno de ellos. Pero somos conscientes de que usted ha podido mantenerse al margen de aquellos que ustedes mismos consideran apestados.



»La segunda y verdadera razón es que nos facilite los nombres, empresas y proyectos en los que sus antiguos camaradas se encuentran trabajando para Egipto.

Dicho esto, Marcel calló esperando una respuesta en Skorzeny que no encontró.

—¿No quiere decir nada? —preguntó Marcel.

El silencio era tenso y se hacía evidente que Skorzeny estaba sometiendo a la balanza de su conciencia las palabras que debía pronunciar. Por un lado, su furia tan solo podía arrojar palabras airadas y, por otro, estaba el sentido práctico del hombre de negocios en que se había convertido. En ambos platillos encontraba satisfacción. Podía responder con ira, con rabia —estaba en su derecho de protestar por aquel secuestro—. Pero también podía dejar a un lado su queja, que a nada conduciría, y manifestarse con templanza buscando el terreno en el que podía hacer desistir a aquellos hombres de atentar contra su vida o su libertad. En aquel instante de cálculo recordó y comprendió a su camarada Degrelle, cuando le decía que no tenía miedo a la muerte, pero sí a ser deportado. Tampoco Skorzeny quería lo llevaron ante ningún tribunal lejos de España, su nueva patria.

Marcel y Thomas seguían sosteniendo aquel duelo de silencio, tan retador como otro que se pudiera levantar a través de insultos o amenazas.

—No tengo nada que decirles —dijo por fin Skorzeny—. Esto es un secuestro absurdo en toda regla. Para mí la guerra terminó hace dieciséis años. Ya he pagado un alto precio de cárcel y exilio. ¿Qué quieren que haga?

—Pues ya se lo hemos dicho —contestó Marcel—. Puede usted colaborar discretamente con Israel y le garantizaremos la impunidad.

—Ustedes no pueden garantizar nada. Para empezar, ¿quiénes son ustedes? —preguntó Skorzeny en tono autoritario.

—Usted lo ha adivinado. Somos agentes del Gobierno de Israel.

—¿Quiere decir que son agentes del Mossad?

—Sí. Eso es —respondió lacónicamente Marcel.

—¿Y desde cuándo un espía puede dar garantías en nombre de un Gobierno? Su palabra carece de valor por dos razones que conozco muy bien: la primera es que no pueden hablar en nombre de nadie, ni siquiera de ustedes mismos, porque no son dueños de sus actos, son meras marionetas; y la segunda es que para ustedes no hay ninguna ley... como no sea la de su religión —matizó el austriaco.

—Ahora ya está usted razonando mejor. Aparte de que podemos llegar a acuerdos de caballeros, como judíos nos debemos a nuestra religión. Debemos ser justos, y le aseguro que lo seremos. —Después de un breve silencio, Marcel quiso perfilar los términos en los que podrían colaborar—: Señor Skorzeny, usted ha llevado a Egipto al ingeniero Messerschmitt, a Ferdinand Brandner..., mantiene contacto con el Ejército de la República Árabe Unida, necesitamos sus direcciones y contactos, todo lo que usted sepa sobre la carrera de rearme que ha emprendido Egipto. Hay decenas de ingenieros alemanes trabajando allí.

—Ustedes saben que yo soy también ingeniero y que represento a compañías de todo el mundo. La mayoría de ellas son españolas o alemanas. Efectivamente, he podido facilitar algún contacto, pero eso nada tiene de particular. Díganme si no puedo hacerlo... ¿Cuál es el delito? El doctor Messerschmitt ha desarrollado aviones para Hispano Aviación; sucede que alguno de estos proyectos interesan más a Egipto que a España. Pero no hay nada oscuro ni delictivo en todo esto —razonó Skorzeny con aplomo y plena confianza.

—De la fábrica 36 dedicada a los cazas a reacción ya hablaremos —dijo Marcel—, pero antes tenemos que hablar de alguno de sus viejos camaradas de las SS como su paisano, el también ingeniero Ferdinand Brandner.

—Tienen ustedes razón en que existen muchas cosas en común entre Brandner y yo. Los dos somos coroneles, los dos hemos pertenecido a las Waffen-SS, los dos somos austriacos, ingenieros, y los dos hemos estado presos, cierto que él ocho años en la Unión Soviética, por lo que tiene derecho a tratar de ganarse ahora la vida, ¿no les parece? —contestó Skorzeny.

—Queremos saber quiénes trabajan para él en la fábrica 135. ¿Cuál es el verdadero objeto de aquella industria? ¿Cuáles son los vínculos entre ustedes? —insistió el jefe del comando israelí.

Skorzeny callaba con cierta seguridad, como si supiera que aquella pareja de eficientes agentes no habían venido a matarle y que tampoco le trasladarían a Israel, ni ninguna otra cosa parecida. Marcel siguió haciendo preguntas, pero estas iban quedando sin respuesta.

—Le daremos unos días para que medite sobre todo esto. En el momento menos indicado pueden aparecer otras personas para recoger esta información. Sería muy bueno que hiciera unas breves notas y las guardara en su despacho, entre los libros que tiene usted apoyados en la ventana, al lado de su mesa. —Al decir esto Marcel, el rostro de Skorzeny se volvió muy serio. Comprendió que aquellos hombres habían estado en su despacho y que conocían cada centímetro de su vida. Era, y seguiría siendo, su prisionero.

—Sabemos que ha estado colocando a sus antiguos compinches. No tiene más que rellenar unas cuartillas con nombres, direcciones, proyectos en los que trabajan... poco más.

El tono de la conversación se había ido suavizando. Los dos contendientes habían comprendido que sería más fácil buscar un punto razonable de entendimiento. «¿Se conformarán estos tipos con lo que les puedo contar? —pensó Skorzeny—. ¿Quizá sepan más que yo de todo lo que está sucediendo en Egipto?». »

—Hay cosas que ustedes saben y que no son ningún secreto. Algunas direcciones de antiguos amigos pueden parecerles poca cosa, pero ni siquiera las tengo. Además, ¿qué derecho tengo yo para hacer eso?

»Uno se siente prisionero de los viejos afectos. La amistad, cuando se ha vivido como lo he hecho yo, tan al borde del abismo, es lo único que se tiene. Fíjense que

está por encima aun de la familia. Porque es solamente el camarada, aquel que está viviendo lo que uno vive, el que te comprende y el que te puede salvar la vida. Aunque yo me arrepintiera de los viejos ideales (cosa que no me llegará a suceder) tendría que mantenerme firme en mi lealtad a mis camaradas. Es decir, que yo soy, he sido y seré hasta la muerte un soldado alemán. Y solo eso —dijo Skorzeny.

Marcel sonrió mientras limpiaba los cristales de sus gafas. Compulsivamente trataba de retirar el cerco de polvo acumulado entre el resquicio del cristal y la montura. Le pareció que aquella resistencia y obstinación de la suciedad se asemejaba a la del viejo nazi.

—Bonito discurso, casi me conmueve —dijo Marcel—. En realidad, estoy de acuerdo. Nosotros también somos soldados. Lo que sucede es que a nosotros nos conviene que usted ya no sea un nazi convencido. Porque Israel no dejará jamás de perseguirles mientras estén vivos. Y no se trata de un ajuste de cuentas, de veras. No, no es una venganza. Usted es un mito. La viva imagen del héroe, del militar idealista, desprendido y audaz. Quizá no sea usted exactamente eso, pero es lo que ha representado para el gran público. Y todavía hay gentes que serían capaces de seguir a los tipos como usted. —En ese punto de su explicación Marcel se fijó en la mirada satisfecha de Skorzeny. Se acomodó en el sillón moviéndose contra el respaldo como si disfrutara de aquel encuentro y de unas palabras que sonaban a reconocimiento—. Quizá no sea usted un criminal de guerra —continuó Marcel—, pero para nosotros es más peligroso que esos carniceros de Auschwitz, Treblinka o Bergen-Belsen. Porque usted todavía representa la creencia en una causa que algunos podrían tomar como noble. Al menos su aspecto, su convicción y su biografía lo presuponen. Y eso es algo que nosotros no podemos consentir. La mera sugerencia de que existió un ejército de soldados idealistas es la más pérfida falsificación de la historia.

—Pero ese ejército alemán fue real. Y yo les aseguro, y no tengo por qué justificarme, ni voy aquí a rendir cuentas de nada, que la mayor parte de los millones de soldados alemanes no luchaban nada más que por la gran Alemania —contestó Skorzeny con un gesto que ya era serio y grave—. ¡Pero si ni siquiera eran nacionalsocialistas! —Esta frase la dijo levantando las dos manos a un tiempo como señal de protesta—. Está bien que en sus películas aparezcan todos los alemanes como nazis fanáticos, pero esa no es la verdad.

—¿Cuál es su relación con el general Mahmoud Khalil? —preguntó Marcel.

—Ninguna. Pero antes de nada —advirtió Skorzeny, mostrando su enfado—, a mí no me van ustedes a interrogar. Ya he pasado por eso y resulté absuelto... y lo saben. No tienen ustedes ningún derecho, ninguna autoridad. Me pueden despachar aquí mismo, seguramente es lo que han venido a hacer. Pero yo no me voy a someter a ningún interrogatorio. —La resolución de Skorzeny parecía auténtica.

Thomas tuvo los reflejos precisos para intentar distender el ambiente. Era necesario rebajar el tono de aquel forzado encuentro.

—Señor Skorzeny, tomemos, si le parece bien, una copa —lo dijo así, en inglés, dirigiéndose hacia el mueble bar del salón.

Skorzeny le siguió sin violencia, pero levantándose con presteza para comprobar cómo le pensaban administrar aquella invitación. Los dos agentes comprendieron las cautelas del viejo zorro. Sobre el mueble de palo de santo había diez o doce botellas de distintas bebidas. Skorzeny se adelantó para preguntar y hacer las veces de barman.

—¿Quizá usted quiera tomar también un *scotch*? —le preguntó a Thomas, que asintió con la cabeza. De inmediato se fijó en las etiquetas de las dos botellas de *whisky*: una era de Chivas y la otra de Johnny Walker.

—¿Cuál prefiere? —le preguntó Skorzeny.

—Johnny Walker está bien.

Le dispensó el *whisky* en un vaso ancho, biselado y con un escudo de armas grabado sobre el cristal liso.

—¿Y usted? —dijo, dirigiéndose a Marcel.

—Yo no tomaré nada —respondió.

—Está bien. Yo me tomaré un poco de este Johnny Black Label, que siempre me ha parecido magnífico —dijo Skorzeny.

Marcel quiso retomar la conversación con el ánimo de alejar de la mente de Skorzeny la idea de que aquello era un interrogatorio.

—Señor Skorzeny, no hemos venido a hacerle nada malo. Israel es ahora una nación que busca el equilibrio en todos los ámbitos. Usted es una figura inquietante por todo lo que hemos hablado, pero está asimismo la otra parte; sus conocimientos y contactos son valiosos para cualquier Gobierno.

Skorzeny parecía ya algo más relajado. La perspectiva de un interrogatorio era lo que le había enojado, pero la hábil intervención de Thomas recondujo la situación.

—Por eso quisiéramos su colaboración. Simplemente que pudiera precisarnos cuál es su grado de compromiso con el Gobierno de Egipto.

—Bueno, sobre eso no tengo mucho que decir..., ni que ocultar tampoco. A mí, verán... se dirigen de todas partes para que yo sea instructor de los jefes de comandos. Ya saben, me piden que enseñe a aquellos que diseñan operaciones especiales. Pero eso ya lo saben ustedes. No es ningún secreto —concluyó Skorzeny.

Habrían pasado ya un par de horas desde que aquel comando irrumpió en el noble edificio de la Castellana. Ricardo sabía que ese tiempo transcurrido desde que vio llegar por la acera a Skorzeny era síntoma de que todo estaba saliendo bien. En algún momento volvió a salir del coche para estirar las piernas en el bulevar y mirar desde allí hacia el portal, levantando incluso también la vista hasta el segundo piso, tratando de averiguar si había allí algún movimiento. Pero en aquel domicilio elegante del comienzo de la Castellana todo transcurría pacíficamente. El secuestro se había convertido en algo mucho más parecido a una entrevista con el personaje Skorzeny, por mucho que la amenaza del uso de la fuerza estuviese siempre presente.

—Ninguna victoria es definitiva, tampoco las derrotas duran siempre —sentenció Skorzeny—. Es más, les voy a decir una cosa que seguramente les incomode. El Tercer Reich fue, en sí mismo, una victoria de Alemania contra el Tratado de Versalles. Miren ustedes, en 1918 yo tenía solo diez años, pero recuerdo las conversaciones de los mayores y la vergüenza y consternación que sentían por las condiciones impuestas sobre los perdedores. Bien. Pasados quince años del comienzo de aquel abuso, Alemania se levantó pletóricamente. Eso es un hecho incontestable. —Marcel y Thomas escuchaban aquel discurso escépticos y en completo silencio—. Y, bien mirado, ahora Alemania ha vuelto a vencer y a levantarse de nuestra derrota, la más amarga.

»Pocas veces los vencedores se han ensañado tanto en afianzar su victoria y en el reparto de la nación vencida. Los bombardeos de Dresde y Hamburgo, el trato dado a los prisioneros, la partición de Alemania y la entrega de parte de esta a la Unión Soviética han sido un crimen monumental.

Llegados a este punto Marcel sí se atrevió a interrumpir:

—Resulta absurda su protesta, ¿de qué trato recibido como prisioneros se queja? ¿No vive usted aquí plácidamente? ¿Acaso no han sido ya liberados todos los cautivos: Paulus, Von Manstein...? ¿Qué trato dieron ustedes a sus prisioneros? Eso debemos aclararlo, sin entrar siquiera en el crimen más grande de la historia que es el perpetrado por ustedes contra pueblos y naciones enteras. ¿No vive en España con toda tranquilidad un general de las SS como León Degrelle?

—Usted sabe a la perfección que aquellos hombres eran soldados sin crímenes de guerra. Al igual que León Degrelle o yo mismo, que no estamos aquí por la voluntad de los vencedores. A España llegamos escapando de su justicia, la que llevó a la horca a muchos inocentes. Porque la justicia que se desplegó con su victoria condenó a culpables, seguramente, pero también a inocentes.

—Eso me temo que será siempre inevitable —contestó Marcel.

—¡Bravo! ¡Sí señor! —exclamó en español Skorzeny, encendido—. Ya me parece mejor que ustedes admitan los errores en la aplicación de las leyes de la guerra. Yo admitiré que también Alemania, y muchos cobardes, se excedieron en la retaguardia.

»Pero quiero explicarles una cosa que ustedes tienen que saber. Al general Degrelle se le quiso expulsar de España, anduvo escondido hasta que consiguió una nueva identidad; yo mismo he tenido que usar pasaportes falsos, tan falsos como seguramente serán los suyos... —En ese momento todos esbozaron una sonrisa que pareció de camaradería. Y es que los tres hombres que se sentaban en aquel salón del palacete de la Castellana tenían, en definitiva, el mismo oficio—. De no haber escapado no puedo asegurar cómo hubiéramos acabado. Pero Alemania se ha levantado, ha vencido contra la nueva ignominia de Stalin. Hoy todos saben quién fue y cómo ganó para sí a media Europa. Sus amigos los ingleses y los americanos lo

consintieron, se lo pusieron en bandeja. Fíjense que muchas ciudades de Alemania fueron bombardeadas con la intención de que desaparecieran del mapa y con pleno conocimiento de que estaban habitadas por población civil. —Thomas quiso intervenir, pero Skorzeny no le dejó—. Pero todavía hay algo más, déjenme que les explique. Les decía que la nuestra ha sido la derrota más amarga, y les diré por qué. Porque siguen explotando la victoria, ridiculizando a Alemania, culpándola de crímenes que no ha cometido...

—¡Eso sí que no se lo consiento yo, ni ninguno de mis hombres! —exclamó Marcel—. ¿Me dirá usted que el Tercer Reich no es responsable de Auschwitz, Treblinka, Bergen-Belsen, Dachau, Mauthausen, Sobibor...? ¿No es culpable de haber llevado a Europa a la guerra? ¿No es culpable de todo el horror y destrucción, de todos los niños muertos, de toda la desesperación de sus madres...? Para condenar al nazismo basta una palabra: Auschwitz. No es una palabra mía, la pronunció el propio Hans Frank, el que fuera abogado de Hitler, en Núremberg. Bastaría como única prueba cualquiera de las confesiones de los verdugos: Rudolf Höss, Dieter Wisliceny, Otto Ohlendorf..., o el propio testamento de Hitler como reconocimiento expreso: «Por encima de todo, encargo a los líderes de la nación y a todos sus subordinados la observación escrupulosa de las leyes de la raza y la oposición inmisericorde a los envenenadores de los pueblos, el judaísmo internacional». Y el modo que concibió de combatir aquel judaísmo culpable de todos los males de Alemania fue el asesinato en masa de mujeres, niños, ancianos y, finalmente, de todo aquel que no pudiera servir como esclavo en los campos de concentración.

—Usted lo ha dicho bien, Hitler y el Tercer Reich tienen sus cuentas con la historia, pero el pueblo alemán es tratado como si cada uno de los alemanes tuviera responsabilidad —contestó Skorzeny, algo más templado—. ¿O es que todos los alemanes son culpables de los campos de concentración? Ustedes saben con cuánto secreto se celebró la conferencia de Wannsee... y qué pocos e irrelevantes eran aquellos funcionarios. Ellos no representaban a Alemania, por mucho que vistieran sus uniformes y que fueran capaces de poner en marcha toda aquella maquinaria tan atroz. ¿Cree usted que los soldados que combatían en el frente del Este sabían algo de todo aquello? Y aunque lo supieran, ¿qué podían hacer sino luchar? —En ese punto, Skorzeny se quedó por un momento callado, parecía que los demás querían que se vaciara de argumentos o se encerrara él mismo en ellos—. Además, la culpa es siempre individual, nunca colectiva. Es preciso concretar la responsabilidad de cada uno. Y ni siquiera conmigo, que he sido interrogado, procesado y juzgado por esa pantomima de juicios de Núremberg, con todos los medios al alcance de la acusación; ni siquiera a mí, Otto Skorzeny, coronel de las Waffen-SS, caballero de la Orden de la Cruz de Hierro, me han podido encontrar culpable de crimen alguno.

»A propósito de Núremberg, me van a permitir el derecho que tengo a expresar mis objeciones. Son muy sencillas y las van a entender, quizá hasta podrían compartirlas si trataran de abstraerse de las razones que les han traído hasta aquí. En

el primer gran juicio de Núremberg se quiso presentar ante la opinión pública mundial a los responsables de los grandes crímenes de Alemania.

—¿Querrá usted decir del nazismo? —replicó Marcel.

—¡Eso quisiera yo! —exclamó Skorzeny. Se quedó un momento pensando mientras apuraba el vaso de *whisky* y tratando acaso de no perder el hilo de sus argumentos—. Yo quisiera que siempre fueran los anglosajones y demás tan finos en advertir que una cosa era el Partido Nacionalsocialista y otra el Ejército y el pueblo alemán. Pero aparte de eso, también quisiera que se hubieran juzgado a los verdaderos responsables del partido. Pero allí se juzgó a veinticuatro hombres, entre los cuales había perfectos inocentes, como los militares del Estado Mayor, Keitel y Jodl, otros como el almirante Donitz, Von Manstein o mi camarada Sepp Dietrich, altos funcionarios que nunca tuvieron la menor iniciativa en las políticas del Estado, como Walter Funck, enfermos mentales como Rudolf Hess... En fin, aquello fue una pantomima. Solamente Göring, Von Ribbentrop, Kaltenbrunner, Ohlendorf... tenían grandes responsabilidades.

—¿Qué quiere decir con ello? —preguntó Thomas.

—Pues que en Núremberg las potencias aliadas se vieron privadas del placer de poder juzgar a Adolf Hitler, a Goebbels, a Himmler, a Heydrich, a Bormann, es decir, a los verdaderos responsables de los designios de Alemania durante la guerra —contestó Skorzeny.

—¿Y quiere decir usted que el Reichmarschall Hermann Göring, el ministro de Exteriores Von Ribbentrop o el ministro de Armamento, el arquitecto Albert Speer, no tenían responsabilidades?

—Depende de a qué responsabilidades se refiera —contestó pausadamente Skorzeny—. Si alude a responsabilidades en la política nacional, sí las tuvieron, pero en cuanto a crímenes contra la humanidad o crímenes de guerra, lo más seguro es que no. Y por si ustedes no lo saben, en aquel primer juicio los cargos eran de conjura para iniciar la guerra... y otras cosas absurdas. ¿Y qué clase de tribunal es aquel en el que solamente hay jueces de los vencedores?

—¿Y qué jueces iba a haber sino? —preguntó Marcel con demasiada prontitud, sin tiempo aún a esperar a comprender el sentido total de la pregunta de Skorzeny.

—Hombre, jueces alemanes no sospechosos de haber sido nacionalsocialistas, o de otras naciones neutrales. Cuatro jueces: un americano, un francés, un británico y un soviético, y cuatro fiscales de las mismas naciones, juzgando la política de una nación soberana. Juzgando y acusando por crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra naciones como los Estados Unidos que acababan de lanzar dos bombas atómicas contra las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, naciones como la Unión Soviética responsable de matanzas como Katyn, de la violación de decenas de miles de mujeres alemanas, del exterminio del 90 por ciento de los prisioneros supervivientes de Stalingrado... ¿De qué clase de justicia hablamos? De la venganza de los vencedores contra los vencidos —concluyó Skorzeny, alzando los brazos.

Los dos agentes callaron, sabían muy bien que todo cuanto había dicho el gigante austriaco era cierto. Quince años después de aquellos juicios nadie que reparara en detalle en las faltas de aquel proceso podía justificarlo.

Marcel no estaba aún conforme. Se removi6 en su asiento tratando de encontrar las palabras que sirvieran de última réplica:

—Todo eso está muy bien —asintió Marcel—, pero ¿no fueron soldados de las Waffen-SS los que asesinaron a treinta y tres mil judíos en el barranco de Baby Yar, en Kiev? Y eso sucedió en septiembre de 1941, mucho antes de la conferencia de Wannsee. Fueron tan criminalmente soberbios que hasta tomaron fotografías. Filas de mujeres desnudas con sus niños en brazos sabiendo que van a morir ante las risas de los soldados de las SS. Esto ocurrió, nadie lo puede negar. Por mucho que algunos no supieran, o no quisieran saber. Usted mismo ha tenido que coincidir en los cuatro años de guerra que sucedieron a aquellos hechos con oficiales de las SS que participaron en matanzas sistemáticas según avanzaban sus ejércitos hacia Moscú, Leningrado y Stalingrado.

—Yo nunca tuve conocimiento de esas prácticas. Por las Waffen-SS han podido pasar más de un millón de hombres. ¿Cómo puede responsabilizar a todos los oficiales de lo que hicieran unos cuantos salvajes? —Llegados a ese punto irreconciliable, la conversación se estancó. Los tres hombres permanecieron en silencio. Thomas se ocupó de volver a servir el mismo *whisky*. Habrían transcurrido ya tres o cuatro horas desde el comienzo de aquel encuentro.

—¿Por qué eligió usted España, Madrid en concreto? —preguntó Marcel.

—Bueno, a estas alturas yo me siento ya un poco español. Este pueblo tiene el espíritu más vital y libre de Europa. La verdad es que en España se vive muy bien. Eso lo notan todos los turistas extranjeros que vienen, al principio unos días, pero luego repiten. Y Madrid es una capital importante desde la que hacer negocios.

—Y aquí le han dado facilidades, ¿no es cierto? —siguió preguntando Marcel.

—De ningún modo. Ya le dije antes que vine camuflado. El Gobierno español no me ha facilitado la vida en nada. He sido yo el que he tenido que pelear para sacar adelante mi negocio.

—¿Pero no nos negará que muchas personalidades españolas se relacionan con usted y le tratan muy bien?

—A mí me han tratado bien en todos los sitios. Tengo facilidad para hacer amigos. Tanto es así que, si bien lo pienso, no he sentido odio o enemistad hacia nadie en concreto. He luchado contra los enemigos de mi patria, pero no los he tomado como enemigos personales míos. Esa es la verdad.

Los agentes del Mossad escucharon estas palabras con cierta perplejidad, como si comprobaran que aquel gigantón de un metro noventa y tres, con la cara marcada con siniestras cicatrices, no fuera más que un chiquillo que presumiera de tener muchos amigos.



—Tengo que recordarle lo que le dije al principio —insistió Marcel—. Tiene usted unos días para pensar en todo esto. Puede colaborar con Israel en varios sentidos. Aunque antes le he indicado que recibirá la visita de alguien que recogerá la información, usted puede anticiparse y, antes de que transcurra una semana, puede usted dejar un sobre cerrado a nombre de Thibaut Dumont en la conserjería del hotel Plaza. De esta forma, conseguirá que Israel deje de seguir sus pasos y de molestarle.

—Ahora nos vamos a marchar. Usted va a salir primero en dirección a la plaza de Colón. No debe girarse en ningún momento, hay otros agentes vigilando; cuando llegue a la plaza, gire por la calle Goya hacia Serrano.

La detención llegó a su fin en la forma en que había sido planeada. Los agentes se acercaron discretamente hasta la altura del coche de Ricardo. Thomas contemplaba desde el bulevar y Marcel desde la acera. Cuando vieron girar al austriaco se subieron en el coche, que arrancó de inmediato en la dirección del estadio Bernabéu. El resultado de aquel encuentro había sido pobre, como no podía ser de otra manera.

Durante los días que siguieron a aquel asalto, Skorzeny anduvo algo más circunspecto que de costumbre. Pocas dudas tenía en mantenerse firme en su decisión de no colaborar. Sin embargo, el hecho de que un comando judío hubiera llegado a colarse en su propio despacho y lo hubiera registrado, le produjo un sentimiento de tristeza. Se sentía vulnerable.

En cierto modo, aquellos agentes le habían planteado un jaque muy doloroso: si no cumplía con sus dictados, podía ser objeto de una permanente extorsión y si accedía a facilitar alguna información —aunque lo hiciera de forma inocua, sin desvelar secreto alguno—, quedaría siempre señalado como un colaborador. Por unos días pensó que no le costaría mucho revelar algunos nombres que eran más bien conocidos, o que podrían llegar a averiguar ellos sin mucho esfuerzo por otras fuentes.

Después de la Operación Garibaldi —que supuso el secuestro en Buenos Aires y el traslado a Israel del antiguo coronel de las SS, Adolf Eichmann—, ningún antiguo oficial alemán podía despreciar la amenaza que suponía la inteligencia israelí.

Por aquellos días de la primavera de 1961, Skorzeny recibió el espaldarazo de algunas agencias de prensa americanas y británicas, que no dejaban de pedirle su colaboración en forma de entrevistas, crónicas sobre sus misiones y proyectos de futuras producciones de cine sobre su actuación en la liberación de Mussolini. Fueron aquellas cartas las que le indicaron el camino a seguir. Sentado en su despacho de la calle Montera se atrevió a llamar a su amigo Degrelle; quería comer con él y contarle lo que le había sucedido. Quería contagiarse de su espíritu de resistencia.

Las labores de información del comando de Ben-Asser en Madrid se resumirían al hecho de conocer milimétricamente la vida y negocios de Skorzeny. Habían

registrado sus papeles, estaban al tanto de sus negocios y amigos; habían logrado dar al austriaco un buen susto. Pero eso era todo.

El agente israelí camuflado en El Cairo, Wolfgang Lotz, iría proporcionando toda la información que Skorzeny se había negado a facilitar. Israel puso entonces en marcha la Operación Damocles, que pretendía desarticular la iniciativa de Nasser de convertir a Egipto en la más moderna potencia militar de Oriente Próximo.

### Simon Wiesenthal

Una tarde insospechada del otoño de 1964, sonó el timbre en la última planta del edificio de la calle de Castellón de la Plana 19. Ilse Skorzeny, confiada, abrió la puerta creyendo que sería un vecino el que llamaba. Un señor de mediana edad, perfectamente trajeado y con una gabardina esperaba del otro lado de la puerta.

—Me llamo Simon Wiesenthal y quiero hablar con su marido —así se identificó, en alemán, con un tono grave pero cortés.

Ilse, por su parte, hizo un primer amago de cerrar la puerta. Pero Skorzeny apareció para interesarse por la visita. En su cara había cierto gesto de tensión que supo controlar al momento. Aquel hombre no parecía peligroso.

—Pase usted —le dijo Skorzeny.

Los dos hombres, que compartían el año de nacimiento, con pocos meses de diferencia, superaban ya los cincuenta y cinco años. Se conocían a la perfección sin haberse visto nunca antes. Los dos eludieron estrecharse la mano.

Wiesenthal estaba algo envejecido para su edad. Aunque venía muy correctamente trajeado, se hacía evidente que era un hombre modesto, poco preocupado por su atuendo. Tan solo asomaba una leve muestra de coquetería en el hecho de que parecía llevar teñido su escaso pelo. Tenía un rostro inteligente y vivo, con una larga nariz y un fino bigote negro. Sus orejas sobresalían ligeramente. En sus ojos oscuros, algo saltones y estrábicos, destacaba su mirada afilada e inteligente.

Skorzeny le indicó el camino del salón y le invitó a sentarse frente a la chimenea, donde dos gruesos troncos de encina reposaban sobre los morillos, aguardando al día suficientemente frío en que fueran encendidos. Del otro lado de la chimenea, al lado de un mueble de época que contenía una radio, en su sillón favorito, se sentó Skorzeny. Estaba vestido de modo informal con una chaqueta de punto sobre una camisa blanca y unos pantalones de pinzas de color gris oscuro.

—Hace tiempo que le esperaba —dijo Skorzeny—, pero aun antes de que me diga a qué ha venido, tengo que decirle dos cosas. La primera de ellas, que yo no soy ningún criminal, que he luchado por Alemania y volvería a hacerlo mañana mismo. Y la segunda, que no tiene ningún derecho a atribuirme complicidad o cooperación con crimen alguno.

—Comprendo lo que me dice. Nosotros sabemos perfectamente que usted no tuvo una participación que sirva para llevarle ante un tribunal. También sabemos que encontrándose usted en España esa tarea sería inútil, pero tiene usted información que debe poner en nuestro conocimiento —le contestó Wiesenthal.

Ninguno de los dos se encontraba cómodo en aquel diálogo, estaban sentados sin apoyar apenas la espalda sobre el respaldo de sus respectivos sillones. Skorzeny cogió de una mesita de tres patas, de diseño moderno, el paquete de tabaco rubio que estaba al lado de un cenicero y se encendió un cigarrillo, acomodándose algo más.

—He vivido siempre vigilado y amenazado, no sé por qué debo ahora ponerme a trabajar para nadie. Para mí la guerra quedó atrás; aún estoy pagando el precio de la derrota. Qué quiere que le diga. Me gano la vida en España, donde nadie me habla de política ni de la guerra pasada. Yo ya no tengo nada que ver con todo aquello.

—Todo eso es cierto. Yo comprendo que ustedes quieran olvidar, y hasta cierto punto los soldados inocentes del Tercer Reich tienen derecho a hacerlo. Pero también ha de comprender que los que hemos perdido a nuestros padres, hijos o hermanos, no tengamos ninguna intención de olvidar —intervino sereno Wiesenthal.

En ese punto Ilse, que permanecía en la salita contigua sin dejar de escuchar, hizo un tímido acto de presencia y preguntó a Otto si debía servir algo, sin atreverse a ofrecer directamente nada al visitante.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Skorzeny.

—Solamente un vaso de agua, muchas gracias. —Ilse se retiró por el pasillo hacia la cocina. Volvió con una pequeña bandeja con un vaso de agua que colocó sobre una mesa redonda de cristal adornada con pequeños ceniceros de plata.

El aspecto de aquel salón era agradable y, como no podía ser de otra manera, un reflejo preciso de la personalidad de sus moradores. Había un cierto desorden y un aire de provisionalidad que no concordaba con la posición social del matrimonio Skorzeny, ni con el hecho de que aquella vivienda era un lujoso dúplex-ático en pleno barrio de El Viso —uno de los más modernos y exclusivos de Madrid—. Se le podría suponer otro mobiliario más aparente o lujoso. A pesar de todo, los detalles de aquella despreocupación no podían pasar inadvertidos a un investigador como Simon Wiesenthal. Sobre el mueble de la radio había una lámpara muy discreta con la pantalla torcida, y detrás, como escondido, el retrato de una mujer cuyo rostro no se podía apreciar. Dos docenas de libros algo desordenados se apoyaban contra una talla de madera. Destacaba de aquel conjunto una fotografía de Ilse con los ojos cerrados; la belleza del rostro, de perfectos rasgos, alumbraba aquel rincón de la casa. Dos modestos taburetes —uno de ellos era un característico puf de cuero y estilo árabe— quedaban a un lado de la chimenea, bajo una hornacina en la que se acumulaban libros, fotografías y pequeñas figuritas sin orden ni concierto.

Sobre la chimenea de escayola negra y con un fondo de azulejos cerámicos se volvía a repetir un infantil desfile de adornos entre los que había una pequeña maqueta de una goleta de cuatro palos, dos bandejas de plata y algún pequeño jarrón

con flores. Toda la estancia estaba presidida por un retrato en acuarela, algo idealizado, de Skorzeny. La pared que tenía a la vista Wiesenthal estaba adornada con una marina demasiado típica, en la que varias barcas de pesca aparecían sobre la playa en lo que debía de ser un pueblo de pescadores. Finalmente, una amplia alfombra daba una agradable calidez a la estancia. «Esta es la casa de un matrimonio que no para mucho en ella», pensó Wiesenthal, que trató de retomar la conversación en el punto en el que se había quedado:

—Déjeme que continúe, señor Skorzeny. Le decía que nosotros, los judíos, no olvidamos. Solamente entre mi familia he contado varias decenas de parientes asesinados. ¿Se hace una idea de la magnitud del holocausto? Las cifras de este inmenso crimen no las he puesto yo, sino Rudolf Höss, a quien usted recordará.

—No, señor. Yo no he conocido a ningún Rudolf Höss —interrumpió irritado Skorzeny, refiriéndose a quien sabía que había sido el jefe del campo de concentración de Auschwitz entre 1940 y 1943.

—No, no. De ninguna manera quería yo insinuar que usted haya tenido trato personal o haya conocido personalmente a este criminal —repuso con rapidez Wiesenthal en un intento de que la entrevista no se le fuera de las manos y poder así continuar en su razonamiento—. Digo que quizá usted recuerde que Rudolf Höss confesó ante el tribunal de Núremberg cómo casi todos los días trenes que llevaban a dos mil personas llegaban hasta el campo de Auschwitz y cómo tras una breve selección de los que servían para trabajar, se enviaba inmediatamente a los demás a las cámaras de gas. Lo ha contado con pleno detalle, los propios vestigios del horror están allí; y su confesión concuerda con el de otros acusados y con la de cientos de testigos que han sobrevivido. Solo en Auschwitz el propio Höss admitió que se había exterminado a más de dos millones de personas.

—Siempre lo he dicho. A mí nunca se me informó de que eso estaba sucediendo. Si usted tiene alguna referencia mía, sabe que mi condición ha sido la de luchar en el frente y llevar a cabo acciones de comando —contestó Skorzeny.

—Sí, eso lo sé. Rudolf Höss era teniente coronel de las SS —dijo Wiesenthal, que quería continuar con su exposición—. Otro oficial de las SS que llegaría a teniente general fue Otto Ohlendorf. Él mandó el Einsatzgruppe D en el frente oriental y confesó varias veces que, en el tiempo que pasó en Rusia, su grupo asesinó a noventa mil judíos, entre ellos a varios centenares de niños. Hans Frank, gobernador general de Polonia, ha admitido el genocidio. Paul Blobel mató a treinta y tres mil judíos, existen las fotografías de miles de mujeres desnudas con sus niños en brazos, en Kiev, en el barranco de Babi Yar. Friedrich Jeckeln, en Riga, confesó haber matado a decenas de miles de entre los más desafortunados habitantes del gueto. No hará falta que continúe, ¿verdad? Todo esto puede que no sean más que nombres y números, pero no podemos perdonar la crueldad y la maldad gratuita con la que se mató a tanta gente inocente. Por eso, mientras Alois Brunner, el doctor Mengele o Aribert Heim estén vivos y escondidos, nosotros no dejaremos de buscarles.

—Me parece legítimo —contestó Skorzeny—. Pero yo nada tengo que ver con esos hombres, jamás les he visto ni les he tratado.

—Pero alguno de sus viejos compañeros de armas sí participaron directamente en el exterminio de judíos, gitanos y oponente políticos. Con el juicio de Eichmann no se ha terminado de hacer justicia. —En ese momento, Wiesenthal sacó de la americana una cuartilla que puso encima de la mesa de cristal donde estaba apoyado el vaso de agua—. Aquí tiene el nombre de veinte, la mayoría de ellos oficiales de las SS, de los que pensamos que usted sí puede tener noticia. Alguno es posible que ya no viva, son todos responsables de los más terribles crímenes.

Simon Wiesenthal fue leyendo los nombres: Josef Mengele, Alois Brunner, Aribert Heim, Vjekoslav Luburić... Mientras lo hacía, en sus rasgos se iba reconcentrando una solemnidad que denotaba su condena. Wiesenthal era apasionado, pero sabía condensar sus entusiasmos en los momentos más importantes. Se había forjado en un empeño de dolores y ausencias cuya justificación solía resumir en una frase: «Alguien lo tiene que hacer; alguien se tiene que ocupar de buscar a los responsables de tantos crímenes, en realidad, a algunos de los mayores criminales de la historia contemporánea».

En su rostro se veían reflejados con entera claridad los años de insomnio y las noches desveladas que volaron en un sinvivir de lecturas y afanes —en un esforzado trabajo que no le pesaba tanto porque la tarea cumplida de ayer proyectaba nuevas tareas para el día siguiente—, de forma que, sin darse cuenta, iba entregando sus horas a los viajes, las entrevistas, las conferencias, las visitas a las bibliotecas y toda una incesante búsqueda que, él sabía, nunca tendría fin.

La encerrona con Skorzeny era lo más parecido al interrogatorio de una autoridad, la que le confería el respaldo del estado de Israel a través del Mossad. No era preciso comentarlo.

—A usted le conviene colaborar —continuó Wiesenthal, tras incorporarse en su asiento y hacerle entrega de aquella hoja doblada—. Si es cierto, como dice, que no ha tenido trato con estos hombres, sobre los que usted sabe que pesan graves y fundados cargos criminales, no tendrá nada que reprocharse.

—Le repito que yo no conozco a esas personas, ni sé dónde viven, como tampoco sé si están vivos siquiera.

—Sé perfectamente que agentes del Mossad vinieron hace un tiempo a España para verle. Pero entonces era distinto. Su preocupación era una muy concreta, la de los científicos alemanes en Egipto. Pero lo que me trae hoy aquí es algo menos perentorio... Por otro lado, hay quien quiere vincularle a usted con los sucesos de la Noche de los Cristales Rotos y la quema de alguna sinagoga en Viena. —El discurso de Wiesenthal era complejo, como el de un ave de presa que va describiendo círculos sobre su presa.

—¡Eso es totalmente absurdo! —protestó Skorzeny.

—Lo que me trae hoy aquí es algo más concreto: solicitamos su colaboración. Usted sabe quiénes son esas personas —dijo Wiesenthal, señalando la hoja de papel sobre la mesa— y sabe perfectamente por qué se les busca. En su fuero interno estará de acuerdo en que es una búsqueda legítima. Creemos que podría contactar con discreción con personas que sí han podido tener relación con ellos. A usted nada le impide colaborar, es hoy un hombre de negocios asentado, libre y respetado. No necesita la aprobación de ninguna camarilla de criminales. Tampoco está usted condicionado por un antiguo juramento de lealtad. —Se desabrochó el botón de la americana como si quisiera conversar de la forma más cómoda posible. Inconscientemente, parecía el gesto de quien comienza a emplearse a fondo—. ¿Qué clase de pacto de caballeros podría mantenerse vigente si una de las partes está compuesta por criminales? Yo conozco sus tradiciones y sus métodos; yo sé que ustedes se siguen sintiendo soldados alemanes y que han declarado su fidelidad a sus ideales... Todo eso está muy bien: Alemania, Europa, el anticomunismo..., pero las leyes de la milicia solo le obligan a guardar lealtad a sus camaradas si estos son soldados honrados. Usted se podrá comparar y podrá equipararse al piloto Hans Ulrich Rudel o al marino Günther Prien, todos ellos poseedores como usted del la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Yo sé que forman ustedes una hermandad de caballeros. —El semblante serio de Skorzeny se relajó y asintió con la cabeza como si apreciara en las últimas palabras de Wiesenthal un noble reconocimiento—. Pero usted no debe lealtad alguna a quien sabe que ha participado en el asesinato de miles de seres inocentes.

—¿Sabe lo que ocurre? —contestó Skorzeny—. Ustedes piensan que un antiguo oficial de las Waffen-SS tiene que conocer a todos sus mandos, pero resulta que allí hubo cerca de cuarenta divisiones y es posible que por ellas pasaran más de un millón de hombres. Yo tenía el número 295.979 a principios de la guerra, figúrese los que vinieron detrás en seis años de campaña.

—Eso no tiene nada que ver. El número de Mengele era el 317.885 y el de otro médico de Auschwitz, Horst Fischer, un doscientos noventa y tres mil. Y, además, no había miles de comandantes o tenientes coroneles —replicó Wiesenthal—. Solamente tiene que hacer alguna averiguación sencilla. Aquí le voy a dejar mi dirección y mi teléfono.

Se levantó para entregarle su tarjeta de visita. Esta vez Skorzeny se incorporó también para hacer ademán de que la visita se había terminado. Wiesenthal, no obstante, tuvo el aplomo suficiente para recordarle la tarea que le había impuesto y las consecuencias que se podían derivar de su rebeldía.

—Será mejor que colabore, como se puede imaginar, no soy yo el único que está interesado. Y, claro está, ellos tienen otros medios.

—Y usted se puede imaginar que ya esté harto de amenazas y persecuciones. El día que ustedes quieran vienen a por mí. Ya saben dónde me tienen, no voy a cambiar

de domicilio. Ahora bien, de lo que a mí me pase dejaré dicho quién es el responsable.

Con este cruce de elegantes amenazas, entre las que en ningún momento se deslizó insulto alguno, se despidieron aquellos dos hombres. Lo hicieron de la misma manera en que se habían encontrado, sin darse la mano.

En cuanto Wiesenthal, el austriaco nacionalizado, salió por la puerta, su compatriota se dirigió a la mesita que flanqueaba su sillón y cogió el paquete de cigarrillos. Después abrió la puerta de la cristalera que daba a la terraza y salió fuera. Comenzó a fumar, apoyado en el murete desde el que contempló un coche oscuro con un conductor que esperaba a Wiesenthal. Ilse salió apurada hasta su encuentro, pero Otto le indicó amablemente que se quedara en el salón, no quería propiciar la estampa de un matrimonio asustado asomado al balcón de su vivienda. Como mucho, que le vieran a él dando la cara a quien le quisiera observar. Esta sería la última vez que Skorzeny recibía una amenaza formulada por alguien digno de ser tenido en cuenta. Lamentaba que su mujer hubiera sido testigo de aquella cacería.

A los pocos días llamó por teléfono a su amigo Tomás García Rebull para que le consiguiera un permiso de armas. Quería poder tener alguna como protección. A su edad quería contar con, al menos, la justificación legal de un arma. La dificultad no consistía en encontrar una, sino en obtener la licencia correspondiente. Por fin, el 4 de marzo de 1965 le fue expedido por la Dirección General de Seguridad el permiso para escopetas que había solicitado.



## XXIII

### La hora final

El hombre quiere creer que siempre hay una salida. Y el hombre que estuvo acostumbrado a encontrar a cada hora un resquicio, un burladero por donde salvar la vida, no podía resignarse y pensar que a la edad de sesenta y siete años sus conocidas dolencias le fueran a conducir a un callejón en el que, por primera vez, no encontraría alivio ni escapatoria posible.

Comenzaba el verano en Madrid y, como todos los años, la promesa de rozar con las piernas la espuma del mar que llegaba hasta la misma terraza del refugio mallorquín estimulaba cada leve tarea. Un verano más, aunque desde algún punto de vista significaba un verano menos, de ese saldo limitado de veranos que a todos nos quedan por vivir.

Skorzeny había regresado a su privilegiado hogar de El Viso desde el hospital Francisco Franco, en el que había estado convaleciente. Se encontraba postrado en su casa, valiéndose de Ilse, su incondicional compañera, y de Irene, su fiel muchacha. Como siempre, era Ilse la confidente y consejera. A ella iba confiando las gestiones más perentorias de su agenda, como consultar las cuentas bancarias en las que se debían recibir determinados ingresos o la atención de otros compromisos ineludibles. Ahora era ella quien le leía las cartas de los viejos amigos, pues él se sentía fatigado hasta para la discreta tarea de abrir los sobres y tomar las gafas de cerca.

—Te ha escrito Otto Günsche —dijo Ilse con voz alegre y cantarina.

Skorzeny sintió un escalofrío, como si dos pinchazos de muy distinta naturaleza le mordieran en el mismo nervio. Por una parte, sentía la emoción de que el último edecán del Führer —el que ejecutó su última orden y recogió su cadáver para quemarlo, y el más fiel de los soldados, que permaneció leal a la causa tras diez años de cautiverio soviético— se acordara de él, era un reconocimiento que le conmovía. Pero, por otra parte, tenía la premonición de que Günsche era el camarada más a propósito para certificar que llegaba la última hora, el último asalto.

Mientras Ilse le leía la carta, su marido tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir sus sentimientos.

—Los dos tenemos el corazón muy grande. Alguien ha dicho que los gigantes no podemos, o no sabemos ser malas personas, ¿verdad que es así? —le preguntó a su mujer. Ilse acarició la sien de su idolatrado marido en una tierna señal de

conformidad—. No te olvides de llamar a Alcudia para que vaya alguien a abrir la casa. —Ilse también asintió a aquel deseo de ir preparando las cosas para el veraneo.

Después Skorzeny tomó los recortes del diario *Pueblo* en los que había aparecido su nombre, y se los entregó a Ilse, que ya sabía que debían ser archivados. Era aquella una vieja obsesión, guardar cada una de las noticias de prensa en las que aparecía, como si ello confirmara el sentido mismo de su biografía. Al cabo de unos minutos, su esposa bajó a la calle para acercarse hasta la farmacia. Era muy larga la lista de medicamentos que tenía que suministrar a Otto.

Al oír cómo se cerraba la puerta de la casa, Skorzeny tomó fuerzas para levantarse y acercarse hasta el salón. Detrás de unos libros encontró la cajetilla de cigarrillos rubios que tenía escondida. Tomó uno, apoyándose con una mano en la base de la hornacina que servía de biblioteca. Y, como un niño travieso, se adentró en el cuarto de baño y se aseguró de abrir bien la ventana. Sentado en el borde de la bañera se deleitó con apenas cuatro o cinco caladas, sintiendo que le acompañaba el mismo nerviosismo de los primeros pitillos que fumó de niño, también a escondidas. La vida parecía combarse hacia el pasado más remoto. Evocó unos años felices, los de una infancia que llevaba más de cincuenta años idealizando. En cierto modo, siempre había hecho lo mismo, reconstruir y acomodar los hechos vividos para que el recuerdo le resultara más satisfactorio. Era de esa suerte de hombres que están conformes con su vida, se perdonan con facilidad y se resultan simpáticos a sí mismos. Volvían entonces, en una cadencia cada vez más frecuente y perturbadora, los lejanos recuerdos que con extraña nitidez y con los más precisos trazos, le permitían revivir las voces escuchadas en la niñez y los rostros de los seres queridos; en la mesa del comedor familiar estaban sentados sus padres y su hermano Alfred, todos reían y hacían planes para el próximo curso. «No tendrá problema en llegar a ser arquitecto, ingeniero o piloto», decía su padre. «¡Otto tiene siempre mucha suerte!», exclamaba su hermano; su madre traía una fuente en la que lucían unos soberbios solomillos en salsa de castañas; su padre alzaba una copa de Burdeos en señal de satisfacción, cuando solo Alfred tenía edad para acompañarle en el brindis.

Apenas sin darse cuenta, Skorzeny soltó la colilla, inconscientemente la apagó bajo el grifo y la dejó caer por el alféizar de la ventana. Sumido en aquel sueño, se marchó camino a la cama, como un niño bueno, abrochándose el botón superior del pijama. Como un sonámbulo que no tiene conciencia de las decisiones de sus manos y piernas, sin entornar los ojos, se acostó y recogió la sábana hasta tapar la mitad de su cuerpo. Seguía pensando en la Viena de los primeros años veinte. Nada le turbaba, aunque sintiera cada vez más fatiga para tomar aire y una leve punzada se le fuera ciñendo en el costado izquierdo. Un dolor dulce se encendió en su dedo anular. Sentía una especie de vértigo en las yemas de los dedos y tuvo ansia de abrazar a Ilse, «Meine liebste Schatz...».

Con la misma sencillez con la que en un lejano día de 1908 había tomado su primer aliento, de la misma forma respiró por última vez. Así murió el coronel e

ingeniero Otto Skorzeny, en su querida casa madrileña, mientras hacía todavía cuentas de los días que le faltaban para viajar a Mallorca, sin llegar a imaginar que no volvería a disfrutar de ningún otro viaje. Aquel mes de julio que acababa de comenzar de forma tan fatigosa sería para él su último verano.

# Cronología de Otto Skorzeny

- 1908** Nace el 12 de junio en Viena (Austria). Hijo de un ingeniero de ascendencia húngara y con un único hermano, ocho años mayor, que se diplomó como ingeniero.
- 1926** Ingresa en la Escuela Técnica de Viena para estudiar ingeniería.
- 1927** Es admitido en una sociedad de duelistas y sostiene su primer duelo a sable.
- 1928** Es herido recibiendo la primera Schmisse o cicatriz de honor, una de las cicatrices que le otorgarían su aire siniestro.
- 1934** Viaja a Italia de turismo en motocicleta. En Roma asiste a una concentración en la plaza de Venecia donde puede ver y escuchar por primera vez a Mussolini.
- 1938** Contrae su primer matrimonio con Margareta Schreiber, con la que apenas convivirá un año. Fruto de esta relación fue su hija Waltrant.
- 1939** Se alista como voluntario en la Luftwaffe con la aspiración de ser oficial haciendo valer su título universitario; no es admitido por razón de edad y es destinado al batallón de reserva «Adolf Hitler» de las Waffen-SS.
- 1940** Al mando de una columna de camiones se dirige al frente occidental en Francia. En Holanda recibe su primer ascenso a teniente.
- 1941** En los Balcanes recibe su bautismo de fuego al entrar por primera vez en línea de combate. Es trasladado al frente del Este, luchando en Rusia desde los primeros días de la invasión hasta el mes de diciembre. Recibe entonces la Cruz de Hierro de segunda clase.
- 1943** Es ascendido a primer teniente y unos meses más tarde a capitán. Desde el mes de abril se encuentra destinado a la Sección VI de Seguridad Exterior, dentro del aparato de inteligencia de la Oficina Central de Seguridad del Reich, Reichssicherheitshauptamt (RSHA), bajo las órdenes de Walter Schellenberg. Pasa a formar y mandar el octavo grupo destinado a operaciones especiales.

**1943** Entre los meses de julio y septiembre participa con éxito en la Operación Roble destinada a liberar al Duce, y por la que resultó ascendido —por decisión personal de Hitler— a comandante y condecorado con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro con hojas de roble. Durante las tareas de investigación sobre el destino de Mussolini, el avión en el que viaja se hunde en aguas de Córcega y él sobrevive milagrosamente.

**1944** Recibe la orden de Hitler de poner en marcha la operación de derrocamiento del regente de Hungría, el almirante Miklós Horthy, que desarrolla con éxito. Es ascendido a teniente coronel. A finales de año es convocado por Hitler para que desarrolle la Operación Greif, de bandera falsa, con tropas camufladas con uniformes americanos, en el curso de la batalla de las Ardenas.

**1945** Es ascendido a coronel. Se entrega a las tropas americanas en Austria en el mes de mayo al concluir la guerra.

**1947** Prisionero en Dachau, es juzgado por presuntos crímenes de guerra; resulta absuelto de todos los cargos.

**1948** Se fuga del campo de desnazificación de Darmstadt.

**1950** Hay constancia de su llegada a España con identidad falsa, bajo el nombre de Rolf Steinbauer. Se establece en Madrid con esta identidad y comienza a ejercer como agente de negocios entre empresas alemanas y españolas. Vive con la condesa Ilse von Finckenstein.

**1951** Trata de conseguir los medios para poner en práctica un plan defensivo frente a la Unión Soviética y en el que participarían cuadros alemanes y veteranos voluntarios.

**1953** Desde su oficina mantiene contacto con industriales tan importantes como Alfred Krupp, Otto Wolf o Max Grundig.

**1954** Contrae matrimonio civil con Ilse Lüthje, ya divorciada. Desde entonces inicia una vida de incesantes viajes de negocios por toda Europa occidental —a excepción de Inglaterra—, Congo, Angola, Sudáfrica, Kenia, Egipto, Libia, protectorado de Marruecos y Grecia.

Adquiere Martinstown House, una importante casa de campo en Irlanda y un tiempo más tarde una casa a la orilla del mar en Mallorca, en el término

de Alcuía. En esta casa pasará todas sus vacaciones de verano hasta su muerte.

**1975** Fallece el 5 de julio en su casa de la calle Castellón de la Plana de Madrid.

# Agradecimientos

**A** Ricardo W., que fue quien me reveló la verdadera persecución a la que fue sometido Otto Skorzeny y su auténtico perfil. A Gregory Bell, por haberme llevado a su casa de California y haberme abierto la puerta de los suyos. A Luis María Pardo, que compartió generosamente conmigo el excepcional legado de Ilse Skorzeny. A Berenice Galaz, editora siempre atenta y elegante. Y, sobre todo, a mi mujer y compañera, Alicia, que soporta con dulce entrega, desde hace años, todas las dudas y manías del escritor.



BLANCO CORREDOIRA nació en Madrid en 1968. Era aún muy pequeño cuando surgió su afición por la poesía y la historia, sus dos primeras debilidades escolares. En uno de aquellos veranos, obligado a permanecer en casa por un castigo paterno, recibió una Olivetti Lettera 25 y un curso de mecanografía con los que aprendió a escribir y a volar.

Sus primeras colaboraciones literarias fueron unos artículos taurinos entregados puntualmente a su maestro, el director del periódico escolar, anticipo de su inconclusa carrera de novillero.

Años más tarde estudió Derecho, trabajó de «chaquetilla» en selectos cócteles y sirvió de marinero en el *Juan Sebastián de Elcano*. En 1994 comenzó el ejercicio de la abogacía, que ha alternado con colaboraciones en la radio y con labores de profesor universitario.

Ha publicado los libros *Todo un verano* (2002), *Madrid no tiene arreglo* (2007), *Añoranza de guerra* (2011), *Flagrante Madrid* (2014) y *Objetivo Skorzeny* (2017).



# Notas

[1] Desde lo más profundo te llamo a ti, Señor; / ¡Señor, escucha mi voz! / ¡Que tus oídos atiendan / la voz de mis súplicas! <<